



WILLIAM
SHEVILL
A.

E. C.



941.91
S




SEVILLA

CARTAS SOBRE ESTA CIUDAD
ESCRITAS Á SUS HIJAS

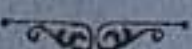
POR

Eduardo Caro

A. M. D. G.



GRATIS



MADRID.
Tipo-litografía de Francisco Terceño.
BENEFICENCIA NÚM. 2.
1892.

2H-7 i

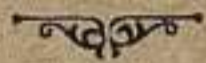
FA - 300

C

SEVILLA

87.11.

(E.I.B.)



CARTAS SOBRE ESTA CIUDAD

ESCRITAS Á SUS HIJAS

POR

Eduardo Caro

A. M. D. G.



MADRID.

PATRONATO

Tipo-litografía de Francisco Terceno.

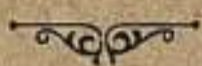
BENEFICENCIA NÚM. 2.

1892.

A-I-42



Sr. D. Antonio Peña y Entrala



Mi querido compañero y buen amigo: El grande afecto que te profeso y otros muchos motivos que callo, me mueven á honrar esta publicación poniendo tu nombre en lugar privilegiado.

Dirigidas á mis hijas las cartas que contiene para que algún tanto conocieran la gran valía de la ciudad de Sevilla, mi pátria, me has dicho que no sería ocioso que otras personas también las leyeran, alentándome á sacarlas á luz y allanando dificultades que yo creía insuperables.

Acepta, pues, la expresión de mi afecto con esta pequeña muestra de él.

Eduardo Caro

Madrid 6 de Febrero de 1891.

Mis queridísimas viajeras: Sabéis que me quedé en la estación de Córdoba para regresar á Madrid en el tren que se cruzaba con el en que ibais á Sevilla. Llegó aquel y me entré en el primer wagón que á mano vino, donde no encontré más viajero que un señor de esos que parece hablan poco, y por tanto me llené de tranquilidad, pues vuestra separación me había afectado y no tenía ganas de conversación. Empezamos, sin embargo, la marcha, y apenas esto se verificó díjome aquel caballero, que según luego supe se llamaba de apellido Martínez:—¿Viene V. también de Sevilla?—No; le contesté: he venido acompañando hasta aquí desde Madrid á mi familia, de la cual forma parte una hija querida que va á aquella ciudad, su país natal, á ver si recobra la salud perdida á causa del clima poco sano de la Corte: pero soy de Sevilla.—Entonces le será á V. muy conocida esa ciudad.—Solo algo, le repliqué; porque hace treinta y dos años que no la visito —Pero sabrá V. que es población de primer orden; que está situada al Sur de la Península, entre los 36° 9' 32 y 38° 5' y 27 de latitud, y entre 0° 52' 12 y 2° 37' 15 de longitud occidental del meridiano de Madrid.—Mire usted; tengo tanto aborrecimiento á los números, por haber sido Contador general y ahora empleado en el Tribunal de Cuentas, que solo nombrarlos me dá horror; y ello es en tales térmi-

nos, que cuando mi esposa me encarga ajuste alguna cuenta, aunque sea la de la criada, me echo á temblar: ¡qué será, pues, con esos 36 grados, etcétera, de que V. me ha hablado!

El Sr. Martínez no hizo caso de mi observación, y continuó:—Tiene de extensión su provincia 442,40 leguas cuadradas, ó sean 1.371,440 kilómetros, igual á 2.229,706 fanegas. Confina por el Norte con Badajoz, por el Este con Córdoba, por el Sur con Málaga y Cádiz, y por Oeste con Huelva. Sevilla es una bellísima ciudad rodeada de quintas, huertas y naranjales en gran profusión. Sus grandes murallones romanos tenían ciento sesenta y seis torres: quince eran sus puertas: hoy sus calles pasan de setecientas, por más que muchas son verdaderos callejones; pero estos son tan misteriosos y aparecen tan llenos de melancólica poesía, que suplen lo que les falta en anchura con lo que les sobra de encanto y dulce atracción. Sus jardines y los patios de sus casas son aun de mayor mérito que los celebrados de Córdoba, Málaga y Granada: sus aguas son muy buenas; su clima, suave; su ambiente perfumado; su luz, resplandeciente; y nada hay como su cielo, cuyo azul no tiene rival y cuya contemplación eleva el alma á la altura en que está el Todo-poderoso Dios que lo creó. Los arrabales de Sevilla son nueve: sus edificios grandiosos, infinitos: muchas sus Iglesias, y casi todas verdaderas obras monumentales de reconocido mérito. No me desmentirá V.; porque recordará la catedral, de orden gótico; el alcázar árabe, restaurado por D. Pedro el cruel; la casa Ayuntamiento, preciosa creación del gusto pla-

teresco; el palacio Arzobispal; la Lonja, hoy consulado; la Aduana; el palacio de San Telmo, antes colegio de marina y después morada de los Duques de Montpensier, su—(¡Oh! dije yo para mí; este hombre me va á volver loco con tanta charla, cuando yo le creía sin palabra. Pero, sin embargo, saqué la cartera y empecé á tomar bajo la capa estas apuntaciones, juzgando que podrían seros provechosas)... Su palacio de Medinaceli, llamado casa de Pilatos; la que fué Colegiata del Salvador; los Hospitales de la Sangre, de la Caridad, de los Viejos y de los Venerables; sus Hospicios y la casa de Expósitos; sus teatros, sus cuarteles, su Universidad, la Plaza de toros, la Fábrica de tabacos, todo ello y mucho más, la hacen digna de ser visitada. Yo he sido muy feliz efectuándolo.—

Tomó un poco de aliento y prosiguió:—Allí han nacido Rioja, el poeta admirable; Velázquez, el incomparable pintor; Murillo, el divino; en nuestros días el cardenal Wiseman, y antes Daoiz, el héroe del 2 de Mayo de 1808, y Lópe de Rueda, actor y escritor ilustre, y Mateo Alemán, el del Pícaro Guzmán de Alfarache, y Juan de Malara, y Argote de Molina, autor de la Nobleza de Andalucía, y el castizo Herrera, y D. Rodrigo Caro, el escritor de sus antigüedades, y Ortiz de Zúñiga, y el traductor de los Salmos González Carvajal, y D. Alberto Lista, y Santa Justa y Rufina, y los hermanos San Juan y San Adolfo, y San Hermenegildo; y no continúo, porque sería no acabar jamás.—

Yo me felicité de que hubiera puesto punto á su narración, porque con su retaila y el andar

del tren iba algún tanto mareado; pero el punto era para párrafo aparte, pues prosiguió diciendo:

—Sevilla se hizo notar poderosamente durante la guerra de César: hizola Augusto colonia romana; los vándalos se posesionaron más adelante de ella, siendo Alarico el primer rey que la ocupó. Más tarde, San Hermenegildo fué rey de la misma á su vez, quien murió mártir de la fe en el sitio donde se halla la Iglesia de su nombre. Los árabes se apoderaron de esta ciudad en la época de su venida á España, habiéndola reconquistado San Fernando: todo lo cual compendiosamente se contenía en una lápida que hasta hace medio siglo estuvo colocada sobre la puerta de Jeréz, donde se decía:—«Hércules me edificó,—Julio César me cercó—de muros y torres altas,—y el rey santo me ganó—con Garci Pérez de Vargas.»

—Muy bien, amigo; muy bien por esa cita, le añadí: ¿pero qué barrios eran aquellos nueve de que V. me hizo mención; porque yo los estoy recordando y no saco tantos?—*La Macarena*, donde está el Hospital de las cinco llagas, vulgo de la sangre; *San Bernardo*, junto á la estación del ferrocarril á Cádiz, donde se halla la fundición de artillería, la pirotécnia militar y el Matadero; barrio famoso, por haberse bautizado en su Iglesia el diestro torero Francisco Arjona Guillén, conocido por Cúchares; su hijo político el malogrado Antonio Sánchez, el Tato, y otros muchos artistas de ese ramo tan en moda hoy; los *Humeros*, junto á la derribada puerta Real y á la estación del ferrocarril de Madrid; *San Roque*, junto á los caños de Carmona; *Triana*, de la

parte allá del río, que más que barrio es una grande población; la *Resolana*, la *Carretería*, y el *Baratillo*, que contienen la Maestranza de artillería, el parque de ídem, el Hospital de la Caridad y la Plaza de toros; y por último, *La Cestería*, con veintidos calles lo menos, donde está el solar del antiguo convento del Pópulo, hoy cárcel, y donde se ha labrado una de las mejores vías de Sevilla, la de los Reyes Católicos.

—En él creo recordar que nació mi madre, (repuse yo, asomando una ligera lágrima), ó al menos, viviendo por esos contornos, contrajo matrimonio, pues lo verificó en la parroquia de la Magdalena: me es, pues, barrio muy querido, aunque hasta ahora no ha tenido gran importancia.—Así será; pero lo que me apunta V. es cosa propiamente suya y no general de Sevilla, que es de lo que iba hablando; por lo cual no ha debido interrumpirme —Yo entonces, un poco amostazado, le añadí:—Sea; pero allá va una noticia que de seguro V. no sabe y que se relaciona con ese barrio. Había en él una casita en cuyo portal, como decimos en Madrid, ó zaguán, cual en Sevilla llaman, se daba culto á la Santísima Virgen Maria pintada en un cuadro de regular mérito y ante la cual ardía siempre pequeña lamparilla de aceite, costeadá con mil privaciones por los pobres moradores de aquella casa. Sobrevino una riada del Guadalquivir, de esas que tantas veces han asolado los extramuros de Sevilla, llegando las aguas en la Cestería á la altura casi de los balcones. Descolgóse por sí solo ese cuadro y la lamparilla adjunta con el

ímpetu de aquellas. Fueron ambas cosas sobrenadando algunas calles, y derecho el cuadro y la lamparilla sin apagarse, estuvieron tres días de aquí para allá. La gente gritó milagro, sin cesar asomada á las ventanas y con asombro extraordinario: bajaron las aguas, según era consiguiente, la imagen portentosa fué disputada porfiadamente por muchas comunidades religiosas para colocarla en el altar mayor de sus Iglesias. A la sazón acababan de venir de fuera unos frailes para establecer en la ciudad convento, y el Arzobispo cortó las disputas adjudicándosela á ellos, bajo la razón fundadísima de que ante la casa que habitaban habían venido á posarse el cuadro con su lamparilla, lo cual calificó de señal de la voluntad de Dios en el asunto. La casa mencionada fué convertida en suntuoso convento llamado del Pópulo, que usted habrá visto por fuera, pues pocos quieren entrar á visitarlo por ser en la actualidad prisión carcelaria.

—Dios nos libre de ella, repuso Martínez; y como me entusiasma tanto Sevilla, continuaré lo que estaba relatando. Tiene muchas plazas, siendo las más importantes la del Triunfo, donde se canta un Te Deum el día 1.º de Noviembre de todos los años, en acción de gracias por no haber destruído la ciudad cierto terremoto, y las de San Fernando, San Francisco, Ponce de León, Duque, Gaviria, Museo, Cardenal Lluch, Atarazanas, San Bartolomé, Santa Cruz, donde estuvo la Iglesia de su nombre conteniendo las cenizas de Murillo, Victoria, Altozano, Salvador, Pacífico, Mendizabal, Argüelles, Pumarejo, San Lo-

renzo y Pilatos. Sus ferias más notables son las renombradas de los días 18, 19 y 20 de Abril, en el prado de San Sebastián; la de San Miguel; la de Navidad; la del calzado viejo; la de los pájaros; la de los Jueves; la de caballerías; la del Rastro, y la del Boquete; y sus veladas, como si dijéramos en Madrid verbenas, San Agustín, San Lorenzo, Virgen de los Reyes, de los Angeles, San Bernardo, San Roque, Santa Ana, San Juan y San Pedro, el Carmen y San Antonio. En Sevilla hay también romerías, al Rocio y al Cristo de Torrijos, muy dignas de no olvidarse

Por broma le interrumpí diciéndole: — ¿Y cuantos relojes tiene?; mas sin desconcertarse me contestó:— Los públicos son catorce: San Pablo, la Catedral, el Ayuntamiento, la Universidad, San Marcos, San Lorenzo, Plaza del Duque, San Telmo, Fundición de Artillería, Fábrica de tabacos, Plaza de Abastos, San Roque, Capilla del Puente y la Cartuja. El de la catedral, ó mejor dicho su torre, es el más notable; obra de un lego franciscano de apellido Cordeiro, tal vez no tenga rival. En esa torre hay 25 campanas, y en Sevilla 25 parroquias; por lo cual cantan:— «Veinticinco parroquias— tiene Sevilla,— y veinticinco campanas— su Giraldilla.»

— Mucha es la memoria suya, le repliqué; pero apesar de esto no ha hecho mención de otra plaza que juega papel importante en las antiguas costumbres sevillanas descritas por el inmortal Cervantes.— Si V. se refiere á la plaza del Salvador, de que habla la novela Rinconete y Cortadillo, citado la hé y no preterido. ¿Cual

es, si no?—La del Maese Rodrigo, junto á la puerta de Jeréz, donde de mano maestra en el coloquio de los perros Cipión y Berganza, cuenta éste lo siguiente.... «Más alto picaba mi amo; otro camino era el suyo: presumía de valiente y de hacer prisiones famosas. Un día acometió en la puerta de Jeréz él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiera ayudar en nada porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me tenía de día, y de noche me le quitaba); quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo: así se entraba y salía por las seis espadas de los rufianes, como si fueran varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente; él quedó en mi opinión, y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, como un nuevo Radamante, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jeréz hasta los mármoles del colegio del Maese Rodrigo, que hay más de cien pasos; dejólos encerrados y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al Asistente, que si mal no me recuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Saucedá. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si digeran: aquél es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del día, y la noche nos halló en Triana, en una calle junto al

molino de la pólvora, y habiendo mi amo avizado (como en la jacara se dice) si alguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas y todos desabrochados: y uno que debía ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la mano y en la otra una copa grande de taberna, la cual, colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía. Apenas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos y todos le brindaron, y él hizo la razón á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condición afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Querer yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en la mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecían esgrimiendo las manos, los vocablos tan esquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes; y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con la circunstancia del retirarse y

dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego al contado, con todo cuanto Monipodio dijo que había costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos.»

—Señor Caro (repuso Martínez), ¿sabe usted que me alegro de no haber hablado de esa plaza, á la cual por cierto ahora dicen calle, pues me ha proporcionado el gran placer de recordar á Berganza, que como sevillano, aunque perro, me fué siempre muy simpático? En verdad que Cervantes no debía ser llamado el príncipe de los ingenios, sino el rey; pues tan á las mil maravillas lo escribió todo, y á todo, hasta al habla de dos perros, dió tan singular mérito y tan preciosa dicción.—

En esto gritaron ¡Alcolea, un minuto!, y fué interrumpido el diálogo. Yo también concluyo esta ya larguísima carta.

II

Reanudando Martínez su relato, añadió:— Vengo, sin embargo, entristecido; porque uno de los motivos de mi visita á Sevilla era disfrutar de la hermosura y grandiosidad de su Catedral, de aquel templo notabilísimo que antes de ser construído ya había sido gráficamente retratado por uno de sus canónigos, diciendo cuando se deliberaba respecto á cómo debía hacerse: «fagamos una Iglesia tal e tan grande que los que la vieren acabada nos tengan por locos;» y este templo por desgracia lo he encontrado cerrado casi todo á mis miradas, á causa de la ruina reciente de su cimborrio y del hundimiento

de algunos de sus principales pilares, para cuya reconstrucción se ha colocado un andamiaje fenomenal, acoderándose todo con una especie de pinar que llega hasta sus últimas naves y á lo más alto de todas ellas. Solo al rededor lo he visitado, así como el patio de los Naranjos, junto al cual está la célebre puerta del Lagarto, llamada así por el gran vicho de este nombre que cuelga del techo ante ella; objeto en tiempos anteriores de cuentos y leyendas, pero hoy cosa sin oscuridad, pues todos ya saben que es el signo de la *prudencia*, cual lo es de la *justicia* la vara de hierro que está adjunta, de la *fortaleza* el colmillo de elefante que allí también cuelga, y el bocado y las riendas de caballo próximos, de la *templanza*; virtudes cardinales que todos los cristianos debemos tener, y más al penetrar en las Iglesias donde se rinde culto al Dios de los ejércitos que es tanto cual decir de *Sabaot*.

—Yo, ya tan charlatán como Martínez, porque todo se pega, y más lo malo, le interrumpí diciéndole: ¿pero qué es aquello de haber allí una puerta tras otra?—Muy sencillito; que la primera es la árabe de la mezquita sobre que casi vino á construirse la Catedral existente; cuya puerta árabe, con acierto no común, se quiso conservar para muestra de belleza; y la segunda, después de pasada aquella, es la gótica correspondiente á la Catedral; por lo cual, si V. se ha fijado, recordará que esta gótica se halla más á la izquierda, por la necesidad de uniformar las líneas del templo de que forma parte.—De lo que me acuerdo es de la llamada del Perdón, también de esa mezquita, y por la cual se sale del patio

de los Naranjos á lo que llaman gradas, y frente á la que estaba antiguamente el arquillo de la seda: puerta preciosísima, que podría llamarse de filigrana, si no fuera porque su actual nombre lo tiene por un Santísimo Cristo ecce-homo que le es inmediato en capillita enverjada, donde á millares se acinan ex votos de plata y luces infinitas en ofrenda de milagrosas protecciones de ese Señor del Perdón. Cuando á esta puerta llegaban los sentenciados á azotes por la justicia, (yo los ví siendo niño) el verdugo guardaba bajo el brazo la penca de suela con que los daba, siéndoles perdonados en este lugar los correspondientes, ya por raro privilegio, ya por devoción digna de alabanza, ó por costumbre piadosa que me complazco en referir.

—Compensado empero he quedado, prosiguió Martínez, de no ver bien la Catedral con la subida que hice á su gigantesca torre, llamada la Giralda por su giratoria estatua de la fe que la sirve de remate: torre verdaderamente *fortísima*, como dice una de las inscripciones de su segundo cuerpo construido después, y que edificada en el año 1000 por el moro Hever autor del Algebra, conserva su gallardía de modo tan extraordinario y sus ángulos de escuadra perfecta de manera tal, que parece acabada de labrar: ¡oh qué ajimeces aquellos! ¡qué rampas ó cuestas de pendientes tan suaves para subir treinta y siete metros! No dudo que á caballo lo verificara la reina Isabel la Católica. ¡Y qué campanas después! ¡Sevilla; esta joya te bastaría por sí sola para hacerte célebre: yo te bendigo: tus hijos no te conocen y por eso no saben apreciarte: yo,

extraño á tí, que no obstante te he estudiado, admiro tu inmenso valer!—

Detúvose Martínez breve instante, y continuó:—Del reloj que está en esa torre, ya hemos hablado algo; y solo añadiré que substituyó al que antes había, colocado en 17 de Enero de 1400, el cual fué el primer reloj público que se conoció en España.—

Yo creía á Martínez miópe, y así pues le pregunté con sorna: ¿pero qué efecto hizo á usted la vista que se descubre desde arriba?—¿Qué efecto? Desde allí, lo primero de que me hice cargo fué de la inmensidad de la población sevillana; después, del Guadalquivir serpenteando con sus aguas coloradas desde Cantillana á cuatro ó cinco leguas arriba de la ciudad, hasta más allá de Coria y próximo á la llamada Isla, ó sea otras cuatro ó cinco leguas río abajo; otra vez cerca el puente de Isabel II como el Carroussel de París, construído con armazón de hierro sobre pilares de granito; el barrio de Triana del lado allá de él: más á lo largo, por todas partes, el campo de la hermosura, que así puede llamarse el de Sevilla, cuajado de preciosos caseríos imitando blancos mosaicos sobre verde fondo; y en último término, dibujadas en lontananza, las sierras, y qué se yo qué más... Todo ello hecho por Dios omnipotente para que el hombre comprenda su inmensidad, y de rodillas le adore en este altar de su grandeza. Señor, sí: tú hablaste y se hizo lo que quisiste: ¡cuán grandes son, oh Dios, tus obras y cuán infinita tu misericordia, que á esta humanidad tan ingrata se lo pusiste

todo en las manos para que te pagase cual te paga olvidándose de tí!—

Calló Martínez, envolviéndose en una especie de meditación profunda que me pareció síntoma de silencio; y como al revés de cuando le conocí, ahora no quería que callase por no perder sus lecciones, traté de sacarle de su estupor diciéndole:—He observado que cuando mienta V. al río de Sevilla se contenta con nombrarle Guadalquivir y no añade río; ¿es costumbre suya ó hay algo en ello de razón?—Una y muy atendible existe en efecto: *Guad*, en árabe, significa río, y *alquivir*, grande; por lo cual si al vocablo Guadalquivir añadiésemos río, resultaría dos veces esa frase; lo cual es aplicable al *Gua-daira* que está cerca de la ciudad por la parte de Alcalá, al Guadiamar, cerca de Pilas y Aznalcázar, y á todos los ríos que conservan sus nombres árabes.—

Y eso de Aznal debe ser cosa así también; porque Aznalfarache, Aznalcollar, Aznalcázar, con el mismo principio en el vocablo, algo significarán.—*Aznal* quiere decir Castillo, y por consiguiente Aznalfarache es tanto como Castillo de Farach, etc., etc.; y esto expuesto, voy á continuar mareando á V. con mis empezadas narraciones. Desde la torre había visto una especie de tinajas inmensas ó botellas gigantescas del lado allá del río y frente á la estación de los Humeros, que no eran otra cosa que las chimeneas de la fábrica de loza de la Cartuja, y quise visitar este establecimiento fabril fundado por D. Carlos Pikman, primer marqués de este título y uno de los comerciantes de más fama en Se-

villa por su corarón generoso, su riqueza y su actividad. Murió este señor en el año de 1884, y á él consagro mi más sentido recuerdo; debiendo añadir que es establecimiento puesto á la mayor altura por sus adelantos, y reputado entre los extranjeros como el principal de Europa.—Yo me asocio, le manifesté, al sentido recuerdo que V. consagra al Sr. Pikman; no le traté personalmente, pero no puedo olvidar que dotó á Sevilla con una nueva industria que ha proporcionado trabajo asídúo á muchos operarios durante largos años, y que ha venido á convertir las toscas vasijas que labraban en barro Santa Justa y su hermana Santa Rufina, en preciosos objetos de transparente china y en inquebrantables vajillas de duro pero precioso también y bellísimo pedernal.—Lo que no me dijeron cuando hice esa visita á la Cartuja, es por qué se llaman así todos los monasterios que como éste pertenecieron á la orden religiosa fundada por San Bruno; aunque me manifestaron que el de que voy hablando se denominaba de Santa María de las Cuevas anteriormente; que lo fundó D. Gonzálo de Mena, Arzobispo que fué de Sevilla; que allí estuvo enterrado treinta años, ó sea hasta 1536, el célebre Cristóbal Colón; que tenía ó tiene su torre cierta campana apellidada «Espanta albures,» y otras particularidades tales como que albergó bellísimas esculturas de Pedro Duque Cornejo, y una sillería de gran mérito hoy existente en la Catedral de Cádiz, competidora de la que todavía hay en esa Cartuja perteneciente al Coro de los legos; y que en 1526 visitó esta Cartuja Car-

los V, en 1570 Felipe II, en 1624 Felipe IV, en 1823 Fernando VII, en 1862 Isabel II, y en 1877 Alfonso XII; lo cual no me causó extrañeza dada la grandeza que tal monasterio tendría según las muestras que quedan en su portada y en su actual capilla, donde resalta preciosa estatua de alabastro representando á la Virgen Santísima.—

Pues yo se lo diré á V. por haberlo leído en la vida de San Bruno. Es porque el primer terreno que á este Santo célebre le fué proporcionado para labrar monasterio se denominaba *Cartuja*; terreno que le concedió San Hugo, Obispo de Grenoble en Francia: á la manera que también el primero en que labró convento San Francisco de Asis se llamaba *Porciúncula*, de donde le vino el nombre al Jubileo principal de Nuestra Señora de los Angeles, patrona de los frailes franciscanos. (Y como yo me hallaba contajado por el ejemplo de Martínez, seguí relatando.)—San Bruno era catedrático en la Universidad de París, y tenía por colega á un señor llamado Odon de Novara, hombre piadosísimo en el sentir de todos y en igual sentir reputado de virtuosísimo también. Murió, recibidos los Santos Sacramentos, y al hacérsele las exequias de cuerpo presente, en el momento de decir el clero la lección del oficio de difuntos que empieza *Responde mihi* «contestame» el cadáver levantó la cabeza exclamando, «*por juicio de Dios soy acusado.*» Con el natural terror se dejaron los oficios para el día siguiente, en el que ya asistió á ellos infinidad de espectadores. Se entonó el cántico, y al llegar al mismo ren-

glón volvióse á levantar la cabeza del muerto diciendo: «*por justo juicio de Dios soy juzgado.*» Se acrecentó con esto el espanto, y de nuevo fué todo suspendido, designándose el próximo día para el oficio y sepultura. Multiplicados los testigos del acto, se dió otra vez principio al funeral; y cuando fueron pronunciadas las mismas palabras, *Responde mihi*, otra vez levantó Odon la cabeza y con voz aterradora exclamó: «*por justo juicio de Dios estoy condenado; dejad toda clase de oraciones en mi favor.*» Presente San Bruno, llenóse de impresión profunda, y determinó dejarlo todo en el mundo y retirarse á un lugar desierto para hacer duras penitencias que le dieran esperanza de conseguir la dicha de ganar el cielo con la práctica de verdaderas virtudes y no aparentes piedades. Propuso á otros seis sujetos, también presentes á la relatada escena, que le acompañasen asociándose á sus propósitos santos; hicieronlo así éstos, y tales siete estrellas, como los vió San Hugo, fueron el principio de esa orden austera, porción distinguida del rebaño del Señor y gloria de la religión católica.

—Cuando hice esa visita á la fábrica de Cartuja, me volví en un bote dejándola atrás con sus enormes chimeneas cenizas, las cuales asemejan grandes hormigueros rodeados de mimbres, pues gruesos troncos de esos árboles clavados en la orilla del río para centralizar la corriente le dan aquel aspecto: á la izquierda descuella la estación del ferrocarril, y sigue el puente del de Huelva, cuyo color plomizo parece deberse al esfuerzo de mantenerse firme con-

tra las aguas con la ayuda de sus puntos, sus columnas y su red de hierro: otra vez á la derecha el barrio de Triana, lleno de maravillas, con su torre de la Iglesia de la O en primer término, torre modesta, azul y blanca, con su cruz de hierro y sus perinolas enrojecidas, melancólica y como triste, (así está mi corazón, murmuré yo entre dientes), bella viejecita que lanza al río la amorosa mirada de un ser que va á hundirse no lejanamente en los brazos de la muerte. A la izquierda de nuevo la fábrica de Portilla, espaciosa y de mérito, en el terreno en que V., señor Caro. vería cuando era joven los célebres palos de Segura en depósito; palos que en balsas dirigidas por pocos hombres arrastraba la corriente del Guadalquivir desde 60 leguas atrás hasta ese punto, y que en algunos desbordamientos de este río no han parado hasta llegar á su misma desembocadura, cerca de la barra de Sanlúcar. Más allá la pescadería. Luego, enfrente el otro puente igual al Carroussel de que hice mención, como un titán de la Mitología bajo cuyas piernas andan buques de altos mástiles. Después... —Pero no pude menos de interrumpir á Martínez exclamando: no me lo recuerde V.: yo oí en él por última vez, la voz de un alma llegando á mi alma que me dió el adios postrero como á hombre ingrato á quien se perdona; y solo nombrar este puente me causa grande mal: con razón el cielo ha puesto en nosotros la conciencia y el remordimiento para castigo de toda falta...—

Martínez sin hacerme caso prosiguió:—Después descuella la Catedral con su alta Giralda,

y la Iglesia de Santa Ana enfrente, y la *Torre del Oro* por medio, á cuyos piés desembarqué... Título merecido, aunque no lo guarde yá, por su mérito y sus recuerdos; pues fué construída por los árabes con doce lados, y aún en ella parece oirse la dulce voz de Doña Aldonza Coronel, dama bellísima á quien allí tuvo encerrada el rey D. Pedro I de Castilla, no por delito alguno ni venganza, sino en guarda y como nido de amores. Lo que no sé es quién fué esta Doña Aldonza. ¿V. tiene antecedentes de ello? —Si, señor; le contesté: dicha dama fué esposa de un D. Alvaro Pérez de Guzmán, personaje nobilísimo que seguía el partido contrario al referido D. Pedro el Cruel, y fué preso por éste. Doña Aldonza, con el temor de que le privaría de la vida por aquel hecho, acudió á pedirle perdón; consiguiólo, pero á costa del quebrantamiento de su fidelidad conyugal; por lo que arrepentida luego lloró infinito el pecado, entrando, al enviudar, de religiosa en el convento de Santa Inés, fundado por su hermana Doña María Coronel, donde llegó á ser su segunda prelada. Y ya que estamos ocupándonos de D. Pedro, se me ocurre preguntarle si ha visto V., señor Martínez, su cabeza. —¿Qué cabeza, hombre? en tal caso querrá V. decir su calavera; y ni aun eso, porque de toda aquella fiereza no restan más que cenizas funerales, encerradas por cierto en una cajita cubierta de antiguo terciopelo y como de una media vara, la cual está en la bóveda que hay bajo el altar de San Fernando en la capilla de los reyes de la Catedral, donde descendí por favor de un señor

canónigo ó capellán. Allí están también otras cajitas, conteniendo una de igual modo las cenizas de D. Fadrique, á quien mandó matar el D. Pedro á pesar de ser su hermano de padre; habiendo reunido la muerte á los que tan separados estuvieron sobre la tierra. Cosas providenciales, como lo fué que á su vez D. Pedro muriera á manos de su otro hermano D. Enrique.—

No hablo á V. de su calavera, ni de sus cenizas, sino de la que en Sevilla se llama la cabeza del rey D. Pedro.—No, no la he visto, ni de eso me he cuidado; porque más bien que á sucesos y leyendas, mi afición es á lo artístico y monumental: V. parece que está por las dos cosas; hable pues y desembuche. Pero hemos parado en Villafranca, según el letrero de la estación. Al andar volveremos á tratar de nuestra Sevilla.—

III

Pues bien: allá en una calle que suele ser camino desde la Catedral á la Alhóndiga, se halla incrustada en la pared, á la altura de los balcones principales, coronada estatua de piedra representando de pechos arriba al D. Pedro I de Castilla, siendo de ello sabido origen lo siguiente. Reinando el mismo, entablaron pelea á muerte cierta noche dos valerosos sujetos en ese sitio, matando el uno al otro: se escandalizó la ciudad con el suceso, y con tal motivo mandó llamar D. Pedro al Asistente, Alcalde ó lo que fue-

ra, á fin de prevenirle que el delito no podía quedar impune y así le increpó:

—¿Conque en medio de Sevilla amaneció un hombre muerto y no venís á decirme que está ya el matador preso?

—Señor, desde antes del alba en que el cadáver sangriento recogí, varias pesquisas inútilmente se han hecho.

—Más pronta justicia, alcalde, ha de haber donde yo reino; y á sus vigilantes ojos nada ha de estar encubierto.

—Tal vez, señor, los judios, tal vez los moros, sospecho...

—¿Y os vais tras de las sospechas cuando hay un testigo y bueno?

¿No me habéis alcalde dicho que un candil se halló en el suelo cerca del cadáver? basta: que el candil os diga el reo.

—Un candil no tiene lengua....

—Pero tienela su dueño, y á moverla se le obliga con las cuerdas del tormento.

Y vive Dios que esta noche ha de estar en aquel puesto, ó vuestra cabeza, alcalde, ó la cabeza del reo.—

El rey temblando de ira del sillón se alzó de presto, y el juez alzóse de tierra temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia
y otra después, y otra luego,
salióse á ahorcar á Sevilla
para salvarse resuelto.

El Asistente prendió á una vieja que vivía
en la casa de donde parecía haber caído al sue-
lo el candil susodicho, trájola á la vista del le-
cho del tormento existente en la Sala de jus-
ticia, y

—Mujer, prorrumpe el alcalde,
mujer, si vivir procuras,
declárame cuanto viste
y te dará Dios ayuda.

—Nada ví; nada, responde
la infeliz: por Santa Justa
juro que estaba durmiendo;
ni ví, ni oí cosa alguna.—

Replicó el juez—desdichada
piensa, piensa lo que juras:—
y tomando de las manos
del notario que le ayuda
un candil—mira, prosigue,
esta prenda que te acusa:
dí quien le tiró á la calle,
pues confesaste ser tuya.—

La mísera se extremece
trémula toda y convulsa,
respondiendo desmayada:
—«el demonio fué sin duda.»

I tras una buena pausa,
—«soy ciega, soy sorda y muda;
»matadme, pues, lo repito,
»ni ví ni oí cosa alguna.»

El juez entonces, de marmol,
con la vara el lecho apunta;

áse una cuerda un verdugo;
rechina allá una garrucha.
La mano de la infelice
se disloca y descoyunta;
y al chasquido de los huesos
un alarido se junta.

—Piedad, que voy á decirlo,
grita con voz moribunda
la víctima; y al momento
suspéndese la tortura.

—Declara, el juez dice, y ella
cobrando un vigor que asusta,
prorrumpe:—«El rey fué» y su lengua
en la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos,
todos con la faz difunta
oyen tal nombre temblando
y queda la estancia muda.

Como el rey tenía ordenado que aquella noche había de quedar en el sitio del suceso la cabeza del reo ó la del Asistente, éste obtuvo de un peregrino griego, artífice en escultura, el busto de que tratamos: colocólo allí, lo descubrió en presencia del monarca, y en ese lugar continúa (el mismo ú otro semejante) para memoria, sin que deje jamás de celebrarse este acto de verdadera justicia; el cual demuestra que no siempre los que la administran son juguete de los hombres poderosos y ceden á determinadas influencias.

Del Candilejo la calle
desde entonces se intitula,
y el busto del rey D. Pedro
aún está allí y nos asusta.

—¿Son de V. todos esos versos? preguntóme Martínez.—No los he hecho nunca buenos, le contesté; son trozos de un romance histórico de

aquel en todos tiempos inspirado
poeta de D. Alvaro y Mudarra,
pintor también, y prócer y soldado,

según escribió Patricio de la Escosura; del duque de Rivas D. Angel de Saavedra, persona digna de gran loa, y á quien tuve grandísimo cariño. Ahora en Marzo se cumple el centenario de su nacimiento por cierto. Era uu cordobés que honra á su pátria, y Sevilla le debe no poco con esos romances históricos y su Don Alvaro ó la fuerza del sino. Murió en Junio de 1865, y no puedo menos de rendirle el debido tributo de afectuosísimo recuerdo... Pero hablando de otra cosa: ¿cómo me manifestó V. que no había visitado la Catedral, siendo así que hasta habajado al panteón que se halla debajo del altar de San Fernando en la capilla Real?—

Lo que dije fué que había encontrado cerrado á mis miradas *casi* todo el templo; porque por Oriente se halla abierto un trozo, y otro por Poniente. Así, pues, pude visitar la capilla Real que se halla situada en aquella parte, así como las capillas de la Virgen del Pilar, San Pedro, Concepción grande y Sacristía mayor; y por esta parte de Poniente las del Cristo de Maracaíbo, San Laureano, San Leandro, San Antonio y otras no menos importantes. Le diré por tanto alguna cosa de la primera y de la última, empezando por esta puesto que en la primera tengo que ser algo más extenso.—

—Me alegro, le interrumpí; porque en ella fui yo bautizado.—

—Usted, Sr. Caro, quiere siempre traer á cuento todo lo suyo, sin considerar que no hay peor cosa que el uso de la palabra *yo*, el cual revela falta de humildad y sobra de soberbia: ¿no aprende de mí, que aún no le he dicho de qué punto soy siquiera? Calle pues y oiga sin hacerme comentarios. Murillo, aquel pintor célebre que en lo espiritual no tiene competidor, fué encargado en el año de 1656 de hacer un cuadro que en esta capilla del Baptisterio fuese colocado para culto del Santo Antonio de Pádua. titular de la misma; encargo que realizó de la manera que V. habrá admirado tantas veces; es decir, con tal acierto é ideal belleza, que nadie hay, artista ni profano, que no caiga de hinojos ante aquél; los unos por conocer su inmensísimo mérito, y los otros por el fervor piadoso que inspira el ver descender, así como sueña, ver descender al niño Jesús á los brazos de San Antonio, quien en arrobamiento celestial se los abre, doblada la rodilla en tierra como esperando tan inmenso favor y gracia tan especial. No creo necesario detenerme en ponderar la hermosura del dibujo, la dulzura de las tintas ni la composición de tan preciosa obra: Tubino, que escribió un libro sobre Murillo, daría de todo amplísima razón: pero sí diré á V. que el 5 de Noviembre de 1874 se advirtió con asombro que mano digna de ser cortada había mutilado ese admirable cuadro, recortando de él la figura del Santo y llevándosela á países remotos. Qué espíritu maligno sugiriera ese delito

artístico y ese sacrilegio sin ejemplo, no hay precisión de indagarlo, así como tampoco sus causas, pues todos saben que el demonio es enemigo de lo bueno; pero como San Antonio es abogado de las cosas perdidas, y según su responsorio huye el diablo ante sus milagros, aconteció que en Nueva York fué ofrecida la parte de lienzo en cuestión á un Sr. Schans, sujeto apreciableísimo que no quiso ponerse á contribución de aquel príncipe de las tinieblas, y avisó, sin admitir recompensa alguna, á las autoridades consulares españolas; siendo recobrado el fragmento, el cual volvió á Sevilla antes del año y fué colocado en su sitio por el primer restaurador del Museo nacional D. Salvador Cubells con acierto tan extraordinario que ninguno dirá donde está la cortadura, ni siquiera acertará su cercano lugar... Ahora voy á ocuparme de la capilla Real, donde se halla el cuerpo momificado de San Fernando, tercer rey de este nombre en Castilla, y donde se halla la incomparable imagen en escultura de Nuestra Señora de los Reyes; aquella de la que un escritor moderno ha dicho razonadamente que la primavera le rinde sus flores, las aves sus cantos, las aguas sus ruidos deliciosos, los lírios sus perfumes, y la naturaleza en fin todos sus encantos y galanura. Esta capilla empezó á construirse tal como se encuentra en 7 de Septiembre de 1551 por el diseño y traza del maestro Martín de Gainza, al que sucedió Fernán Ruiz, y á este Juan de Maeda; es de gusto arquitectónico romano con fantasías platerescas, y....—

—Hombre, pare V. y dispéñseme: ¿á qué se

ocupa de eso si nadie ha de apreciar tales noticias? ¿no fuera mejor que hablara V. de San Fernando y de la Virgen, respecto á cuya imagen no faltará algo que quede en la memoria, y no de si tiene la capilla 81 piés de largo, 59 de ancho y 190 de alto hasta la linterna, con 87 el arco de entrada, que sería con otros semejantes pormenores lo que V. pensaba contarme? Yo voy tomando apuntes de lo que relata para transmitirselos á mis hijas, y á ellas nada importan tales pormenores artísticos; además que pueden consultar á Cean Bermudez en su descripción de la Catedral, y á la Guía de Gestoso, si sus aficiones van por ahí.—

—Bueno; hablaré sobre San Fernando y Nuestra Señora de los Reyes; y puesto que lo uno sin lo otro no puede enunciarse, allá van juntas ambas cosas. Fernando III, hijo de Don Alonso IX de León y de Doña Berenguela de Castilla, fué jurado y reconocido por rey cuando contaba dieciocho años de edad, en virtud de la generosa abdicación de la corona de Castilla que hizo en su favor dicha Doña Berenguela, allá en 1217. Apenas casado con Doña Beatriz de Suavia dos años después, ya empezó á prepararse para la guerra contra los infieles; pero hasta 1224 no entró de lleno en su empresa, por causas que no son del caso referir, máxime siendo notorio que su padre D. Alonso trató de ser contrario en diversas ocasiones á muchas de sus ideas y propósitos. Desquitóse sin embargo San Fernando de esta para él grande tardanza, apoderándose en solos cuatro años de Andújar, Martos, Priego, Loja, Alhama, Capilla, Salva-

tierra, Alcaudete y Baeza. Hizo después otro paréntesis con motivo de las dificultades que surgieron para ser coronado rey de León, y luego tomó á Ubeda (1234), y después á Córdoba (1236), donde rescató las campanas de la Iglesia de Toledo, llevadas allí en hombros de cautivos cristianos por mandato de Almanzor, que devolvió de igual modo á Toledo en los de los musulmanes. Más tarde se apoderó de Jaén, y de Zafra, y de Montoro, y de Osuna, y de Morón, así como de otras no menos importantes poblaciones de Andalucía. Ansioso, sin embargo, de realizar la alta empresa de ganar á Sevilla, púsole en ejecución, llegando á Alcalá del Río, unas dos leguas distante de esta ciudad. Ya allí, el 20 de Agosto de 1247 mandó marchar su ejército contra Sevilla, sitiándola en toda regla; pero por más que ayudado por el almirante Bonifaz logró cortar el puente de Triana, entonces de barcas, y con el valor de sus esforzados capitanes consiguió triunfos miles de la morisma, fué el caso que se pasaron quince meses sin consecución de resultado alguno, llegando las cosas á punto de perderse la esperanza del éxito en el intento. San Fernando, siempre lleno de ella y de la mayor fe, oró como ruega el creyente católico pidiendo el auxilio y protección de la Madre de Dios. Esta Señora se le apareció (según la tradición) y confortóle, dejando impresa en su mente imagen viva del semblante y majestad que tenía; por lo cual deseó dicho rey el poseer parecida escultura, á cuyo fin convocó artistas sin perder momento, juzgando que una vez hecha la imagen, todo quedaría allanado en la

conquista de Sevilla. Ninguno de ellos empero acertó en la ejecución; más cuando menos se pensaba presentáronse dos gallardos jóvenes ofreciéndose á llevar á cabo el trabajo en tres días únicamente, pero exigiendo apartado lugar en que efectuarlo, y á la vez formal promesa y solemne palabra de no ser interrumpidos por nadie ni aun del mismo rey. Pasáronse esos tres días sin que en la tienda de campaña señalada se oyera el mazo ni el escoplo, ni se hubiera visto entrar madera alguna para la ejecución, ni menos pinturas ni ingredientes; por lo cual considerose el tal ofrecimiento pesada broma y fea burla, digna de castigo. El rey quiso imponerlo á vista de sus capitanes y de gran número de soldados, para que su autoridad no quedase menoscabada. Entró en la tienda vivísimamente resuelto á ello; ¡pero cuanto no sería su estupor y su admiración al encontrarse con que allí los precitados jóvenes no estaban, y sí solo la efigie de María Santísima tal como la había visto en su oración fervorosa! De rodillas cayó ante ella, y de rodillas todos los acompañantes, elevando al cielo acción de gracias por tan singular prodigio; y más al ver que no se hizo tardar la entrega de la ciudad, cuya entrega tuvo lugar el 23 de Noviembre de 1248, día de San Clemente, haciéndose la entrada triunfal en 22 de Diciembre del mismo año de 1248.

La historia y las artes en vano han tratado de estudiar si esta imagen no fué obra milagrosa, buscando indicios de si perteneció á San Luis rey de Francia y primo de San Fernando por una flor de lis que parece tener grabada en

(3)

un pié, ó si procedió de otra mano que la de los mancebos desaparecidos. A ambas cosas ha sucedido igual que al capellán real ó capitular que por curiosidad quiso, siglos atrás, cerciorarse del mérito interior de la escultura: que han quedado á oscuras de toda luz Y en efecto; ¿cómo dudar de la maravilla obrada, cuando basta mirar el rostro deslumbrador de la Virgen de los Reyes para estimarla escultura angelical y no terrena? ¿cómo....—

Ahora me estoy acordando, le interrumpí, de una preciosa poesía á esta Santísima Virgen compuesta por Doña Isabel Cheix, que puede servir de remate á la interesante narración de V., Sr. Martínez: de esa poesía quiero oiga sinó los siguientes versos:

¡Oh Virgen de los Reyes,
madre querida,
esperanza y consuelo
del alma mía.

Cándida estrella
que alumbras con tus rayos
toda la tierra!

A tus sagradas plantas
vengo llorando;
compadece María
mi triste llanto.

Piedad te pido,
solo por tí mis penas
tendrán alivio.

.....
¡Oh Madre de los reyes
divina aurora
de los valles del cielo

blanca paloma!

 Mi ruego atiende
y tus ojos piadosos
hacia mi vuelve.

—¡Siempre interrumpiéndome V., aunque por oír esos versos lo he ahora celebrado! Concluiré pues diciendo, porque llegamos ya al Cárpio, que tras Sevilla ganó San Fernando nuevas ciudades, como Sanlúcar, Jerez y Cádiz; muriendo el jueves 30 de Mayo de 1252 como si fuese el mayor pecador del mundo, siendo cual era glorioso confesor de la fe y modelo de virtudes y Santidad. Su cuerpo incorrupto, que V. muchas veces habrá visto en los días 30 de Mayo y 23 de Noviembre, lo comprueba y testifica á los ojos materiales; su canonización, hecha por Clemente X en 1371, á los del alma; y nada más añado, sino que en su Real capilla, al lado de la epístola, conforme se entra, está el sepúlcro de su esposa Doña Beatriz, y al del Evangelio el de su hijo D. Alonso el Sabio, autor del Código titulado Las siete partidas, el poeta de las cántigas, el matemático de las Tablas, y el dador á Sevilla de su escudo *no madejado*.—

IV

Desde aquí á Pedro Abad, no hay más que 5 kilómetros: (dije á Martínez al salir del Cárpio) ¿me permite V. que los aproveche hablando-le de otra capilla importante de la Catedral, que por estar en lo cerrado no ha visto? Es la llamada de Nuestra Señora de la Antigua, donde se halla la pintura mural más preciosa que us-

ted puede imaginarse, representando á la Virgen Santísima con su divino hijo Jesús en los brazos.—

Con tal, me respondió, que V. no caiga en el defecto que empezó á criticarme, de ocuparse de piés de altura, etcétera, hable lo que quiera; y si de paso y para entretenimiento puede relatar alguna leyendita, cual acostumbra, que se refiera al asunto, se lo agradeceré; pues ahora conozco que sin ellas cansan mucho las descripciones de los monumentos artísticos.—

Pues voy á comenzar, si bien sobre lo último no sé si me acordaré de algo. La capilla en cuestión, dedicada á Nuestra Señora de la Antigua, está situada al lado de la epístola, en la última nave de las cinco que constituyen la Catedral y haciendo ángulo al crucero junto á la puerta denominada del reloj ó de San Cristobal. De ancha capacidad y con dos puertas, una principal y otra lateral que ostentan rejas de cierto mérito, tiene un retablo ó altar de dos cuerpos, formado con mármoles de la sierra de Morón, en el primero de los cuales descuella dicha imagen soberana con majestad encantadora. Su origen es remotísimo, pues á la invasión de los árabes ya existía en el anterior templo. Se halla pintada la Virgen de pié, con vestiduras blancas que, matizadas de flores, resaltan en un extenso campo de oro y hemosean su bella forma. En el brazo izquierdo sostiene á su divino hijo Jesús, y en su diestra mano tiene una rosa encarnada que parece ofrecerle; coronando su alba frente vistosa diadema, en la cual están grabadas con caracteres romanos las palabras del Angel, «*Ave*

María, gratia plena, dominus tecum.» Su estatura es de dos varas y dos tercias, altura que daban los pintores griegos y romanos á sus dioses, y costumbre observada en el estilo bizantino, el cual aparece aquí en todo su esplendor. Vense á la terminación de la imagen dos ángeles en actitud de coronarla, y más alto aún, otro que desciende con una faja en sus manos y en la cual están otros caracteres no legibles ya. A sus piés y en el lado izquierdo, descúbrese la figura de una mujer, cuya pintura indudablemente ha sido adicionada con mucha posterioridad, y dicen representa á Doña Leonor, esposa del rey Fernando el de Antequera, quien antes de salir á ganar esta población vino á poner en sus manos tal empresa. Y por cierto que se me olvidaba decir que el tierno niño señala al cielo con los dos primeros dedos de su mano derecha, y que en la izquierda tiene un pajarito, al que parece comprimir suavemente para que no se escape. En lo demás de la capilla están, ó estaban porque creo haber leído que en ella hubo ha poco cierto fatal desastre además del general de la Iglesia catedral de que forma parte, el sepulcro del Cardenal D. Diego Hurtado de Mendoza, hermano del conde de Tendilla que se lo costeó, hecho por Miguel Florentín, padre del autor del célebre monumento que se coloca en el trascoro durante el Jueves Santo; y otro sepulcro del Arzobispo Salcedo, con figuras nada comunes. Abundaban allí además cuando yo residía en Sevilla buenísimos cuadros de autores de mérito, así como en la sacristía (donde recuerdo famosa pintura del divino Morales); y había lám-

paras de plata con grande profusión, y cuanto puede revelar el mayor culto y la mayor veneración á tan celestial Señora. Ante ella vino una noche á hacer oración atravesando la ciudad y guiado por espíritu angélico, el mismo San Fernando cuando la sitiaba; empresa que parece inverosímil, pero que sus crónicas dan por cierta ciertísima, además de la tradición; con la particularidad de que de vuelta al campamento hubo de perder la espada, siendo la ausencia del mismo especial motivo para que creyeran los capitanes principales y su familia que la desaparición había sido debida á malas artes de los moros sitiados ó á otra causa semejante, por lo que se tocó á rebato y todo se puso en pié de batalla.—

Corta ha sido la leyenda, Sr. Caro, me dijo Martínez—y yo le repuse—la leyenda irá enseguida, y en jácara á lo divino, por más que el asunto exija otra cosa. Es de Julio Monreal, compañero mío qué fué, y está premiada en cierto certamen. Allá va lo más sustancial, previniéndole que en este estilo y sobre asuntos semejantes tienen escritas otras jácaras Lope de Vega y otros poetas; en virtud de lo cual no debe desoírse esta.

.....

No es cosa de tres al cuarto
lo que vamos á contar;
que entran muy pocas en libra
de tamaña gravedad.
Hable Sevilla por mí,
que no me dejará mal,
desde su Torre del Oro

á su Giralda sin par.
¡Qué bien hizo aquel Alcides
que debió ser un jayán,
en buscar pan de trastrigo
por aquella vecindad!
¡Y otro, sí, Don Julio César,
valeroso capitán,
en afeitar con murallas
á dama tan principal!

Por eso cuando el vinagre
condesito Don Julián
á los cánes de Mahoma
nos vendió como percal,
pronto mudaron sus bártulos
á tan insigne ciudad.

Los cristianos que tenían
allí su casa y hogar,
no estimaron la atención
si á decir voy la verdad;
y lo hicieron cueradamente
según luego se verá.

En la *Virgen de la Antigua*
que es famosa si las há,
tenían los sevillanos
cifrada su vanidad;
porque era Virgen de chapa,
quiero decir, sin igual.
Pero mis señores moros
sobre si aquí ó acullá,
y verdes las han segado
la mañana de San Juan,
un día en que no se catan
lo echaron todo á rodar,
porque tuvieron el hipo

de adquirir la Catedral.

Según se antojó Abdelásis
en cinta debía de estar,
pues en un decir Jesús
quiso cumpliesen su plan;
pero al entrar en el templo
los hijos de Satanás
un resplandor que la Virgen
les regaló singular,
les hizo dar tumbonazo
cual si agraviando el Corán
y de lo caro engullendo
largos azumbres de más,
zumbasen por las ermitas
mosquitos del mostagán.

Hecha entonces un veneno
su perruna majestad,
mandó la Virgen del muro
más que á la posta borrar;
mas la imagen, ¡trompojélas!
apenas borrada está,
sin dársese ni dos higas
se aparece en la mitad.

Vuelta al borrón, y la Virgen
vuelta á salir, y tres más,
porque dió tres esquinzos
al enmahomado can;
que viendo era aquel cuento
cuento de nunca acabar,
haciendo correr un muro
de los de canto y de cal,
dejó la imagen *per istam*
de aquel paredón detrás.

Cayó este paredón sin embargo, á su propio

impulso durante el cerco, lo cual se tuvo como señal de entregarse Sevilla inmediatamente. Verificose esto así y la mezquita volvió á ser templo cristiano, trasladándose finalmente el paredón referido al lugar en que hoy está ostentando tan preciosa imagen, en el año 1578 (18 de Noviembre).

Todo el que tiene una angustia
¡quién no tiene una aflicción!
busca su paño de lágrimas
en su inagotable amor:

y es fama que nunca en balde
ninguno le suplicó....

Mas supuesto que en harina
nos metemos de rondón,
al fin contaré su milagro
mas que lo aprueben ó no.

Pues, señor; hubo en Sevilla,
y dá fe la tradición,
una vieja, fruta fácil
en Sevilla ó el Mogol.

De muy mala catadura
y desalmado valor
tenía un hijo, que por malos
de sus pecados parió,
y en las galeras del rey
pudiera ser un doctor.

Una noche en que á dormir
el tragacantos volvió
cuando estaba en el Oriente
á cuatro dedos el sol,
hallando el portal cerrado
en el horno se metió,
porque era su madre hornera

teniendo esta profesión.
A poco después la vieja
sus tareas empezó,
y encendió el horno en que el otro
dormía como un lirón;
quien no pudo ya salir
al despertarle el calor.

Aquí de pedir al cielo
milagrosa protección,
la madre, porque era madre,
y él, por lo del asador.
Aunque no lo merecían
el cielo los escuchó,
pues fray Diego de Alcalá
que pasaba á la sazón,
con solo orar á *la Antigua*
la llamarada apagó.

—Algo de esto me contaron (replicó Martínez) cuando pasé por una calle llamada del Horno de las Brujas; no sé si por creerse que allí aconteció ese sobre natural suceso.—Así dicen; y puesto que la estación de Pedro Abad aparece, termino con unos versos escritos por otra persona que también ha cantado las glorias de Nuestra Señora de la Antigua, y cuyo contenido recomiendo á V.

Si algún día la providencia os condujera
en busca de consuelo y poesía
hasta pisar del Betis la ribera,
no olvidéis visitar de Andalucía
esa joya sin par do se venera
la sacrosanta imagen de María;
esa sin precio perla sevillana
que fué el terror de gente musulmana.

Id á verla; y en cnanto vuestros ojos su majestad contemplen y su brillo cercado de augustísimos despojos y de inmortales obras de Murillo, estático caeréis puesto de hinojos las manos juntas y ademán sencillo exclamando: «¡oh imagen verdadera; curad de nuestras almas la ceguera!»

V

—Ustedes los sevillanos, exclamó Martínez al salir el tren de Pedro Abad, siempre han de mezclar en todo asunto el nombre de Murillo para darse tono con él; pero á veces, cuando se les pregunta algo de este pintor suelen contestar con el acierto que lo hizo un cicerone que me estaba explicando en la Catedral de Granada lo que consideraba digno de ello, y al llegar á un cuadro notable que representaba á Santiago, nuestro patrón español, habiéndole yo dicho «¿y qué fué este Santiago?» me repuso: «¡toma! ¿no lo vé V.? sordao:» palabras que me produjeron grande irritación, por lo cual con acento fuerte le repliqué: «ni fué sordao, ni soldado, ni hay noticias de que se hubiese nunca montado á caballo ni en burro, como no lo hiciera en hombros de V.;

cuya réplica me valió la dúplica graciosa (porque jamás falta gracejo á los andaluces) de que me repusiera: «otros lo serán más, pues niegan lo que están viendo: V. vé á Santiago á caballo y niega que se hubiese subido en alguno.»—Si vamos á ese terreuo, Sr. Martínez, le repuse, tam-

bién me ha acontecido el caso de que un peón de la Catedral de Sevilla á quien pregunté qué estátuas en bronce eran las que tiene en su parte alta el famoso tenebrario de Morel, me manifestara que «*las tres Marías:*» á lo cual tuve que exponerle que «*entonces serían las catorce;*» porque catorce ó quince eran las figuras á que yo le aludía. Así pues, para que no caiga yo en el pecado de esos cicerones cuando me pregunten algo de Murillo, infórmeme de él cuanto le plazca; si bien teniendo presente que el autor de esa octava que le recité no es sevillano, ni siquiera andaluz que yo sepa: es Eusebio Anglora, y la escribió para el referido certamen; sino que deja de ser generosa toda persona que no ensalza á los grandes hombres que han dado gloria á su pátria ganando la inmortalidad con sus obras.—

Díjome entonces Martínez con acento pronunciado:—Bartolomé Esteban Murillo nació en Sevilla á fines del año de 1617, siendo bautizado el 1.º de Enero de 1618 en la Iglesia de Santa María Magdalena. Sus padres fueron Gaspar Esteban Murillo y María Pérez; en cuya atención resultando que el Esteban lo llevaban igualmente sus antecesores, creible es que no fuera este su segundo nombre sino apellido; por lo cual el docto Cean Bermudez, en su Diccionario histórico de artistas españoles, lo consigna por tal apellido Esteban Murillo y no por este último. Dichos sus padres por lo que se colige, eran de condición humilde; razón por la que Murillo pasó su juventud ignorado y en la más triste oscuridad, sin que haya más noticias

suyas de esa época que la de que fué colocado en casa de Juan del Castillo, su pariente lejano, para aprender el arte de la pintura, quien casi de caridad le dió las primeras lecciones del en que había de adquirir fama tan eterna. Castillo dibujaba correctamente, pero no podía enseñarle más que este correcto dibujo y el colorido seco y frío que habían importado de la escuela florentina Luis de Vargas, Pedro Villegas y algunos otros; motivo por el cual abandonado casi á sí mismo Murillo, y pobre y sin protectores, se constituyó en artista de pacotilla, ó sea en pintor de cuadros hechos á la ligera, que vendía por docenas á los comerciantes que iban á América, y cuyo producto invertía en los gastos necesarios para su subsistencia. Hombre sin embargo de genio sin segundo y cristiano sin tacha, que frecuentaba Iglesias y conventos para orar y estudiar, sus Vírgenes asombraban, fuesen de Guadalupe ó de la Concepción, y su pincel se veía ir en progreso, dulcificándose el colorido dado á las primeras obras que ejecutara y desapareciendo poco á poco la frialdad que aquel tuviera. Además, al llegar á la edad de veinticuatro años, la providencia le depuró á Pedro de Moya, que volvía de Lóndres á Granada, llevando á esta su pátria el buen gusto y la brillantez de los colores de Van Dick; á vista de cuyas obras sintió el mayor entusiasmo, á la vez que conoció necesitaba de alto maestro que le dirigiera para llegar á la cúspide del arte en que casi instintivamente había hecho los anteriores progresos. Decidió, pues, marchar á Madrid en busca de Velazquez; ejecutó ese propósito sin demora, (por

cierto que á pié atendido carecer de recursos para otra cosa) y presentóse á aquel célebre pintor á poco más de un mes después de su salida de Sevilla, pidiéndole lecciones, y no la protección que otro cualquiera en su lugar le hubiera demandado, porque Murillo siempre buscó saber y ciencia, nunca encumbramientos ni fortuna.

Velazquez estaba en el apojeio de ésta, lo cual suele producir cierto desapego á los demás; pero sin embargo, al ver á su paisano y conocer la capacidad de su talento artístico, acogióle benévolutamente, le proporcionó modelos donde estudiar, y le dió aleccionadores toques en sus trabajos, así como consejos no menos útiles. Dos años estuvo Murillo recibiéndolos, y á la vez estudiando en sus obras al Ticiano, á Rubens, á Van Dick y á Ribera; mas cuando iba ya tomando la tierra, según se dice, y empezando á ser conocido por su aplicación asídua y su mérito, he aquí que determina volverse á su Sevilla, lo cual verificó en el año de 1645.

En ella, triste es decirlo, nadie se había apercebido de su ausencia; así fué, que al aparecer en el año siguiente sus famosos tres cuadros pintados para el convento casa grande de Nuestro Padre San Francisco «*El monje en éxtasis,*» «*Las limosnas de San Diego*» y «*La muerte de Santa Clara*» el pasmo fué grande, admirándose todos de los adelantos infinitos de este pintor, en cuyas obras brillaba un nuevo estilo lleno de atractivos y tan magistral que reunía las maneras de Van Dick, de Ribera y de Velazquez, superando casi á cada una por la mezcla de todas ellas.

Tuvo por esto compañeros como Valdés Leal y Herrera el jóven, que le hicieron guerra con grande empeño; pero su mérito le hizo triunfar y ya en 1648 empezó á adquirir posición más desahogada, obteniendo en matrimonio la mano de Doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor, dama noble y dicen que rica, natural de Pilas, junto á Aznalcázar, de quien tuvo varios hijos; D. Gabriel, comerciante después en las Indias occidentales; D. Gaspar, canónigo que fué de la Catedral de Sevilla, y Doña Francisca, monja en el convento de Madre de Dios. Ninguno le heredó no obstante en la práctica del arte en que fué tan sublime maestro.

Incansable en el trabajo, al mundo entero llenó de sus obras inmortales, sin que haya Museo nacional ni extranjero, ni colección pictórica, ni Iglesia principal, ni palacio de reyes, ni casa de potentado donde no se admiren casi á docenas y no ocupen el primer lugar y el más privilegiado sitio los cuadros de todo género que pintara. Su gran genio jamás declinó sin embargo, sino que siempre fué en aumento; y así como en sus asuntos místicos, en sus retratos y en sus paisajes superó á los pintores más celebrados, sin que fuera tampoco el tamaño de los cuadros obstáculo que le hiciera titubear en ejecutarlos, según lo atestiguan su *Concepción* grande pintada para el referido convento de San Francisco (ahora existente en el Museo provincial) y el «*Milagro de la multiplicación de los panes y los peces*» para el Santo Hospital de la Caridad, y el «*Moisés tocando en la peña para que brotase agua,*» el cual está frente de aquel en la Iglesia

de este Hospital; cuyas extensiones son tan notables como poco comunes, pues llenan casi las paredes laterales de la misma.

Y por cierto que cuando he visto ahora estos dos últimos cuadros en esa Iglesia, me he acordado mucho del otro inimitable que también pintó para tal establecimiento benéfico y se halla en la Academia de San Fernando de Madrid sin razón legítima, pues se le llevaron los franceses y porque fué rescatado diplomáticamente se ha quedado allí y no ha sido devuelto á su dueño. Usted, Sr. Caro, conocerá esa grande obra y habrá saboreado con frecuencia sus perfecciones por residir en la Corte con gran perseverancia. ¿Qué le parece?—

Yo, amigo mío, no sé decirle más sino que es digno de la santidad de que quiso Murillo hacer ostentación en Santa Isabel, reina de Ungría: aquellas sus dos manos preciosísimas sobre la cabeza del niño tiñoso á quien con blanco cendal mojado en hermosa jofaina de reluciente plata limpia la podredumbre y la miseria; aquel leproso que más abajo se está quitando los trapos que cubren la llaga de su pierna para entrar en turno y vez de curación igual; aquel otro muchacho que más lejos se rasca con ambas manos cabeza y seno esperando lo mismo; aquel tullido de las muletas; aquella mujer sentada que parece esperar también; y aquellas doncellas ó servidoras con el jarro del agua y con la bandeja de las medicinas en sus manos; y aquella otra testigo cuya cabeza asoma entre tales servidoras ó doncellas, son lo más admirable y lo más acertado que mirada humana puede

contemplar: y nada digo de la cara de la Santa, cuyos compasivos ojos se dirigen á la mujer sentada, porque hasta las largas pestañas de ellos parecen moverse á su abrir y cerrar. Yo creo que con el importe de este cuadro le debió bastar á Murillo para enriquecerse y ser poderoso.

—Por él le dieron 16.840 reales; por el del milagro de pan y peces 15.975, y por el Moisés 13.300. Murillo no era ambicioso ni de los que se pagan de sus trabajos.—

¿Y cuanto le dieron los frailes de San Francisco por la Concepción? Yo alcancé la época en que ese gran cuadro estaba colocado en su lugar, que era lo más alto de la Iglesia de aquel convento: y por cierto que no recuerdo qué anécdota me contaron respecto al particular los mismos frailes, pues era muy niño cuando la oí.

—El tanto no lo sé, pero el suceso sí; el cual fué, que al ver de cerca los religiosos aquel cuadro tan descomunal donde los ojos de la Virgen parecían casi ruedas de molino y donde los demás detalles aparecían oscurecidos ó emborronados á manera de pintura hecha con brochas de pintor de puertas, sin recortes en las figuras y sin perfección ostensible, se llamaron á engaño y pusieron mil dificultades para la admisión. Murillo al oír esto, pacientemente mandó tirar un poco de las cuerdas preparadas para subir el cuadro; subió en efecto algunas varas del suelo, y ya adquirió cierta especial belleza; los frailes entonces le manifestaron que le darían la mitad de lo ajustado; ordenó tirasen más, y el cuadro

subiendo en altura y con ella en perfección llegó á su sitio, desde cuyo lugar mirado resultó obra acabadísima é inapreciable, por lo cual concluyó todo regateo y pidiéronle perdón, y Murillo se lo otorgó, pues no era hombre de rencores ni vengativo. Si en el Museo provincial de Sevilla donde ahora, según apunté, existe la obra en cuestión, se elevase pues á mayor altura, parecería más hermosa: no se pintó para tan bajo, y parece mentirá que se hayan desentendido de este suceso.—

¿Y sabe V., Sr. Martínez, que al ver esa Virgen y otras, y todas las de tan inmortal pintor, no he podido nunca explicarme cómo siendo tan naturalista y conservando tanto realismo y verdad las haya revestido de aquella expresión de espiritualismo que tienen?

—Yo le diré el por qué, replicó Martínez, con palabras de un señor abogado de Sevilla, D. José María Asensio y Toledo, que leí en ciertas memorias de la Academia de Santo Tomás de Aquino. «Eso se debe á su cristiana inspiración. Murillo estudió la fisonomía de las mujeres meridionales. Se apoderó de la belleza de sus líneas, de la gracia de sus ojos, de la lánguida expresión de sus actitudes, de su belleza, y de cuanto encantador encontrara en sus modelos; y animando aquellos rasgos con esa inspiración cristiana y fundiéndolos en el crisol de su fe, les quitó cuanto de humano tuvieran, y las revistió de expresión pura, candorosa y sencilla, haciéndolas tan celestiales y divinas, que arrebatan y elevan el alma á la vez. Hablan á ésta, y no á los sentidos: nada para ellos, todo para el

espíritu...» Y porque basta de esto, terminaré con referirle que siendo ya muy entrado en años fué encargado de pintar el cuadro del casamiento de Santa Catalina para el convento de Capuchinos de Cádiz, y ejecutando allí esa obra cayó del andamio, según cuentan, á la manera que Miguel Angel cayó del suyo en el Vaticano; por lo cual regresó á Sevilla, donde falleció el 3 de Abril de 1682, ó sea á los sesenta y cuatro años y tres meses de edad, siendo enterrado en las bóvedas de la parroquia de Santa Cruz, hoy convertida en plaza, merced á la impiedad con que los ejércitos de Napoleón el llamado grande miraron todo lo nuestro.—

Callado quedó Martínez, pero yo le saqué de su silencio diciéndole.—Por lo que veo, aún estamos á la mitad del camino de Pedro Abad á Montoro que son once kilómetros: ¿no sería pues bueno, ya que la conversación ha ido á parar á tanta altura, y ya que se ha hecho mención de Velazquez, que habláramos también algo de este pintor?—

Ya lo creo, contestó Martínez; pero eso toca á V., porque como en Sevilla tan poco ó nada de él existe y en Madrid siempre he estado de prisa ó muy ocupado, no podría á mis anchas tratar lo suyo cual lo he hecho con Murillo.—

Sí, lo verificaré yo; pero á la manera que el cicerone de Granada y el peón de Sevilla, porque en artes soy ignorante y no menos en biografías. D. Diego Velazquez de Silva fué hijo de D. Juan Rodríguez de Silva y de Doña Jerónima Velazquez. Nació en Sevilla en el año de 1599, siendo bautizado en la parroquia de San Pedro

el 6 de Junio del propio año. Dedicáronle sus padres á los estudios clásicos, al latín y á la filosofía; pero á los pocos años desistieron de ello, porque viendo la natural propensión que tenía al arte pictórico, pues más se cuidaba de dibujar en los cuadernos y libros que de leer su contenido, determinaron que entrara en la escuela de Herrera el viejo, tan famoso por la rudeza de su carácter como por la facilidad de su pincel. Dulce por su parte Diego de Velazquez, no podía acostumbrarse á los arranques irascibles de su maestro, motivo por el cual dejó bien pronto el estudio de este pintor, entrando en el de Francisco Pacheco, quien por el contrario era de finos modales, nada común escritor y muy entendido en muchas materias. Aplicándose Velazquez como ninguno de sus condiscípulos, no tardó, cual era consiguiente, en ser el favorito de este su maestro, quien le comunicó cuantos secretos del arte poseía, «encantado, según confesado tiene, de su virtud, buenas costumbres, »y bellas cualidades;» y no contento aún con ello, le otorgó más adelante la mano de su hija Doña Juana, de la cual se había enamorado Velazquez. Este, siempre en el camino que conduce á la inmortalidad, se consideró, sin embargo, en la necesidad de tomar lecciones de otro gran maestro: la naturaleza; y empezó á estudiarla sin descanso, copiando con cuidado minucioso todas sus obras, desde el insecto casi invisible hasta el hombre, y desde el polvo de la tierra á lo más alto de los cielos; por cuyo camino llegó andando el tiempo, á esa increíble verdad que es rasgo característico de sus obras va-

liosísimas y de su inimitable estilo. Estudiando á la vez las pinturas que venían de Italia y de Flandes, y sobre todo las de Luis Tristán, que por sus finas tintas y su delicadeza estimó sobre toda ponderación superiores á lo que había conocido, fué apartando de sí la sequedad y dureza que sus primeros trabajos pudieran tener, por más que todavía con esto no se dió por satisfecho ansiando colocarse en la cúspide del saber y de la gloria.

Para adquirir ambas cosas en el superior grado que deseaba, determinó pues marcharse á la Corte, cuyo viaje verificó en la primavera de 1622, contando unos veintidos años. Madrid acogióle con cierto entusiasmo, y con especialidad el sumiller de cortina D. Juan de Fonseca y Figueroa, su compatricio; habiendo estado estudiando sin el menor descanso cerca de un año, al finalizar el cual volvió á Sevilla para levantar casa y despedirse de amigos y ciudad.

En su segundo viaje á la Corte le acompañó Pacheco, presintiendo su gloria y su fortuna y queriendo presenciárla; no habiéndose engañado, pues las primeras obras de Velazquez ya le evidenciaron hasta tal punto, que Felipe IV, el rey de las artes, por una cédula de Abril de 1623 le puso á su servicio, le encargó su retrato, mandando guardar los que hasta entonces le habían hecho, y más tarde le nombró su pintor de cámara, ujier de la misma y su aposentador mayor. Sus sueldos, que al principio consistían en veinte ducados, crecieron hasta mil, sin contar el precio de sus obras; y su privanza con el rey llegó á ser tanta, que éste mandó hacer lla-

ves para entrar en su estudio sin aviso ni preparación.

Esta privanza no alteró, sin embargo, el carácter recto ni las buenas costumbres de Velazquez, y mucho menos le llenaron de vanagloria: tampoco le hizo flaquear en su amor al trabajo y al estudio; así fué, que al venir el célebre pintor Rubens á la Corte y aconsejarle marcharse á Italia á estudiar los grandes maestros, pidió al rey licencia para efectuarlo; la cual le fué concedida sin demora, con dos años de sueldo por gratificación; yendo á Venecia primero, donde estudió al Ticiano, á Tintoreto y al Veronés, y después á Roma, donde estudió á Miguel Angel y á Rafael de Urbino. Aquí mereció, debemos consignarlo, el honor de que el Papa Urbano VIII le alojara en su Vaticano; habiendo regresado á la Corte de España á principios de 1631, para encerrarse de nuevo en su estudio casi para siempre; pues solo volvió á salir para retratar al Papa Inocencio X, y para aposentar en la isla de los Faisanes á María Teresa de Austria, hija del Felipe IV, la cual fué allá para contraer matrimonio con Luis XIV de Francia.

Este viaje produjo á Velazquez enfermedad de muerte, falleciendo en Madrid el 7 de Agosto de 1660, ó sea á los cincuenta y nueve años y diez meses de edad, abrazado á su mujer Doña Juana Pacheco, quien solo le sobrevivió siete días. Ambos fueron enterrados en la parroquia de San Juan, tampoco existente ya como la de Santa Cruz de Sevilla donde fué sepultado Murillo: y nada más tengo que narrar sino que

Velazquez acertó en todos los géneros de pintura como nadie ó muy pocos lo han hecho, pintando con igual éxito la historia que el paisaje, los retratos á pié que á caballo, el hombre como la mujer, los niños como los viejos, los animales como las flores, y el cielo como la tierra. Todos cuando se paran á contemplar por ejemplo el cuadro de la visita de San Antón á San Pablo hermitaño, exclaman por eso «como esto no hay nada; ¡qué paisaje tan admirable y qué encanto de soledad!» Y van después al de las Hilanderas, y tienen que confesar que aún vale más. Pasan al de la Fragua de Vulcano, y al ver que el candente hierro casi les quema, aseguran que supera á todos. Miran la Rendición de Breda, y tienen que afirmar que hasta oyen el ruido del campamento. Se detienen ante los Borrachos, y estiman que es cosa sin igual. ¿Y el de las Meninas? Ante este, Lucas Giordano solo pudo tartamudear á Carlos II: «Señor, esta es la Teología de la pintura; no cabe más.» Pero no seguiré; porque sería el cuento de nunca acabar ir nombrando más obras de ese autor sin segundo, y me impondría la obligación de alabar su mérito inmensísimo, el cual á todos es notorio.

—Está bien, añadió Martínez; por más que ha hecho V. mal en callar que Felipe IV, al ver la perfección de ese cuadro de las Meninas, en que Velazquez se retrató, retratando á la Infanta Doña Margarita, á las meninas y á los dos enanos Nicolasito Pertusato y Mari Barbola, con el paciente perro que aguanta el pisotón de éste; al ver, repito, la gran composición de tan inimitable cuadro, en el que la luz, las sombras,

el dibujo, el colorido y cuanto contiene es portentoso, con razón exclamó: «una falta tiene, quiero corregirla;» y tomando el pincel de las manos de aquél, lo mojó en el color rojo y pintó sobre su pecho la cruz de Santiago; ennobleciéndole así de manera mejor que con cédulas escritas en pergamino y con papeles que contuvieran su real firma. Hizo perfectamente, pues, Rousseau en llamar á Velazquez el pintor de la naturaleza y de la verdad, y Moratín el pintor del aire; siendo lo sensible que vaya uno ahora á visitar la casa donde nació tan grande é inmortal genio, en la calle de la Gorgoja, núm. 8, y no la vea metida en hurna de plata; y que en Madrid se hayan perdido sus cenizas, y la posteridad no le haya consagrado estatua todavía ni monumento alguno, grande ni chico, cosa que deplorar debemos.—

Si vamos á eso, le repuse, consuélase V. con que hasta se ha perdido la noticia de cuál fuera en la calle de las Tiendas (hoy de Murillo) la casa en que nació éste; y que aún no esté aclarado si falleció en la de las Teresas, número 8, ó en la plaza de Alfaro, número 2.

—Este es pecado que los españoles, por nuestra incuria proverbial, estamos cometiendo á cada paso. Perdónenos Dios de él, y para que yo no sea de los más delincuentes, ahora al salir de Montoro narraré las casas en que vivieron algunos sevillanos dignos de memoria. Tal vez, andando el tiempo, evitará esta noticia que se pierda toda idea de donde estaban situadas, como se ha perdido de infinitos más.

VI

Amigo Martínez, (díjele al salir de Montoro,) ya puede empezar á cumplir lo que me ha ofrecido; y hágalo en primer lugar de la casa en que nació el célebre Lópe de Rueda, tan famoso actor como autor de comedias. Yo me adjudico el honor de haber nacido también en ella, y por eso solicito que sea la primera que V. mencione.

—Lópe de Rueda vió la luz en la calle de los Bateojas, segunda casa á mano izquierda entrando por la calle del León, antes denominada Rositas. Los padres del mismo eran batidores de oro, ó sea de esas hojas que sirven para dorar los marcos de los cuadros, los altares de las Iglesias y los cantos de los libros. El número de la casa ha sufrido muchas variaciones, y por esto no es necesario citarlo dando tales señas. No querrá V. saber más, ¿eh?

Y ya que estoy en ese barrio, le diré que en la próxima calle de los Vizcainos, ahora denominada de Fernández y González, nació el popular novelista D. Manuel Fernández y González, fallecido no ha mucho tiempo en Madrid, y cuya viuda, según he leído en la sección de anuncios baratos de *La Correspondencia de España*, anda mendigando socorros para subsistir é implorando caridad hasta de los oficiales peluqueros, pues días pasados me dijeron al afeitarme: «hoy las propinas son para la viuda de Fernández y González.» Y por cierto que nada dí por causas particulares, cayendo yo también en el pecado de la indiferencia á sus miserias y olvidando los

buenos ratos que la lectura de las obras de su esposo me hizo pasar en lejano tiempo.—

Sí; es mucha España esta (le contesté). Y luego, así que trascurran veinte años, se acordarán de él para levantarle una estatua, y todos irán de frac á la ceremonia, y hasta habrá alguno que derrame su lagrimita, etcétera.

—Hombre, así sucedió cuando el 11 de Enero de 1887 se hizo, según me contaron, el simulacro de colocar la primera piedra de cierto monumento que pensaron erijir á otro sevillano ilustre (Gustavo Adolfo Becker) en un espigón cerca del río junto á la puerta de la Barqueta, monumento con el cual no he podido topar por más esfuerzos que he hecho; gracias que en la calle del Conde de Barajas, número 22 se ha colocado una lápida consignando que allí nació, y por ello pude conocer esta particularidad; sinó, me quedo sin ver nada suyo.

En esta calle así mismo, núm. 11, vivió don Francisco de Zapata, Conde de Barajas, el cual, allá por los años de 1574, realizó la mejora trascendental de convertir en paseo hermosísimo llamado de la Alameda de Hércules, la laguna ó pantano que en ese recinto existía. Dásela este nombre por la estatua de ese Dios mitológico que corona uno de los dos monólitos que tiene á su entrada, siendo la del otro monólito de Julio César, emperador romano. Esos monólitos, ó sea una sola piedra, son de magnitud admirable, y allí fueron llevados desde la calle de los Mármoles, donde se encontraron; siendo opinión general que pertenecían al templo de Hércules que estaba en lo que hoy es Iglesia de San Nico-

lás ó bastante cerca. Al lado opuesto de esas columnas existen otras dos, pero no de una pieza; y muy próxima había una cruz que según la tradición se colocó allí para perpetuar la memoria del mayor de los hechos heroicos que yo he leído.—

Cuéntelo V. Sr. Martínez, porque tras tantos años como estoy ausente de Sevilla, de él he perdido el recuerdo.

—Contra el ya citado D. Pedro I de Castilla, habíase levantado en armas, siguiendo parcialidades contrarias al mismo, un D. Juan Alonso de Guzmán, noble personaje de Sevilla. D. Pedro no pudiendo echarle mano, prendió á la madre de aquél, Doña Urraca Osorio. Esta no se sabe qué diría, pues sin algo de culpabilidad, no es creible por mente humana que la cosa llegara á lo que llegó; siendo lo cierto que fué mandada quemar viva, para cuyo acto bárbaro se levantó una hoguera en el lugar donde estaba la mencionada cruz. Empezaron á arder los maderos, y las llamas arremolinaron el viento, alzándose con ello las ropas de tan noble dama. Esto dió ocasión á gritería y sarcasmos de los espectadores de la ejecución, quienes siempre son el mismo público que toma á fiesta semejantes horribles privaciones de la vida. Entonces, una doncella de Doña Urraca, cuyo nombre de Leonor Dávalos debía estar gravado con letras de oro en la lápida de la generosidad, al ver que su señora no podía valerse, por tener atadas las manos, ni tapar su desnudez, hácese paso prestamente, corre á la hoguera, entra en ella, cubre á la víctima con su cuerpo, y no contenta aún,

se abraza á la misma, pereciendo quemada también, para ejemplo de lo que puede un vivo afecto y el respeto de ciertos seres á determinadas personas. En San Isidro del Campo, á una legua corta de Sevilla, están sepultadas las cenizas de ambas respetables mujeres; pudiendo verse en la losa sepulcral una como figura de esta servidora sin igual, lo que es dable comprobarse por cualquiera que vaya á Santiponce ó á Itálica.

Pero continuaré lo de las casas notables, porque de ello nos hemos separado mucho.

El Duque de Rivas, de quien ya hablamos, vivió largo tiempo en la calle de Jesús, número 6.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos, siendo oidor de la Audiencia, en igual número 6 de la que ahora lleva su apellido; casa en la cual también vivió y murió el renombrado escritor de antigüedades de Sevilla D. Juan de Loaisa.

D. Juan Nicasio Gallego vivió en el año de 1820, siendo canónigo de la Catedral, en la casa número 13 de la calle de D. Remondo, espaldas del Palacio arzobispal.

En la calle de Fabiola, número, 5 nació el Cardenal Wiseman el 3 de Agosto de 1802, quien falleció en Lóndres el 15 de Febrero de 1865. Se le puso este nombre de Fabiola por la novela de tal título que escribió.

Fernán Caballero, ó sea Doña Cecilia Bolh, que publicó bajo aquel nombre las suyas, en la casa número 14 de la calle que se denomina de Fernán Caballero.

El Beato Juan de Ribera, en el número 6 de la calle de los Abades.

El venerable Fernando de Mata en la calle de Feijóo, número 3.

El venerable Fernando de Contreras, en la casa inmediata á la Iglesia de las monjas de la Encarnación, ó sea en el número 1 de la plaza del Triunfo frente á la Catedral.

Baltasar de Alcázar, el célebre poeta de la *cena*, en el número 6 de la calle de los Alcázares.

El almirante D. Antonio Ulloa, el de las *observaciones astronómicas*, en el número 1 de la que ahora lleva su apellido.

Juan de Arguijo, inimitable poeta del siglo XVI, en el número 2 de la de su apellido también

La estrella de Sevilla, Doña Estrella Tavera, en el 23 de la de Bustos Tavera.

D. Diego Ortiz de Zúñiga, analista de Sevilla, en la de Cervantes, número 12; calle en que también vivió y murió D. Alberto Lista y Aragón, casa número 17.

El Marqués de Mina, conquistador de Niza y Saboya, en la del Coliseo, número 1.

En la del Conde Negro, número 34, el de estas señas Juan de Valladolid á quien los Reyes Católicos hicieron Juez.

Juan Martínez Montañés, el escultor sin segundo, en la que hoy lleva su apellido; habiendo fallecido el 18 de Julio de 1649, en la que se llamaba Cruz de la Parra, ahora trayecto entre la del Almirante Ulloa y la plaza del Museo.

Rafael Calvo nació en la calle del Sacramento, número 13.

Benito Arias Montano, el incomparable Teó-

logo que tanto honró á España en el Concilio de Trento, en la calle del Rosario número 10.

Santa Teresa de Jesús vivió en la calle de Alfonso XII, junto al convento de la Asunción, ahora capilla protestante (¡si existiera, cuanto se escandalizaría!); y también en la de Zaragoza (antes Pajería) número 66, donde han colocado una lápida consignándolo.

El Marques de Cádiz, D. Rodrigo Ponce de León nació y murió en el que fué Palacio de los duques de Arcos y después de los del Infantado, hoy colegio de PP. Escolapios en la plaza de Ponce de León.

D. Luis Daoíz, el héroe del 2 de Mayo en Madrid, nació en una casa ya destruida de la Plaza de la Gavidia.

D. Miguel Mañara, fundador del Hospital de la Santa Caridad, en la casa número 3 de la plaza de San Bartolomé.

D. Félix José Reinoso, poeta modelo y autor de la Inocencia perdida, vivió en la casa número 3 de la plaza de Alfaro.

La Española Inglesa, en la calle de Santa Paula, casa que está enfrente del compás que da entrada á la Iglesia.—Pero no continúo ni prosigo, porque veo que se va V. durmiendo Sr. Caro, con tan larga relación de calles y viviendas; aunque ahora empezaba casi, porque Sevilla tiene tantas casas como recuerdos. Ustedes los Sevillanos son siempre los mismos; bostezan cuando se habla de cosas que á los extranjeros despiertan. ¡Y luego blasonan de amor pátrio y de saberlo todo!—

Hombre, contesté á Martínez, no se enfa-

de V.; era que como me habló de la cena compuesta por el poeta Alcázar y no he comido desde hace muchas horas, iba enjaretando en mi memoria esa composición á ver si se me quitaban las ganas; pero no estaba dormido, y la prueba es que la última casa que mencionó usted fué la de la Española inglesa. ¿Era á ella ó á su prima, la monja de Santa Paula, á quien se dice que iba á acechar desde la torre de la Iglesia de San Marcos el inmortal Cervantes?

—Según la fama cuenta, era á Isabela y no á su prima; porque por más que á este gran hombre no le hayan considerado algunos extremado en cristiandad, yo le tengo por tal y creo que fué de los mejores; y no era cosa que siéndolo se ocupase de monjas ni sacristanas. Verdad que la autoridad eclesiástica le procesó y hasta casi le escomulgó; pero eso fué porque habiendo recibido como comisario que era en Sevilla del Proveedor de las armadas Españolas el encargo de ocupar los graneros del Común y de la Iglesia de Ecija, *puso manos* en ellos, y en sentido de ser cosa eclesiástica se le estimó delincuente; habiendo tenido que ver con esa justicia según se desprende de un «poder que en 24 de Febrero de »1588 otorgó á favor de Fernando de Silva, »para comparecer ante el Juez de esa ciudad de »Ecija.»—

Así lo entiendo yo también, repliqué á Martínez; y así lo atestigua el relato que de su entierro como individuo de la Orden Tercera secular de penitencia de San Francisco de Asis (á que me honro en pertenecer) se hace en el libro de los estatutos de esa orden que me dieron cuan-

do profesé en ella; cuyo relato es el siguiente:
«Ingresó Cervantes en dicha orden hacia las postrimerías de su vida, teniendo una vela de cera blanca en la mano derecha y la cuerda y el hábito en la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto. Cuando le hubieron vestido el hábito, quedó con sotanilla que no llegaba á cubrir el calzón, con manga cerrada y ferreruelo de estameña, cuello, y cuerda que le caía hasta la rodilla. En el punto de su agonía, cuando se entreabría para él la eternidad, no murió en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma fueron á acompañarle sus hermanos de la Orden Tercera, para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanza de la eterna vida. Todos los hermanos de hábito descubierto y cubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada, y alternativamente no dejaron de rezar junto al cadáver, vestido como ellos; hasta que llegada la hora del entierro, entraron todos, é incados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oración del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes y suplicando á Dios le diese el eterno descanso. Llevaron en hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos á la Iglesia de las Trinitarias donde quiso tener sepultura en gratitud afectuosa de haber debido á los Padres de esta Orden ser sacado del cautiverio... Desde que se acercó á la Iglesia el entierro, doblaron las campanas según el rito de la Orden. El paño que sobre el cadáver se puso en el templo era el de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervantes has-

ta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura. «A la salida del Templo el religioso visitador vió á D. Francisco de Urbina y á D. Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes, para el Pérsiles y Segismunda, ya que tantos altos poetas le habían abandonado en la muerte. *Bien me parece el intento*, respondió el visitador, *pero llámadle en los versos Ingenio cristiano.*»

—¡Pobre Cervantes! exclamó Martínez: pero no pobre; porque aunque así vivió y murió, podemos decir con Salas el del «Observatorio rústico», ó poema sobre la vida del campo,

que si la escasa suerte
el mérito persigue hasta la muerte
y los premios le quita,
en la póstuma fama se desquita
duplicando su gloria
con su feliz recuerdo y su memoria.

Esta verdad confirmo
y mucho más me afirmo
al ver en todo el mundo
por su ingenio fecundo
la fama que Cervantes ha dejado
aunque murió tan pobre y desgraciado;
y otros muchos con él, cuyos escritos
lo publican á gritos,
cuando no conocemos
ni noticia tenemos
de tantos poderosos
que tuvieron empleos muy honrosos;
de cuya ostentación y cuya gloria,
feneció con el tiempo la memoria.—

(5)

Perfectamente, Sr. Martínez; ¿y ha visto usted alguna lápida que diga en Sevilla donde vivió Miguel de Cervantes Saavedra?

—No las hay á pesar que moró allí con cortos intervalos nada menos que trece años; pues en 1588 estaba ya, y hasta después de 1600 no se fué á Madrid. Tres moradas sin embargo, se le conocieron en Sevilla; una en la calle del Alfoli de la Sal, hoy del Almirantazgo, próxima á la puerta de la Catedral llamada de San Miguel, y que desemboca en el Postigo del Aceite; otra, cerca de San Marcos, en un mesón no lejano á Santa Paula; y la última, ya en el año de 1600, en la collación de San Nicolás hacia la parte de San Isidoro, según declaró el mismo Cervantes en un expediente de vecindad promovido por D. Agustín de Cetina; pero por lo que se vé, no ha habido gran diligencia en averiguar las casas Yo confío sin embargo, en que el Ayuntamiento mandará hacer esas averiguaciones el día menos pensado, por que es gloria de Sevilla que Cervantes, si no natural de ella, la tomara por pátria identificándose á la misma de la manera que se identificó; sucediéndole lo que á San Antonio de Pádua, que no era de Pádua sino portugués, y á San Juan de Dios en Granada, que igualmente era ajeno á ella, y no obstante los consideran hijos suyos estas ciudades respectivamente; además de que no estando aun fallada la cuestión de si fué nacido en Alcalá ó en Alcázar de San Juan por cuyos moradores se ha aducido una partida de bautismo de cierto Miguel de Cervantes Saavedra á quien los biógrafos han calificado el *malo* para no confundirlo

con el *bueno*, bien puede Sevilla apropiárselo; paternidad que aun el mismo D. Nicolás Díaz de Benjumea, comentador de sus obras y escritos y su historiador, con conjeturas fundadas no se ha atrevido á negar, sino más bien á defender.—

VII

—Voy á hablar ahora de las Iglesias de San Marcos y de Santa Paula, ya que de ellas hice indicaciones y hemos salido de Villa del Rio; los catorce kilómetros que hay hasta Marmolejo nos darán lugar para todo.

Entre los importantes monumentos que el viajero encuentra á cada paso en la Ciudad del Guadalquivir, cuyas brisas arrullaron un tiempo el primer sueño de poetas como Arguijo, Rioja, Herrera y Lista, así cual de pintores como Murillo, Velázquez, Herrera y Vargas; y cuyos muros albergaron no escasos años á hombres como Cervantes Saavedra, el otro Saavedra Duque de Rivas, y á tantos otros que han sido gloria de España, uno de tales monumentos es indudablemente el templo dedicado á parroquia de San Marcos.

Una mezquita tenían en aquel mismo sitio los árabes, la cual fué convertida en Iglesia cristiana apenas conquistada por San Fernando la ciudad, fijándose la Cruz del Redentor en su minarete ó torre, y alzándose altar dedicado al evangelista San Marcos en el sitio principal donde el faquí leía á los Sectarios de Mahoma los versículos del Coram.

Más de doscientos años llevaba esta Iglesia de estar destinada al culto cristiano (desde 1249 á 1463), cuando dividida la ciudad en opuestos bandos, á cuyo frente estaban los Duques de Arcos y de Medina Sidonia, cierto día habiéndose hecho fuerte uno de estos bandos en ella, los del contrario la espugnaron pegándole fuego. Casi todo el templo ardió, salvándose enhiesta solo, por feliz ventura, su elevada torre de ladrillo; por lo cual, después de quince años en ruina fué preciso levantarlo de nuevo; cosa que tuvo efecto allá por los años de 1478, en que el cristiano celo de algunos fieles vino á dejarnos un monumento más del estilo ojival, con tres naves de cierta sencillez, una capilla mayor para donde Pedro Roldán hizo la estatua del Santo, y diversos altares en uno de los que descuella notable lienzo de Domingo Martínez representando las benditas ánimas del purgatorio.

En sus bóvedas descansan los restos de Pedro Roldán el viejo, de su hijo del mismo nombre, y tal vez del pintor Andrés Melchor de Saravia, pues en el número 100 moderno de la calle de San Luis, vivió y murió; cuyo Saravia era compañero y gran amigo del Juan del Castillo que diera sus primeras lecciones al célebre Murillo su compatriota.

La expresada torre árabe, excepción de las adiciones que para los usos cristianos se le han hecho, es digna de estudio como ejemplo del estilo mahometano; y á ella es donde, según Madoz, subía Cervantes á ver de lejos á su amada Isabela, punto respecto al cual me hizo V., señor Caro, aquella pregunta referente á si era esta be-

lleza, ó su hermana ó prima, el objeto de las atenciones de ese inmortal hombre.—

Yo quisiera por eso que V. al hablarme de Santa Paula se estendiera algo en lo de la Española Inglesa.

—Lo haré cual V. desea, empezando por decirle que jamás he sentido placer tan infinito como el que llenó mi alma la mañana en que fui á ver dicha Iglesia, la cual por cierto encontré cerrada apesar de que no eran más que las ocho. Al entrar en su compás, presentóse á mi vista la portada más bella que he conocido, aunque no es de piedra sino de azulejos; portada hecha por el célebre Niculoso Pisano, y que decorada de placas vidriadas con el gusto de Lucca de la Robbia, obradas y firmadas por nuestro escultor del siglo XV Pedro Millán, puede asegurarse que no tiene rival, no solo en Europa sino en el mundo todo. Esto no es cosa de explicarse, sino de verse detenidamente é inteligentemente. ¡Que bajos relieves representando flores, escenas de la vida de la santa, y otros asuntos! Yo solo puedo decir á V., que allí me habría quedado contemplando tan magistrales obras el día entero; á no ser porque no lejanamente me gritaron «el de la Castora,» y estas frases me hicieron descender á la vida material bajando á ella desde lo más alto de meditaciones espirituales nacidas al influjo de todo lo que me rodeaba, porque ese compás pone en contacto nuestros corazones con el Cielo, teniendo también un no sé qué de atracción, que encanta y fascina. Si estaba todo así cuando Cervantes vivía en Sevilla, no es extraño que mirara tal sitio con grande

preferencia; y si había oído además la preciosa voz de la prima de Isabela, que algunos han asegurado era la Feliciano de la voz de que habla en el Pórsiles y Segismunda, no era necesaria otra cosa para que subiese frecuentemente á la torre de San Marcos á fin de ver estos lugares sin exponerse á que le gritaran como á mí me gritaron.

Dicho convento, según antecedentes que he tenido que obtener de cierto libro cuyo autor no recuerdo, es de religiosas Jerónimas y fué fundado en 1471 por la distinguida sevillana Doña Ana de Santillana, quien murió en 1489 siendo priora del mismo y está sepultada en su coro. La Iglesia se costeó por Doña Isabel Enriquez Marquesa de Montemayor y mujer del condestable de Portugal D. Juan, cuyas cenizas así como las del hermano de aquella D. León Enriquez, se encuentran junto al altar mayor. En este altar mayor se venera á Santa Paula, cuya hermosa efígie es obra de Alonso Cano, así como un bello retablo del martirio de San Juan Evangelista. Hay allí también esculturas de Gaspar de Rivas, pinturas de Francisco Cebrian, y...—

Dispéñseme V Sr. Martínez, que le interrumpa. Las noticias que me está dando, son muy apreciables; pero los kilómetros pasan, la Española inglesa no parece, y yo me voy desesperando con la tardanza en hablar de ella.

—Tiene V razón. Pues la llamada Española inglesa era una niña andaluza muy bonita. A manos de los ingleses llegó por causas que Cervantes describe de la maestra mano que le es propia. Creciendo en edad y rara hermosura, lle-

gó á ser doncella de la reina de Inglaterra. Fué pedida por esposa por un joven inglés, que aunque noble, tuvo, en vista de ser católico, que salir á la guerra para merecerla ganando prez y fama. Mientras tanto, envenenó á la Española inglesa la madre de otro noble también inglés, en venganza de haber rechazado aquella sus galanteos. Volvió sin embargo á la vida, y así mismo á su andaluza tierra, pero con la desgracia de haber tenido noticia de la muerte de su prometido. Mas dejaré ya hablar á Cervantes Saavedra, por requerirlo el asunto.

«Acabada de leer la carta (la en que le dieron aquella triste noticia), sin derramar lágrimas ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho, se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en su oratorio; é hincándose de rodillas ante la imagen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podía ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discreción la pena que les había dado la triste nueva, por poder consolar á Isabela en la amarga que sentía; la cual casi satisfecha con su dolor, templándole con la santa y cristiana resolución que había tomado, consolaba á sus padres, á los cuales descubrió su intento y ellos la aconsejaron que no lo pusiese en ejecución hasta que pasasen los dos años que Ricaredo había puesto por término á su venida; que con esto se confirmaría la muerte de Ricaredo, y ella con más seguridad podría mudar de estado. Así lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejerci-

cios de religiosa y en concertar la entrada del Monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula donde estaba su prima. Pasóse el término de los dos años y llegóse el día de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocían de vista á Isabela y de los que por sola su fama se llenó el Monasterio, y la poca distancia que de él á su casa había; y convidando su padre á sus amigos y aquellos á otros hicieron á Isabela uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes actos se habían visto en Sevilla.

Hallóse en él el Asistente y el provisor de la Iglesia, y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que había en la ciudad; tal era el deseo que en todos había de ver el sol de la hermosura de Isabela que tantos meses se les había eclipsado; y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el hábito ir lo posible galanas y compuestas como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta de ella, quiso Isabela ponerse lo más bizarra que fué posible y así se vistió con aquel vestido mismo que llevaba cuando fué á ver á la reina de Inglaterra que ya se había dicho cuan rico y cuán vistoso era; salieron á luz las perlas, y el famoso diamante con el collar y cintura que así mismo era de mucho valor.

Con este adorno y con su gallardía, dando ocasión para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pié, que el estar tan cerca el Monasterio excusó los coches y carrozas; el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, por que

no les daban lugar de llegar al Monasterio; unos bendecían á sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la había dotado, unos se empinaban por verla, otros habiéndola visto una vez, corrían adelante por verla otra; y el que más solícito se mostró en esto, tanto que muchos echaron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo, pues, al tiempo que ya Isabela tenía un pié puesto dentro de la portería del convento, donde habían salido á recibirla como es uso la priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo:—«detente, Isabela; detente, que mientras yo fuera vivo no puedes tu ser religiosa.»—A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hacia ellos venía aquel cautivo, que habiéndosele caído un bonete azul redondo que en la cabeza traía descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados y un rostro como el carmín y como la nieve colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extranjero, de todos. En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo: ¿conóceme Isabela? mira que soy Ricaredo tu esposo. Si conozco, dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolución conocieron ser Ricaredo, el cautivo; el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela la suplicó que no impidiese la ex-

trañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbaba su baja fortuna que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habían dado. Isabela apesar de la impresión que en su memoria había hecho la carta de la madre de Ricaredo dándole nuevas de su muerte, quiso dar más crédito á sus ojos y á la verdad que presente tenía; y así abrazándose con el cautivo le dijo: «vos, sin duda, señor mío, sois aquel que solo podrá impedir mi cristiana determinación; vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria y guardado en mi alma; las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escojer la de la religión que en este punto quería entrar á vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida; venid señor á la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesión por los términos que pide nuestra santa fe católica.» Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo, y de oirlas se admiraron y suspendieron y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero aquel, y de qué casamiento trataban; á todo lo cual respondió el padre de Isabela diciendo que aquella historia pedía otro lugar y algún término para decirse; y así suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa que estaba tan cerca, que allí se la contarían de modo que con la verdad quedasen satisfechos y con

la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados».....

«La casa era una que los padres de Isabela habían alquilado «frontera de Santa Paula,» por ocasión que estaba monja en aquel santo Monasterio una sobrina suya, única y estremada en la voz; y así mismo por tenerla cerca como por haber dicho Isabela á Ricaredo que si viniese á buscarla la hallaría en Sevilla y le diría su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no había menester más que preguntar por la monja que tenía la mejor voz en el Monasterio, por que estas señas no se le podían olvidar.»

«De esa casa, (también consigna Cervantes) pocas, ó ninguna vez, salía Isabela sino para el monasterio (durante el tiempo que faltaba para ingresar en él); no ganaba otros jubileos que aquellos que en el Monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio, andaba con el pensamiento los jueves de cuaresma la Santísima estación de la cruz y los siete venideros del espíritu Santo».....

Y termina su historia diciendo: «Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda, y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que hoy vive en las casas que alquilaron, frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés que se llamaba Hernando de Cifuentes.»

En la actualidad la propia casa, según la Guía de Sevilla de Gómez Zarzuela, pertenece á los Marqueses de Castromonte, añadiendo que en el año de 1652 la habitó el veinticuatro D. Juan Lara.—

¿Pues sabe V., repliqué á Martínez, que nos hemos quedado tan á oscuras como antes respecto á los amores de Cervantes con la Isabela ni con su prima? Sin embargo, lo interesante de esas damas, la una por su gentil voz, que quisiera haber oído, y la otra por sus cualidades, hacen que agradezca haya V. entretenido el tiempo de manera que me parezca corto el camino andado y más cortos sus relatos

VIII

Al dejar el compás de Santa Paula, (prosiguió Martínez cuando salimos para Arjonilla), me fuí aquella mañana á la próxima Iglesia de San Román; cuyo templo antes de la invasión de los árabes estaba dedicado á San Miguel; éstos hicieron mezquita, y luego conquistada Sevilla volvió á su primitivo destino con la advocación actual. Reedificado en el año de 1350 por D. Pedro I de Castilla (quien por lo que se vé tenía muchas puntas de religioso apesar de sus crueldades) conserva el carácter gótico que se imprimió á esta construcción, principalísimamente en sus puertas ojivales, las que me detuve en contemplar censurando ese afán que tienen los Sevillanos por blanquearlo todo con cal de Morón, si quier sean los mejores monumentos antiguos.

Tampoco pude penetrar en esta Iglesia, viéndome obligado á ir á Santa Catalina, por la calle de los Terceros, para orar un momento ante alguna imagen veneranda; pero también estaba cerrado, razón por la cual tuve que contentarme con parar la atención en la bien conservada atalaya árabe que le sirve de torre, y recordar que en ese sitio tenían los romanos un magnífico templo gentílico y los árabes una gran mezquita.

Sin esperanzas pues ya de ver alguna Iglesia por dentro me dirigía á mi aposentamiento, cuando advertí que estaba abierta todavía la de San Pedro; y por cierto que iba pensando que en ella fué bautizado según dijimos el célebre pintor Velazquez, así como el poeta D. Diego de Quijada tan celebrado de Lope de Vega; y que allí moran en lugar ignorado las cenizas del referido Baltasar de Alcázar, cuya *cena* V. quería enjaretar en su memoria. Entré, y pude ver el retablo mayor hecho por el escultor sevillano Pedro Delgado con acierto nada común; un lienzo del pintor y presbítero Roelas representando á San Pedro Advíncula ó sea en las prisiones; algunas tablas de Campaña al parecer retocadas, y otros cuadros modernos, es decir de ahora medio siglo, con la Samaritana, el Paralítico, y San Juan Nepomuceno, en que la escuela andaluza aparece aún dando señales de vida. Oré algo como deseaba, y nada más tengo que manifestarle sino que también ví preparativos para sacar en procesión el próximo Domingo de Ramos y hacer estación á la Catedral, el Santo Sudario de Nuestro Señor Jesucristo, el santo Cristo de Burgos, y Nuestra Señora de la Palma; cuya cofradía me dijo el sa-

cristán desplegabá una suntuosidad de que no hay ejemplo fuera de Sevilla —

¿Y no le contó á V. algo que haga digno ese templo de recuerdo imperecedero?

—Nada me contó, aunque dicho sujeto no era mudo por cierto.—

Pues se lo contará á V. el Duque de Rivas; que bien merece el asunto pluma también cortada.

En la Iglesia de San Pedro,
una de las más antiguas
entre las muchas insignes
de la opulenta Sevilla,
á las seis de la mañana
se está diciendo una misa
porque Dios dé buen viaje
á un joven que va á las Indias.
Es un gallardo extremeño
á quien hace quince días
que de Medellín su pátria
arrojó su valentía;
y que en una gruesa nave
debe aquella tarde misma
despedirse de la Europa
á buscar remotos climas,
y con D. Martín su padre
junto al altar de rodillas
á San Pedro se encomienda
y al Cielo le pide dicha;
en el traje de soldado
mostrando tal gallardía,
que del devoto concurso
tiene la atención cautiva.
Terminado el sacrificio

recibe la Eucaristía
resplandeciendo en su rostro
el entusiasmo y fe viva. .

.....

Al joven le acompañaba su padre, según queda indicado, venerable anciano que con lágrimas en los ojos deploraba el alejamiento de aquel hijo á quien la mala fortuna forzaba á dejar su patria, pues por cuestión de amores se había visto obligado á dar muerte á principal personaje su rival; y al salir, en el umbral de la puerta de la Iglesia, paróse y le dijo:

Hernando, Hernando, hijo mio
á tierras lejanas vás
donde nunca olvidarás
de tu noble sangre el brío.

Cual cristiano y caballero
teme á Dios, guarda su ley,
sirve con lealtad al rey;
sé devoto y sé guerrero.

Nunca des á la codicia
en tu hidalgo pecho entrada;
flaqueza vil que degrada
el cuerpo, y el alma vicia.

Sé á tus jefes obediente,
afable á tus compañeros;
y sin bravatas ni fieros
en el peligro valiente.

En los trabajos, sufrido,
moderado en la ventura;
con generosa cordura
no estés vano ni abatido.

Del malo, te apartarás;
únete siempre á los buenos;

que si no ganas, al menos
con ellos no perderás.

Si llegas á obtener mando,
manda con moderación;
pero solo y con tesón
haste obedecer, Hernando.

Que el que manda descortés
y por agena influencia
ó no exige la obediencia
para el mando inútil es.

Tolera disimulado
aunque te haga padecer,
agravio que no ha de ser
plenamente castigado.

Reparte con discreción
la recompensa y castigo;
y al derrotado enemigo
trata con moderación.

Resuelve con madurez;
más resuelto, nada ataje
la ejecución; aventaje
al rayo en su rapidez.

La santa fe que profesas
extender, y de tu rey
los dominios, sea la ley
Hernando de tus empresas.

Y no tengas duda alguna
que si lo haces así,
siempre irán en pos de tí
la victoria y la fortuna.

De tu noble inclinación
mucho espero, mucho fío,
basta; abrázame hijo mío,
recibe mi bendición....

La escena tierna y sublime,
dolorosa despedida
que pasó entre el hijo y padre,
no es posible describirla.

De momentos tan solemnes
los afectos de familia
los pensamientos y penas,
se sienten, más no se pintan.....

.....
Pues bien, amigo Martínez; acabaré manifes-
tando á V. que

Este Hernando, este mancebo,
era Hernan Cortés; su nombre
gloria la mayor de España,
asombro y pasmo del orbe.

Lo dice todo. Un imperio
de cien guerreras naciones
descubrió, y rindió su lanza
con seiscientos españoles.....

Vuelto á la pátria, por premio
ingratas persecuciones
su corazón destrozaron,
rompieron su pecho noble.

Y allá en *Castilleja*, lleno
de desengaños atroces,
rindió á su criador el alma
que tan grande concedióle.

Sin que después haya visto
el absorto mundo, un hombre
que de Hernan Cortés al lado
la historia imparcial coloque.

Cuando acabé, exclamó Martínez—¡Qué cosa
tan triste es que vaya uno á Sevilla y no encuen-
tre grabados en sus respectivos lugares con le-

tras de bronce y esculpidos en eternals piedras esos hechos históricos tan merecedores de no olvidarse! A allí va el viajero, y como no haya leído á Rodrigo Caro en sus antigüedades, á Zúñiga en sus anales, á Cean Bermúdez en su Diccionario y en su descripción de la Catedral, y á Colón y Colón en su Sevilla artística (aquel Colón que se suicidó en San Lúcar de Barrameda), y no se sepa de memoria los apuntes de González de León y las obras de Gestoso, Boutelú, Guichot, Amador de los Ríos y otros no menos apreciables escritores modernos y antiguos, sale tan á oscuras como cuando entró. —

¿Pero qué quiere V. hombre? ¿quiere V. que aquí y allá aparezca escrito cuanto engrandece á Sevilla? Entonces no quedaría trabajo para los blanqueadores de sus paredes que en la plaza del Salvador asientan sus reales; porque estas quedarían cubiertas con tanto y tanto recuerdo como contiene, y con tanta cosa digna de mención. Vaya V. sin embargo al Patio de los Naranjos de la Catedral, y verá una lápida, bajo cierto púlpito de piedra, donde se consigna que el Maestro Juan de Avila y otros santos sujetos que expresa, predicaron en aquel lugar: así como otra junto á la puerta del Sagrario en el propio patio, donde aparece que un D. Bernardo González, patriota inimitable, es decir, español neto, prefirió morir y murió en efecto en un patíbulo, por no delatar á otros sevillanos que contra Napoleón el grande se confederaron en conspiración loabilísima para romper las cadenas francesas con que les aherrojaba el Mariscal Soult.

--Siempre que de este general francés se habla, (repuso Martínez), me acuerdo de lo que le sucedió en Sevilla y voy á contar á V., respondiendo de la verdad del hecho.

Había inspirado Soult tal temor con la dureza de su carácter y sus grandísimos vigotes, que nadie se atrevía ni á mirarle siquiera. El lo conocía, y por vanagloria ó por divertirse, mandó cierto día llamar á un barbero que lo afeitara. Trajeron el mejor, y ya colocado en el sillón dijo Soult á ese barbero: «aquí tiene V. una onza de oro preparada como paga de su trabajo para dársela entera cuando concluya; pero es, si no me salta algún cañón, no me hace cortadura alguna, ni me quita el menor pelo del bigote: porque si algo de esto aconteciere, la paga es pegarle á V. un tiro con esa pistola de arzón que vé junto á la onza; de cuya manera ha sido pagado ya algún español de su gremio por descuidarse.» El barbero no se atrevió; vinieron otros aconteciendo lo mismo, y cuando entre burlas y chacotas de los presentes jefes militares se juzgaba que nadie se llevaría la onza, he aquí que se presenta un viejo temblón establecido en la Borceguinería, calle inmediata al Palacio Arzobispal donde se alojaba Soult; á cuyo anciano barbero hicieron la común relación de la onza y la pistola, esperando que con mayor motivo que los demás, se retiraría avergonzado y medroso. El, sin embargo, tomó el paño, cojió la vacía, dió jabón, afiló su navaja, y tris, tras, dejó afeitado al general; quien admirado de tamaña empresa, no pudo menos de preguntarle, después de hacerle entrega de la consabida onza de oro, si tan-

ta era su confianza y seguridad en el éxito que no le había dado miedo la advertencia del tiro. «Ninguna seguridad tenía, le respondió; por que »Señor, en estas cosas no puede haberla si se »mueve ó estornuda el parroquiano; pero siendo »verdadero sevillano y conociendo por tanto que »conmigo quería V. E. burlarse, había decidido, »si le saltaba algún cañón, le hacía alguna cor- »tadura ó le quitaba algún pelo del bigote, moti- »vos según V. E. de mi muerte, cortarle en el »acto su pescuezo con la misma navaja y sin la »menor alteración, para que vieses estos señores »(y no V. E. porque después de muerto no se vé) »que no con todos los andaluces se juega, y que »donde las dan las toman.»—

Bien por Sevilla (exclamé yo) y es lástima que no se sepa el nombre de ese barbero, que tan en punto levantó enhiesta la bandera de los Guzmanes de Alfarache, inmortalizados por el celebrísimo Mateo Alemán mi paisano, quien también es gloria de esa ciudad. Pero se me ocurre preguntarle, Sr. Martínez, cómo es que estando en la Iglesia de San Pedro no pasó á ver la inmediata y colindante de las monjas de Santa Inés, donde yace incorrupta la virtuosa Doña María Coronel su fundadora, tan codiciada por D. Pedro I de Castilla como digna de mención por su heroico comportamiento abrasando la belleza de su rostro para quitar á aquél todo deseo de poseerla.

—No sé nada de eso.—Entonces yo se lo contaré. Doña María Coronel, fué hermana de la Doña Aldonza de quien tenemos hablado, y esposa de D. Juan de la Cerda, Alguacil mayor de

Sevilla quien se había rebelado contra el don Pedro y fué vencido junto á Trigueros y conde- nado á muerte. Por ella concibió ese rey gran- des pasiones, empezando á solicitarla con todo género de importunidades, y concluyendo por querer á viva fuerza hacerse de su hermosura. La misma conoció el peligro que corría de dar en tierra con su honra, y para evitarlo retiróse primero á una ermita dedicada á San Blas que había fundado en la collación de *Omniun Sancto- rum*, después al convento de Santa Clara, donde aconteció que buscada de orden del rey susodi- cho se escondió en cierta gruta de la huerta que las monjas taparon con tierra, sobre la cual pro- dijiosamente brotaron yerbas en el acto desorien- tando á sus perseguidores, y posteriormente á este convento de Santa Inés que en su propia casa también fundó. Allí, sin embargo, se vió poco segura, así como poco segura de ser insen- sible á los halagos del rey. ¿Qué juzga V. que hizo? Para acallar su propia sensibilidad, que- marse con carbones ardiendo parte de su cuer- po; y para quitar todo deseo de su belleza á don Pedro, según he indicado, aplicarse aceite hir- viendo en su preciosa cara, donde se le quedaron señales indelebles, apareciendo la mujer más fea quien antes era encantadora criatura. Al verla así, el rey quedó espantado, no volviendo á ocuparse de ella jamás. Rasgo fué este de mu- jer fuerte y cristiana, que ha merecido que el Cielo tras luengos siglos mantenga sin corrup- ción ese admirable cuerpo, mostrando aún al presente tan ejemplares señales apesar de haber estado sepultado en tierra más de dos siglos,

hasta que en el año de 1679 fué colocada en una urna. En el de 1834 se trasladó á nuevo sepulcro cerrado de cristales, que es donde ahora existe, cuya traslación se verificó con presencia de la autoridad eclesiástica acompañada de facultativos y testigos, quienes reconocieron el cadáver, hallándolo entero y flexible en tales términos que fué posible lavarle, perfumarlo y variarle las ropas interiores: reconocimiento que hace poco se ha vuelto á efectuar, hallando esta verdadera Santa en un estado tal que parece viva. El día 2 de Diciembre de todos los años se expone á la vista pública; y es lástima que no haya usted visitado el templo gótico en cuyo coro está dicha urna y en cuyos altares hay buenísimas esculturas de Martínez Mortañés.

—Vamos; (me contestó) ahora va á resultar que después de haber visto tanto no he visto nada en Sevilla. ¡Pero qué hombre ese rey don Pedro! Estudiándolo advierto que es verdad lo que dice de nosotros Saavedra Fajardo en su empresa 46. «Es el hombre el más inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pasión, se va mudando. No cambia más semblantes el mar que su condición. Con especie de bien, yerra; y con amor propio, persevera. Hace reputación la venganza y la crueldad. Sabe disimular y tener ocultos largo tiempo sus afectos. Con las palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene en el corazón. Con la religión disfraza sus designios, con el juramento los acredita, y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza. Los favores le hacen ingrato, el mando sobervio, la

fuerza vil, y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en marmol, y las que hace en bronce. El amor le gobierna no por caridad sino por alguna especie de bien; la ira, le manda. En la necesidad es humilde y obediente, y fuera de ella arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le falta. Se juzga fino en la amistad y no la sabe guardar. Desprecia lo propio, y ambiciona lo ajeno. Cuanto más alcanza, más desea. Con las gracias ó acrecentamientos ajenos, le consume la envidia. Más ofende con especie de amigo, que de enemigo. Ama en los demás el rigor de la justicia, y en sí le aborrece.»... Pero hemos llegado á Arjonilla y tengo que hacer punto.—

IX

Casi no habiamos emprendido el camino para Andujar, cuando ya estaba Martínez reanudando la conversación.—Seis kilómetros (dijo) se andan muy pronto. No tendré tiempo para otra cosa que manifestarle no juzgole quede duda, después de lo que acabo de enunciar, de ser mejores las mujeres que los hombres; y si lo expuesto no le bastase se convencerá considerando que hombres fuimos los que crucificamos á Cristo Nuestro Señor, mientras que las únicas personas que le defendieron, lloraron, y acompañaron en su pasión santísima, fueron mujeres; cual la mujer de Pilatos que le aconsejó no se mezclara en el proceso de este hombre y Dios, las de la puerta judiciaria á quienes dijo no lloréis por mí sino por vosotras y por vuestros hijos, la que enju-

gó su divino rostro en la calle de la Amargura, las tres Marías que de su lado no se separaron hasta dejarle sepultado, y tantas otras que encerradas en conventos elevan sus plegarias al Cielo ahora mismo pidiendo por nosotros caminantes, y por las demás necesidades de los que habitamos el mundo, sin conocernos, y solo por amor al Ser supremo que nos crió! Y es más; si hubo una, nuestra madre Eva, que tentada por la serpiente infernal cayó vencida legándonos la muerte, otra, María Santísima madre de Dios, vino á darnos la vida, aplastando con su poder la cabeza de esa serpiente, y poniéndonos en camino de santificarnos, ¡Oh Madre y Señora mía! yo no puedo menos y también el Sr. Caro mi compañero de viaje, de deciros con el inmortal Fray Luis de León en su oda á vuestra Asunción.

Volved los blandos ojos
Ave preciosa, sola, humilde y nueva
Al val de los abrojos,
Que tales flores lleva,
Do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
Miráis las tristes almas de este suelo,
Con propiedad no vista
Las subiréis de vuelo
Como perfecta piedra imán al Cielo.—

Nada dudo sobre ese particular desde hace muchos años, en que habiendo argüido á otro defensor de las mujeres, muy venerado por mí, con las consabidas frases de la Sagrada escritura «*mulierem fortem quis inveniet,*» (quien encontrará una mujer fuerte) me contestó «*el que la*

busque.» Así pues, hasta á las cigarreras de la Fábrica de Tabacos (de las que tan mala opinión tienen formada en Sevilla por aquello de que la trompeta de la fama que está en el frontispicio de esa Fábrica sonará sola cuando por sus puertas entre una con no se qué requisito), siempre he solido disculparlas alegando que si no son buenas, de nosotros es la culpa; porque la verdad es que casi desde que nace la mujer se ve asediada con las chinitas que tiramos al vidrio de su ser. Y esto que digo no es verdaderamente mío; pues Sor Juana Inés de la Cruz lo tiene consignado lindísimamente en los siguientes versos:

Hombres necios que acusáis
á la mujer sin razón;
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis...

.....
¿Qué humor puede ser más raro,
que el que falto de consejo
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?.. .

.....
¿Cual mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada
ó el que ruega de caído?

¿O cual es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?

—A propósito de la Fábrica de Tabacos manifestaré á V. (me interrumpió Martínez, que la ví precisamente el día que estuve en la Cartuja,

entrándome por la puerta de Jeréz desde la torre del oro en que había desembarcado. Es un grandioso edificio concluido en el año de 1757, cuyo frontispicio de dos cuerpos que ostentan relieves y alegorías y los bustos de Cristobal Colón y Hernán Cortés, se halla coronado con dicha estatua de la fama, que más bien que la paparrucha de que V. se ha hecho eco, lo que dirá es que costó todo 37 millones, aunque algunos los alargan á 60. No he de hacer su descripción; pero admiran aquellos inmensos talleres llenos de operarias, y sería mostrar indiferencia no citarlos, máxime cuando la proverbial belleza de estas es lo primero que en sus libros de memoria consignan los extranjeros que van á ese monumento levantado al dios del humo. Y tienen razón; si V. las vé á la hora de salida, todo le parecerá débil de cuanto le indique. Aquel gran portalón de piedra y hierro escupe y arroja desde dentro sin cesar á centenares y miles de mujeres, que se van extendiendo por la ciudad en diversas direcciones; unas de porte humilde y otras fachen-donas, pero ninguna sin la señal típica de andaluzas que es el aire garboso de la tierra y la nunca abandonada flor en la cabeza; aire con el cual las señoras de allí parecen reinas, las mujeres de la clase media princesas, y las del pueblo duquesas ó poco menos: yo....—

Señor Martínez (le interrumpí) ¿no considera V. que en lo que va diciendo hay mucho parecido á las mentiras de Sancho calificando á las labradoras subidas en burros de preciosas Dulcineas semejantes á emperatrices? Ya sabe V. que soy sevillano, y por lo mismo creo que en esta

ocasión ha sucedido aquello de «alabar por alabar y nada de verdad»

—Pues vuelva V. por allá y lo verá si lo duda. Mas como el asunto no ha de ser causa para enfadarnos, continuaré diciéndole que también aquel día fui á ver, se entiende por fuera, toda vez que por dentro no es fácil, la casa palacio denominada de los Solises (junto á la plaza del Duque) donde aconteció la tragedia que Calderón inmortaliza en «El Médico de su honra,» y la que habitó Bustos Tavera en la calle de su nombre con su hermana Estrella, (ahora mansión de ciertas religiosas) donde está el postigo por el que entró el rey de D. Sancho el Bravo, hijo de D. Alfonso el de las siete partidas según V. sabe, en busca de esa Estrella Tavera; cuya entrada le franqueara una esclava á quien por este hecho quitó la vida Bustos, dando ello ocasión á que incitado Sancho Ortiz de las Roelas por el rey susodicho para que trabase con él pelea á muerte, así tuviera lugar en las inmediaciones del Alcázar; siendo creencia autorizada, que en el sitio en que cayó Tavera fué puesta la cruz de piedra que está delante del edificio llamado Lonja y mira á la puerta de San Cristóbal de la Catedral. Este suceso á su vez lo inmortalizó Lope de Vega en su «Sancho Ortiz de las Roelas ó la Estrella de Sevilla;» sin que jamás pueda olvidar que por un ejemplar de esa comedia, roto, descosido y sucio, que vendía con otras á veinte céntimos á todo el pueblo cierto librero de las Callejuelas de Regina de apellido italiano que no recuerdo, me pidió cinco duros, juzgándome algún potentado Inglés ó creyendo que estaba-

mos en Sierra Morena. No creo necesario añadir que allí se quedó la comedia; pero sí que todo lo que sea perteneciente á las glorias y recuerdos de Sevilla debía edicionarse ya que no para darlo graciosamente, para venderlo por módico precio y generalizar así tales glorias y recuerdos por la España entera y aun el extranjero.—

Ya en la calle de Bustos Tavera seguiría usted hasta la puerta de la Macarena, una de las dos que han quedado sin destruir según entiendo.

—Si, pero no me llamó nada la atención; si bien no me contrarió esto, porque habiéndome detenido en la próxima Iglesia de San Gil, me contaron lo siguiente en compensación de la falta de leyendas referentes á dicha puerta. «Una noche andaba rondando las calles de Sevilla según costumbre el citado rey D. Pedro, lo cual parece hacía con objeto de cerciorarse de si los grandes enemigos suyos tramaban algo contra él, cuando topó en una de las de la feligresía referida con un grupo de gente del pueblo agolpada á la puerta de cierta pobre casa, cuyo grupo hacía comentarios durísimos sobre la conducta del Cura por no permitir enterrar en el cementerio unido á la Iglesia el cadáver de un pobre hombre, á menos que antes se le satisficieren los derechos de sepultura, lo cual era imposible á la familia del muerto por su total carencia de recursos. Entró D. Pedro en la casa, y vió en efecto el cuadro desconsolador de la más completa pobreza. Llama á la persona que hacía de jefe de la familia, y le entrega un bolsón lleno de monedas, con encargo de que se las diera al párro-

co para que no solo se cobrase la sepultura del difunto y unas grandes exequias por él, sino otra sepultura y otras exequias por cierta intención reservada. Señaló la hora del entierro, y he aquí que al llegar esta aparece el rey en persona, con sorpresa de Sevilla, para acompañar al cadáver. Hiciéronse los dobles funerales, dióse sepultura á aquel, y cuando todos creían terminado el acto, D. Pedro dispone que sus satélites entierren en la otra sepultura abierta al Cura de San Gil; cosa que es fama se verificó, entre la admiración de los unos, las protestas de los otros y el terror de todos; dando ello ocasión á que por tales barbaridades, que muchos han calificado de inescorables justicias, le escomulgara el Papa y le pusiera entredichos diversos. Esta Iglesia de San Gil fué también mezquita de moros, habiéndola consagrado con ese título don Remondo, confesor de San Fernando y primer Arzobispo de Sevilla, en memoria de haber sido bautizado en la de la misma advocación de la ciudad de Segovia su pátria. A su vez en ella fué bautizado el venerable Fernando de Contreras, capellán de coro de la Catedral, insigne sacerdote y singular redentor de cautivos, cuya casa citamos antes. Y por cierto que dicen que habiéndole pintado al fresco en una de las paredes del templo de San Gil á que voy aludiendo, el visitador mandó fuese borrada la pintura pues no estaba canonizado; mandato que eludieron poniendo debajo de tal pintura «San José de Calasanz.»

También aquí se estaban haciendo preparativos para la estación de la Hermandad de la Sen-

tencia de Cristo y Nuestra Señora de la Esperanza á la Catedral en la madrugada del Viernes Santo; cuya cofradía por lo que me insinuaron, es otra maravilla de lujo y hermosura. Mas estamos en Andújar y no puedo continuar.

X

—Sucede visitando una ciudad del mérito de Sevilla, que siente el viajero verdadera calentura por verlo en seguida todo sin detenerse un punto, aprovechando igualmente los días que las noches. En la del que dejo indicado, me fuí pues á cerciorar de la existencia de la Cruz de Bustos Tavera, y á admirar á la luz de la luna llena de Enero, que había sido la noche anterior, los góticos calados de la Catedral, las sombras que proyectaba su altísima torre, los exteriores muros de la Lonja, y el monumento de piedra denominado Triunfo que se levantó para conmemorar el haberse concluído allí la misa mayor el día 1.º de Noviembre de 1755 en que fué asolada la ciudad por el terrible terremoto llamado de Lisboa, puesto que en esta hizo sus mayores estragos.

¡Oh que noche de poesía! A un lado, dicha Lonja, la Cruz expresada, y el monumento indicado; enfrente la Basilica con todos sus atractivos, asemejando sus altos calados negros encajes bordados de reluciente plata; á la espalda el Alcázar, cuya muralla parecía blanqueada pared de misteriosa fortaleza;... el aire, perfumando la atmósfera con el naciente azahar de los próximos jardines; y la gente pasando embozada como

fantasmas de linterna mágica en horas avanzadas en que el sueño viene á cerrar los ojos... Yo estoy seguro que no hay noches como las de Sevilla; y eso que donde digo no rielaba la luna sobre las aguas del río, ni allí se podía oír el son de sus ondas dando tumbos sobre orillas de arena, ni aquellas se veían hendidas por barcos á quienes el viento hinchase sus velas!

Luego avancé por el patio de las Banderas, al entrar por el cual me descubrí ante el retablo que ha reemplazado al en que Cristóbal Colón oró para que Dios protejera su empresa; introduciéndome casualmente por un callejón que me dijeron llamarse del Agua, callejón que no es de estos tiempos sino de los de daga y espada, en que á uno parece hallarse en época de D. Pedro I y hasta teme encontrarlo allí. Es techado, lúgubre, con arcos viejos como si por encima pasara algún acueducto, tiene imagen alumbrada «con lámpara triste ya pronta á espirar» cual dijo Espronceda en su estudiante de Salamanca, su pavimento hace eco al ser pisado, y luego sale á calles que siguen hasta Santa Cruz, todas también misteriosas por su estrechez y silencio, porque aun no ha entrado por allí el afán necio de remozar á Sevilla, como necio sería hacerlo con el circo de Itálica. A esto agregaré, que entonces tocaban las Animas en la Catedral; cuyo toque, amigo Caro, penetra el corazón, eleva el espíritu á regiones que están más altas que este mundo, y creo que hasta *saca ánimas*, pues tal es su admirable influencia sobre nuestro ser. Yo me acordaré mientras viviere de ese sonido melancólico y fuerte á la vez, que claramente me

decía ruega por tus difuntos para que Dios les dé descanso eterno.—

Por segunda vez en este viaje ví bajar la cabeza á Martínez cayendo en meditación profunda; y sin respetarla, pregunté al mismo: ¿Pero á que no sabe V. qué campanas son las que hacen ese toque?

—¡Toma! (me contestó) las de la Giralda.— No pregunto eso, le repliqué, sino el nombre de ellas.—Entonces no lo sé.—Pues se llaman, repuse, Santa Cruz y Omnium Sanctorum. La que después de una hora toca la queda ó séase el silencio, Santa Catalina; la esquila, lleva el nombre de Santa Lucía; y la gorda, que suena cuando se eleva la Ostia en la misa mayor, y cuando es el alba, y cuando dan las 12 y las 3 y cuando es la hora de la oración de la noche, Santa María; cuya campana la mandó hacer el Arzobispo don Gonzalo de Mena, costó diez mil ducados, y se subió á la torre en el año de 1588, oyéndose á distancia enorme apesar de lo bajo del valle donde Sevilla está situada.

—Preocupado con todo lo expuesto, añadió Martínez, dormí muy poco esa noche, levantándome temprano para ver el Triunfo susodicho, así como el Consulado y el Alcázar. El Triunfo, que fué lo primero por no estar cerrado con puertas, ni haber necesidad de permiso para visitarlo, es una alta columna de piedra que sostiene un templete terminado con la cruz patriarcal, dentro del que está la imagen de María Santísima. Allí se coloca en lo bajo el día 1.º de Noviembre de todos los años un altar portátil donde se acaba la misa mayor desde la consagración y se

canta un Te Deum, volviendo luego en procesión el Cabildo otra vez á la Catedral; todo en memoria de lo acontecido en la citada fecha de 1755, y de lo cual nos da cabal noticia cierta lápida negra con letras de oro algo borradas que tiene incrustada esa columna á primera altura; la cual dice así: «Sábado 1.º de Noviembre año de 1755 á las diez de la mañana hubo un general pavoroso terremoto, el que se creyó asolaba la Ciudad y sepultaba sus moradores la ruina pues se estremecieron violentamente los edificios, cayendo algunos y parte de las Iglesias. En la patriarcal un espantoso horror; llovieron piedras sus bóvedas; cayeron pilares de lo elevado de su torre; y siendo sin número el concurso, nadie salió lastimado. En toda Sevilla seis personas perecieron, debiendo los demás sus vidas, y la ciudad su consistencia, al patrocinio de la que es Madre de Dios y misericordia María Santísima; en cuyo honor y perpétuo agradecimiento mandaron los Ilustrísimos Señores Dean y Cabildo, erigir este Triunfo en el sitio mismo en que se dijo la Misa y cantó la sesta en aquel día.»—

Preciosa es la inscripción, amigo Martínez; y sin embargo, siendo yo sevillano ni siquiera me había detenido á leerla.

—No me estraña eso Señor Caro, pues todos son allí como usted. A uno, hasta le he oído decir, que no había habido en Sevilla puerta del Sol, y que yo la confundía con la de Madrid; siendo así que sé quien la ha visto enhiesta y levantada entre las denominadas de Córdoba y del Osario, y siendo así también que se han escrito libros enteros respecto á si se llamaba del

(7)

Sol por dar allí primero al nacer, ó porque en ese sitio los romanos tenían templo gentílico dedicado á el astro de este nombre. De la del Osario le manifestaré que su denominación es tal, porque cerca estaban ciertos enterramientos; y hasta el bombardeo de la Ciudad por Espartero, en el año de 1843, en que fué destruida, conservaba una lápida con estas palabras: «Esta es la Ciudad de la confusión y del desorden;» cuya lápida debía haberse trasladado á Irún enmendándole lo de Ciudad, y poniendo Nación, que tal es lo que se vé en España ahora, y de muchos siglos atrás. El origen de esa lápida fué lo siguiente: Sevilla fué un tiempo el emporio de la riqueza y el colmo de la vecindad, pues pasaban de 500.000 sus habitantes; y como es patrimonio nuestro tener autoridades que se ocupen poco de lo que deben ocuparse, aconteció que cierto atrevido moro, conociendo la calidad del paño, según frase vulgar, determinara, para enriquecerse, colocar como colocó en dicha puerta una especie de oficina con sus respectivos cobradores, á fin de que cuantos entierros ó personas pasaran, le abonasen determinado tributo de maravedises, á manera de contribución ó arbitrio. No había quien no murmurara del cobro, pero no obstante esto la cosa duró mucho tiempo, porque la autoridad eclesiástica creía que era disposición de la civil; la civil de la eclesiástica; la militar de una ó de otra; los unos, cosa del monarca; los otros, de no se quién; sin que nadie se opusiese al pago ni reclamara oficialmente contra él. El diablo sin embargo, que no duerme, tiró de la manta averiguándose todo y descu-



briéndose la invención. Entónces los Ediles acordaron inmortalizar el suceso con aquella inscripción, para memoria ó para estímulo de mayor cuidado, ó por otra causa que á nosotros ha llegado sin consignar.—

¡Qué gráfico es todo esto y como nos retrata! le dije yo.

—Pues bien, continuó Martínez; pasé luego á la Lonja, cuyo edificio se construyó (con diseños del célebre arquitecto Juan de Herrera autor también del monasterio del Escorial), á fin de alejar del patio de los Naranjos de la Catedral á los negociantes que allí habíau plantado sus reales para tratar de sus asuntos; y sería cosa de nunca acabar y ajena de mi propósito, decir á V que la obra duró trece años, y que se concluyó en el de 1598 según atestigua cierta lápida que allí hay; y más ajeno descender á darle idea de su planta, así como detallarle pormenores que á nada conducen si uno no es artista, máxime cuando hasta ha existido quien tiene escritas muchas páginas acerca de si en los planos de Herrera, constan ó no como propia idea suya las cuatro pirámides que se encuentran en lo alto de los cuatro ángulos de tal edificio, ó si fué traza del maestro Juan de Minjares que llevó á cabo su construcción. Pero sí no debo dejar de hacer mención de su grandioso patio, de sus hermosísimas galerías, de su pavimento, de los mármoles de la escalera que se le hizo en el siglo pasado, (escalera que los inteligentes no hallan de gusto correcto sin embargo), del vestíbulo del piso principal, de la otra escalera á que por este vestíbulo se dá entrada, (esta sí tenida

por aquellos cual modelo de ingenio y valentía) y por último del Archivo de Indias que en los espaciosos salones de esa parte principal está instalado; archivo mandado formar por el rey D. Carlos III, y donde se reunieron cuantos papeles relativos á los derechos de España al mundo de Colón, Cortés, Pizarro y Magallanes hallábanse diseminados en centros y dependencias diversas de la Península y sus provincias ultramarinas. Nada he encontrado semejante á tal archivo, tanto en lo valioso de sus papeles y sus interesantes contenidos, cuanto en su orden, concierto, colocación é índices. Los extranjeros quedan atónitos, mudos los nuestros; y yo podría ser tildado de poco patriota y de hombre indiferente si no rindiera público testimonio de tantas grandezas y del mérito de todo.—

¿Y el Alcázar, qué tal le pareció á V.? ¿Lo encontró superior en muchos detalles á la misma Alhambra de Granada, según confesado tiene el malogrado Contreras (padre) su restaurador, en la obra denominada «Monumentos árabes en Granada, Sevilla y Córdoba?»

—Hombre, yo creo que cada uno de los monumentos á que se refiere, tiene el tinte especial de la época en que fueron construidos. Cuando primitivamente se labró el Alcázar de Sevilla, ni se pensaba siquiera en edificar la Alhambra. Esta fué levantada siglos después, y por tanto lo que existe sin reconstruir en Sevilla es más árabe que lo de Granada. La Alhambra se debió á Alhamar el Rojo, uno de los walíes de Granada; y como obra de éste y casi contemporánea á la conquista de Sevilla mediante que ese prínci-

pe moravita vino á ayudar en ella á San Fernando (apoderándose por cierto del castillo de Alcalá de Guadaira), es pues moruna y no árabe, teniendo en su virtud un carácter distinto del que tiene el Alcázar. Por eso no encontrará nadie en éste los ligeros arcos y las delgadísimas columnas del patio de los Leones de la Alhambra, así como tampoco se hallan en ésta los admirables arcos de los patios del Alcázar. Además, todo lo que allí existe de tan imperecedera obra está intacto y sin estilo nuevo en sus restauraciones; mientras que aquí, primero D. Pedro de Castilla y después diversos reyes de España, lo han reconstruido todo sin dejar verdaderamente cosa alguna en su ser anterior y pristino estado —

Eso de ser los árabes distinta cosa que los moros no me lo explico Sr. Martínez claramente, y menos que Alhamar fuera ayudador de San Fernando.

—Pues para que lo entienda V. le diré con Viardot, que en 1245 el califato de Córdoba estaba destronado, habiendo remplazado á la dominación de los árabes del Yémen la de los berberiscos africanos. Por consecuencia de estas disensiones entre árabes y moros en que éstos destruyeron á aquellos en España, como lo fueron por los turcos en la Siria, el imperio de los musulmanes creyentes de Mahoma se dividió en muchas porciones, facilitándose así su desaparición por los cristianos. Jaime el conquistador tomó á los moros las islas Baleares y el reino de Valencia, y San Fernando se apoderó de Córdoba, Murcia y Cartagena, viéndose Granada en gran-

de aprieto. Entonces Alhamar, que era cual he indicado walí de Granada y de Jaén, al encontrarse cercado por las conquistas de aquél, tomó el partido de entregar la segunda de esas ciudades, y poner á feudo la primera, declarándose vasallo del expresado rey y su tributario; por lo cual tuvo que dar y dió el respectivo contingente de tropas para dicha conquista de Sevilla. Esta capituló cual es sabido el 23 de Noviembre de 1248; y entre tanto que los españoles victoriosos tomaban á Cádiz, Jerez y otros puntos, Alhamar volvió á Granada donde en gran número se iban asilando con tales conquistas los moros vencidos, llegando á formar el reino de Granada, y mandando construir para morada suya y de sus sucesores el palacio de la Alhambra referido entre la época que medió desde 1264, en que renovó con D. Alonso el sabio su alianza, y la de su muerte, acaecida en 1273 Alhamar en néutro es Alhambra; y de todo ello deducirá usted que los monumentos que los árabes nos dejaron sean cosa distinta de los de los moros, y que unos y otros no deben confundirse. —

Estoy conforme, le repliqué; y puesto que irá cansado de hablar y no hemos de tratar del Alcázar de la manera artística que lo hace Contreras en su obra citada, ni descender á describir esa joya de Sevilla ocupándonos del mérito de su portada, apeadero, etc., etc., cuyas particularidades las guías detallan y especifican otros libros, con licencia de V. y cuando salgamos de Villanueva, á donde hemos llegado, le recitaré lo que el Duque de Rivas dice sobre el asunto.

XI

Habla así el gran poeta en cuestión:

Magnífico es el Alcázar
con que se ilustra Sevilla;
deliciosos sus jardines,
su escelsa portada, rica.

De maderos entallados
en mil labores prolijas
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas.

Y hay en ellas un letrero
donde con letras antiguas
«D. Pedro hizo estos palacios»
esculpido se divisa.

¡Cuántas apacibles tardes
en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas,
recorrí aquellos verjeles
en cuya entrada se miran
jigantes de arrayan hechos
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
forman calles extendidas,
y un oscuro laberinto
que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas,
y á los forasteros mojan
con algazara y con risa

de los que ya escarmentados
el chasco pesado evitan.

En las tardes del estío
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza,
aquel trasparente cielo
con ráfagas purpurinas
cortado por un celaje
que el céfiro manso riza,
aquella atmósfera ardiente
en que fuego se respira,
¡qué languidez dan al cuerpo!
¡qué temple al alma divina!

De los baños tan famosos
por quien los gozó, la vista;
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,
tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes,
ya reparos, ya ruinas,
con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines
que si los ojos hechizan,
embalsaman el ambiente
con los aromas que espiran;
de las fuentes el murmurio,
la lejana gritería
que de la ciudad, del río,
de la alameda contigua,

de Triana y de la puente
confusa llega y perdida
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran,
forman un todo encantado
que nunca jamás se olvida,
y que al recordarlo siempre
mi alma y corazón palpitan.

Más ¡ay! aquellos pensiles
no he pisado un solo día,
sin ver (¡sueños de mi mente!)
la sombra de la Padilla,
lanzando un hondo gemido,
cruzar leve ante mi vista,
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira;
ni entré en aquellos salones
sin figurármeme erguida,
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta;
ni en el vestíbulo oscuro
el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en columnas estriba,
al que adornan azulejos
abajo, y esmalte arriba,
el que muestra en cada muro
un rico balcón y encima
el hondo artesón dorado
que lo corona y atrista;
sin ver en tierra un cadáver....
aun en las losas se mira
una tenaz mancha oscura....
¡Ni las edades la limpian!...

¡¡Sangre!! ¡¡Sangre!!... ¡oh cielos, cuantos
sin saber que lo es la pisan!

Quinientos años más joven
era el magnífico alcázar;
aun lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,
y lucientes los esmaltes
de las techumbres doradas,
mansión del rey de Castilla
orgullosa se ostentaba;

cuando del Mayo florido
una apacible mañana
en aquel salón que tiene
los balcones á la plaza

dos ilustres personajes
en grande silencio estaban;
un caballero era el uno,
el otro una hermosa dama,

Rica berberisca alfombra
del rey moro de Granada
don ó tributo, cubría
las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
con listas y flores varias
matizado en el Oriente,
que galeras venecianas
(tal vez de su Dux regalo)
trajeron á nuestra España,
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente
de maderas cinceladas
un rico oratorio había

con embutidos de nacar.

Y en él la imagen devota
de la Virgen soberana,
escultura harto mezquina
más no de atractivos falta;
de la cual era el adorno
una corona de plata
reverberando en su cerco
amatistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso
con las oraciones santas
ornado de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,
colocado se veía
sobre un atril, que formaban
de un angel mal esculpido
aunque con primor, las alas;
y de brocado de oro
en el suelo una almohada,
mostrando por medio hundida
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados
con cal de Morón, de caza
pendían varios trofeos,
banderas y limpias armas;
y en una mesa ó bufete
puesta enmedio de la estancia
con un tapete cubierta
cuyos picos arrastraban,
un templado laud había,
un rico juego de tablas,
búcaros llenos de flores
y un cofre de filigrana.
De un balcón sentóse cerca

muy pensativa la dama,
en un gran sillón dorado
cuyo respaldo formaba
un dosel ó guardapolvo
en una curva gallarda
de castillos, de leones
y de corona adornada.

Un vistoso brial de seda
verde y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno
de oro recamos y franjas,
era su traje: una toca
muy más que la nieve blanca,
y un claro cendal cubrían
sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera
que miedo y penas retrata.

Dos soles eran sus ojos
bajo las luengas pestañas
donde dos perlas preciosas
prontas á correr brillaban.

Era una fresca azucena
á quien cruda muerte amaga,
porque un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarrá.

Ora un blanco pañizuelo
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos
convulsas y deslustradas;
ora absorta y distraida
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico

de ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,
pálido y enjuto el rostro,
nariz corva y afilada,
noble su porte, y siniestras
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto
de oro bordado y con chapas
y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,
de largo á largo medía
con pasos lentos la estancia
y pasiones diferentes
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos
hechos del infierno brasas;
luego extendían los labios
sonrisa feroz y amarga;
ó en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;

bien apresurando el curso
de pié á cabeza temblaba;
bien repuesto proseguía
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero
ya tranquilo ya con rabia
revolverse á todos lados
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra

no se oían sus pisadas;
pero sordas le crujían
siempre que se meneaba
canillas y choquezuelas.
Diz que el Cielo (¡cosa rara!)
de igual rumor ha dotado
allá en tierras muy lejanas
para que la evite el hombre,
á una serpiente que llaman
de cascabel y que al punto
que se acerca, pica y mata.
Doña María Padilla
era la llorosa dama
y el callado caballero
el rey Don Pedro de España.

Cual de solitaria torre
en torno están revolando
fieras aves de rapiña
cuando el sol baja al ocaso,
así en torno de Don Pedro
vuelan pensamientos varios
cuyas sombras ofuscaban
de su semblante los rasgos.
Ya ocupa su airada mente
el poder de sus hermanos,
á los que mató la madre,
y á los que llama bastardos;
ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
ó la mengua del tesoro
sin medios de repararlo;
ya la linda Doña Aldonza
á quien tiene á buen recaudo,

ó las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado;
ya una proyectada empresa
rompiendo la fe de un pacto
contra el moro granadino;
ó una traición ó un engaño.

Mas, como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas
del castillo solitario,

y solo constante queda
en torno de él volteando,
la más voraz, la más fuerte
la que no admite descanso;

así aquel tropel confuso
de pensamientos extraños
en que se encontró Don Pedro
envuelto un pequeño rato,
en su pecho y su cabeza
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,
dándole gran sobresalto,

la imagen de Don Fadrique
el mejor de sus hermanos,
norma de los caballeros
y Maestre de Santiago.

Del rey de Aragón acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar á Jumilla
con noble denuedo y brazo;
deja en lugar de las barras
los castillos tremolando
y viene á entregar las llaves
á su rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario;
y más que á Tello y á Enrique
lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo
de traer de Francia encargo
á la reina Doña Blanca;
mas tardó en la empresa un año.

Con ella en Narbona estuvo....
y un rumor corrió entre tanto
de aquellos que son ponzoña
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en el Puerto
en una torre pagando
las tardanzas del viaje
las hablillas de Palacio;

y el cuello de Don Fadrique
se halla en sus hombros intacto
porque tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro.

Mas ¡ay de él!... es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia
y por su esfuerzo bizarro;

y si no dá sombra al trono
porque es fiel, dá ¡mal pecado!
al corazón duros celos,
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla
cuyo entendimiento claro
del regio amante penetra
los más ocultos arcanos,
y en quien la bondad del alma
sobrepuja á los encantos

de su peregrino rostro
y de su cuerpo gallardo,
vive víctima infelice
de continuo sobresalto
porque al rey ama y le mira
á mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio;
y tiene dos tiernas niñas
que con otro padre acaso
aunque ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo

Vé en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario;
sabe que llega á Sevilla
y á voces le está indicando
de su fiero amante el rostro,
que viene en momento aciago:
y por aquietar sospechas
ó darles punto más alto,
al fin rompiendo el silencio
aunque con trémulos labios
osó hablar; y estas palabras
entre los dos se cruzaron:

«—¿Conque hoy llegará triunfante
Don Fadrique vuestro hermano?

—Y por cierto que ya tarda
en llegar aquí el bastardo.

»—¡Bien os sirve!... Sí; en Jumilla
como un héroe se ha portado:
de su lealtad os da pruebas:
es muy valiente.—Lo es hartó.

»—Ya estaréis, señor, seguro
de su pecho noble y franco.
—Aún más lo estaré mañana.»—
Enmudecieron entrambos.

Grande rumor se alza y cunde
de armas, caballos y pueblo
de Sevilla por las calles
al Maestro recibiendo.

Suenan los vivas, unidos
con los retumbantes ecos
que en la altísima Giralda
esparce el bronce hasta el cielo.

Vase acercando la turba
pero se la escucha menos;
ya á la plaza de palacio
llega y párase en silencio;
que la vista del alcázar
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.

Quedó pues mudo el gentío,
falto de acción y de aliento,
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;

y el Maestro de Santiago
con algunos caballeros
de su orden, entra, seguido
de corto acompañamiento.

Dirígesse hacia la puerta
como aquel que va derecho
á encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos;
ó como noble caudillo

que por sus gloriosos hechos
de un rey á recibir llega
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano
que espuma respira y fuego
y á quien contiene la brida
si ensoberbece el arreo,
muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto,
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;
y una gorra de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho
con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
el iracundo Don Pedro
en cuanto entrar en la plaza
vió á su hermano desde lejos,
como si de mármol fuera
quedó del salón enmedio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;
pero pronto en sí tornando,
salióse del aposento
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda
le vió la Padilla, lleno
el corazón de amargura
y de llanto el rostro bello,
álzase y sale turbada
del balcón al antepecho;
al gallardo Maestre indica

con actitudes y gesto
que llega en mal hora, y mueve
por el aire el pañizuelo
diciéndole en mudas señas
que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique;
y por saludos teniendo
los avisos, corresponde
cual galán y cual discreto.

Y á la ancha portada llega
do guardias y ballesteros
le dejan el paso libre
mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, Don Pedro
las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspenso
de la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo
los ojos, vió que la dama
agitaba el blanco lienzo.

¡Oh Dios! ¿Fué esta acción tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó á los verdugos
y la que firmó el decreto?....

Apenas puso el Maestre
de dos solos escuderos
seguido, el pié confiado
en el vestíbulo regio,
donde varios hombres de armas
vestidos de doble hierro
paseándose guardaban
de la escalera el ingreso;
cuando á uno de los balcones

como aparición de infierno
el rey se asoma gritando
matad al Maestre, maceros.

Siguió como en la tormenta
el súbito rayo al trueno;
y seis reformidas mazas
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto
halló el puño, y fué imposible
desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo
y lanzando un alarido
que llegó sin duda al cielo.

Voló al instante la nueva
de tan horrible suceso;
apelaron á la fuga
los freiles y caballeros;

huyó á esconderse en sus casas
temblando de horror, el pueblo;
y del alcázar quedaron
los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre, embravece
al tigre con tanto extremo,
que prosigue los destrozos
aunque ya esté satisfecho

su vientre; porque se goza
en teñir de rojo el suelo.

Sin duda al rey de Castilla
debió suceder lo mismo,

pues cuando vió á Don Fadrique
desplomarse en tierra yerto,
corrió por palacio todo

buscando á sus escuderos;
que trémulos y amarillos
de aposento en aposento
huyen sin hallar amparo,
corren sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
ó esconderse el uno de ellos,
Sancho Villegas; el otro
no fué tan feliz ó diestro.

Viendo que el rey le persigue,
entróse, de espanto muerto,
donde estaba la Padilla
desmayada y en su lecho,
asistida por sus damas
que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado
ángeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro
que en asilos no repara,
coje en sus brazos de presto
á Doña Beatriz, que apenas
cuenta seis años completos,
hija por quien el rey tiene
el más cariñoso extremo.

Pero ¡ay! de nada le sirve...
en vano allá en el desierto
con la cruz santa se abraza
el peregrino, si recio
brama el sur, si arde el espacio,
si olas de arena, creciendo
mar espantoso confunden
la baja tierra y el cielo....

Con la niña entre los brazos

y de rodillas, el pecho
traspasóle furibunda
la daga del rey Don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo
se asentó el rey á la mesa
como acostumbra, comiendo.

Jugó en seguida á las tablas,
salió después á paseo,
fué á ver armar las galeras
que han de ir á Vizcaya luego;

y en cuanto cubrió la noche
con su manto el hemisferio,
entró en la torre del Oro
donde tiene en un encierro

á la linda Doña Aldonza
á la cual del monasterio
de Santa Clara ha sacado,
y á la que idolatra ciego.

Fué un rato á hablar en seguida
con Leví, su tesorero,
en quien tiene su privanza,
aunque es un infame hebreo;

y muy tarde retiróse
sin más acompañamiento
que un moro su favorito,
hombre bajo, por supuesto.

Entró en el tranquilo alcázar,
llegó al vestíbulo excelso
y en él paróse un instante
la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
del artesonado techo

en derredor derramaba
ya sombras y ya reflejos.

Entre las tersas columnas
dos hombres de armas, dos negros
bultos paseaban solos,
vigilantes y en silencio;

y en tierra aún tendido estaba,
de un lago de sangre en medio,
el Maestre Don Fadrique
en su roto manto envuelto.

Se acercó el rey, contemplóle
con atención un momento,
y notando que no estaba
del todo su hermano muerto,

pues aún respiraba acaso
palpitante el hondo pecho,
le dió con el pié un empuje
que hizo estremecer el cuerpo;

desnudó la aguda daga,
al moro la dió, diciendo:
«Acáballo,» y sosegado
subió y entregóse al sueño.

XII

—Por lo que V. acaba de recitar, admirando yo su feliz memoria cuando de versos se trata, me afirmo y ratifico en que están equivocados los que me dijeron en Sevilla que antes de matar D. Pedro á su hermano Fadrique lo tuvo algún tiempo encerrado en la torre denominada de Don Fadrique y que por esto se llamaba así.—

El nombre que tiene esa torre, situada en la huerta del convento de Santa Clara, (calle de su

nombre) contesté á Martínez, proviene de haberla mandado construir otro D. Fadrique tío de D. Sancho el Bravo, si damos crédito á la versión consignada en una lápida que tiene según todos los escritores que se ocupan de tal torre, y en que se dice fué levantada en el año de 1252. Al asegurarse además que ese D. Sancho el Bravo donó á las religiosas franciscas de la Orden de Santa Clara los palacios del D. Fadrique su tío para que edificaran el actual convento, confiesan que no es el mandado matar por D. Pedro, el cual no vivió en aquella época, sino en la correspondiente á un siglo después, ni dicha torre pudo servirle de prisión puesto que ya era desde 1289 convento y mansión de aquellas monjas. Son diversos pues, esos dos Fadriques; no tomó la expresada torre su nombre del segundo de ellos; y no fué tampoco aprisionamiento del mismo.

—Vila con mucho gusto mío desde lejos, continuó Martínez, rodeando al efecto el convento por callejuelas que se hallan situadas á su parte Norte; y después entré en la Iglesia, la cual consta de una espaciosa y linda nave de estilo gótico, en cuyo altar mayor resalta entre medios relieves de Alonso Cano, preciosa escultura de la Santa titular, hecha por Martínez Montañes, de quien también son un San Juan Bautista, un San Francisco y un San Juan Evangelista, que adornan otros altares. Allí, según me dijeron, existe enterrado un fraile franciscano conocido por Pelagio, que compuso obras latinas de singular aprecio y que fué discípulo del sutil Scoto; así como otros personajes no menos célebres y

dignos de memoria, revelando esto que ha sido convento de mucha estima.

Siguiendo adelante la calle, hallé otro convento aun más apreciable si cabe. El de religiosas cistercienses de San Clemente el Real, fundado por el Santo rey D. Fernando á raíz de la conquista y que ocupa el lugar donde estaba el palacio de primavera de los árabes vencidos por el mismo. Se le dió esta advocación en memoria del inolvidable día en que se rindió la ciudad y en que cumplía años el primogénito Alonso X. La Iglesia es igualmente de una nave, y ella encierra las cenizas de Doña María de Portugal, esposa de Alonso XI y madre del D. Pedro el Cruel, la que aunque murió en Evora fué traída á Sevilla en tiempos de D. Enrique el II. En el coro bajo están á su vez sepultadas las Infantas Doña Leonor y Doña Berenguela monjas que fueron de este monasterio; conteniendo también este templo el retrato auténtico de San Fernando, y preciosas esculturas de Alonso Cano y de Roldán; así como algunos preciosos trabajos de Alonso Martínez, (no el que fué Ministro y cuya memoria han querido inmortalizar poniendo ahora su nombre á la plaza de Santa Bárbara de Madrid, sino el predilecto discípulo de Martínez Montañes. Y al estar hablando de ese convento no puedo terminar sin añadir que las virtudes de las religiosas con quienes conversé por favor especial, están siendo admiración de todos; habiendo ganado en respeto de los moradores de aquella comarca lo que perdieron de autoridad al privárseles de sus bienes y de los privilegios que tenían otorgados hasta para sentenciar liti-

gios en su pequeño distrito por medio de sus siempre respetables Abadesas. Yo envió desde aquí á tan buenas religiosas las protestas de mi mayor consideración.—

Y las oirán en tiempo no muy lejano, repuse yo á mi vez, porque precisamente el Guadalquivir nos oye y les llevará los sentidos recuerdos de usted, hallándonos como nos hallamos cerca de Espeluy, último punto en que podemos ver sus aguas, pues ya va á torcer á nuestra derecha para internarse en los montes de Ubeda. Y mediante que no le veremos más, le dirigiré cuatro palabritas de mi paisano el inimitable Arguijo.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata
que envidia el río Tajo y el Pactolo;
para cuya corona, como á solo
rey de los ríos entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo.

Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,
de la mejor ciudad por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respetá humilde los antiguos muros.

—Debe temer mucho Sevilla los desbordamientos del Guadalquivir, sí; pues según tengo leído en una obra de D. Francisco de Borja Palomo, á quien V. conocería, los desastres que desde antiguo ha causado con sus avenidas, que allí se llaman riadas, han sido extraordina-

rios. Bien ha estado por tanto que se le haya dirigido la súplica que contiene el soneto de D. Juan de Arguijo, sobre todo para que no vuelva ese río á hacer lo que hizo el 8 de Diciembre de 1876, que fué romper ciertos terraplenes por cerca de la puerta de la Macarena, y entrarse calles abajo anegando casi toda la ciudad y causando males que nadie habrá olvidado. Y lo sensible es, que á evitar tales inundaciones no se haya puesto eficaz remedio; aunque á decir verdad parece difícil combatir semejante enemigo por fuera y por dentro á la vez; por fuera evitando que las aguas invadan el valle donde Sevilla está enclavada y que no le conviertan en proceloso mar, puesto que á veces inundan aquellas un espacio no menor de cinco leguas cuadradas al rededor de la ciudad, ó séase desde Alcalá de Guadaíra á Brenes, y desde el Aljarafe á la parte opuesta; y por dentro impidiendo, lo que raya en lo imposible, que las aguas llovidas se estanquen cerca de los husillos, cerrados para que no entren las de fuera, y no lleguen como han llegado en ocasiones á la plaza del Duque, y á la de Santo Tomás, y hasta á la puerta de la Iglesia de San Francisco de Paula, en la calle de las Palmas. Sabrá V. que esta Iglesia la tienen ahora á su cargo los Padres de la Compañía de Jesús y que la han reparado y puesto en un ser que parece la antesala de la gloria.—

No lo sabía; y ese estado contrasta con el en que yo la dejé, que era bien deplorable: pero no me extraña el cambio, dada la piedad de los Jesuitas y su ilustración reconocida. Era convento

de religiosos Mínimos, ó sea *los últimos ó más pequeños*, que así quiso San Francisco de Paula se denominasen los de su fundación para que no olvidaran la humildad y pobreza que deseó tuviesen. Profesaban también el llamado cuarto voto; esto es, el de la abstinencia perpétua; y bien reconocieron los herejes hugonotes en Francia la santidad del mencionado fundador, cuando para hacer desaparecer su cadáver hasta entonces incorrupto le desenterraron, según la historia consigna, le echaron al cuello un cordel, le arrastraron por Plessis, y luego le quemaron en grande hoguera sin que no obstante pudieran destruirle por completo. Usted, Sr. Martínez, recordará por haberla visto representar indudablemente á mi también paisano José Valero (el hermano de la Josefa Valero, fallecida allí en la calle de la Encomienda, donde puesta hay lápida expresándolo,) la tragedia de Casimiro Delavigne «Luis XI» en que tan á lo vivo se retrata á este monarca francés ante San Francisco de Paula.

—Lo que recuerdo es, que era una de las del repertorio de aquel ya también fallecido actor, y en que más fama adquiriera; pero no conservo memoria de la menor de esas particularidades.—

Pues Luis XI no había tenido vida buena en ningún concepto; y creyendo que se acercaba el momento de perderla, atendidos sus achaques y débil estado, llenóse de terror ante la idea de la cuenta que tendría que dar á Dios. Nácele el deseo de dilatar sus días para dilatar el de esa cuenta, y en vez de acudir á El arrepentido demandándole perdón y misericordia, llama á San Francisco

de Paula para que le sane y le prolongue la vida. Vino el santo, y oyendo atónito la petición del milagro, exclama:

SANTO.—¿Pero de mí, qué pedis?

REY.—Para vos todo es posible;
vos á la carne insensible
el calor restituís.

—¿Yo?

—Vos decis á los muertos
salid de la sepultura,
y á gozar de la luz pura
salen de tierra cubiertos.

—¿Quién, yo?

—Vos á nuestros males
mandáis que desaparezcan,
y es preciso que obedezcan.

—¿A mí?

—Sí; las celestiales
regiones dan nueva luz
cuando vuestra voz lo ordena;
el mar brama ó se serena
si vos os ponéis en cruz.
Cuando al rayo turbulento
amenazáis al caer,
se le ve retroceder
y volverse al firmamento.
Vos el líquido rocío
encadenáis en la altura
y á la yerba su frescura
dispensáis en el estío.
Vos en fin lo podéis todo;
y pues todo lo podéis,
el favor no me neguéis
que pretendo; haced de modo

que mi cuerpo envejecido
recobre su lozanía;
casi estoy en la agonía;
volvedme el vigor perdido.
De mi lívido semblante
las facciones animad,
y sus arrugas trocad
en consistencia brillante.
¡Ah! si los brazos piadosos
para trocarme estendéis,
al punto me libraréis
de estos surcos enfadosos.
—¿Qué me pedís, hijo mío?
¿soy yo acaso igual á Dios?
¿hacer un joven de vos
depende de mi albedrío?
¿cómo presumís que torne
atrás la rápida edad
y con segunda beldad
la primavera os adorne?
¿Ni quién ruegos tan extraños
á los Cielos dirijiera?
—Padre ¡diez años siquiera!
aseguradme diez años!
.....
.....
.....
¡Que la luz restituida
no pierda tan prontamente;
padre, un milagro patente;
la vida, alargad mi vida!—
—Dios no deja á discreción
de los hombres, su gobierno;
¿y pretendéis ser eterno

en la común destrucción?
Si vos queréis, Dios no quiere;
os lo asegura mi lengua;
todo lo que crece, mengua;
todo lo que nace, muere.
De todo, el mismo tributo
la naturaleza cobra;
del hombre y su frágil obra,
del árbol y de su fruto.
Cuanto el espacio circunda
produce para la edad;
y para la eternidad
la muerte solo es fecunda.

.....
¿Por qué de vuestra conciencia
los clamores no escucháis
y para el alma imploráis
la celestial asistencia?....

.....
La vida de los reyes (añadió) tiene sus límites como la de los demás hombres; y puesto que Dios ha permitido que oigáis mis palabras, os diré que vuestras horas van á terminar en seguida.»

En efecto; no tardó la muerte de Luis XI, como tal vez no tarden en llegar las nuestras: que «nuestras vidas son los ríos que van á la mar, que es el morir;» como profundamente escribió Jorge Manrique.

—Si á V le parece (repuso Martínez), iremos ya callados hasta Menjibar. El asunto es importante y hay que meditarlo con mucha reflexión —

Así lo hicimos.

XIII

—También quisiera ir callado los kilómetros de aquí á Jabalquinto (prorrumpió Martínez cuando salimos de Menjibar), por que no puedo separar de la memoria á Luis XI y nuestro común fin; pero V. encontraría parecida la suspensión de mi charla sempiterna al cansancio que experimentó á poco, de dejar la posada aquella mula de que nos habla Samaniego, y no aspiro á tales semejanzas ni deseo que se me tilde de preocupado por más que tenga que esforzarme al reanudar el hilo de la conversación. Saltando pues nada menos que al Pretorio de Pilatos, que es saltar desde Plessis, manifestaré á V. que, habiéndolo visto en Jerusalén el Marqués de Tarifa merced á un viaje que hizo á tan Santa Ciudad, á donde llegó el día 4 de Agosto de 1519, se trajo los planos de la planta de aquel palacio á Sevilla, así como diversas medidas de distancia y otras cosas á él pertenecientes, con el fin de edificar una como reproducción de algunos de sus compartimientos, puesto que las tres destrucciones que Jerusalén ha tenido hacían imposible que esa reproducción fuera completa. Realizólo así en efecto, construyendo el magnífico palacio conocido por la casa de Pilatos en la plaza de este nombre, cuyo edificio, aun aparte de lo que representa, y de lo reproducido realmente, y de la tierra de sus cimientos traída de Jerusalén, y de haber desde allí á la Cruz del Campo los mismos pasos que desde el Pretorio de Pilatos al Gólgota, puede asegurarse que es

(9)

de lo mejor que existe en Sevilla entre tantísimo bueno como contiene. Así lo atestigua su portada, de orden corintio y de trabajo admirable; sus patios, cuajados de esculturas romanas de mérito grande; sus galerías, sus fuentes, sus jardines, sus azulejos, sus columnas, su capilla, sus salones, y sus admirables techos en fin, unos artesonados y otros pintados por Francisco Pacheco el suegro y maestro de Velazquez. Allí también están, esparcidas en el suelo por casual incidente, las cenizas del emperador Trajano, traídas de Roma para su colocación en monumento sepulcral que por esto no llegó á erijírsele. Y á su vez en su magnífica escalera vése la reproducción de la rejilla por donde San Pedro oyó en aquella noche tan funesta como originaria de nuestro bien, el canto del gallo que le acusára de su negación y de su infidelidad á Jesús; é igualmente tiene copiado el balcón donde este divino Señor fué expuesto á la conmiseración del pueblo judío, y otros no menos importantes detalles entre los que sobresale la santa columna donde fué azotado. Y eso que la incuria de los propietarios y la injuria de los tiempos, han ido quitando á muchas de sus cosas el ser y sello de verdad que les fué impreso; mal pecado de los españoles, que no me cansaré en vituperar.

¿Y cómo se ha averiguado, le repuse, eso que me ha dicho V. del 4 de Agosto de 1519?

—Muy fácilmente: la magnífica portada de este palacio es de marmol y termina, cual toda la fachada, por un cuerpo de arquitectura con antepecho que da vuelta á una extensa azotea: sus balaustres están coronados de pequeños

leones, y calados los entrepaños, que son de una pieza; y en las pilastras se ven grabadas las cinco cruces de Jerusalén, empresa que tiene agregada á sus armas la casa de Ribera, y este letrero repetido «4 de Agosto de 1519 entró en Jerusalén.»

Ya que he mencionado la Cruz del Campo, consignaré que ésta es un templete ó capilla descubierta á los cuatro vientos, levantada al principio de los caños de Carmona, ó sea acueducto que termina en la que fué puerta de este título, inmediata á la referida plaza de Pilatos; cuyo templete fué erijido en el año de 1482 por el Asistente D. Diego de Merlo, y se compone de cuatro robustos pilares de los que arrancan otros tantos arcos arabescos sosteniendo una bóveda en figura de media naranja, que cobija cruz de piedra elevada sobre marmórea columna con imágenes en alto relieve de Nuestro Señor Jesucristo y su Madre Santísima. A esta columna se sube por elevados escalones, y todo no hace mucho que fué restaurado, poniéndosele alrededor la respectiva reja que lo resguarde.

Cuando fuí á ver esta cruz me alejé algo más allá á fin de ver también la mesa del rey, objeto hasta hace poco de medroso temor; más no logré encontrarla, sin duda porque se habrá juzgado que en los presentes tiempos no debía existir el lugar en que eran descuartizados los criminales á quienes Códigos anteriores imponían esa penalidad por la atrocidad de sus delitos.

Atendido esto, atravesando el Prado de Santa Justa, después de pasar por la hacienda de Santa Teresa, antes morada de religiosos Carme-

litas reformados, y de detenerme un poco en la huerta denominada de las tres puertas (por los tres arcos de su vestíbulo) para recrearme en el precioso cuadro que formaban corriendo tras sutiles mariposas unas educandas del colegio de religiosas del Santo Angel sito en la calle de San José á quienes sirve esa huerta de higiéni-co esparcimiento, vine á dar en el convento de la Santísima Trinidad, asentado cerca de la que fué puerta del Sol, un poco á la derecha de la del Osario conforme miramos á la ciudad.

Es el tal convento una de las cosas de más mérito religioso que en Sevilla hay; digo, su Iglesia, porque aquel ha sido muchos años cuartel, ahora es Seminario eclesiástico, y ha perdido en gran parte su primitivo ser. Fué fundado en 1249 por los religiosos de esta Orden que acompañaron en la conquista á San Fernando; se halla erijido sobre el área que ocuparon la curia romana, las cárceles, y el palacio del Presidente; y aunque la actual Iglesia no es la antigua, no deja de ser muy estimable. Forma una ancha y espaciosa nave con capillas á los lados, hallándose en medio de ella una escalera de marmol encarnado que da entrada á las profundas y oscuras cárceles en que padecieron martirio las inclitas sevillanas Santa Justa y Santa Rufina desafiando las iras de Diocleciano, emperador romano, y de Diogeniano, presidente de la Bética. Aún existe en esas lóbregas cárceles la columna á que estuvieron encadenadas, y en esta se vé grabado el signo de nuestra redención, de mano, según asegura la fe, de una de tan Santas vírgenes; columna situada en altar privilegiado de

ánimas, donde se celebran misas innumerables. Usted sabe que son patronas de Sevilla, que tienen rezo especial el 17 de Julio, y que son admirables los detalles de su martirio especialmente el de haberse echado un león hambriento para que devorase á Santa Justa en el anfiteatro, cuyo león respetó su santidad hasta el extremo de bajar la cabeza y lamerle sus piés.....—

Sí que lo sé: y ya que habla de mártires y está por esos sitios, dígame V. algo de la capilla ó ermita de San Hermenegildo, que según recuerdo se encuentra un poco más allá junto á la que fué puerta de Córdoba.

—Esa capilla se edificó pocos años después de la conversión de Recaredo á consecuencia de haber padecido allí martirio el Santo Rey de Sevilla que acaba V. de nombrar. Su muerte la ordenó el mismo padre suyo Leovigildo, el cual era hereje arriano y no quería que Hermenegildo profesase la religión de Cristo. La actual Iglesia se construyó en 1616 y forma una sola nave donde aún se conservan regulares cuadros de la escuela sevillana, reputándose obra de Martínez Montañés la efigie en escultura del santo martir.

Casi enfrente de la espalda de la referida capilla, hallábase otro convento lleno de recuerdos y memorias apreciabilísimas, y del que ya no resta sino su Iglesia. El de capuchinos; aquel convento frecuentado á todas horas por Murillo, y en que logró la inspiración de sus divinales vírgenes por gracia especial del Cielo concedida tal vez á ruegos de los frailes de tal convento que le miraban como hijo suyo predilecto. Allí fué donde después de comulgar el pan sagrado

una mañana, aquellos le dieron el almuerzo con que manchó Murillo la célebre servilleta que no quiso fuera lavada sino con imprimación de sus manos prodigiosas y en que pintara la celebrada *Virgen de la Servilleta*, que regaló á la comunidad en agradecimiento de los favores que le dispensaba. Allí fué asimismo donde estuvo fundada según graves autores la primera catedral cristiana en Sevilla á raíz del apostolado de Santiago, teniendo por primer prelado á Flavio Pío; y allí donde estuvo también el anfiteatro romano al que estos dominadores nuestros llevaron á Santa Justa á ser devorada por leones, y en que se realizó el milagro de ser respetada por el contrario cual acabamos de decir. Aquellos claustros de tantos recuerdos, desaparecido han; y gracias que á la Iglesia no haya acontecido lo propio, dada la indiferencia de nuestro siglo demoledor y su ningún aprecio á lo santo, lo artístico y lo legendario. Era tal vez la más rica en pinturas de nuestros mejores artistas sevillanos, albergando sus muros el Santo Tomás de Villanueva, el San Félix de Cantalicio y otros semejantes cuadros ante quienes los extranjeros se estasián y quedan enmudecidos cuando visitan el Museo provincial donde ahora se encuentran tales pinturas. Solo conserva ya imágenes faltas de mérito intrínseco pero las que sin embargo poseen el de ser muy veneradas y de grandísima estima por la protección que dispensan al pueblo sevillano, cual la Divina Pastora y otras más que no me detengo en enumerar. En tal Iglesia vi algunos pocos religiosos capuchinos de singular piedad que tienen residencia en pobres celdas

habilitadas al efecto, y que cuidan del templo y de la salud espiritual de muchos fieles con gran ahinco; entre los que me complazco en nombrar al Padre Fray Diego de Valencina, ahora presidente de esa residencia, varón virtuoso, escritor ilustre y excelente predicador.

Prosiguiendo la ruta por el paseo de capuchinos hasta la puerta de la Macarena, tiene el viajero dos cosas notables que contemplar; primeramente á la izquierda, los únicos admirables restos que quedan en Sevilla de aquellos muros de argamasa con que la rodearon los romanos, ó séase Julio César según consignaba la lápida de la puerta de Jeréz citada al principio de nuestro diálogo; murallas torreadas que á todas horas parece que hablan al que por allí pasa. recordándole que han sido teatro durante los veinte siglos que tienen de existencia, de valerosas luchas debidas al deseo de poseerse esta joya de España por godos, árabes y cristianos.

La otra cosa notable está á la derecha y es el Hospital llamado de la Sangre, cuyo verdadero nombre es de las Cinco llagas; edificio que tiene pocos competidores en mérito arquitectónico, con especial la Iglesia, que sin duda es la mejor de la ciudad. En el principal altar de ella, está Jesús mostrando sus llagas al apóstol Santo Tomás, obra pictórica que muchos dicen ser de un Luis de Vargas de quien ahora nos ocuparemos. En otra parte hay un cuadro de la venida del Espíritu Santo hecho por el Presbítero Roelas que citamos al tratar de la Iglesia de San Pedro; y tiene además.... pero pondré punto en esto para no hacerme eterno, si bien no debo callar que la

portada que cae al medio día es bellísima creación del arte, y que en ella están alojados unos bajos relieves que dan envidia y representan la fe, la esperanza y la caridad, hechos según también dicen por el célebre Torrijiano, de quien es el San Jerónimo existente en el Museo y cuya estatua sirve de estudio á los anatómicos por lo perfecto de sus detalles.—

Relatando Martínez esto, una fuerte voz gritó ¡Jabalquinto! por lo cual hizo silencio.

XIV

He prometido ocuparme del pintor Luis de Vargas al hablar de la Iglesia del Hospital de la Sangre, y no quiero dilatar el cumplimiento de la oferta porque bien vale la pena tratar de este ilustre sevillano, haciendo pequeño paréntesis en las descripciones comenzadas, las cuales ya irán hartando á V.

Luis de Vargas, el más antiguo digámoslo así de los grandes pintores andaluces, tuvo la dicha de introducir y establecer el primero en su patria la verdadera pintura al oleo y al fresco, siendo quien sustituyó en ella el arte gótico por el del renacimiento. Nacido en Sevilla el año de 1502, y dedicado desde su juventud á la pintura, tan pronto como adquirió noticias acerca del estilo y de los procedimientos adoptados por la escuela de Rafael de Urbino, partió para Roma, conducido por el deseo de adelantar en el arte y traerse las mejoras que encontrara.

Larga fué su ausencia, pues duró cerca de veintiocho años, ya fuera de dos períodos cual

afirma Palomino consignando que á los siete volvió á Sevilla pero que regresó á Italia por haber encontrado en esta ciudad un pintor mejor que él cual Pedro de Campaña, ó ya de un solo período según Francisco Pacheco, quien conoció siendo niño á Vargas anciano, y cuya opinión no parece desacertada si se tiene en cuenta que dió como primera obra suya la Natividad de la Virgen existente en la Catedral, el cual cuadro fué pintado en el año de 1555, teniendo por consiguiente cincuenta y tres de edad; pero es lo cierto que una vez establecido en Sevilla, consagró en efecto á su pátria cuantos conocimientos preciosos había adquirido en Italia, dando á luz muchas obras admirables que le han hecho rayar á altura grandísima.

Desgraciadamente empero para la posteridad, la mayor parte de sus trabajos fueron pinturas al fresco, que el tiempo y el abandono han hecho desaparecer ó al menos deteriorado de un modo extraordinario; de lo cual es prueba la calle de la Amargura, pintada en 1563 y varias veces restaurada, la Gloria del último juicio en la casa de Misericordia, y los apóstoles, evangelistas y otros santos pintados en los muros árabes de la Giralda. Conocerse puede sin embargo el mérito de este insigne pintor honra de Sevilla, estudiando su cuadro de la generación temporal de Jesús que con el nombre italiano de la Gamba está en dicha Catedral, (cuyo nombre se debió á que Mateo Pérez de Alesio, el autor del San Cristóbal, viendo la pierna de Adán arrodillado en primer término y conociendo su belleza confesara que más valía esa pierna (gamba) que todo

su San Cristóbal), y parando la atención en el trabajo de sus también bellas pinturas del retablo inmediato á la puerta de San Miguel. Mas si no bastase, oiga V. el juicio que de él hace el calificador de nuestros artistas, pintores y escultores D. Agustín de Cean Bermúdez: «nada hay más exacto que los contornos de sus obras, más grandioso que sus formas, ni mejor entendido que su distribución, habiendo superado en esta parte á todo lo que pintaron después sus más afamados compatriotas; y si en las luces y las tintas se halla algún pequeño defecto, en cambio abundan en belleza los plegados de los ropajes, es admirable la nobleza de las expresiones y actitudes y superior la gracia de las cabezas y figuras.»

Hombre en lo privado también de virtudes sin iguales, su vida fué la de un santo, sufriendo pacientemente las injurias y los ataques de sus rivales, (en lo que, triste es decirlo, sobresalido ha siempre Sevilla, que algún defecto había de tener) y mortificando sus pasiones con instrumentos de penitencia, de que se encontró gran número en un ataúd que en su cuarto tenía para no olvidar la idea de su último fin; sin que no obstante fuera de carácter taciturno y poco comunicativo sino de gracejo grande, cual lo corrobora la contestación oportunísima que dió á un mal pintor que le pidiera parecer sobre el mérito de cierto Jesús crucificado. «Está tan bien hecho, le contestó, que está diciendo perdónale Señor, que no sabe lo que se hace.»

Y puesto que acabo de rendir tributo de admiración á un pintor sevillano tan ilustre como Vargas, no quiero dejar en el olvido al Clérigo

Juan de Roelas, que cité hablando de la Iglesia de San Pedro y cuyas obras le han colocado en lugar altísimo también.

Nació en 1560 y se dedicó á los estudios teológicos obteniendo el grado de Licenciado. Amante de la pintura, marchóse á Italia á perfeccionarse en ese arte. Allí adoptó el estilo de la escuela Veneciana tomando por tipo al Ticiano con cuyos discípulos estudió, pues aquel ya no existía. Fué prebendado de la parroquia de Olivares, y después canónigo de su Colegiata. Hizo un paréntesis de 17 años en este cargo, ocupándose en Sevilla y en Madrid en pintar muchos cuadros notabilísimos, entre los cuales descuella el Santiago matando moros en la batalla de Clavijo, existente en la Catedral, el martirio de San Andrés, el San Pedro de la parroquia de este nombre antes referido, la muerte de San Hermenegildo, la de Santa Lucía para la parroquia de este título, y el San Isidoro para el altar mayor de la respectiva; cuya última obra basta para calificar á Roelas de pintor digno del mayor encomio, por su composición, su colorido y el carácter de las figuras. Pero vea V. lo que es el mundo: en 1616 fué á Madrid á solicitar la plaza de pintor del rey, vacante por muerte de Fabricio; la junta de obras y bosques encargada de dar dictamen sobre la aptitud y condiciones de los aspirantes á esa plaza, le colocó el primero en la terna ó lista de los candidatos, con la nota marginal de «Hace un año que ha venido »de Sevilla con el deseo de ser colocado en este »empleo. Su padre ha servido á V. M. muchos »años, y es muy virtuoso y gran pintor;» y sin

embargo, el destino se dió á un Bartolomé González, colocado el segundo en aquella lista, aunque sin duda apoyado por grandes influencias.—

Ya es muy antiguo eso de que los segundos sean los primeros, y esplicádolo há Cervantes muy bien ocupándose del hijo de D. Diego de Miranda. Mas ya que ha hablado V., Sr. Martínez con tanto encomio de Torrijiano, ¿por qué no me dice algo de él aunque no sea natural de Sevilla, para sacarme de dudas acerca de las causas de su muerte?

—Pietro Torrigiani (Pedro Torrijiano) nació en Florencia allá por los años de 1472. Escultor célebre, pues la indicada estatua de San Jerónimo la consideró Goya muy superior á todas las obras de Miguel Angel, fué eterno enemigo de éste, y á ello se debió que tuviera que salir de Italia, porque envidioso el uno del otro riñeron en el estudio de su común maestro Lorenzo de Médicis, ropiendo Torrijiano á Angel la nariz de una puñada. Hízose soldado sin dejar de ser artista, y después de residir en Inglaterra y de venirse á España, abrió taller en Granada, donde dejó un medallón de la Caridad ciertamente famoso, y por último en Sevilla, donde á su vez entre otras obras llevó á cabo dicha incomparable estatua para el convento de Buenavista, y otra no menos célebre de la Virgen con el niño Jesús, que le encargó el Duque de Arcos; respecto á la cual hay la siguiente historia. Habiendo avisado al Duque hallarse concluida, éste, no se sabe por qué causa, envió por ella á dos criados suyos, quienes llevaron á Torrijiano el precio convenido ó no convenido, en sendos sa-

cos llenos de maravedises. Torrijano comprendió que tanta moneda no llegaba sin embargo á treinta ducados de oro, y rebosando en indignación toma un martillo, rompe la Virgen en mil pedazos, y dice á tales criados que los recojan, se los lleven á su señor y le manifiesten que puesto que sus aficiones estaban por lo quebrado según demostraba la moneda en cuestión, en pequeñas fracciones también le enviaba la estatua. Irritado el Duque de la que creyó tanto singular ofensa y desacato cuanto heregía é impiedad, querellóse ante los tribunales de entonces, y Torrijano fué puesto en una cárcel, donde se dejó morir de hambre acabando su vida así en el año de 1522.—

¿Vé V., amigo Martínez, lo útil que ha sido el que hablara de tan alto maestro? Nada de eso sabía yo ni creo que lo saben todos los sevillanos: y me parece que si el tal artista pega á Miguel Angel con martillo en vez de hacerlo con el puño, no se habría caído del andamio en el Vaticano y habría perecido de otra manera que pereció.

—Fuertecillo tendría en efecto el genio; ¿pero no parece á V. que eso de pagar en calderilla estuvo desacertado? Mejor se portó el almirante Pareja con Velazquez dejándole con la cadena de oro, recompensa del retrato que éste le hizo, al esclavo mulato que se la llevó —

Hombre, repliqué á Martínez; aunque sea abusar, le ruego no me deje á media miel en esto de la cadena y el mulato, que también debe ser cosa interesante.

—Como que es un episodio de la vida de Ve-

lazquez. Pues bien; á petición de Felipe IV, hizo aquél el retrato del célebre almirante Pareja. Encantado este marino al verlo tan maravillosamente concluido y de tan perfecto parecido, fué á darle las gracias acompañado de un esclavo, joven mulato que había adquirido en Indias y que llevaba para el pintor susodicho una magnífica cadena de oro. Al marcharse el almirante, el esclavo, que se llamaba Juan, fué á seguir á su amo; pero el áspero marino le dió un empujón diciéndole: ¿piensas acaso que cuando ofrezco un presente tengo costumbre de recoger la bandeja? ya perteneces al Sr. Velazquez..... El pobre mulato quedóse allí, y no necesito manifestar que encargado como lo fué de trabajos mecánicos en el estudio de Velazquez, sus discípulos le tomaron desde entonces como diversión á todas horas, siendo blanco de sus chanzas y llamándole Juan de Pareja en irrisión y son de burla. Estudioso sin embargo este pobre mulato, concibió el deseo de manejar á su vez los pinceles: pero sin atreverse por su condición á pedir lecciones á alguien, se aplicaba por sí las que oía ó veía dar, recogiendo primero papeles abandonados y lápices rotos con que hacía figuras, y después pinceles y colores con que llenaba de borrones pequeños lienzos imprimados con sus manos también.

Así pasó algún tiempo ignorándose por todos su ocupación favorita, cuando hé aquí que una mañana del otoño de 1629 movimiento inusitado surgió en el estudio de Velazquez; movimiento en que el mulato tuvo que tomar gran parte por su calidad de criado arreglando cua-

dros colocados fuera de su sitio, limpiando la habitación y quitando el polvo á los que se hallaban en alto. Era que Pedro Pablo Rubens iba á ver, acompañado del rey y de otros personajes, el taller donde Velazquez ejecutaba sus admirables obras, para formar juicio exacto del mérito de estas.

A Rubens, el ciudadano de Amberes, se le respetaba más que á un rey; su nombre pronunciábase con entusiasmo, asombrando sus obras y haciendo nacer nuevos estilos; y no había quien dejase de quererle por las cualidades de todo género que poseía. Arquitecto, había construido su palacio de Amberes y la magnífica Iglesia de esa ciudad: diplomático, concluido tratados de paz con solo hacer retratos de los potentados; escritor, estaba en correspondencia con los primeros sabios de Europa; mantenía á su costa pensianados en Roma; hacía callar á sus enemigos á fuerza de beneficios; de modo que semejante visita tenía todo el carácter de un gran acontecimiento, inspirando temor aun á las personas de más valía cerca de Velazquez, y con mayor motivo al pobre Juan de quien tratamos.

Velazquez había pintado espresamente para aquella entrevista su célebre cuadro de la Túnica de José, llevado de España por los franceses, y creo que traído por virtud de muchas reclamaciones; pero apesar de su mérito, aun desconfiaba del juicio que podía merecer al emperador de la pintura, que así podemos llamar á Rubens.

Vino en efecto acompañado de gran séquito y casi á la vez el rey Felipe: examinó en silen-

cio el estudio, y á vista de aquel cuadro alargó su mano á Velazquez felicitándole; quien conmovido le dijo: «después de la honra que me habéis hecho, solo debo pedir os que dejéis aquí una memoria de vuestro gran genio, dando una simple pincelada en cualquiera de mis cuadros.» Todo lo que veo está acabado y perfecto y no debo emborronarlo, (le contestó Rubens cogiendo de un rincón un cuadro que estaba vuelto del revés), «os haré con placer un boceto.»

Este cuadro sin embargo estaba pintado; era el conocido después con el nombre del Entierro, y al examinarlo Rubens añadió: «tampoco aquí debo dar pincelada alguna, aunque reconozca que no es obra vuestra; porque quien lo ha hecho revela ser ya un gran maestro.»

Velazquez miró á sus discípulos; todos dieron señales de no ser autores del cuadro, y advirtiéndolo dirigió su vista al mulato, quien como guardian del estudio debía saber el motivo de hallarse allí tal pintura; entonces Juan atemorizado y temblando exclamó: «¡yo he sido!»

De rodillas parecía pedir perdón con lágrimas vivas, y entonces el rey pronunció estas palabras: «alza la frente; eres libre: tu amo recibirá por tu rescate doscientas onzas de oro.» Y esas doscientas onzas, Juan, son para tí, añadió Velazquez; que bien merece tu constancia en el trabajo semejante recompensa.

Este pobre mulato fué el pintor Juan de Pareja. Su cuadro de la Vocación de San Mateo en el Museo de Madrid, nos dice la altura de su genio; y yo debo concluir este boceto que á mi vez de él he hecho, manifestando que no obstan-

te la adquirida libertad, continuó al lado de Velazquez mientras viviera; después se fué al lado de la hija de éste casada con otro pintor célebre, (Martínez del Mazo); y á consecuencia de haber hecho este Martínez del Mazo en el año de 1670 un cuadro satírico, existente en el palacio de Aranjuez, donde se ridiculizaba algo á cierto potentado de Madrid, éste hizo apostar á un asesino para que le diese muerte; siendo el asesinado Juan de Pareja y no Mazo, porque yendo en su compañía y viendo la acción, por gratitud á la familia de Velazquez, se interpuso y recibió mortal herida, sucumbiendo sin tardanza.—

Se me hace muy simpático este mulato por su comportamiento; le repuse.—Pues más lo será cuando V. lo conozca, Sr. Caro, me replicó Martínez; y para ello vaya al Museo de Madrid, y en el cuadro susodicho número 935, salón grande, fíjese en el individuo que sobresale en primer término del lado izquierdo. Aquel es su retrato por propia mano hecho.—

Está bien; pero íbamos hablando de la parte Norte de Sevilla y estábamos en el Hospital de la Sangre (dije á Martínez). Si V. no vuelve, pues, á aquellos lugares sino que sigue metido en el Museo de Madrid, acabáronse sus descripciones de allá y el gusto con que las venía escuchando, aunque á V. pareciera lo contrario.

—Sí que volveré, porque esto ha sido un paréntesis en ellas, cual le indiqué anteriormente.

Detrás del referido Hospital, aunque algo distante sin embargo, se encuentra el edificio de San Lázaro, levantado sobre la casa de los mo-

ros Gausines, de que aún se conserva la torre; cuyo Hospital, por el objeto á que fué dedicado que era el aislamiento, ya que no curación, de los enfermos elefanciacos (mal de San Lázaro), y por su antigüedad, pues data del tiempo de la conquista, es muy digno de verse aunque sea por fuera. Su Iglesia es de estilo gótico en parte y en parte mudejar, y en ella dicen que se conserva la gorra ó sombrero que usaba aquel gran Santo; la cual no llegué á ver, porque á la verdad sin quererlo uno allí se anda de prisa, creyendo nos vamos á contagiarse, sin embargo de ser mal que está en la sangre y pasa por hereditario. Así fué, que pretestando tener que visitar la *Venta de los gatos*, de quien nos legó tan acabada relación el malogrado y ya citado Gustavo Adolfo Becker, me salí pronto á buscarla, con el ánimo preocupado en tan triste historia; que es, según V. recordará, que el hijo del ventero iba á tomar por esposa á una joven que luego resultó rica hembra, poniéndose entre ambos para siempre la consabida barrera de no ser iguales en riquezas y alcurnia; el joven se sentaba á la puerta de la venta á cantar sus pesares; una tarde vió pasar cierto entierro que le hizo saltar el corazón de angustia; siguió tras él al inmediato cementerio de San Fernando arrastrado por fuerza irresistible; abrieron la caja según uso para la última oración que se reza á los difuntos antes de darles sepultura; encontróse con que era su antigua prometida, y dando un grito de dolor cayó sin sentido para no recobrarlo más, pues se volvió loco; sin que en adelante se le oyeran otras palabras que las que siguen, repe-

tidas en plañidera canción y que entristecen el alma más dura:

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí;
llevaba la mano fuera,
por eso la conocí. —

Lágrimas me hacen derramar casi siempre esos cuatros versos, pues son un verdadero poema de dolor para el que siente.

—Por lo que sí llorarlas debiéramos es por el estado de ruina en que se halla el convento de San Jerónimo de Buenavista, situado algo más adelante de San Lázaro; cuya fundación, si no mienten las crónicas, data del año 1414, y fué debida á Fray Francisco Martínez de Medina con donaciones de doña Beatriz Alfonso. El gran Arquitecto Juan de Herrera construyó esa obra, la que no tenía igual, especialmente su escalera al aire. Nada queda sino ruinas; y por no verlas me vine costeando el río hasta el que fué palacio ó casa de D. Fernando Colón, hijo del Cristóbal Colón descubridor de la América. En esa casa-palacio empezó á reunir aquél su magnífica biblioteca, que luego donó al Cabildo Catedral, y esto me hizo recordar los grillos con que á Sevilla trajo el Juez Bobadilla aprisionado desde el Nuevo Mundo á dicho D. Cristóbal; añadiendo á V. que de aquel palacio, situado entre las que fueron puertas de San Juan y Real, sólo resta como recuerdo un zapote secular, árbol que podemos presumir existiría en los jardines de aquel palacio, siquier para no decirse que todo se ha dejado arrasar de tantas grandezas. Ahora tenemos en planta la celebración del Centenario,

el cual pido á Dios que tenga lugar de la manera que hombre tan grande merece.—

Yo también; y para llevarme la palma de activo, por adelantado voy á celebrarlo recitando algo referente al caso y prefiriendo, como siempre, versos de D. Angel de Saavedra.

XV

A media legua de Palos,
sobre una mansa colina,
que, dominando los mares,
está de pinos vestida,
de la Rábida el convento,
fundación de Orden Francisca,
descuella desierto, solo,
desmantelado, en ruinas.

No por la mano del tiempo,
aunque es obra muy antigua,
sino por la infame mano
de revueltas y codicias,

que á la nación envilecen
y al pueblo desmoralizan,
destruyendo sus blasones,
robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento
ante la portada misma,
en la llana plataforma,
sitio de admirable vista,
una mañana de Marzo,
mientras que solemne misa
en la iglesia se cantaba
y escaso concurso oía,
unos cuatro siglos hace,

para gloria de Castilla
apareció un extranjero
de presencia extraña y digna.

En aquel punto acababa
de llegar allí; vestía
justillo de roja tela,
aunque usada y vieja, fina;
un manto de lana, pardo,
con mangotes y capilla;
un birrete de velludo
y de orejeras caídas;
unas portuguesas botas,
más enlodadas que limpias,
y bajo el brazo pendiente
un zurrón, saco ó mochila,
donde un pequeño astrolabio,
una brújula marina,
un libro de devociones
y unos pergaminos iban
Despejada era su frente;
penetrante era su vista;
su nariz algo aguileña;
su boca muy expresiva;
proporcionados sus miembros,
y su edad, si no florida,
tampoco tan avanzada
que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,
de la mano conducía
un cansado y tierno niño
de belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro,
de rosa y carmín, lucían

dos nobles ojos azules
llenos de inocencia y vida.

Y desde su eburnea frente
por su cuello descendían
los cabellos anillados
que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo
que de Urbino el gran artista
en los ángeles copiaba
que tanto encanto respiran

Y de su gallardo padre
á la sombra, parecía
un lirio fresco y lozano
que nace al pie de una encina.

Este extraño personaje,
con esta criatura linda,
taciturno paseaba
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante,
que rizaban frescas brisas,
como buscando una senda,
giraba ansioso la vista.

Ora allá en el horizonte
de Occidente la ponía,
cual si algún objeto viera,
inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada
de entusiasmo y de fe viva
daba, animando su rostro
una inspirada sonrisa.

Y ya de pronto, inclinando
la frente á tierra, teñían
melancólicos colores

sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos
y de su inquietud continua
sacóle la voz del niño,
que pan y agua le pedía.

Pues en cuanto oyó su acento
y vió su aflicción, se inclina,
tierno le toma en los brazos,
le consuela, le acaricia,
y diligente se acerca
á la abierta portería
á demandar el socorro
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable el lego;
que entre en el claustro le indica,
y que en un escaño espere
mientras él va á la cocina.

Fray Juan Pérez de Marchena,
guardián entonces, por dicha,
junto á los viajeros pasa,
volviendo de decir misa

Y curioso contemplando
su apariencia peregrina,
informóse del socorro
que cortesmente pedían.

Y por un secreto impulso
que en favor de ellos le anima,
inspiración de los cielos
que su nombre inmortaliza,

ó porque era religioso
de caridad y de eximia
virtud, y muy compasivo
con cuantos allí venían,

á aquellos huéspedes ruega
que en su pobre celda admitan
parte de su escaso almuerzo
y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite,
y por la escalera arriba,
el religioso delante,
y el hijo y padre en pos iban;
formando un sencillo cuadro,
cuyo asunto ser dirían
el talento y la inocencia
con la religión por guía.

En el estrecho recinto
de una franciscana celda
cómoda, aunque humilde y pobre,
y de extremada limpieza,
de la Rábida el Prelado
con sus dos huéspedes entra,
y después que sendas sillas
les ofrece y les presenta,
abre franco y obsequioso
una mezquina alacena,
de donde bizcochos saca,
una redoma ó botella
del vino más excelente
que da el condado de Niebla,
aceitunas, pan y queso
y tres limpias servilletas,
acomodándolo todo
en una redonda mesa,
no lejos de la ventana
que daba vista á la huerta.
En seguida llama al lego,

y que al punto traiga ordena
huevos con magras adunia
y chanfaina, si está hecha;
encargándole que todo
caliente y sabroso venga,
que no charle en la cocina
ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,
al extranjero se acerca
(que por tal le ha conocido
en el porte, traje y lengua).

Con una taza le brinda,
y al niño que tome ruega
un bizcocho que le alarga,
y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped; luego bebe
Fray Juan Pérez de Marchena,
y el niño come el bizcocho,
toma un sorbo de agua fresca,
y con el zurrón que el padre
se ha quitado y puesto en tierra,
sacando cuanto contiene,
vivaracho travesea.

El guardián varias preguntas
hace al extranjero acerca
de su patria y de su estado
y del arte que profesa,
aunque aquellos instrumentos
con que la criatura juega,
que le son muy familiares,
ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo
atento el huésped contesta;

que es navegar su ejercicio
y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija
que está rebosante y llena
de un líquido, algo derrama
á muy poco que la muevan,
dió indicios claros, patentes,
en sus fáciles respuestas,
de aquel grande pensamiento
portentoso, que le alienta,
que exclusivo su alma absorbe,
que es la sangre de sus venas,
que es el aire que respira,
que es ya toda su existencia,
y que causó los extremos
que delante de la iglesia
el mar contemplando, hizo,
como referidos quedan.

Que el Occidente escondía,
dijo, riquísimas tierras;
que era el ancho mar de Atlante
de la gran Tartaria senda,
y que dar la vuelta al mundo
para él cosa fácil era;
con otras raras especies
tan inauditas, tan nuevas,
que al escucharle pasmado
Fray Juan Pérez de Marchena
(aunque á osados mareantes
hablaba con gran frecuencia,
por haber muchos en Palos,
y aunque sabe las proezas
y raros descubrimientos
de las naves portuguesas),

no acierta si está escuchando
á un orate ó á un profeta,
si es un ángel ó un demonio
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza, llama al lego,
y que busque á toda priesa
le manda á Garci-Fernández,
que estaba há poco en la Iglesia.

No tardó Garci-Fernández
en presentarse en la escena
con el lego, que el almuerzo
colocó sobre la mesa.

Era médico de Palos,
hombre docto y de experiencia,
de sagacidad y astucia,
de malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,
mellado, la cara seca,
calvo, la barba entrecana
y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,
calzas de burda estameña,
la capa de pardo monte
y el sombrero de alas luengas,
era su traje. La mano
y el hábito al fraile besa,
y al incógnito saluda
con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero
y el padre guardián se sientan,
dando al almuerzo principio,
y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,

después de haber hecho seña
al sagaz Garci-Fernández,
Fray Juan Pérez, y comienza
á hablar de navegaciones
y desconocidas tierras,
preguntándole á su huésped
su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla;
la facilidad verbosa
del genovés se despliega

Y con aquellas razones
de convencimiento llenas
con que se sienta y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.

Recorre á sus pergaminos,
los desarrolla y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas
y según él las explica,
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso
y su indecisión aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario
crece la sabia elocuencia,
notando que es comprendido,

y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos
cual rutilantes estrellas;
brotan sus labios un río
de científicas ideas.

No es ya un mortal: es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sabia Omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,
que el entusiasmo se pega,
á los que atentos le escuchan,
á los que mudos le observan.

El médico, el religioso,
y hasta el lego que á la mesa
sirve, y ha escuchado inmóvil
y con tanta boca abierta,
mas sin entender palabra,
en entusiasmo se quemán;
y de haber visto aquel día
dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,
se lleve á cabo la empresa
y quieren ir, y una parte
tener en las glorias de ella

Y ya se ven en los mares
y ya en ignoradas tierras
y ya el asombro del mundo
con nombre y con fama eterna.

Formando la celda un cuadro
digno de que en él hubieran
ó Zurbarán ó Velazquez
apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
de ilusiones alagüeñas,
bajan á lo positivo
de la miserable tierra;

cuando en sí mismos volviendo
reconocen su impotencia,
y los elementos grandes
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado
que en pobre lecho despierta,
cuando soñaba que un trono
era poco á su grandeza.

Pues de un oscuro piloto
volviendo á entrar en la esfera
el genovés abatido
les refiere su pobreza:

que no han querido ayudarle
ni su pátria ni Venecia,
que la Corte de Lisboa
se burla de sus propuestas;

que los sabios no le entienden,
que los ricos le desprecian,
que los nobles no le escuchan,
que el vulgo le vilipendia.

Mas como después, añade,
que aun la esperanza le alienta
de encontrar grata acogida
en el rey de la Inglaterra,

donde ya tiene un hermano
con proposiciones hechas,
y que él mismo, á acalorarlas,
ir allá muy pronto piensa,

el amor pátrio más puro
en las españolas venas,

del médico y del prelado
se inflama y súbito truena;
pues unánimes prorrumpen:
«de España la gloria sea;
no busquéis lejanos reinos
cuando el mejor se os presenta

»y el que sediento de gloria
más imposibles anhela.

Corred, buscad el apoyo
de la castellana reina,

»de Doña Isabel invicta,
que es la más grande princesa
que han admirado los siglos,
y que ha ceñido diadema.»

De los dos el entusiasmo
también á su vez se pega
al genovés, y aquel nombre
pronunciado con tal fuerza

por el físico y el fraile
el alma y pecho le llenan
de esperanza tan vehemente,
que sus planes desconcierta.

En sus rutilantes ojos,
como en su boca entreabierta,
y en su palpitante pecho,
y en su animada apariencia,

el sagaz Garci-Fernández
lo conoce, y, «no se pierda
momento, prosigue, al punto
id á Córdoba que es cerca.

»Allí encontraréis la Corte
pues el cielo os la presenta
tan inmediata, propicia
la hallaréis, nada os detenga.»

Y Fray Juan Pérez añade:
«marchad, sí, Dios os lo ordena,
carta os daré para el padre
Hernando de Talavera,
»religioso de valía
que es confesor de la reina,
y porque ningún cuidado
vuestra jornada entorpezca
«este vuestro tierno niño
aquí en el convento queda
de mi seráfico padre
es la protección inmensa.»

No dijeron más. Escribe
dando la cosa por hecha,
la carta Garci-Fernández,
Fray Juan Pérez de Marchena
la firma; su propia mula
ensillar al punto ordena
y las pródidas alforjas
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces
cual si alguna oculta fuerza
le compeliere, el piloto,
que aun no había dado respuesta,
de pié se puso, y resuelto
exclama de esta manera:
«A Córdoba, Dios lo quiere,
su gracia me favorezca.»

Al tierno y precioso niño
acaricia, abraza y besa
no sin lágrimas sus ojos,
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato
vase devoto á la Iglesia,

do el escapulario viste
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos
se despide ya en la puerta,
cabalga, aguija y á trote
de la Rábida se aleja...

Usted sabe lo que aconteció después. Primero á Córdoba, y después á Granada, Cristóbal Colón fué tras los Reyes Católicos en demanda de protección para su empresa. Estos, ocupados en la guerra, poco pudieron atenderle, principalmente cuando el juicio que de aquella empresa formaron los sabios consultados en Salamanca fué desfavorable á la misma, por el fundamento de ser opuesta al sistema planetario entonces admitido. También sabe que resolvió, pues, dejar á España y buscar en el extranjero quien le ayudara y que el duque de Medina Sidonia pensó efectuarlo con sus riquezas. E igualmente le consta que la reina, al saber esta decisión, mandó que un emisario saliese en su seguimiento y le trajera á su presencia. Pero dejaré la prosa y continuaré.

Del apartado Occidente
á las ignotas regiones
que sólo nuestro viajero
por revelación conoce,
ya el sol descendido había,
dejando estos horizontes
envueltos en vagas sombras
de una sosegada noche,
cuando á Santa Fe llegaron,

(11)

sín haber dejado el trote,
caminando en gran silencio,
el extranjero y el joven.

A las puertas de palacio
descabalgan, y veloces
la regia escalera suben
sin que los guardias lo estorben,
pues el paje de la reina,
á quien todos reconocen,
le sirve á su compañero
de seguro pasaporte.

Llegados á la antesala,
donde damas y señores
acaso esperan audiencia
con distintas pretensiones,
al piloto dice el paje
que allí lo espere, y entróse
á dar parte á su señora
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante; y llamando
al genoyés, indicóle
la respetada mampara
que en cuanto éste entró cerróse.

En un camarín pequeño,
vestido con pabellones
de berberiscos damascos
y una alfombra de colores,
junto á un cuadrado bufete
que rico tapete esconde
de carmesí terciopelo
con franjas de oro y borlones,
enfrente de un oratorio
de concha, nácar y bronces,

donde la imagen brillaba
del Redentor de los hombres;

y á la luz de dos bujías,
de aquel breve cielo soles,
que en candeleros de oro
daban vivos resplandores,

sentada en la regia silla,
con la presencia más noble
que jamás tuvo matrona,
que jamás respetó el orbe,

Doña Isabel, la gran Reina
de Castilla y León, mostróse
á los admirados ojos
del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado
con castillos y leones
de perlas, esmaltes y oro
en recamadas labores

era su traje. En su pecho
brillaban, como en la noche
los luceros rutilantes,
las cruces que en los pendones

de las órdenes guerreras
son de la victoria norte;

y de flamencos encajes,
que regia diadema coge,

una delicada toca
ornaba su rostro, donde
formando un todo divino
de altos celestiales dotes,

el más claro entendimiento,
la virtud más pura y noble,
el esfuerzo más gallardo
resplandecían conformes.

Doña Beatriz de Galindo,
que aún hoy conserva el renombre
de la *Latina*, por serlo
muy aventajada entonces,
camarera de la reina,
señora de altos blasones
y esposa del gran Ramírez,
del moro en Málaga azote,
y Alonso de Quintanilla,
letrado de claro nombre,
tras la regia silla estaban
de pie y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto;
tanto esplendor deslumbróle,
y en el suelo, de rodillas,
á tal majestad postróse.

Con una sola mirada,
la reina vió en aquel hombre
de la inspiración celeste
los divinos resplandores.

Y él, de una mirada sola,
la grandeza reconoce
y la inteligencia suma
de la reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,
aunque brevísimo, donde
la admiración y el encanto
de entrambos á dos mostróse.

Con grande bondad la reina
que alce del suelo mandóle,
que á la mesa se aproxime
y que de su plan la informe.
Obedécela el piloto,

y con respeto tan noble
se acerca y á hablar principia,
que la atención regia absorbe.

Y con tal convencimiento,
con tal claridad, tal orden,
con tan sencilla elocuencia,
con tan potentes razones

sus asombrosos proyectos
en breve discurso expone,
que la gran Reina, pasmada
se le figura que oye

á un inspirado, á un profeta,
á un ángel, y que son voces
del cielo aquellas que escucha
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
el basto plan, que doctores,
reyes, repúblicos, pueblos,
juzgan quimeras informes.

Ve la expedición segura,
y ya en ignotas regiones
triunfante la fe de Cristo
con el castellauo nombre.

Ve un torrente de riquezas
que hacia sus vasallos corre
y una gloria y poderío
que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma,
del cielo ayudada entonces,
ve aún más que el mismo piloto;
aún más allá que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
germen de grandes acciones,

abrasada su alma heróica,
henchido su pecho noble,
quítase la alta diadema
y de su pecho recoge
las riquísimas insignias
de incalculables valores;
las joyas y pedrerías,
los brazaletes y broches
que sus brazos y su cuello
engalanaban, y pone
aquella breve riqueza
(breve sí, pero de enorme
precio) encima del bufete,
y «Toma, dice á aquel hombre,
»toma, emplea este tesoro,
sin que nadie te lo estorbe,
en cumplir el pensamiento
que Dios te ha inspirado. Corre;
»vuela; en naves castellanas
mares nunca vistos rompe;
arrostra las tempestades;
tu estrella á los vientos dome.
»Lleva á ese ignorado mundo
los castellanos pendones,
con la santa fe de Cristo,
con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guíe;
y cuando glorioso tornes,
¡oh, almirante de las Indias,
duque y grande de mi corte!
»tu hazaña bendiga el cielo,
tu arrojo al infierno asombre,
tu gloria deslumbre al mundo,
abarque tu fama el orbe.»

En tanto que así decía
reina tan ilustre, sobre
su cabeza colocaba,
con altas aclamaciones,
un ángel, corona eterna
de luceros y de soles,
que mientras más siglos pasan
adquiere más resplandores.

Con ella la admira el mundo
y adoran los españoles
cuando absortos la recuerdan
en tan importante noche.

Bajo un cielo borrascoso
que jamás mortal alguno
visto había; en un inmenso
mar encrespado y sañudo,
do jamás altiva nave
osó abrir incierto surco;
en una región extraña
parte ignorada del mundo,
una frágil carabela,
casi imperceptible punto,
con grandes peligros lucha
y sin amparo ninguno.

Las olas, como montañas,
atajar quieren su curso:
ya la arrojan contra el cielo;
ya la hunden en el profundo;
ya en sus costados se estrellan,
volando en espuma y humo;
ya la anegan en torrentes
de amargo, espeso diluvio.

El huracán de otra parte,

y no menos iracundo,
brama entre sus rotas velas;
eruge en sus mástiles rudos;
silba en su jarcia desecha;
la arrastra con recio impulso,
y la vuelca y la levanta
y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo;
por el espacio confuso
los relámpagos deslumbran;
cruzan los rayos trisulcos;
retumban y estallan truenos
cual si reventara el mundo,
y envuelto en cárdenas nubes,
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela
sigue pertinaz su curso,
y en tan espantoso caos
lleva hacia Occidente el rumbo.

Sin duda que se confía
en el talismán seguro
del pabellón castellano
que en su osada popa puso;
pabellón que en aquel siglo
al Omnipotente plugo
hacer de rara fortuna
y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
tenaz, inflexible; duro
más que el bronce; el gran piloto
genovés, tranquilo y mudo,
en la brújula ambos ojos,
en el timón ambos puños,

gobierna la dócil nave
sin mostrar su frente susto.

Mas ¡ay! no tiene su temple
de la ciega chusma el vulgo,
y aunque esforzados, se postran
los marineros robustos,

rendidos y amedrentados
de tantos horrores juntos,
de navegación tan larga,
de porvenir tan confuso.

Recuerdan la dulce España,
de su familia el arrullo,
y recuerdos y temores
abortan ciego tumulto.

«Si vive desesperado
este advenedizo iluso
y busca la muerte, muera,
pero él sólo, dicen unos.»

«Muera, pues, repiten otros;
es un hechicero, un brujo
que aquí á perecer nos trajo
por sus designios ocultos.»

«¡Muera! gritan todos, ¡muera,
y atrás volvamos el rumbo!
¡A España, á España!...» Y osados,
trocando en furor el susto,

á la popa se abalanzan
esgrimiendo el hierro agudo
contra el heróico piloto,
que desprecia sus insultos,

y que con serena frente,
aunque con semblante adusto,
«¿Qué queréis?» les grita osado;
»sin temor os lo pregunto.»

»¿Qué queréis?» «¡España, España!»
suenan en gritos furibundos,
y el piloto les responde:

«Con indignación lo escucho.

»Gente sin fe ni esperanza,
¿cuando á coger vais el fruto
de tanto valor y arrojo,
de tanto peligro y susto,

»queréis tornarle la espalda?
Que en vos volváis os conjuro,
y el nuevo sol, os lo afirmo,
será de ventura nuncio.»

La turba, como agitada
por un satánico influjo,
«¡Muera!», repite, y desoye
su acento noble y augusto.

El gran hombre, ya resuelto,
deja el timón, y ceñudo
avanzándose les grita:

«Llegad, pues, matadme al punto;

«pero sabed, insensatos,
que de vosotros ninguno
puede desde estas regiones
hallar de la patria el rumbo;

»y que á mí tan sólo es dado,
porque así á los cielos plugo,
el dominar estos mares
y el hallar puerto seguro.

»Matadme, pues, ¿qué os detiene?»

La chusma, en espanto mudo,
no responde, y se deshace
en terrorizados grupos.

Torna al timón el piloto,

torna la nave á su curso,
y todos á la obediencia,
aunque á despecho y disgusto.

Con la noche, la borrasca
cedió de su fuerza mucho,
amansáronse las olas,
más blando el viento se puso.

Y al rayar en el Oriente,
tras de los mares cerúleos,
la nueva luz, ve el piloto
á su frente un leve punto
que alzándose lentamente
de las olas, forma el bulto
de azul monte, en cuyas crestas
brilla el sol cual oro puro.

Se cerciora de que es tierra,
y hacia el trono del Ser sumo
ojos, corazón y brazos
alza y le rinde tributo
de gratitud. Y enseguida
«Mirad», les dice á los suyos,
enseñándoles el monte
con noble y triunfante orgullo.

La chusma, que ve la tierra,
que ve el fin de tantos sustos,
y en aquel piloto un ángel,
convierte la rabia en culto,
y arrojándose á las plantas,
del entusiasmo al impulso,
grita, y acordes repiten
cielo, tierra y mar profundo:
¡Viva Colón, descubridor de un Mundo!

XVI

—Como en Sevilla (prosiguió Martínez, cuando salimos de Vadollano), estaba yo aposentado en las inmediaciones de la casa Ayuntamiento, determiné un día hacer mis estudios empezando por esta joya del gusto plateresco, y continuar por las calles de la izquierda hacia el Norte donde no me había de faltar mucho que admirar á más de Santa Clara, San Clemente y otros edificios que ya he mencionado.

El Ayuntamiento está situado sobre los terrenos que fueron pescadería hasta el año de 1443. Es palacio admiración de los extranjeros por su mérito, habiendo sido construido en tiempos del rey Felipe II, aunque no se sabe quién fué su autor ¡cosas de España! repito, ni quienes los artífices que hicieron las esmeradas labores de su extenso frontispicio, ni tampoco los maestros que dirigieron las obras, por más que se diga que un cierto Gainza interviniera un poco en ellas; y aunque no intento describir tal joya del arte arquitectónico según hemos convenido, debo sin embargo consignar que si admiran los trabajos que por fuera se palpan y con especialidad sus cinceladuras esmeradísimas, no menor admiración causan sus salas capitulares en todos sus detalles, así como otros compartimientos y dependencias. No hace mucho que para cuadrar digásmolo así el edificio, se ha levantado á espaldas de la obra antigua y por la parte que fué Iglesia de San Francisco, otra fachada que se asemeja á la primitiva. De modo que cuando se

cincele, como está pensado, de igual manera que esa primitiva, podrá decirse que en España no hay casa municipal tan digna de atención y estima. En su archivo tiene además documentos importantísimos y autógrafos de célebres personajes; y por último guarda el antiguo pendón de Sevilla, perdido hasta no ha mucho, y ahora restaurado con sumo esmero y diligente cuidado.

Más allá me detuve en la Iglesia de San Pablo, suntuoso templo que debe verse. Sirve de parroquia de la Magdalena, y su media naranja, sus cornisas, sus pilares, sus pinturas al fresco hechas en gran parte por Clemente de Torres y Juan Valdés, sus capillas, y su gran sacristía, le dan de carácter lo que le falte de mérito arquitectónico. Por cierto que allí ví las losas sepulcrales del ministro D. Francisco Saavedra y de un Conde cuyo fin trágico no me pudieron contar por falta de tiempo.—

El suceso, le repuse, fué que queriendo protestar Sevilla contra las escenas de sangre que los franceses habían realizado en Madrid, el 2 de Mayo de 1808, se sublevó gran parte de su vecindario en la noche del 26 del propio mes y año, dirigiéndose á la Maestranza de Artillería y depósito de pólvora donde se apoderó de armas y municiones. Alarmado el Ayuntamiento, retiróse al Hospital de la Sangre, dejando las Casas consistoriales á merced de esos sublevados. Aquí se eligió una Junta suprema de gobierno, nombrándose presidente á D. Francisco Saavedra; cuya Junta empezó su misión levantando la provincia en armas contra los franceses. El Ayunta-

miento trató de coadyubar á este levantamiento, y para ponerse de acuerdo con dicha Junta, envió á las Casas consistoriales referidas el día siguiente 27 al individuo de su seno y su procurador mayor el Conde del Aguila D. Miguel Espinosa. Viéronle venir los amotinados, y calificándole de afrancesado, empezaron á pedir su cabeza. Quiso la Junta salvarle del furor popular, prendiéndole y haciéndole llevar prisionero á la parte alta de la ya derruida puerta de Triana; pero cuando iba á entrar allí ó poco después, turba despiadada se arrojó tras él asesinándolo á bayonetazos y colgándolo de la baranda del balcón que tenía aquella puerta. El Conde del Aguila era hombre erudito, y los libros de su biblioteca siempre fueron muy apreciados; si fué ó no afrancesado, eso no lo sé; pero puesto que creo recordar que su lápida sepulcral solo dice: «Aquí yace un hombre que pide á todo fiel cristiano que le encomiende á Dios,» roguemos por que descanse en paz.

—De San Pablo, continuó Martínez, me fuí á San Lorenzo, dejando á un lado el convento de la Merced, ahora Museo, por no ser hora de visitarlo. San Lorenzo está edificado sobre el area de un templo romano, y consta de cinco naves; en su altar mayor tiene esculturas de Montañés, atribuyéndose al citado Valdés Leal los cuatro Evangelistas pintados en sus pechinas; y entre sus amplias capillas sobresale la del llamado Cristo del Gran Poder, obra acabadísima del referido Montañés, y venerada efigie que una vez vista no se puede olvidar, compitiendo con su mérito las lujosas vestiduras de oro y terciopelo.

lo con que se halla cubierta y la profusión de luces y ex votos con que en agradecimiento á ese gran poder se halla circundada. Pedro Villegas Marmolejo, que en esta Iglesia está enterrado, dejó en ella de su mano las pinturas de la Anunciación y una Sacra Familia, esta última sobre piedra y no tabla ni lienzo. Francisco Pacheco, una Concepción bastante notable. Y Rubens dos cuadros que se me olvidó mirar, uno encima del arco que da paso, junto al colateral del Evangelio, á la segunda nave, y el otro en la pared de enfrente. Admira además el altar de Nuestra Señora de Roca Amador, obra antiquísima y de tamaño muy grande, mandada pintar, según es fama, por los cristianos que se quedaron en Sevilla cuando la invasión agarena; no siendo menos antigua, sin embargo, la torre, en que bellísimo arco da muestra concluyente de su mérito; y el notable busto de una Virgen con el Niño Jesús grabado en el fuste de una columna junto á la puerta del lado del Evangelio, con otras cosas que referirlas sería pesado.

Estuve también en la Iglesia parroquial de San Vicente, donde se halla enterrado el cadáver incorrupto, desde fines de 1643, del Obispo armenio Jorge Adeosato. Este templo fué saqueado por el rey vándalo Gunderico el año de 420, cuyo rey, por cierto, murió de repente al salir de allí cargado con los despojos. Abunda en esculturas y pinturas de gran valer, y creo que no me será lícito dejar de hacer mención de haber recibido las aguas del bautismo en esta Iglesia el almirante D. Antonio Ulloa, marino honra de España y

autor de obras que los extranjeros miran con predilecto amor.

Atravesando enseguida la alameda de Hércules fuí á dar, sirviéndome de estrella la torre de *Omnium Sanctorum*, á la Iglesia parroquial de este título, que está edificada sobre el Panteón romano, y que reconstruyó el D. Pedro I de Castilla tantas veces nombrado por mí. La imagen de la Virgen titular es escultura de Gaspar Núñez Delgado; tiene pinturas muy buenas, y en celebridad ningún edificio le iguala, pues él fué como el baluarte de los motines populares que tuvieron lugar en Sevilla en Mayo de los años de 1521 y 1552. Ambos motines fueron originados por la carestía del pan, habiendo sacado el pueblo como pendón una bandera verde que por trofeo de los moros existía en la capilla de Jesús Nazareno, bajo cuya bandera se convocaron. El segundo motín, sobre todo, fué muy importante, y tuvo que ser vencido á fuerza de armas, siendo castigados de un modo ejemplar sus principales autores y caudillos, cuyas cabezas, para público escarmiento, se colocaron en escarpías que allí permanecieron hasta el año de 1820. La influencia de esta asonada fué tal, que impidió salir la procesión del *Corpus* hasta el 30 de Junio, y de ahí viene llamar á los moradores de aquella zona los del pendón verde.—

No dirá V. ahora, Sr. Martínez, que soy yo quien relata historias pasadas, y veo que en esto nada desconoce, aunque es extraño á Sevilla.

—¡Qué he de hacer, si me es tan simpática! Luego fuí á San Julián, y de allí á Santa Marina. San Julián fué catedral cuando la conver-

sión de Recaredo, celebrándose en ella los dos primeros Concilios hispalenses. Es tenido por de Francisco Varela el cuadro de San Julián del altar mayor, y por de Alejo Fernández las ocho tablas que hay en la capilla de los Dolores del testero de la nave del Evangelio. Esta Dolorosa es notable obra de Martínez Montañés, á quien asimismo pertenece la Concepción que se encuentra en el altar del Sagrario; y para concluir, añadiré que un San Cristóbal de gran tamaño, malamente restaurado hará cincuenta años, y pintado en 1424 por Juan de Castro, así como la efigie de Nuestra Señora de la Hiniesta ó de la Retama, que igual vale decir, aparecida en los montes de Cataluña y traída á Sevilla en el año de 1380, completan el esplendor de este templo, aun sin contar con lo que á él se ha llevado por supresión de la parroquia de Santa Lucía.

En Santa Marina á su vez hallé que ya está restaurado el daño que sufriera en el incendio del 2 de Febrero de 1864 y que se estaban preparando para sacar la Cofradía de Nuestro Padre Jesús descendido de la Cruz y Nuestra Señora de la Piedad, cuyas efigies son del escultor sevillano jamás bastantemente ponderado Pedro de Roldán. De Pedro Duque Cornejo es la Divina Pastora que allí existe, y que hizo cuando empezó el culto á esta advocación. Debiendo no olvidarse que en esta Iglesia se hallan las cenizas del cronista Pedro Mejía, con un epitafio de Arias Montano digno de traducirse; así como las del escultor Gijón, á quien creo haber ya citado; y que en ella recibieron el bautismo Pedro Duque Cornejo, el Doctor Juan de Salinas y el inolvida-

ble Fernando de Herrera, poeta sin segundo y sublime cantor de Lepanto, quien nació en la calle de las Beatas, núm. 26 antiguo y 23 moderno.

Bajando á San Juan Bautista, conocido por de la Palma, hallé igualmente preparativos para la salida en Semana Santa de la Cofradía del Santísimo Cristo del Silencio, desprecio de Herodes, y Nuestra Señora de la Amargura, Cofradía que supe es de lo más lujoso que puede crear la imaginación, y cuyas esculturas admiran y sorprenden. El Señor es de Roldán, así como la Santísima Virgen; de Cornejo dos soldados; y otros dos y el Herodes, de Benito Hita del Castillo, escultor tan capaz como aquél. La Iglesia data de tiempo anterior á la conquista de Sevilla por los árabes, y fué conservada como mezquita ó templo mozárabe durante su dominación por el respeto á San Juan Bautista que los agarenos tenían. Melancólica tabla de Pedro de Campaña se halla allí, representando á Jesús dando por madre de San Juan á María Santísima; también un precioso Niño Jesús, escultura de Montañés; y sobre todo encanta otra de San Juan, hecha por el referido Benito Hita del Castillo en 1760, cuya hermosura artística excede á cuanto se pudiera decir para patentizar su grandísimo mérito y hacer comprender la expresión de que está dotada.

Continuando por la plaza de dicha parroquia, encontré abierta la Iglesia del convento del Espíritu Santo de religiosas Agustinas, situado en la entrada de la calle de aquel título. Fué fundado por la virtuosa sevillana Doña María

de Aguilar, quien con este objeto pasó á Roma, y tomó el hábito en 1538; habiéndose estrenado el actual templo en 1791. Este forma ancha nave con una sola puerta, y aunque en sus altares no se ven pinturas de mérito, esto se halla suplido con las preciosas renovaciones que se han hecho dorando delicadamente muchos de aquellos y el púlpito y las barandas y otras más cosas. Tenía en su altar mayor pinturas de Francisco Pacheco nada despreciables, pero fueron vendidas para la Iglesia parroquial de la villa de Brenes. Al cuidado de las religiosas está el colegio de niñas pobres de la nobleza, dotado por el Arzobispo D. Manuel de Arias en 1714, cuya enseñanza hacen con esmero sin igual digno de la mayor alabanza. Y ya que he hablado de este convento, quisiera dar á V. cuenta de la conversación que en él tuve con una joven religiosa. Habíame encargado un amigo residente en Albacete, hermano de aquel inolvidable Miró, pianista célebre, que conocería en Sevilla cuando era mozo ó poco después, cierta visita á la abadesa del Espíritu Santo, también hermana suya. Al salir pues de la Iglesia referida, torcí á la izquierda mano, y entrando en la portería pregunté por aquella señora. Diéronle el recado, contestó la esperara en el segundo locutorio alto, al cual tuve que subir por pendiente escalerilla, y poco después presentóse acompañada de otra religiosa muy joven, que es á la que me voy refiriendo; cuya compañía será precepto de regla seguramente siempre que hayan de departir con hombres ó lo estimen acertado. Manifestéle mi misión, agradeció esta digna superiora las aten-

ciones de su hermano; así como la que supuso molestia mía en ir hasta aquellas lejanas calles, y nos quedamos callados. En todo habíamos invertido minuto y medio, según mi reloj que saqué sin quererlo; por lo cual pareciéndome ese tiempo muy corto para visita y que despedirme ya podía achacarse á descortesía, acudí al recurso, para prolongar algo mi permanencia, de añadir al tum tum «¿Y esta monjita, es nueva en el convento, ó está en él desde niña? Presumo que será esto, y que se educó aquí, y por afición á V. señora abadesa se ha quedado para siempre á su lado.»

Alzó los ojos la joven religiosa clavándolos en su superiora con esa mirada de candor pero de expresión que solo ellas poseen, y debo creer que habría preguntado si me contestaba, puesto que esta señora le dijo:—«Hable.»—

Yo ignoro amigo Caro, la oculta razón por qué esa palabra me hizo comprender que aquella niña era sábia persona que me iba á dar lecciones de la ciencia de Dios en sus relaciones con la elección de estado. Así pues me apercibí á la pelea con la esperanza del sobervio que cree reducirá á polvo cuanto se le manifieste en contrario á su parecer y persuasión, y con la pretenciosa jactancia de quien juzga se va á lucir con ilustradas peroraciones.

—«No estoy aquí desde niña, (empezó á decir con voz dulce la monjita, quien cubierta con largo manto asemejaba una Vírgen de Murillo.) Yo vivía en las casas de enfrente con mi madre y una hermana; éstas llenaban todas las aspiraciones de mi corazón, y ni siquiera pensaba en la

vida de religiosa aunque á este convento le tuviera amor; pero aconteció que un pajarito precioso cuyo cuidado era obligación que me había impuesto y al que profesaba especial cariño, se salió una mañana de la jaula mientras yo le ponía agua, y fué á posarse al balcón inmediato. Había en él, por triste casualidad, un gato negro, ¡me parece que lo estoy viendo! que más que gato debía ser Satanás, (Ave María purísima, dijeron á la vez las dos), según los ojos traidores que puso en seguida; estiróse agazapado; dió pocos pasos hacia el pajarito, quien al verse libre miraba contento á todas partes sin advertir que cerca tenía tan mal enemigo, y cuando yo iba á gritar para asustarle, hacerle volar y salvarle, el gato le clavó sus garras matándole instantáneamente. Mis párpados se cerraron; pero luz sobrenatural iluminó mi alma; con esa luz ví que yo era una especie de pajarillo; que la libertad fuera de una jaula me podía como á él hacer perder la vida (y vida mejor cual es la eterna); y por conclusión sentí en mi pecho decidida vocación de hacerme religiosa, codiciando este convento como verdadera jaula á donde no llegan las asechanzas del demonio, del mundo ni de la carne, que son peores que el gato negro que mató á mi canario; y aquí he logrado mi completa dicha, agradeciendo continuamente á Dios me llamara á este estado por tan sencillo medio, que El, con su poder infinito, hace sacar de lo más pequeño las cosas más grandes é inesperadas.—

—Con permiso de V., señora abadesa, quisiera decir á esta buenísima monjita, repuse yo, que todo lo encuentro muy santo; pero eso de dejar

á su madre y á su hermana, que tal vez necesitarían de sus cuidados, no me parece del todo conforme á lo que Dios quiere de nosotros. La Sagrada Escritura dice que «mejor es la obediencia que el sacrificio», y allí podía ejercitar esa gran virtud á la vez que atender á aquellos cuidados como hija cariñosa y cristiana.—

—Sin quererlo está V, me contestó la monjita, criticando á la Virgen Santísima, pues ésta dejó á sus padres para encerrarse en el retiro del templo y dedicarse á Dios. Aparte V. de sí, pues, esa idea, y á la vez no olvide que Dios ha dicho también: «el que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí.» ¿No recuerda V. tampoco lo que Jesús dijo al joven que quería seguirlo y que le pidió permiso para antes enterrar á su padre? Jesús le contestó: «Deja que los muertos entierren á sus muertos.» Asimismo tiene dicho que su madre y sus hermanos eran los que hacían la voluntad de su Padre celestial. Y si para el estado del matrimonio se deja á los padres y á los hermanos, ¿con cuánta más razón es santo dejarlos para dedicarse á Dios en el estado de religion, donde se le toma por esposo? Mire V. lo que sucedió á Juana de Herrera: tenía vocación al estado religioso, pero por el cariño á su madre no se atrevía á romper los lazos del mundo; oraba un día ante Jesús atado á la columna; oyó de nuevo el divino llamamiento, y para excusarse exclamó: «¡Pero, Señor, si no puedo dejar á mi madre!» ¿Qué piensa V. que le contestó Jesús por gracia especial? Pues Juana Herrera tiene consignado que le contestó: «Por tí dejé yo la mía, y no

para tener la paz que tú tendrías en el convento, sino para sufrir los azotes de tus pecados y la muerte en una cruz afrentosa.» Por todo ello yo no he dudado en tomar á María por madre, sin que por ello haya olvidado la propia, á quien sigo venerando, así como amando mucho á mi hermana, por quienes oro incesantemente á mi esposo Jesús para que en lo temporal les dé cuanto convenga, y en lo espiritual lo que les sea necesario.—

—¡Mas ponerse grillos á los piés y dejarlo todo cuando en el mundo puede servirse á Dios llenando los fines para que nos crió y siendo útiles á la sociedad humana!—

—Los fines para que Dios nos crió no son las obligaciones sociales, sino amarle á él solo y servirle á él solo también. Tampoco es ponerse grillos en los piés, sino adornar el pecho con toisón de nobleza cristiana sujetarse uno por Dios en religión ofreciéndole el uso del libre albedrío que él mismo nos ha dado. Los verdaderos esclavos son los que en el mundo se quedan, y á quienes la sociedad impone tan infinitas y tan pesadas obligaciones, que no hay hombros que las soporten y puedan sobrellevar. Y si fuera del claustro puede servirse á Dios, es por raro y especial privilegio, á la manera que se ha visto caminar á algunos sobre cuerdas tirantes á alta distancia del suelo y llegar sin caerse al punto deseado; y á la manera también con que con naves averiadas se han dominado tempestades grandes, arribando á seguro puerto. Usted comprenderá, cual yo considero, que este camino de la vida es verdadera peregrinación para la

eternidad, y hay que andar por lo más llano y donde no haya el peligro de tropezar. El del siglo es escabroso, y tiene las espinas con que usted mismo se habrá pinchado más de una vez; estando cierta que habrá deplorado no haber hecho lo que San Pablo aconsejó no recuerdo á quién: «Hermano mío, huye de los lazos del siglo.»—

—Pero dicen que vivir en el claustro trae consigo grandes molestias y obligaciones muy duras.—

—¡Oh, qué venda pone el común enemigo al género humano en esto! Vivir en el claustro es un vivir sin cuidados; es un paraíso en la tierra, y estar libre de las amarguras y penalidades del mundo: ¿qué molestias, pues, son esas á que usted se refiere? ¿Las de levantarse á toque de campana, comer á horas determinadas y rezar en coro? Vaya unas molestias. Pues pasemos á las obligaciones duras: aquí no hay más que una verdadera obligación; la de obedecer. ¿Y es esto duro? Esto es, por el contrario, suave y carga ligera, pues es el yugo de que Cristo nos habla, llamándose yugo porque lo llevamos al mismo tiempo: el religioso y El, quien con la gracia de la vocación hace que una encuentre fáciles y dulces las cosas que puedan ser calificadas de amargas y más arduas. Además, el que há dado el ser, que es Dios, da también lo que sigue al ser, según ustedes los filósofos establecen; deduciéndose de aquí que por su misericordia en nada encontremos dificultad alguna. Luego, tenemos á nuestro favor una ventaja en lo físico y lo moral que es inapreciable: la del remedio que á nuestros ma-

les en ambas cosas nos da la buena conciencia, la vida ordenada, la sobriedad, la templanza y el hallarnos lejos de los rencores y las envidias del mundo; remedio superior á todo remedio para estar tranquilas, contentas y con cabal salud, sin que necesitemos que el padre confesor ni el médico nos hablen de su eficacia, porque la experiencia nos lo demuestra.—

Iba diciendo esto la monjita cuando sonó una campana (serían las once) que llamaría á coro ó al refectorio, puesto que la superiora y aquella se levantaron de sus asientos retirandose con un «Alabado sea Dios.» Yo bajé aquellos escalones con menos prisa que los había subido, y ¡admírese V.! envidiando la vida religiosa y recitando la oda de Fray Luis de León á este asunto, sobre todo aquellas estrofas que dicen

Verás en este suelo
dando de mano al mundo fementido,
un retrato del Cielo
que Dios tiene escondido
en la celdilla pobre y el vestido.

Ajeno del cuidado
que al mercader sediento trae ansioso,
de solo Dios pagado
se goza el religioso
libre del mundo falso y engañoso.

No busca los favores
que traen al ambicioso desvelado
en casa de señores,
más antes retirado
goza su suerte y su feliz estado.

No tiene desconsuelo
ni puede entristecerle cosa alguna

porque es Dios su consuelo;
ni la baja fortuna
con su mudable rueda le importuna.

Su casa y celda estrecha
alcázar le parece torreado;
la túnica deshecha,
vestido recamado;
y el suelo duro, lecho delicado.

El cilicio tejido
de punzadoras cerdas de animales
que al cuerpo está ceñido,
aparta de los males
que causa el ciego amor á los mortales.

La disciplina dura
de retorcido alambre le da gusto,
pues cura la locura
del estragado gusto
que huye á rienda suelta de lo justo.

En estos ejercicios
su vida pasa más que venturosa,
apartado de vicios
sin que le dañen cosa
mundo, demonio, y carne pegajosa.—

En esto llegamos á Vilches, y hizo punto el Sr. Martínez.

XVII

¿Ese Pedro Villegas Marmolejo, que V. nombró al hablar de la Iglesia de San Lorenzo, y en cuya ocasión no quise interrumpirle, fué también de Sevilla ó es que residió en ella como el célebre Benito Arias Montano que escribiera el epitafio de su sepultura?

—Pedro Villegas Marmolejo, nació en Sevilla el año de 1520, habiendo indicios de que estudiara en Italia el arte de la pintura en que tanto sobresalió. Tuvo estrecha amistad con aquel gran teólogo, quien se sabe que jamás se la concedió sino á hombres de valer en sus profesiones; y que Villegas era de entendimiento poco común lo comprueba, á pesar de la ojeriza conque le miró Francisco Pacheco reputando exajeradas las alabanzas de Montano, por su desafección á este hombre respetabilísimo, lo comprueba repito el retablo de la Visitación de Nuestra Señora en la capilla de este título de la Catedral, el San Lázaro de la Iglesia del Hospital de este nombre, y la Anunciata en San Lorenzo, de que hemos tratado.

Y ya que de este pintor me ocupo, alguien habrá que agradezca, si V. Sr. Caro no, la reproducción del siguiente escrito que en su favor dirigió el Arias Montano al Secretario de Estado D. Gabriel de Zayas en el año de 1579; que por lo curioso es digno de conocerse. «Ilustre Señor, »A. V. m. suplico escriba una carta al Conde del »Villar, que es Asistente de Sevilla, en que le »encargue ó ruegue que sin preceder términos »de justicia ni otra información, pase á la calle »de la Garbancera (que así se llama), y á una »mujer enamorada que vive en una casita nueva »que sale de la de Pedro Villegas, pintor, la lance luego de ella haciéndola pagar lo que debiere de alquiler al dicho dueño de la casita, porque le habían abonado al buen de Villegas esta »alquiladora, y ha hallado ser de tal trato según »es dicho; y hállese el pobre aflijido porque los

»jueces menores llevan las cosas por términos
»de justicia y está la dama allí á pesar de su
»dueño y con mal ejemplo en buena vecindad.
»Háme escrito que pida á V. m. esto, no él mis-
»mo, sino el veinticuatro Diego Núñez Pérez,
»que le duele verlo tan aflijido; y escríbeme que
»le encamine á él la carta, que él la dará al Asis-
»tente y se irá con él al efecto. V. m. mande dar
»la carta al Señor Marcos Nuñez Pérez, que es
»también veinticuatro electo para que luego la
»envie á su hermano. Esta es obra digna de
»V. m. para un tan buen hombre y amado de los
»buenos. Del Escorial á 10 de Noviembre de
»1579.»—

Curioso es realmente ese escrito, y no pue-
do menos de agradecerle, por tanto, que me lo
haya dado á conocer; pero el caso es que de todo
el mundo va hablando, y, sin embargo, ni el me-
nor detalle me ha referido del escultor Martínez
Montañés, contentándose con decir el célebre y el
incomparable cuando de sus obras ha hecho men-
ción. No será sevillano, y como V., Sr. Martínez,
está tan ciego por mis compatriotas, le faltará
entusiasmo para hacer relación de él.

—No me impaciente V. ni me tire de la len-
gua para que hable mal de sus compatriotas, por-
que quien origina mi silencio es el desdén con
que ustedes han mirado cuanto atañe á tan gran-
de y magnífico escultor, del cual puede decirse
que es el Murillo de los escultores. Ustedes, sí;
ustedes son los que me obligan á callar, pues ni
siquiera se han ocupado de averiguar cuál fué
su pueblo natal. Palomino le hizo hijo de Sevilla
en sus escritos; pero como el Abad Alfonso Sán-

chez Gordillo, contemporáneo del Juan Martínez Montañés, le da por patria á Alcalá la Real, en la provincia de Jaén, de ahí que sea aventurado asegurar que naciera en Sevilla. No se sabe tampoco cuál fuera el año de su nacimiento; siendo el primer dato que de él existe que en 1607 estaba ya en esta ciudad y esculturaba imágenes prodigiosas, lo cual se averigua por la fecha que grabó en la peana del preciosísimo Niño Jesús, hecho por su mano, que posee la Archicofradía del Santísimo del Sagrario de la Catedral. El San Ignacio de los Jesuítas á su vez se sabe que lo hizo en 1610 para las fiestas de la beatificación del mismo; en 1612 construyó el retablo y las estatuas del Monasterio de San Jerónimo en Santiponce; en 1617 y 1618, otros retablos para el coro de los legos de la Cartuja; en 1620, el San Bruno; y no se sabría más si no fuera por lo que él mismo consignó en un pedimento que debe hallarse en el Archivo de Indias, donde dirigiéndose al Tribunal de la Contratación, expuso, con fecha 19 de Septiembre de 1648, que por haber modelado el retrato del rey que pintó Velázquez para que Tacca ejecutase en Florencia la estatua ecuestre que se halla ahora en Madrid en la Plaza de Oriente, se le había concedido, en cédula del año 1636, una visita de Nao, cuyo beneficio no había podido utilizar por diversas causas; y que hallándose *viejo, enfermo y con muchos hijos*, pedía no se pusiesen obstáculos á la realización de tal visita, que era traer de América ciertas mercancías.

En 1650 ya había fallecido hacía un año, según otra petición que hay en ese expediente,

suscrita por su viuda doña Catalina Salcedo y Sandoval y sus hijos D. Ignacio, D. Francisco y D. Hermenegildo Martínez Montañés, clérigo de menores, y dos hijas cuyos nombres no se relatan. ¿Cómo pues, cuando sucede esto respecto á noticias de Montañés, había de tratar de él, bosquejando siquiera su biografía, aunque puede asegurarse que no hay español que merezca más que él merece? Su Cristo de la Pasión, que él mismo salía á ver, asombrado de su mérito; el Santo Domingo que estuvo en Portaceli y ahora se halla en el Museo; el Crucifijo que hizo para la Cartuja; la Concepción (llamada chica, aunque es de tamaño natural) existente en la Catedral; el San Cristóbal del Salvador; el San Juan de San Juan de la Palma; el retablo de San Lorenzo; el referido Señor del Gran Poder de la misma Iglesia; el San Pedro Alcántara que hizo para la de este título; el Jesús Nazareno para la Merced Calzada; la Santa Clara de Santa Inés; los dos San Juan de San Leandro, y tantas y tantas obras suyas que admiran y encantan, evidencian la verdad de mis apreciaciones y lo justo de mis anteriores palabras, y aún creo quedarme corto. ¡Oh, Juan Martínez Montañés! Yo te rindo, seas ó no sevillano, el tributo de mi mayor admiración y aprecio; sintiendo que esa ciudad que tantas riquezas tuyas contiene, no abra un concurso ó certamen en que plumas inteligentes y peritas escriban tu biografía, sacando con investigación diligente de Archivos y Bibliotecas datos auténticos acerca de tí, ya que no se haga tu cabal historia y relación completa de todo lo que á tí es referente.—

Conforme en un todo estoy con V., le dije yo entonces; y ya que Vadollano está tan lejos todavía, hábleme ahora de Herrera el viejo, á quien me ha traído á la memoria la cita que ha hecho del Niño de la Archicofradía del Santísimo del Sagrario, en cuya sala de Juntas, existente en el patio de los Naranjos de la Catedral, hay un magnífico cuadro suyo.

—No es ese cuadro de Herrera el viejo, sino de su hijo el mozo, también del nombre de su padre, me contestó Martínez; pero allá va algo de Herrera el viejo.

Francisco Herrera, llamado en efecto el viejo para distinguirlo de sus dos hijos también pintores pero de menos mérito, vió la luz en nuestra citada Sevilla el año de 1576, y estudió con el Luis Fernández con quien también lo hizo Pacheco y los hermanos Castillo. De carácter sombrío, violento é insociable según apunté al hablar de Velázquez, pasó toda su vida en la soledad y casi separado de su propia familia; si bien estas circunstancias fueron motivo para que su talento de artista tomase el rumbo que adoptó formando un especial estilo, pues fué el primero que abandonó la imitación de la escuela romana trocándola por la más fogosa de los Bolo-neses. De él aprendió Velázquez ese nuevo estilo, que su segundo maestro Pacheco no pudo hacerle perder, y que transmitido fué á Murillo para gloria nuestra andando el tiempo.

Su manera de pintar guardó paridad con ese carácter irascible de que he hablado. Parecía hacerlo con una especie de furor; y para dibujar se servía de cañas como los pintores de decoracio-

nes; y para extender los colores, de gruesos pinceles que asemejaban brochas ó estopines, cuyo extremo llegó á tanto, que, según la tradición su sirvienta, por falta de discípulos que le ayudaran, bosquejaba los cuadros extendiendo sobre ellos con estopa los colores, y antes que se secaran continuaba Herrera el trabajo y sacaba de aquel caos los ropajes y las figuras, la luz y las sombras.

Algunas veces ocupóse también en grabar en bronce, asegurándose que hasta ensayó hacer monedas; cosa que le valió ser perseguido por la justicia en concepto de monedero falso, teniendo que refugiarse en el colegio de San Hermenegildo perteneciente á los Jesuitas, donde se entretuvo en pintar el Santo titular. Este cuadro obtuvo éxito grande; y habiéndolo visto Felipe IV cuando recién coronado estuvo en Sevilla el año de 1624, á quien contaron las causas porque Herrera se hallaba retraído en ese recinto eclesiástico, hizole venir y le indultó diciéndole: «Hombre de tanto talento no creo que haya hecho tan mal uso de él.»

Esa lección no bastó, empero, para corregir á Herrera en sus costumbres y carácter, y todos fueron abandonándole y mirándole con desprecio. Su hijo mayor murió; el segundo le robó y huyó á Roma, y su hija refugióse en un convento. Ya completamente solo, pintó los cuatro grandes lienzos que adornan el palacio arzobispal de Sevilla, y se marchó á Madrid el año de 1650, donde murió seis después, siendo enterrado en la parroquia de San Ginés de esa Corte.

Muchos creerán, al saber la manera inusitada

con que Herrera pintó la mayor parte de sus cuadros, que no fué más que un gran pintor práctico mejor dotado de manos que de cabeza, y que su mérito se limitó á representar bien los semblantes y los ropajes; pero, sin embargo, esto no fué así. Casi todas sus obras, y con especialidad el cuadro del *Ultimo juicio* que hizo para la parroquia de San Bernardo, demuestran plenamente que reunía las cualidades de gran artista. En éste se ve un profundo conocimiento de la anatomía y de las proporciones del cuerpo humano; corrección en el dibujo; vigor del colorido; ciencia y simetría de los grupos; armonía en los tonos y en las medias tintas, y hasta magnificencia en las expresiones; no faltando nada de cuanto el arte exige en la composición, donde admira la *gloria* que forma el Soberano Juez rodeado de los Apóstoles, la hermosura varonil y esbelta del Arcángel San Miguel, y el contraste que forman los condenados ocultando sus rostros y los elegidos mostrándolos radiantes de reconocimiento de dicha y de amor.

Cuando yo fuí á dicha Iglesia de San Bernardo para ver este cuadro, me convencí de que Herrera tuvo el estilo de la escuela Bolonesa, pintando grandes masas de luz que se destacan con vigor sobre otras grandes masas de sombra, á la manera de Caravagio y de Ribera; y conocí también que era cierto lo que Cean Bermúdez manifiesta al tratar de este cuadro, respecto á que carece de razón y fundamento la acusación que alguna vez se ha hecho á los pintores andaluces de no saber pintar con éxito más que las cabezas y las ropas, por haberse dedicado á asun-

tos místicos, en que han tenido que ser honestos en demasía, sin poder hacer de la desnudez un uso frecuente; pues siempre que se ha ofrecido ocasión, han demostrado grandísimo conocimiento de los detalles anatómicos más minuciosos, y hecho manifestación elocuente de imitar la naturaleza en sus más difíciles aspectos.

Esa Iglesia de San Bernardo, parroquia de su título, está edificado sobre el area de la ermita que mandó construir á tal santo D. Fernando III en memoria de que en su día, el 20 de Agosto, puso cerco á Sevilla. Tiene tres espaciosas naves divididas por arcos sostenidos por pilares de ladrillo; y en la de la izquierda se halla el referido cuadro del juicio final, así como un tabernáculo con cuatro figuras (San Miguel la Fé, San Agustín y Santo Tomás), cuya esculturación meritísima se debe á Luisa Roldán, hija del Pedro Roldán ya citado, del cual es el Crucifijo que está frente á aquel cuadro. La efigie del San Bernardo es de D. Blas Molner, y muy especial mención también merece otro cuadro representando la última Cena del Señor, que se halla en un compartimiento interior, obra acabada de Francisco Varela, quien la ejecutó en el año de 1622.—

Agradecería á V. completara el relato que va haciendo de artistas memorables, hablando también de esta Roldán, de su padre Pedro, del Varela y de Juan del Castillo, maestro de Murillo, porque tiene las manos en la masa y no le ha de ser muy ardua la empresa

—Pedro Roldán, dijo Martínez, nació en Sevilla el año de 1624, habiendo sido discípulo algún tiempo de Juan Martínez Montañés. Con-

currió desde 1664 á 1672 á la Escuela que los profesores de aquella ciudad habían creado, y por entonces hizo la excelente escultura del Descendimiento de Jesús que se halla en el altar mayor del Sagrario de la Catedral, que ahora es tal Catedral por la ruina del cimborrio y pilares de aquélla, cuyo magnífico retablo fué trasladado de la Iglesia de San Francisco, hoy Plaza de San Fernando, según tengo expuesto. La capilla de los Vizcaínos estaba adornada con este retablo, habiéndose construído por encargo especial de los mismos, y sido asombrosa su traslación por el enorme peso que aquél tiene. También trabajó Roldán las esculturas del altar mayor del Hospital de la Caridad, que representan el entierro de Cristo, así como las de San Jorge y San Roque que allí existen; y en 1675 pasó á Jaén, donde á petición del Cabildo hizo los bajos relieves de la Huída á Egipto, las bodas de Caná y la disputa con los Doctores, cuya obra se encuentra colocada sobre una de las puertas de la Iglesia Catedral por la parte de adentro, y las estatuas de los Evangelistas, de los Doctores y de San Fernando, que están por la de fuera. Vuelto á Sevilla, siguió en ella realizando muchos trabajos de mérito infinito, entre los cuales descuella la estatua de San José de la capilla de este título en la Catedral; el paso llamado de la Mortaja, para Santa Marina; San Pablo y Santo Domingo, para las puertas de San Pablo, así como la Virgen de los Dolores para una de sus capillas, con otras efigies no menos singularísimas y apreciables. Desinteresado en demasía, casi de balde ejecutó, sin embargo, todas sus

obras, de las que cogieron el fruto terceras personas que las ajustaban; y su vida fué la de un filósofo sin pretensiones, de lo que es prueba el hecho de venir siempre á Sevilla desde una casa de campo donde solía residir huyendo de las molestias del trato humano, montado en un borriquito y sin criados que lo acompañasen, durante cuyo trayecto modelaba figuras, cabezas ó manos con un poco de barro que traía prevenido. En 1700 dejó de existir, y debo consignar que sus trabajos brillan especialmente, por su verdad y por la sencillez de las actitudes en que muy pocos le han igualado.

Luisa Roldán fué hija suya, y tal vez el mejor de sus discípulos, habiendo nacido en Sevilla el año de 1656. Su madre, doña Teresa de Mena y Villavicencio, le dió cristianísima educación, y al fallecimiento de la misma, Luisa tomó las riendas del gobierno de la casa de Roldán y del obrador de éste su querido padre, el cual le debió no poco, según atestigua el hecho siguiente: Había trabajado Pedro Roldán para el Cabildo de la Catedral de Sevilla la estatua del San Fernando que se coloca ó colocaba en el altar mayor el día de este Santo, y habiéndola presentado concluída, los señores capitulares no quisieron recibirla por no parecerles buena y airosa. Roldán volvió por esto á su casa triste y cabizbajo, atendido á ser la primera vez que se le despreciaba una obra. Luisa al verlo manda ir por la escultura; asiérrala más arriba de las piernas, y lo mismo hace con la cabeza, inclinando ambas cosas al juntarlas de nuevo, y la figura quedó con ello airosa en tales términos, que el

Cabildo la encontró ya á su gusto y sin tacha que ponerle.

Tal escultora, que conocemos por la Roldana, se distinguió muchísimo en las figuras pequeñas; y habiendo contraído matrimonio con D. Luis de los Arcos, fué mandada venir á Madrid de orden de Carlos II, quien le encargó enseguida una estatua de San Miguel para el Monasterio del Escorial y la nombró escultora de cámara retrotrayendo el comienzo del sueldo al día 21 de Junio de 1695 en que llegó de Sevilla. Dejó de existir en Madrid el año de 1704, y no necesito encomiar su mérito, después de haberlo hecho hasta muchos poetas de aquella edad, entre los que sobresalió D. Isidoro de Burgos y Mantilla con especial romance.

Francisco Varela, nació en la propia ciudad de Sevilla á fines del siglo XVI, y murió en 1656. Fué discípulo del nombrado Clérigo Roelas; tuvo grandísima corrección en el dibujo; siguió en el colorido la escuela veneciana, y pintó los ropajes por el maniquí con buenos partidos. Profúso en sus obras, abundan en casas particulares y en las Iglesias; y son suyos los cuadros del Señor atado á la columna, el San Juan Bautista y Santa Catalina así como el crucifijo del altar de la última capilla de *Omnium Sanctorum*; los martirios de San Vicente en un compartimiento interior de la parroquia de este nombre, la Cena citada al hablar de San Bernardo, y otros muchos lienzos más que pertenecieron á diversas Iglesias suprimidas ya.

Por último manifestaré, que Juan del Castillo, maestro en efecto de Bartolomé Estéban Mu-

rillo, así como de Alonso Cano, Moya y otros no menos celebrados pintores, nació igualmente en Sevilla el año de 1584; aprendió con Luis Fernández, fué correctísimo en el dibujo, y murió en Cádiz el año de 1640. Hizo para la Iglesia de Regina el cuadro de la Virgen acompañada de San Pedro y San Pablo; para Montesión el retablo mayor con seis recuadros que representan la Asunción, coronación, anunciación, visitación, nacimiento de Jesús y adoración de los reyes; y otros de Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, Santo Domingo y San Vicente Ferrer; y para la Iglesia de San Juan de Aznalfarache, los lienzos del altar principal, pertenecientes á la vida de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

Y ahora continuaré, si V. me lo permite, hablando de las Iglesias que ví después de la de San Bernardo. Al dejarla quise entrar en la del que fué monasterio de San Benito en la calzada de la Cruz del Campo; mas la encontré cerrada, y tuve que darme por satisfecho recordando que en las celdas de este monasterio compuso el erudito D. Nicolás Antonio su *Biblioteca Hispana* y su *Censura de historias fabulosas* allá por los años de 1645 al 1650. Hombre erudito como pocos y de gran saber y ciencia, fué digno amigo del monje, también eruditísimo y abad, La Serna, autor á su vez de libros muy notables y de gran estima; sin que deba callar que la fundación de tal monasterio es remota como pocas en Sevilla, bastando consignar en apoyo de ello que en el año de 715 fueron degollados cincuenta

monjes y su abad por no querer apostatar de sus cristianas creencias.

Bajé luego hacia la puerta de Carmona atravesando el arroyo Tagarete por la llamada alcantarilla de las Madejas, y después de fijarme en que ya ha desaparecido el convento de San Agustín que en esa calzada á la derecha existía, como asimismo aquella puerta tapiada que traía á la memoria la muerte trágica de Fray Juan de las Casas, su abad en 1535, suceso por el cual fueron ahorcados cuatro religiosos en ese lugar, entréme en la Iglesia de San Roque, sita en la calle llamada hoy de Recaredo. Destruído ese templo en fines de 1759, edificóse el existente de manera algún tanto notable, siéndolo principalmente las columnas de mármol rojo que sostienen sus naves; y allí se halla el milagroso Cristo de San Agustín que estuvo en el referido convento de este título, y que se ha sacado en procesión con éxito asombroso cuando ha habido epidemias en la ciudad.

Enfrente está la capilla conocida por la de los Negritos, cuyo verdadero nombre es de Nuestra Señora de los Angeles. Su fundación se remonta al año de 1403, y en sus tres altares tiene la imagen de esta Señora, un Crucifijo y San Benito de Palermo, lego franciscano, de color negro, como lo son Santa Figenia y San Estéban, rey de Etiopía, de quienes hay también imágenes pintadas en oscuros cuadros colgados en las paredes.

Seguí adelante, entrando en la ciudad por travesía abierta junto á un sitio que leí se llamaba el muro de los Navarros, y topé con la



Iglesia de Santiago el Mayor, edificada sobre el area en que los anticuarios dicen se hallaba un templo bellísimo que los romanos habían dedicado á Venus, y cuya Iglesia ha sido recientemente restaurada. En ella admiré el cuadro del santo titular, pintado por el Mateo Pérez de Alesio de quien es el fresco de San Cristóbal magno con el San Cucufate mínimo que en la Catedral está al lado de la puerta del Reloj ó de la Lonja, habiéndome quedado con las ganas de ver también la capa pluvial que se puso Carlos I de España y V de Alemania cuando fué coronado emperador; capa que se conserva allí guardada; porque al pedir este favor me miraron, y conociendo que no era extranjero, pretestaron no recuerdo que motivo para negármelo. Sin embargo subí al presbiterio para rezar un Padre Nuestro por el escritor insigne Gonzalo Argote de Molina, autor de la *Nobleza de Andalucía* y otras obras muy buenas, cuyo sujeto está sepultado en aquel lugar, fué Marqués de Lanzarote y señor de la torre de Gil de Olot, habiendo consagrado su vida como Garcilaso de la Vega á las letras y á las armas, sin descanso ni paréntesis ningunos.

Perdido al salir de esa Iglesia por unas callejuelas las más poéticas que V. puede imaginarse, en que la yerba crece por falta de pasos humanos, pues tal es el poco movimiento que en esa zona hay, sacaba sin cesar el mapa de Sevilla que tenía en la cartera para orientarme, cuando un mocito parado en cierta esquina me preguntó: «¿Busca V. á San Esteban? Si es así, siga hacia enfrente y enseguida lo encontrará.»

«Sí, señor, le contesté; buscaba la Iglesia de este santo, y á ella me dirijo.» «Pues por casualidad lo es ya, me replicó; en el año de 1868 la hicieron escuela pública, y luego se sacó á la venta; pero una Academia protestó de ello, y en Octubre de 1872 se declaró por el Gobierno monumento nacional, que si no, lo que encuentra usted es ruinas como San Felipe y otros templos semejantes. Yo de eso estoy muy enterado, y más le diría acompañándole, si no fuera porque estoy aguardando á una persona de mi estimación.» Le dí las gracias, y mientras continuaba mi ruta, vine embebido reflexionando lo agradable del carácter ardaluz (que en Sevilla se refleja más que en toda Andalucía), cuya imaginación vivísima influye poderosamente en la prontitud con que concibe una idea y la vehemencia con que la siente y la expresa, naciendo de ello ese estilo especial que tanto los distingue de los otros españoles. De ahí nace sin duda también, continué reflexionando, su aptitud para la poesía, la pintura y todas las Bellas Artes, así como su poca propensión á los estudios abstractos. Y luego, tan expansivos como este joven, que en vez de dejarme descrismar de una parte para otra, en cuanto me ha visto titubear en mi camino, caritativamente me ha sacado de dudas y puesto en el de hallar á San Esteban.

En efecto, dí con él ó mejor dicho con la Iglesia de San Esteban la cual está levantada sobre otra que se erigió en tiempo de Constantino. El altar principal es de columnas corintias con adornos platerescos, y para ella pintaron excelentes lienzos Francisco Zurbarán, sus más aven-

tajados discípulos, y los hermanos Polancos. Montañés labró el Santísimo Cristo de la Salud, con la Cruz al hombro, de la cofradía de los castellanos nuevos, que así mandaron las pragmáticas se denominasen en adelante los gitanos; cuya cofradía está ahora establecida en la Iglesia de San Román, puesto que de aquí ha de salir á hacer estación este año á la Catedral. En un panteón familiar fueron enterradas las cenizas del doctor Gaspar Caldera, insigne médico del siglo XVII; y dicen, que por allí lo están igualmente las de un Pernan, que después de la batalla del Guadalete se hizo rey de Sevilla, y por defenderla del poder de los árabes murió en una refriega cerca de esta ciudad. (Averígüelo Vargas, como decretaba Felipe II).

Me detuve contemplando largo rato la puerta principal, de estilo mudéjar, que tiene esa Iglesia; ¡Dios haga que se conserve mucho tiempo!; y volviendo á las calles del mocito del barrio que mencionado hé, de nuevo me perdí en aquel dédalo, saliendo por casualidad á la Iglesia de San Ildefonso. Fundada en la época goda, fué templo muzárabe durante la dominación sarracena, habiendo sido reconstruída últimamente; y mucho me alegré de haber ido á ella cuando ví la imagen de Nuestra Señora del Coral, pintada sobre cañas, que en la misma existe, pues, según la tradición y la historia, ante este cuadro vino á dar gracias á María Santísima por la grande protección que en su viaje le había dispensado, el célebre Sebastián de Elcano, primer navegante que dió la vuelta al mundo. En sus cimientos están las cenizas del pintor Cornelio Schut,

aventajadísimo discípulo de Bartolomé Esteban Murillo; y en la feligresía de esta parroquia, calle de los Mulatos, núm. 4 moderno, vivió el célebre poeta Juan de la Cueva antes de retirarse á Portugal, donde murió.

Y cansado ya, porque había andado mucho y visto más, advirtiéndome que la Iglesia cercana de San Leandro estaba cerrada, cosa natural siendo de monjas agustinas calzadas que antes de ser de día han empezado ya sus rezos y bajado á coro, y donde están las obras de Montañés que cité al ocuparme de él, consistentes en los dos San Juan (Bautista y Evangelista), me entré más que de prisa en la de San Isidoro, donde á su vez está el cuadro del Presbítero Roelas que tengo mencionado cuando me ocupé de tal pintor. Observándose atentamente esa obra, como yo lo hice sentado, se llena uno de dolor religioso, pues parece que el santo va á dar el último suspiro y como que busca en su agonía con alma tranquila y ojos dulcemente velados la patria de los justos y el premio de su fe cristiana; sin que sean menores en mérito las demás figuras que contiene y rodean el lecho del moribundo, por sus actitudes, su ropaje y su colorido. Igualmente posee este templo parroquial una tabla de Campaña con la visita de San Antonio Abad á San Pablo, primer ermitaño, cuyo asunto tengo dicho trató á las mil maravillas Diego Velázquez en su otro lienzo existente en el museo de Madrid. Y también estuve viendo otros cuadros de Murillo y de Valdés que sería prolijo enumerar, así como selectísima escultura del Cirineo en el paso del Señor de las tres caídas, hecha por Bernardo Gi-

jón; y una Santa Catalina de Roldán, de que creo haber hablado antes; cuyo Bernardo Gijón es otra gloria de la ciudad donde V. nació.—

No lo sabía, y le agradeceré diga quién fué este caballero.

—¡Siempre los mismos estos sevillanos en esto de no preocuparse de sus grandes hombres! Pues Bernardo Gijón fué discípulo de su tío Francisco Ruiz Gijón, escultor de mucho mérito. Nació en Sevilla y floreció á principios del siglo XVIII, sabiéndose sólo de él que está enterrado en la parroquia de Santa Marina, y que tanto el Cirineo expresado del paso del Cristo de las tres caídas, de San Isidoro, cuanto la Santa Marina que hizo para el retablo mayor de esta otra Iglesia, revelan su artístico talento y le dan renombre de escultor sobresaliente. Ya he dicho que tal Iglesia se quemó hace unos veintitantos años, y en verdad que al visitarla se me pasó ver si libróse ó no del incendio esa escultura preciosa, y si está ó no allí adornando el altar principal.

Para despedirme de estas noticias concluiré diciéndole que á su vez Benito del Castillo Hita vió la luz en Sevilla el año de 1706; teniendo por maestro á Miguel de Perea; falleció el de 1786, y fué enterrado en San Juan de la Palma. Su citada obra del desprecio de Herodes, hecha para esa parroquia, patentiza su gran mérito, así como otras no menos notables que también realizó. Y ya gritan Santa Elena, cosa que á usted alegrará, pues creo que mi lengua es capaz de aturdir al más paciente.—

XVIII

En efecto creo, (dije á Martínez al salir para Ventas de Cárdenas), que el hablar mucho no está bien; pero como va tratando de Sevilla, y á nadie perjudica, sino favorece, con el estudio de esta ciudad, yo le pido por Dios que no calle.

—Callar (me contestó) sería grandemente prudente, pues ya ayo nada menos que Simónides, «que nunca de callar se arrepintió nadie.» Sábia por eso la naturaleza, esto es, el criador de ella, negó á los animales que carecen de juicio para fijarse en lo que hablan, el uso de la lengua. Y verificó más; aunque todos los demás sentidos los dió á pares, al mirar dos ojos, al olfato dos ventanas, al tacto dos manos y al oído dos orejas, quiso cercenar su jurisdicción á la lengua, dando para el gusto una sola boca, puesto que había de sentir el gusto y producir la voz; y aun no contenta y temerosa del comercio de esta puerta tantas veces falsa, la puso los dientes por barrera y los labios por dique á fin de que no saliese á borbotones todo lo que podía expresar. Seguiré empero hablando, ya que me lo pide usted de manera tan expresiva.

Tomé en día precedente rumbo semejante á cuando fuí á San Lorenzo, y vine á dar por la calle del Amor de Dios en la parroquia de San Andrés. En esta Iglesia, lo primero que absorbió mis sentidos fueron los pasos, que estaban preparando, de la Cofradía allí establecida del Santísimo Cristo de la Coronación de espinas, Nuestro padre Jesús con la Cruz al hombro, Santa

mujer verónica, y Nuestra Señora del Valle. Los dos primeros pasos son de Roldán, la virgen del Valle de Montañés. ¿Habrá necesidad en mí de encarecer por tanto su grandiosidad? Creo que no, y en su consecuencia le diré que la Iglesia por su parte es agradable. Tiene tres naves, y es de gusto gótico; y no debe de hacer mucho tiempo que fué restaurada, puesto que parecen acabados de hacer los dorados de sus rejas y los retoques dados en sus altares. Ocupan lugar en ella varias tablitas pintadas por el citado Villegas Marmolejo, algunos lienzos del competidor de Murillo Juan Valdés Leal, y otra escultura de Montañés representando la Purísima Concepción; y por último añadiré, que el célebre poeta Fernando de Herrera, el divino Herrera cual ustedes los aficionados á versos le llaman, perteneció al clero de esta parroquia; cosa que en otro país habría dado motivo para que se colocara en el atrio alguna lápida consignando y conmemorando esa circunstancia de la hasta ahora desconocida vida de hombre tan insigne.

Entréme en seguida por una calle á la izquierda, donde encontré el que fué convento de San Pedro Alcántara, fundado para enfermería de los franciscanos descalzos, cuando en el año de 1649 sufrió Sevilla horrible peste que la desoló. Fué luego colegio de la Orden, y de él nada queda más que la Iglesia; que si bien no pude verla por cerrarse temprano, en cambio puede contar de referencia que en ella está sepultado el padre Fray Manuel José Fagundez y Escalona, religioso descalzo de nuestro padre San Francisco, varon fallecido en olor de santidad el año de

1848, y cuya biografía ha poco dió á luz otro buen religioso y capellán ahora de tal Iglesia Fray Pablo Hornillo, con apuntes del padre Juan de Lara y Torralbo, contemporáneo suyo.—

Si yo hubiese estado allí con V., habríamos pasado á ver (le repuse) á dicho padre Hornillo, para que me diera noticia del que fué padrino mio de bautismo, el donado de ese convento Fray Pablo Arana, que no sé cuando y dónde falleció. ¡Pero qué santo tan penitente ese San Pedro Alcántara! Siempre me están dando ganas en Madrid de ir á Arenas de San Pedro en la provincia de Avila donde está sepultado, á pedirle su intercesión con Dios para que como hombre de las mayores penitencias me consiga el hacerlas antes de morir

—Mucho he oído hablar siempre de este santo (me replicó Martínez); pero sé poco de él aunque es español y aun juzgo que sevillano.—

Sevillano (le repuse) no lo fué; porque nació en Alcántara, pueblo de Extremadura, de cuya población tomó el apellido según costumbre se-ráfica, aunque era hijo de D. Alfonso Garabito, habil jurisconsulto, y de Doña María Vilella de Sanabria: nació en 1499 y falleció el 18 de Octubre de 1562; habiendo escrito un tratado de la oración y contemplación, que es muy digno de leer: reformó la Orden; fué á pié y descalzo desde la frontera de Portugal hasta Roma, donde el Papa le autorizó para fundar conventos nuevos con arreglo á esa reforma; y es interesantísima la especie de retrato fotográfico que de él hizo la insigne Santa Teresa, cuyo retrato es el siguiente:

«Paréceme fueron cuarenta años los que me
»dijo había dormido solo hora y media entre no-
»che y día, y que este era el mayor trabajo de
»penitencia que había tenido en los principios
»de vencer el sueño, y para esto estaba siempre
»de rodillas ó en pié. Lo que dormía era senta-
»do, la cabeza arrimada a un maderillo que te-
»nía hincado en la pared... En todos estos años ja-
»más se puso la capilla por grandes soles y aguas
»que hiciese, ni cosa en los piés, ni vestido, sino
»un hábito sayal, sin ninguna otra cosa sobre las
»carnes, y un mantillo de lo mismo encima. De-
»cíame que en los grandes fríos se le quitaba, y
»dejaba abierta la puerta y ventanilla de la cel-
»da, para que con ponerse después el manto y
»cerrar la puerta contentase al cuerpo para que
»sosegase con más abrigo. Comer á tercero día
»era muy ordinario... Un su compañero me dijo
»que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía
»estar amando en oración, porque tenía grandes
»arrobamientos é impetus de amor de Dios, que
»una vez fuí yo testigo. Su pobreza era extrema
»y mortificación en la mocedad, que me dijo le
»había acaecido estar tres años en una casa de
»su Orden, y no conocer fraile, si no era por el
»habla, porque no alzaba los ojos jamás. A mu-
»jeres jamás miraba... Era muy viejo cuando le
»vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que
»no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con
»toda esta santidad, era muy afable, aunque de
»pocas palabras, si no era con preguntarle; en
»éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo
»entendimiento. Fué su fin como la vida, predi-
»cando y amonestando á sus frailes. Después ha

»sido el Señor servido yo tenga más en él que en
»la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle
»visto muchas veces con grandísima gloria. Dí-
»jome la primera vez que me apareció, que bien-
»aventurada penitencia que tanto premio había
»merecido.»

—De San Pedro Alcántara, subiendo la calle de Cervantes, á la cual no sé por qué dieron este título no habiendo jamás vivido en ella, fui á dar á la Iglesia parroquial de San Martín, cuyo templo se fundó en la época de la conquista; fué reedificado en el año de 1421, y casi recientemente ha obtenido restauraciones que lo han hermosteado sin hacerle perder su carácter de antigüedad ni el estilo gótico que en él predomina. Una sola nave cerrada de bóveda de piedra es su planta; su capilla mayor la forma el arco toral que está á un tercio de esa nave, conteniendo una escultura de la Divina Maestra, de ignorado autor, pero de notable mérito, y otras dos de San Pedro y de San Pablo, ejecutadas por Montañés; en los intercolumnios hay dos cuadros que se juzga fueron las primeras pinturas de Herrera el viejo, y en el segundo cuerpo existe una imagen pequeña del santo titular, con una Virgen de los Dolores y un San Juan Evangelista á los lados, obra también de Montañés; otros dos cuadros de Herrera forman medio punto, y termina todo con un hermoso Crucifijo, hecho igualmente por aquel escultor. En otros altares hay trabajos de Alonso Cano, de cierta estima y no menos aventajada ejecución; pero nada ví en esa Iglesia que me pareciera mejor que un lienzo que en ella hay, y representa á Jesús con la

Cruz acuestas, de tamaño natural, cuyo dibujo, expresión y anatómicos detalles no tienen semejante. Dicen que es de la escuela del pintor Valdés; mas yo creo que allí hay más que escuela, y que su autor fué acreditado artista, cuyo nombre no se perdería nada en averiguar por personas peritas en la materia. En este templo están las cenizas de D. Diego Ortiz de Zúñiga, autor de los Anales de Sevilla, y las de D. Diego Girón, sabio hijo también de la misma ciudad, cuyos epitafios me parece se han puesto hace poco en sus lugares respectivos.

Y de San Martín pasé al templo de Monte Sión, situado á la entrada del barrio llamado de la Feria. En aquél me dijeron que había costado gran trabajo que no fuese vendido como propiedad nacional, cuya excepción se debió á contener su fundación cierta cláusula de reversión á la familia de no sé quién si no seguía aplicado al uso que se destinó. En compartimientos próximos se hallan las religiosas de las Dueñas, desalojadas de su ya destruído convento, quienes por esta circunstancia han abierto coro en la Iglesia en cuestión, teniendo además gran culto la misma, á consecuencia de haberse instalado también en ella el capítulo de las cuatro Ordenes militares, Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, que tenían antes residencia en el templo de San Benito de Calatrava en la Alameda de Hércules. Con tal motivo está adornado ahora Monte Sión de excelentes cuadros, entre los que descuellan cuatro tablas antiquísimas que servían de altar mayor de ese templo de San Benito, y que son dignas de admirarse. La Co-

fradía de la Oración del Huerto y María Santísima del Rosario, á su vez se ha establecido allí, siendo notabilísimos sus preciosos pasos, cuyas esculturas son de Pedro Roldán y su hija Luisa, lo cual basta enunciar para comprender su mérito.

No eran todavía las diez de la mañana cuando salí de allí, y determiné visitar por esto las Iglesias de San Bartolomé, Santa María la Blanca, San Nicolás y el Salvador, que, según mis apuntes, aún no había visto. Aprovechando, pues, la ocasión de pasar un coche de alquiler que en menos de un cuarto de hora me llevó á extremo tan opuesto de la población, me apeé en la puerta principal de dicha Iglesia de San Bartolomé. Y dicho sea aquí que los cocheros de Sevilla agradecen que se use de sus vehículos; no son como los de Madrid, que parecen prestar sus servicios por favor y no de buena gana.

La Iglesia de San Bartolomé tiene por primer motivo para ser apreciada, haber sido su agua bautismal la que cayó en la frente magnánima y caritativa de D. Miguel de Mañara, fundador del célebre hospital de San Jorge, llamado de la Caridad, en que dije á V., Sr. Caro, están las grandes pinturas de Murillo tituladas «Milagro de pan y peces» y «Moisés rompiendo la peña para que bebiese el pueblo judío»; cuya piadosa institución, aunque necesitaría un libro entero para celebrarla, condensado se halla el juicio favorable que merece con decir que en una lápida de su pórtico está escrito lo siguiente. «Esta casa durará mientras á Dios temieren y los pobres de Jesucristo sirvieren: y en entran

do en ella la codicia y la vanidad, se perderá.» El segundo motivo es que tal Iglesia de San Bartolomé fué erigida sobre una sinagoga que los judíos tuvieron en Sevilla hasta su expulsión por los Reyes Católicos el año de 1484. Y el tercero, que allí está la veneradísima imagen de Nuestra Señora de la Alegría, verdadera alegría de la ciudad por el portentoso patrocinio que siempre le ha dispensado, y cuya escultura remotísima tiene especial mérito en todos sus detalles; sin que deba dejar de hacer mención también de la capilla del Sagrario, donde se ostenta tabernáculo de plata preciosamente hecho, á más de otros objetos no menos apreciables.

Y por una calle llamada de los Archeros según leí, saliendo á la derecha dí con la Iglesia de Santa María de las Nieves, vulgo la Blanca. A esta Iglesia tenía verdadera comezón de llegar; y V. me preguntará por qué, siendo así que desaparecieron al reedificarla las particularidades que tuviera la primitiva y no se conservan otros cuadros de mérito que una nuestra Señora de la Piedad, tabla pintada por Luis de Vargas y una Cena debida al pincel de algún discípulo de Murillo; toda vez que los de la aparición de nuestra Señora de Guadalupe en Méjico al Indio Diego, que de sus paredes cuelgan, carecen de otro interés que el de la tierna historia de esta aparición, y por ello no había de mostrarme tan deseoso de penetrar en ese recinto. Pues le diré á V. el por qué. En los salones de la Academia de San Fernando de Madrid, he admirado algunas veces dos medios puntos que Murillo pintó para esta Iglesia á costa de un D. Justino de Neve

prelado ó prebendado de la Catedral de Sevilla; medios puntos que los franceses se llevaron con la Santa Isabel del Hospital de la Caridad, y que se rescataron diplomáticamente cual dije ya de este último cuadro; y quería ver el sitio donde los colocó la maestra mano de aquel gran hombre. En esos medios puntos se elevó al grado supremo de su talento apesar que no tenía más que 48 años (1665). Representan la fundación de la Iglesia de Santa María la mayor de Roma, ó más bien el suceso milagroso de haber trazado la divina providencia en mitad de caluroso verano y con blanca nieve, el lugar donde quiso la Santísima Virgen María tener un templo á su nombre. En el primero de ellos vése el sueño del patricio Juan y de su mujer. Duermen sentados y vestidos; un perrillo de lanas lo hace también, echado en los extremos de la falda de aquella; nubes blancas se adelantan, y una aparición luce de repente ante los cerrados ojos de aquel feliz matrimonio: es la Virgen Santísima de pié, teniendo en sus brazos al niño Jesús, que les indica por abierta ventana, el sitio en que han de erijirle templo suntuoso. El otro medio punto encierra dobles asuntos: á la izquierda, y de tamaño natural, el mismo patricio y su consorte, cuentan la visión al Papa Liberio sentado en la silla pontifical, el cual parece oírles con atención profunda; una especie de Cardenal adjunto que pudiera ser retrato del D. Justino de Neve, según el cuidado con que la figura está hecha, mira con lente, sostenido con la mano izquierda y apoyando la derecha en un bastón, la hermosura de la patricia y el noble porte de su esposo,

mientras que en la parte derecha vése larga procesión que va á reconocer y santificar el lugar designado... ¡Oh que obras admiración del mundo! No es extraño que los extranjeros las llamen los «Milagros de Murillo,» pues tal es su belleza y su valer. ¿No había, pues, yo de tener comézón por ver el sitio para donde se pintaron?...

Sevilla como en lo de Santa Isabel, tarde se acordará de que ésto le es perteneciente para que se lo devuelvan: pero más vale que no se lo devuelvan, si ha de acontecer que se suprima Santa María la Blanca como se suprimió en años anteriores de triste recordación.

Bajando luego por la calle de San José, donde á la derecha está la Iglesia de este título, perteneciente que fué á la Orden de los Mercedarios descalzos, y á la izquierda la de Madre de Dios, de religiosas dominicas, fundada en 1486 por doña Isabel de Esquivel en terrenos que le donó la Reina Católica, y de cuyo convento se han desmembrado diversos compartimientos, incluso el célebre arquillo que le era adjunto, Iglesia en que sólo su artesonado vale un imperio, sin contar con cinco tablas de Luis de Vargas y una Virgen pintada en el siglo XV y varias esculturas de Montañés y de Torrijano, con un niño de Luisa Roldán, que avaloran aún más este templo, digno de más respeto que el que se le tuvo en años pasados, dí de frente con el de San Nicolás, parroquia en que residió y creo que fué bautizado el incomparable Mateo Alemán, que ya nombré, autor del segundo «Quijote», ó sea del «Pícaro Guzmán de Alfarache», y hombre, como todos los grandes ingenios es-

pañoles, á quien persiguió la desgracia en su pátria, teniendo que irse á América, donde pobre y abatido vino á dar el último suspiro, llorando la indiferencia de sus compatriotas. En esa Iglesia encontré de bueno un Jesús de la Salud, obra meritísima de Roldán, un San Cipriano estilo de Montañés y una Nuestra Señora del Subterráneo, llamada así por haber sido hallada tal imagen con corona de plata el año 1592 en cierta cueva inmediata de que están plagados los cimientos de las casas adyacentes, y sobre todo la calle de los Mármoles, calle en que se encontraron las columnas de la Alameda, y donde aún se ven otros monólitos semejantes. Aquellos lugares fueron templo de Hércules, y de allí parece partir un camino subterráneo que prosigue por la de los Abades hasta perderse cerca del palacio arzobispal, cuya fábrica se ha reputado romana, y cuyo uso sigue ignorado, no obstante haber dado lugar desde antiguo ese subterráneo á investigaciones sin resultado y á juicios más ó menos verosímiles, pero aún no bien definidos.

Y luego me fuí al Salvador. Colegiata hasta hace no mucho, hoy sólo tiene el carácter de parroquia; pero lo espacioso de este templo, considerado arquitectónicamente de regular mérito artístico tan sólo, y lo mucho bello y bueno que contiene, lo hacen el segundo después de la Catedral. Debió ser también templo romano, y más tarde mezquita, según atestiguaron los cimientos encontrados al construirse entre los siglos XVII y XVIII la Iglesia existente, y ciertos detalles que se conservan en su patio y en su torre

Consta de tres naves; tiene el coro actualmente en la parte del altar mayor, y por todos lugares vense obras meritísimas de escultores andaluces que hermocean y embellecen esta mansión del Dios de los ejércitos y de su Divina Madre. Las de San Fernando, San Hermenegildo y San Luis, y especialmente la de San Cristóbal, de Montañés, abonan y atestiguan lo que voy diciendo. Pero si aún no bastase, allí está la razón de mis palabras en el Padre Jesús de la Pasión, obra de aquel escultor, que se trajo con la Virgen de las Mercedes desde la Iglesia de San Miguel cuando fué destruído ese templo el año de 1868. Nada más admirable que esta escultura, donde puede decirse que Montañés obtuvo inspiración de lo alto; admiración de que, según indiqué, participó éste, y de que procuraba gozar saliendo á las esquinas de las calles para ver la procesión en que se ostentaba paso tan magnífico. Yo salí también impresionado de tanta grandeza hecha por humana criatura con ayuda de Dios, y me senté en un banco de piedra de la plaza arbolada que está ante el templo para descansar, y á la vez recordar que esa plaza fué un tiempo lo que hoy es la de la Encarnación, ó sea mercado de alimentos, y que allí tuvo lugar lo que Cervantes cuenta de Rinconete y Cortadillo acerca del pañuelo randado y de la bolsa del sacristán de monjas.—

Si V., Sr. Martínez, tuviera á bien referirme algo de lo que indica, pues por ser prosa no conservo nada de ello en la memoria, se lo agradecería muchísimo. Yo no recuerdo más sino que cuando aquellos dos personajes vinieron á Sevilla sirviendo, desde la venta del Molinillo, que

está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia conforme se baja de Castilla á Andalucía, á unos franceses, á quienes robaron ciertos efectos de que hicieron venta en el baratillo, y por los cuales les dieron veinte reales, un asturianillo les recomendó el oficio de esportilleros y les dijo que por las mañanas acudiesen á la carnicería y á la plaza de San Salvador.

—Pues allá va lo que subsigue. «Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuestas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas ellas respondían con discreción y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuestas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó á Cortado y el soldado á Rincón. En nombre sea de Dios, dijeron ambos. Para bien se comience el oficio, dijo Rincón, que vuesa merced me estrena, señor mío. A lo cual respondió el soldado: la estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargue vuesa merced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y áun si fuere menester que ayude á guisallo lo haré de muy buena voluntad. Contentose el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio; á lo cual respondió Rincón que por ser aquel el día primero que le usaba, no le

quería dejar tan presto hasta ver á lo menos lo que tenía de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y antes que á un canónigo: rióse el soldado, cargole muy bien, mostrole la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato; dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque también de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures ó sardinas ó acedias, bien podían tomar algunas y hacerlas la salva siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincón ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincón y preguntóle como le había ido Rincón abrió la mano y mostrole los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ambar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo: con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincón, por lo que pueda suceder; y habiéndosela ya dado secretamente, véis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y

que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo. Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar, es lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir y se la volviese á vuesa merced sahumada. El sahumero le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo. Cuanto más que cartas de descomunión hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecemería á mí que había cometido algún grande incesto ó sacrilegio. ¿Y cómo que ha cometido sacrilegio? dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito. Con su pan se lo coma, dijo Rincón á este punto; no le arriendo la ganancia, día de juicio hay donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entonces se verá

quien fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía; ¿y cuanto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida? Renta la madre que me parió: ¿estoy yo ahora para decir lo que renta? respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera: decidme hermano, si sabéis algo, y si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ese, dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en los días del mundo, y esto le doy por hado. No hay que temer deso, respondió el sacristán, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo. Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara, y apenas le hubo visto Cortado le marcó por suyo; y habiendose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acabase de entender lo que le decía, hacía que le repitiese la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristán le miraba de la misma manera estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el

pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose de él, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que el se obligaba á saberlo dentro de pocos ó muchos días. Con esto se consoló el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado de él.—

Si mientras V. me ha estado refiriendo eso, Sr. Martínez, replíqueme, me quitan á mí el pañuelo, tampoco lo siento, porque es tal la especie de fascinación que Cervantes ejerce sobre mi entendimiento cuando relata algo, que me quedo como lelo. Repito que hombre tal merece que Sevilla le adopte cual hijo suyo y le erija estatua y ¡qué sé yo!... Pero ¿pareció ó no la bolsa?

—Más abajo estaba también otro mozo de la esportilla, que vió todo lo que había pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincón, y llegándose á ellos les dijo: Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada, ó no? No entendemos esa razón, señor galán, respondió Rincón. ¿Qué, no entrevan, señores murcios? respondió el otro. No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Diós. ¿No lo entienden? dijo el mozo; pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata; quiero decir, señores, si son vuestras mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues ya sé que lo son; mas díganme: ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de

ladrones, señor galán? dijo Rincón. Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de ésta, que por ser *la más principal del mundo*, será el más acertado de todo él, y así puede vuesa merced guarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio. ¿Y cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo; eslo tanto, que en cuatro años que há que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finisbusterre, y obra de treinta embesados y de sesenta y dos gurapas. En verdad, señor, dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con algunos otros que así les conviene saberlos como el pan de la boca; y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos ó de la Germania en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincón á su guía: ¿Es vuesa merced por ventura ladrón? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el

año del noviciado. A lo cual respondió Cortado: Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo: Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincón, debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios... Y pues nuestra suerte, añadió, ha querido que entremos en esta cofradía, vuesas merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa; vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia. En buena dijo Rincón; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa de no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta; él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado parecía carmín de lo más fino; al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima no menos falto que el cántaro; á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio; y viendo que tardaba, se atrevió Rincón á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el sitio estaban, y vió en

ellas dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo...

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos con anteojos que los hacían graves y dignos de ser respetados, y tras ellos entró una vieja halduda. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios; llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los cuales así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincón y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocían, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el Señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía; parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en mangas de camisa, y por la abertura descubría un bosque, que tanto era el vello que tenía

en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de ampa, campanudo de copa y tendido de falda: atravesábale su tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los piés eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos los presentó ante Monipodio diciendo: Estos son los dos buenos manebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá como son dignos de entrar en nuestra congregación. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidabame decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la pátria, y padres. A lo cual Rincón respondió: el ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la pátria no me parece de mucha importancia decirla ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso. A lo cual respondió Moni-

podio. Vos, hijo mío, estáis en lo cierto y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriese como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas, fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaren, ó le azotaron, ú otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los nombres propios, aunque para nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincón dijo el suyo, y Cortado también. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad, que vos Rincón os llaméis Rinconete, y vos Cortado Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á vuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre.... Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado y dijo: El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño; sosiéguese, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde habló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio y preguntó: ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? A mí, dijo el de la guía. ¿Pues cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ambar que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quin-

ce escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuántos cuartos? Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase. No hay levas conmigo, replicó Monipodio; la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año. Tornó á jurar el mozo que no sabía della, comenzose á encolerizar Monipodio de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos diciendo: nadie se burle de quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida; manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos yo le daré enteramente lo que le toca y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil. Tornó de nuevo á jurar el mozo y á maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa, ni visto la de sus ojos: todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasión á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas. Viendo Rinconete, pues, tanta discusión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán y dijo: Cese toda cuestión, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura; luego sacó Cortadillo el pañuelo y le puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: Cortadillo el bueno, (que con este título y nombre ha de quedar de aquí adelante)

se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfacción de este servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: no es mucho que á quien te dá la gallina entera tú des una pierna de ella; más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el nombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.—

XIX

Por la memoria que ha hecho V., Sr. Martínez, del heróico D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, se me ocurre preguntarle si llegó á ver en Sevilla el sepulcro bajo el cual descansan los restos mortales de tan grande hombre.

—Precisamente en Sevilla (me contestó) no; pero sí á una legua corta de esa ciudad, ó sea en la Iglesia del que fué monasterio de San Jerónimo, conocido por San Isidro del Campo, é inmediato á Santiponce. Y por cierto que fué en un día en que tuve el peor humor de todos los de mi vida. Yo quería visitar á la vez que ese monasterio las ruinas de Itálica, que cerca se hallan; del primero, algo me decían los guías, aunque fuese poco; pero como del segundo sólo media

docena de renglones, empecé á buscar algún libro referente á la historia y estado de ese desaparecido Municipio, como los obtuve cuando fuí á Pompeya y Herculano, y cuando he tratado de estudiar ciudades famosas que desaparecieron por accidentes extraños ó por el trascurso de los siglos. Que Itálica fué gran cosa no hay que dudarlo, aunque sólo se tuviese en cuenta que en ella vieron la luz emperadores cual Trajano, Teodosio y Adriano; poetas cual Silio, y capitanes tan esforzados cual Quinto Pompeyo Níger, vencedor del célebre Antístico Turgión. Pero nada encontré, ni aun la canción á sus ruinas del admirable poeta Francisco de Rioja, acerca de la que un librero me dijo que estaría en algún tomo del «Parnaso Español»; y de aquí mi mal humor, pues tuve que irme á Santiponce sin antecedentes, donde un mozuelo que se me presentó en calidad de cicerone me lo quiso remediar todo con manifestar que aquella era *Sevilla la vieja*, añadiéndome algún que otro dato tan igualmente erróneo que el anterior, pues sabido es que Sevilla (Hispalis) es más antigua que Itálica. En resumidas cuentas, me contenté con pasear aquellas ruinas venerables á la manera de ignorante viajero sin luz y sin guía, suceso que aún estoy lamentando y lamentaré.—

Lamentable es, en efecto, repuse á Martínez, el abandono que en esto de allegar noticias de Itálica á los viajeros ha habido y hay en Sevilla; pero ello es nada comparado con el afán que hemos tenido allí por reducir á polvo tantas grandezas y preciosos restos. Precisamente recuerdo que allá por los años de 1854 á 1856, por disposición

gubernativa de no sé qué Sr. Castillo, empezaron á aprovecharse los sillares de esas ruinas para componer el camino de las ventas de la Pajanosá ú otra carretera cercana; disposición que produjo mayúsculo escándalo, y que se quiso atenuar diciendo que no había tal, sino que el hecho había sido mera extralimitación de los recompositores de esos caminos, *tolerada* solamente y no autorizada. ¡Digna hazaña de los bárbaros del Norte y de otras manos que nada se habría perdido con cortarlas! ¡Y luego nos entretenemos en disertar sobre si algún terremoto fué el origen de la desaparición de esa colonia romana, y si fué Scipión quien la construyó, ó si estando ya edificada se pobló con los soldados estropeados (santi) de este caudillo, etc., etc! Tratar de conservarla era lo que importaba; y por lo demás, baste saber que los «Comentarios» de César expresan que era ciudad murada y muy fuerte entonces, habiendo cerrado sus puertas á Varrón cuando quiso ocuparla, y que solicitó el carácter de colonia romana con grande admiración del mismo Adriano, quien no podía creer, según indicó al Senado, que sus compatriotas hubieran hecho esa pretensión pudiendo regirse por sus propias leyes y costumbres. Y puesto que V. no encontró en libro aparte y correspondiente edición al alcance de todos, la preciosa poesía de Rioja á que ha aludido, allá voy yo con ella sin faltarle nada esencial, que me la sé de memoria desde niño y podría ser que V. también se la aprendiera.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,

fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Scipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza; allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales;
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
impio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció; cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo.
Mas aún el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos;
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la pátria, honor de España,

pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido gaditano.

Aquí de Elio Adriano,

de Teodosio divino,

de Silio peregrino,

rodaron de marfil y oro las cunas.

Aquí ya de laurel, ya de jazmines

coronados los vieron los jardines

que ahora son zarzales y lagunas.

La casa para el César fabricada

¡ay! yace de lagartos vil morada;

casas, jardines, Césares, murieron,

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta

la vista en luengas calles destruídas;

mira mármoles y arcos destrozados;

mira estatuas soberbias, que violenta

Némesis derribó, yacer tendidas,

y ya en alto silencio sepultados

sus dueños celebrados.

Así á Troya figuro,

así á su antiguo muro,

y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,

¡oh, pátria de los dioses y los reyes!

Y á tí, á quien no valieron justas leyes,

fábrica de Minerva, sabia Atenas:

emulación ayer de las edades,

hoy cenizas, hoy vastas soledades,

que no os respetó el hado, no la muerte,

¡ay! ni por sabia á tí ni á tí por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama

en buscar al dolor nuevo argumento?

Basta ejemplo menor, basta el presente,
que aún se ve el humo aquí, se ve la llama;
aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
tal genio ó religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice, y lastimosa
eco reclama *Itálica* en la hojosa
selva, que se le opone resonando
Itálica; y el claro nombre oído
de *Itálica* renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto la plebe á sentimiento inclina!

—Gracias mil (me dijo Martínez al acabar),
pues me ha parecido estar viendo las ruinas de
Itálica como si estuviese mirándolas; privilegio
de ese Sr. Rioja, cuya epístola moral, que tam-
bién compuso, me decía mi maestro de retórica
que no tenía igual en versificación, pensamien-
tos y filosófica belleza. Asimismo recuerdo que
fué sevillano; floreció á principios del siglo XVII,
fué contemporáneo del divino Herrera; estimado
y favorecido del Conde-Duque de Olivares; per-
seguido y acusado por sus émulos, los cuales
nunca faltan á los grandes ingenios; que estuvo
encerrado largo tiempo en prisión estrecha;
después, libre de esta borrasca, se volvió á su
ciudad natal, donde vivió lejos del trato huma-
no, que tan funesto le había sido; y que, por úl-
timo, regresó á Madrid, en cuya villa murió de
avanzada edad el año de 1659. Pero continuaré

lo que antes empecé á referir. El monasterio de San Isidro, mejor dicho, de San Isidoro, es parroquia de Santiponce, lo cual se debe á la circunstancia de que hallándose situado en lo antiguo este pueblo en las playas del Guadalquivir al sitio de la isla de Hierro, recibió gran daño en una avenida que tuvo lugar el día 30 de Noviembre de 1595, habiendo quedado del todo destruído en el año de 1603, con cuyo motivo, sin albergue sus moradores, acudieron á los monjes para que les alojasen en cualquiera parte; éstos les facilitaron medios bastantes para edificar de nuevo el pueblo referido, y hecho así, se les dió á los monjes la cura de almas en recompensa, como es del Marqués de Villafranca el patronato de pueblo y monasterio. La Iglesia pertenece al estilo ojival en su mayor parte, y en una de sus naves, la más antigua, existe el principal altar, con estatuas de Martínez Montañés representando á la Santísima Virgen, á San Jerónimo, á San Isidoro y á los dos San Juan. A los lados, en grandes nichos adjuntos á las paredes, están los sepulcros de su fundador D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y de su piadosísima mujer, en que se ostentan estatuas arrodilladas de ambos personajes, trabajadas por el mismo Martínez Montañés, teniendo la particularidad la de la esposa de Guzmán el Bueno de ser retrato de la Marquesa de Ayamonte. En el patio llamado de los muertos hay asimismo pinturas murales muy dignas de admirarse, aunque casi destruídas por la acción del tiempo ó por causas doblemente tristes; y debo añadir que para construir la Iglesia de que hablo concedió permiso

D. Fernando IV en Palencia á 24 de Octubre de 1298, la cual fué destinada á monjes del Císter, quienes la poseyeron hasta el año de 1434, en que á petición del Conde de Niebla, fueron reemplazados por los de San Jerónimo. La muerte del expresado fundador D. Alonso Pérez de Guzman el Bueno, tuvo lugar en la Serranía de Gausín, junto á Algeciras, el año de 1309, y se debió á lo siguiente: Había reconquistado á Gibraltar de los moros, siendo este el último gran servicio que hombre tan esclarecido prestara á su pátria, de los muchísimos que le prestó; y con motivo de ciertas correrías que aquellos estaban haciendo por parte no muy lejana, el rey le envió á contener á aquella gente. Entróse Guzmán por dicha Serranía de Gausín; y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, á quienes ahuyentó, adelantóse imprudente pero valerosamente, persiguiéndolos, le dispararon de lejos varios flechazos, y cayó mortalmente herido para no levantarse más. Su cadáver, llevado primero á los reales del rey de Castilla, fué conducido á Sevilla por el Guadalquivir; y «Aquella ciudad (como dice el laureado Quintana), gobernada tantas veces por sus consejos y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa más lúgubre y majestuosa. Todos á una voz y llorando, le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia cuando tenía 52 años de edad, y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia. Este fué el fin de D. Alonso Pérez de

»Guzmán el Bueno, primer señor de Sanlúcar de
»Barrameda y fundador de la casa de Medina
»Sidonia.»

El coche en que fuí y vine á Santiponce lo pararon al volver los dependientes del resguardo de consumos del fielato del Patrocinio para ver si llevaba algunos géneros de pago; yo soy un tanto rebelde en esto de sufrir registros, y empezaba á protestar de mi derecho diciendo que la instrucción del ramo consigna que sólo deben hacerse aquéllos en caso de sospecha fundada, cuando hé aquí que un hombre de cierta edad que estaba en la puerta de una especie de capilla, allí junto situada, me interrumpió diciendo: ¿Por qué no deja V. ahí al coche para que le miren hasta las ruedas y aprovecha mientras tanto el tiempo viendo el *cachorro*? Entre V. y se alegrará de lo que ha sucedido, siquiera para no dejar mal al refrán de «no hay mal que por bien no venga.» Me dejé conducir, y me convencí de la realidad de este apotegma, ó lo que sea. En preciosa capilla de inmemorial fundación, y cuya primitiva imagen del Patrocinio me aseguró el hombre de la puerta que había sido hallada en un pozo, está ostentando su belleza una escultura de Cristóbal Ramos que representa la efigie de Nuestra Señora con aquella advocación; y en otro altar de los cinco que contiene esta Iglesia, se halla un Señor de la Expiración, hecho á fines del siglo XVII por el inolvidable Ruiz Gijón, de quien ya hemos hablado, y cuya escultura verdaderamente asombra, enmudece y admira, según sus perfecciones y mérito grandísimo. Otros aseguran que es de Montañés; pero yo es-

toy por lo primero, pues en este caso, á quien habría tenido que salir á ver en las esquinas de las calles era á este Señor de la Expiración, y no al de la Pasión que ahora está en el Salvador. Yo me quedé pasmado á presencia de su valer, hermosura, expresión y detalles; y añadido á usted más, y es que creo no hay en Sevilla imagen que diga más al alma, ni que hable á los mismos sentidos del modo que ésta lo hace; por qué será no lo sé; pero esto es lo cierto, sin género alguno de duda.

Bajando la calle, creo que se llama de Castilla, dí, en la misma acera, con la Iglesia de nuestra Señora de la O; ésto es; con aquella Iglesia cuya torre de perinola enrojecida por los rayos del sol, cité al venir por el Guadalquivir desde Cartuja á la torre del Oro. De preciosa arquitectura, tiene tres naves separadas por columnas de mármol encarnado; y conserva producciones bastante buenas del arte pictórico, como son el cuadro de Jesús, María y José de Juan Simón Gutiérrez, y el de la aparición de Jesucristo á San Pedro en la orilla del mar, hecho por Estéban Márquez. La cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la O, hacía preparativos para su estación á la Catedral el Viernes Santo por la tarde: siendo notabilísima obra trabajada en carey, concha, la Cruz que aquel Señor lleva; y cuyo mérito basta para engrandecer y magnificar esa cofradía.

Por la calle de San Jacinto próxima á la de Castilla, subí á mi vez á ver el templo de este nombre en que me manifestaron había otras dos cofradías cuyas esculturas me habían de agra-

dar: y en efecto una era la de Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Estrella, cuya efigie de Nuestra Señora la trabajó Montañés, con grande esmero, y la otra la de Nuestro Padre Jesús de las tres caídas y Nuestra Señora de la Esperanza, esculpurado el Jesús por Cabrera, y la Virgen por Astorga. Este Astorga floreció hará medio siglo, y á decir verdad sus obras tienen el encanto mayor que puede imaginarse. Tal edificio fué convento del orden de Santo Domingo, y al principio fundóse á espaldas del Hospital de San Lázaro, trasladándose después al punto que ocupa y donde antes existiera el antiguo Hospital de la Candelaria. La primitiva Iglesia se hundió en Mayo de 1730; y en 1775 se concluyó la actual, que es de tres naves, pero que solo la principal reluce espaciosa y elevada. La Nuestra Señora de la Candelaria que en aquel hospital había, se ostenta en el altar mayor; y en una lápida, entre otros muchos enterramientos, se dice que lo está el fundador Baltasar de Brun de Silveira, consignando detalles muy apreciables sobre la historia de este convento.

Otro, entiendo que de monjas, estaba en la misma calle de la Cava; pero no pasé á verlo, por juzgar no sería hora y querer aprovechar el tiempo visitando la Iglesia parroquial de Santa Ana, que como los anteriores templos, se encuentra también situado en el barrio de Triana. Fundada dicha Iglesia en el año de 1280 por el rey D. Alonso el Sabio, atrajo á sí los derechos de la primitiva de aquel arrabal que con la advocación de San Jorge fué erijida en el Castillo que se hallaba junto al puente de barcas, roto cuando la

conquista por San Fernando, por el almirante Bonifaz. Más tarde, D. Pedro el Cruel reconstruyola; y aun todavía, apesar de otras muchas reparaciones, conserva el gótico estilo que le fué impreso primeramente. Consta de tres naves espaciosísimas y en su retablo ó altar mayor echó el resto el célebre pintor Pedro Campaña; aquel acreditado flamenco que vino á Sevilla en 1548 y cuyas obras eran el encanto de Bartolomé Estéban Murillo quien no recuerdo si he dicho á V., Sr. Caro, se pasaba las horas contemplándolas, con especialidad el Descendimiento que se hallaba en la Iglesia destruída de Santa Cruz y á cuyo pié quiso ser enterrado por singular afecto á este cuadro. Aquel altar de Santa Ana, contiene quince pasajes de la vida de esta Señora; y asimismo existen en este templo de Santa Ana otras pinturas suyas, representando la Asunción y á San Jorge á caballo. Del escultor Pedro Delgado parecen ser cuatro bajos relieves con los Evangelistas y las estatuas de San Pedro y San Pablo y los dos San Juan; pero no se sabe de quién sea la escultura vestida de la Virgen Santísima de Santa Ana y del Niño Jesús que allí también se encuentra, aunque es probable pertenecieran al retablo anterior que fué sustituido por el de Campaña.

Una Virgen de los Remedios en altar del lado del Evangelio, se considera de Alejo Fernández, de quien es la de la Rosa, que está en el trascoro; y por último, causa admiración una losa sepulcral hecha de azulejos por Niculoso Francisco Italiano el año de 1548, la cual existe en el lado de la Epístola junto á ese trascoro, siendo cosa tan

perfecta como los alicatados que cité del pórtico de la Iglesia de las monjas de Santa Paula. Las tablas de la capilla de San Francisco son también de Campaña, y las del retablo de la Concepción, así como las obras que contiene la capilla de San Antonio y el altar del Rosario. Y otra obra de Campaña se me olvidaba citar: el cuadro de la Piedad de un altar de la capilla mayor, que hace juego con otro en que hay un San Miguel, de Varela. Pero no acabaría si hubiese de reseñar cuanto bueno abraza esa antiquísima Iglesia dentro de sus envejecidos muros, por lo cual pongo punto aquí, después de decirle que volví á atravesar el puente para entrar de nuevo en el ciudad.—

Con lo que V., Sr. Martínez, me ha hablado del Cachorro, estoy grandemente abstraído, así como preocupado con eso de reputarle de Ruiz Gijón, añadiéndome que ya le había citado, cuando de quien se ocupó fué, según recuerdo, del Bernardo Gijón autor del Cirineo de la Cofradía de San Isidoro.

—Pues precisamente entonces le mencioné diciendo que Bernardo fué discípulo y sobrino suyo; y para que no los confunda le añadiré que el Francisco maestro y tío de tal Bernardo Gijón, brilló en Sevilla en el último tercio del siglo XVII; aprendió con Alfonso Martínez; reparó en 1688 y 1689 las estatuas grandes del monumento de la Catedral; esculió diversas efigies de santos para muchos templos de la ciudad y su arzobispado, é hizo de propia mano la Virgen de los Dolores, los cuatro Evangelistas y los Angeles de la Cofradía de la Expiración, que estaba cons-

tituída en la Merced calzada. Una estatua de San José de la misma Iglesia también era suya; pero no sé dónde está ahora todo esto, ni he logrado allegar más datos sobre su vida y otras obras suyas.

Siguiendo mi camino por las inmediaciones de la Plaza de toros, me entré por una calle techada del que llaman barrio de la Carretería y dí con la capilla de Nuestra Señora de la Luz, que bajo el nombre de ermita fué construida en el año de 1761 á expensas del gremio de toneleiros de Sevilla. Esta Virgen de la Luz tiene el mérito de haber sido hallada en una casa que se arruinó y que estaba junto á la torre del Oro; y de dicha capilla sale la Cofradía de las tres necesidades de María Santísima en el Monte Calvario y Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad, Cofradía que estuvo en San Francisco de Paula, y que es de lo más notable en lujo que puede nadie imaginarse. Por Roldán, por Molner y por Cornejo está esculturado el primer paso; y para que V. ú otro no caiga en dudas respecto á cuáles fueron esas tres necesidades, cosa que ya ha sucedido á algunos, concluiré con decirle que fueron las que tuvo la Madre de Jesús, de *escalera, mortaja y sepulcro* cuando murió este Divino Señor en el sacrosanto madero de la Cruz.

Ya en esos sitios próximos á la Catedral, decidí entrar por el postigo del Aceite, una de las dos puertas que solo quedan á Sevilla, y visitar la Biblioteca colombina que pisa sobre el Lagarto colgado junto á la puerta de este nombre de la Catedral. Y dirá V. que esto no es ver, sino correr, en lo cual le sobra razón; pero en

ciudad tan llena de monumentos y obras de arte no se puede hacer otra cosa, siendo imposible visitarlo todo detenidamente aunque uno esté allí dos meses dedicado á esto tan solo. La puerta referida del Aceite, segun una inscripción en su alto puesta, fué renovada el año de 1573. En 1884 se le hizo también una pequeña reparación, y nada tiene de histórica ni de arquitectónica; por lo cual es dable haya querido conservarse y tenerse levantada, en oposición á lo hecho con otras dignas de no destruirse por sus recuerdos y mérito.

Subí á la Biblioteca colombina ó de la Catedral, y lo primero de que me ocupé fué averiguar el origen de tan vasto establecimiento; habiendome enterado de que D. Fernando Colón, hijo del D. Cristóbal descubridor del Nuevo mundo, fué su fundador instalandola en el ya destruido colegio de San Laureano en los Humeros; después á su fallecimiento, acaecido el 12 de Julio de 1539, la legó al Cabildo Catedral con la condición de conservar y aumentar los libros en beneficio público, destinando á ello el producto de sus bienes, que también le donó en cantidad suficiente; y por último me dijeron, que el cabildo, para entrar en posesión de esta librería, tuvo que sostener largo litigio, terminado á su favor en Marzo de 1552 ante la Chancillería de Granada, quien dispuso afianzase 10.000 ducados en oro en garantía del buen cumplimiento de la voluntad de dicho D. Fernando. Este gran hijo del inmortal Colón, buscó la gloria de su padre por diverso camino; y puede decirse que la ha conseguido, pues no hay más que penetrar en ese rico

depósito del saber y de la ciencia para cerciorarse que vale un imperio lo que encierra, y lo mucho que la humanidad puede ganar leyendo algo de cuanto atesora. Allí están las relaciones auténticas de los viajes de Colón; sus apuntes autógrafos; los libros que manejaba y consultara; y como complemento, cuanto en aquella época se había publicado de valer y mérito, y cuanto de igual clase lo ha sido después por autores españoles y extranjeros. ¿Hablo de esta Biblioteca más? No: necesario sólo, es visitarla; y por esto concluiré diciendo, que en el año de 1871 se colocó sobre la puerta, marmórea lápida con las armas de los Colón, y esta inscripción que el mismo fundador por sí había en parte redactado: «Memoria de D. Fernando Colón, hijo de D. Cristóbal Colón, primer Almirante, que descubrió las Indias; quien siendo de edad de cincuenta años, diez meses y veintisiete días, y habiendo trabajado lo que pudo por el aumento de las letras, falleció en doce días del mes de Julio de 1539, treinta y tres años después del fallecimiento de su padre. Rogad á Dios por ellos »—

La losa sepulcral bajo la que están los restos mortales de este D. Fernando Colón, también la habrá visto V., repuse á Martínez.

—Sí que la ví y leí, me contestó. Esa sepultura está en el trascoro de la Catedral frente á la llamada puerta grande. Tiene una inscripción bastante larga que no he retenido; y sólo recuerdo que hay esculpidas allí unas caravelas ó barcos con remos y á su alrededor estas frases: «A Castilla y á León, nuevo mundo dió Colón.» También sé y le he dicho que su padre D. Cristó-

bal fué sepultado en la Cartuja de Sevilla, de donde esta ciudad se lo dejó arrancar cuando determinóse llevarlo á Santo Domingo. Mal pecado que ahora se está pagando, con dudarse y estar en litigio ó tela de juicio, si á su vez lo que de allí se llevó á la Habana, fueron ó no cenizas tan venerandas.

Pero hemos llegado á Almuradiel siendo así que trataba de dar un salto desde la Biblioteca Colombina al matadero de reses, por razón de que un Señor que estaba en ella ojeando la colección legislativa de España para copiar una Real orden me comprometió á acompañarle á ese establecimiento de matanza. Suspenderé y luego será otra cosa. —

XX

Como manifesté antes, el caballero en cuestión, que sin duda debía ser muy aficionado á la tauromaquia, según comprendí al hacerme la invitación referida, me llevó al matadero que quise que no quise en las primeras horas del siguiente día, para lo cual fué á mi casa cuando apenas había amanecido. Por el camino me encareció ser él tóreo de á pié y de á caballo cosa especial; haberse dedicado á él en tiempos antiguos hasta el mismo Cid; consistir su mérito en cosas que me detalló; y ser sensible que las escuelas establecidas para aprender ese arte hayan sido suprimidas cuando más necesarias eran; porque, «desengáñese V. (me añadió con énfasis); la afición á los toros está en la masa de nuestra sangre; siempre los ha de haber en España, y

más vale que ese arte se aprenda por principios y en regla, que de la manera que hoy se verifica esto. ¿Usted cree, me añadió, que José Delgado (a) Hillo y Francisco Montes (a) Paquilo, no son glorias españolas? Pues lo son, y ya verá usted como, si seguimos así, nosotros nos convertiremos en clowns franceses con blanco albayalde en las caras, mientras que ellos, según los indicios, empuñarán la muleta y el esteque. Entonces rabiaremos de envidia, si no es horchata lo que circula por nuestras venas.»

Yo le dejaba hablar, y lo más que me aventuraba á decirle era: «Sí, eso de la masa de la sangre creo que lo he oído en la zarzuela de Pepe Hillo; eso de los clowns va á ser verdad; efectivamente ha habido toreros de fama grande;» y cosas así, hasta que hé aquí llegamos al susodicho matadero, el cual está á la izquierda del cuartel de caballería conforme se sale por la que fué puerta de la Carne, dedicada un tiempo á San Leandro y San Isidoro (*divis tutelaribus*) llamada *de Vib Aoar* en tiempo de los árabes, y después *de la Judería* por ser la que tenía al campo la grande Aljama de los judíos.

«Ahí tiene V. ya el matadero (exclamó enseguida dicho señor); fué construído en el siglo XVI, renovado en tiempos de Carlos III, según aquella lápida manifiesta, habiendo costado la ampliación unos 2.000 duros; no, que fueron 35.201 reales vellón, cual puede V. leer en la misma lápida; vea V. ahora este salón; ¿qué le parece esta romana para pesar las carnes? Aquella es la galería de la Diputación, desde donde se dominan todas las dependencias; mire los

colgaderos; en estos cañones se amarran las marmomas para sujetar las reses; estas son las salas llamadas luminarias, donde se cuelgan aquéllas después de muertas; y esta es la plaza donde aprendieron el arte de Romero, Arjona Guillén (Cúchares), Sánchez (el Tato), Domínguez (Desperdicios), y tantos otros célebres toreros; se llama de la tauromaquia, por ser donde se hacen las prácticas del arte; ¿no ha leído V. los elementos teóricos de Pepe Hillo y de Francisco Montes? Aquí se aplicaban sus preceptos. Fíjese también en esta otra lápida: dice que «Reinando
»el Sr. D. Fernando VII, pío, feliz, restaurador,
»se construyó esta plaza para enseñanza reser-
»vadora de la Escuela de Tauromaquia, siendo
»Juez privativo de ella el Asistente D. José Ma-
»nuel de Arjona, y Diputados encargados de la
»ejecución de la obra, D. Francisco María Martí-
»nez, veinticuatro; D. Manuel Francisco Ziguri,
»Diputado del Común; y D. Juan Nepomuceno
»Fernández y Rocas, jurado. Año de 1830.» Esta Escuela se cerró á solicitud de un Sr. D. Juan Antonio Almagro, Subdelegado de Fomento, ¡pobre señor! y no sabrá V. por qué se cerró: pues porque algunos dieron en decir que era cosa deplorable que hubiera mandado abrir Fernando VII esa Escuela cuando había cerrado las Universidades; la gente gorda lo creyó, y de ahí dimanó esa medida arbitraria. Fernando VII no había hecho más que acceder á las pretensiones que Sevilla le hizo para que se crease la cátedra en cuestión; cabalmente la Real Orden de concepción era lo que yo buscaba en la Biblioteca colombina; ¿ha leído V. esa Real orden? Casi es-

toy seguro que no; en este papel la copié ayer; mire V. lo que dice y se convencerá de la razón de mis palabras; le doy con gusto esa copia, pues yo puedo sacar luego cuantas quiera: las Universidades se cerraron porque los estudiantes se metieron á políticos, y los catedráticos se convirtieron en apóstoles del sistema contrario al que imperaba...» Alargóme el papel; estábamos cerca de la puerta; venía el tranvía del Osario, y encontrando en él mi salvación, apreté la mano á este hablador, le señalé con ella y con un gesto la causa de mi ida, y respiré; como usted, Sr. Caro, habrá respirado tantas veces desde que salimos de Córdoba cuando nuestras llegadas á las estaciones me han hecho callar.

En el trayecto hasta la plaza de San Francisco, me entretuve en desdoblar el papel, donde se decía: «Página 224 de los Decretos expedidos en el año de 1830.—Hacienda, Real Orden estableciendo en Sevilla una Escuela de Tauromaquia. Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue. He dado cuenta al Rey Nuestro Señor de la memoria presentada por el Conde de la Estrella, sobre establecer una Escuela de Tauromaquia en esa ciudad y de lo informado por V. E. acerca de este pensamiento; y conformándose S. M. con lo propuesto por V. E. en el citado informe, se ha servido resolver: 1.º que se lleve á efecto el establecimiento de tauromaquia, nombrando S. M. á V. E. Juez protector y privativo de él; 2.º que la Escuela se componga de un maestro con el sueldo de 12.000 reales anuales, de un ayudante con el de 8.000, y de diez discípulos propietarios con 2.000 reales anuales cada

uno; 3.º que para este objeto adquiriera una casa inmediata al matadero, en la que habitarán el maestro, el ayudante y alguno de los discípulos, si fuere huérfano: 4.º que para el alquiler de la casa se abonen 6.000 reales anuales, y otros 20.000 reales anuales para gratificaciones y gastos imprevistos de todas clases; 5.º que las capitales de provincia y ciudades donde haya Maestranza contribuyan para los gastos expresados con 200 reales por cada corrida de toros; las demás ciudades y villas con 160, y 100 por cada corrida de novillos que se concedan, siendo condición precisa para disfrutar de esta gracia el que se acredite el pago de dicha cuota, pagando los infractores por vía de multa, el duplo aplicado á la Escuela; 6.º que los Intendentes de provincia se encargen de la recaudación de este arbitrio y se entiendan directamente en este negocio con V. E. como Juez protector y privativo del establecimiento; 7.º que la ciudad de Sevilla supla los primeros gastos de las rentas que produce el matadero, y el sobrante la Bolsa de quiebras con calidad de reintegro. Madrid 28 de Mayo de 1830. —Luis López Ballesteros.»—

¿Y no le dijo á V. aquel caballero si ya se habían cortado en ese establecimiento los abusos que denunció Cervantes en su diálogo de los perros, citado por mí cuando se ocupó V. de la puerta de Jerez y plaza del Maese Rodrigo?

—Creo que si no lo hizo fué por falta de tiempo, pues parecía saber bastante en la materia. Mas ignorando yo en qué consistían, bien podría usted relatármelos si merecen la pena.—

¡Y como que la merecen, Sr. Martínez, sien-

do cosa del príncipe de los ingenios! Pero quien va á relatarlos es el perro Berganza, dando cuenta de su nacimiento y primera edad con propias palabras y auténtica relación, para que á mí no me vayan á armar algún caramillo por ello, y á todos conste que las cosas se contraen á siglos pasados, y no á los virtuosos tiempos presentes.

Decía Berganza:

«Paréceme que la primera vez que ví el sol fué en Sevilla y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne, por donde se imaginará (si no fuera por lo que después te diré) que mis padres debieron ser alanos de aquellos que erían los ministros de aquella confusión, á quien llaman Xiferos. El primero que conocí por amo fué uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la xiferia. Este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros y les hiciésemos presa de las orejas; con mucha facilidad salí un águila en esto.

»¡Qué te diría Cipión, hermano, de lo que ví en aquel matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan! Primero has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temor al rey ni á su justicia; los más, amancebados, son aves de rapiña carniceras; mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca, están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de

pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros. No hay res alguna que se mate de quien no se lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado. Y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, ó es la mejor ó la de más baja postura, y con este concierto hay siempre mucha abundancia, los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no los hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en tales tajadas y sacaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamonean y podan como si fuesen sauces ó parras. Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor, que el ver que estos xiferos con la misma facilidad matan á un hombre que á una vaca; por quitame allá esa paja ó dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona como si acogotasen un toro. Por maravilla se pasa día sin pependencias y sin heridas, y á veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el matadero.

»Digo, pues, que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca y á defenderla de quien quitármela quisiese. Enseñóme también la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las

madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un día que entre dos luces iba yo diligente á llevar la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos y ví una moza hermosa en extremo; detúveme un poco y ella bajó á la puerta de la calle y me tornó á llamar. Lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me quería, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta y ponerme en su lugar un chapín viejo. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilán, ó como os llaméis, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fíe de animales, y que del lobo un pelo y este de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó; pero no quise por no poner mi boca xifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

»Así lo hice, y así me volví á mi amo sin la porción y con el chapín. Parecióle que volví presto; vió el chapín; imaginó la burla; sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada que á no desviarme nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detrás de San Bernardo, me fuí por aquellos campos de Dios á donde la fortuna quisiese llevarme...»

—Aquí hacía falta que el caballero que me dió copia de la Real orden mencionada metiera su cuarto á espadas con su reconocida competencia en estas cosas; mas puesto que fuí tan ingrato que le pagué casi como Nicolás el Romo á Berganza, daremos mano al asunto y pasaré á referir lo que ví por la tarde.

Dedíquela á los hospitales, de los que sólo había visitado, como sabe V., los de la Sangre y San Lázaro en la Macarena. Sevilla en fundarlos fué pródiga; y en este punto verdaderamente puede vanagloriarse de no haber habido quien la iguale. Setenta y seis tenía en el año de 1558, y aunque las leyes de beneficencia actuales y el apoderamiento que el elemento oficial ha hecho de sus rentas en todos tiempos han cercenado su número, todavía ostenta suma grande de ellos y le dan el carácter de población benéfica como pocas.

Fuí primero al del Pozo Santo, situado cerca de lo que llaman la Venera; y tiene aquel nombre, según la tradición, porque en el lugar que ocupa había en lo antiguo cierto pozo donde por accidente casual se cayó un niño que habiendo invocado el auxilio de la Madre de Dios María Santísima, logró verse libre á virtud del suceso milagroso de haber subido las aguas en el acto hasta el brocal, sacándolo ellas mismas ileso. Primitivamente se fundó este hospital en la calle de la Venera; luego fué instalado en la plaza de San Andrés; y por último trasladado al sitio que ocupa, en el año de 1632. Le dieron ser las beatas de la Orden Tercera de San Francisco Marta de Jesús y Beatriz de la Concepción, ayudadas de la piadosa doña Ana Trujillo; y su objeto es la asistencia de mujeres impedidas, habiéndome dicho allí que las hijas todas de la infanta doña María Luisa Fernanda de Borbón, incluso la malograda reina Mercedes de Orleans, iban casi todos los días, cuando eran jóvenes, á servir la comida á las pobres enfermas

por devoción laudabilísima, que también suelen tener otras ricas sevillanas.

Casi junto, yendo para San Juan de la Palma, está á su vez el de los viejos, ó sea San Bernardo, que instituyeron en el año de 1355 unos sacerdotes caritativos para sustento y acogimiento de ancianos honrados. El edificio, así como la Iglesia adjunta, no son de grandes dimensiones; pero todo lo suple la benéfica solicitud y limpieza extremada con que se hallan asistidos los ancianos de ambos sexos que en sus separados departamentos se cobijan, por lo cual yo bendigo aquellas manos bienhechoras que trabajaron en tan piadosísima obra, y juzgo que de Dios habrán merecido cosas mayores.

El de venerables Sacerdotes se fundó en 1627 por la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno en la calle de las Palmas primitivamente; luego fué trasladado á la célebre ermita de San Blas, y de aquí, en 1676, al sitio que ocupa, espalda del Alcázar, sobre solares que donó el Duque de Veragua. Su objeto es la asistencia y cuidado de Sacerdotes pobres y desvalidos. Reja exterior cierra la entrada de su Iglesia, la cual es la única en Sevilla con la advocación de San Fernando. Consta de una nave, y en lo antiguo era embellecida por ricas obras de Murillo y otros buenos autores, ocupando el area donde estuvo el famoso corral ó teatro de doña Elvira, en que se representaron por primera vez las obras de Juan de la Cueva y de Mal Para. Y no debo dejar de mencionar los frescos de Lucas Valdés que en su bóveda se encuentran, los cua-

les, aunque deteriorados, dan idea de lo que valía ese pintor.

De vuelta, entré en el de San Juan de Dios, cuyo verdadero título es de Nuestra Señora de la Paz. Este tiene preciosa historia digna de ser divulgada. Era el año de 1543 cuando llegó á la ciudad de Sevilla predicando penitencia el venerable padre Fray Pedro Pecador, discípulo y compañero de San Juan de Dios. Hizo muchas conversiones, y entre ellas la de D. Diego de León, familiar del Santo Oficio, en cuya casa se había hospedado. Determinó éste con tal motivo fundar un hospital para recoger desvalidos y enfermos, así como pobres pasajeros, y á este efecto, junto con el Fray Pedro Pecador, pidió sitio al municipio, el cual se lo dió en los terrenos que hoy ocupan la lonja, en que fué edificada una casa grande para el piadoso establecimiento titulado hospital de la Cruz, después llamado de las Tablas con motivo de estar las camas sobre tarimas para precaver de la humedad á los acogidos; y habiendo fundado y dotado en el año de 1574 el capitán Hernando de Vega otro semejante, todo fué refundido en éste, el cual se edificó con alguna posterioridad. Su Iglesia, en la plaza del Salvador, no será de gran mérito arquitectónico por hallarse sobrecargadísima de adornos; pero en cambio alberga bellísima efigie de San Rafael hecha por Martínez Montañés, así como antes tenía obras muy apreciables de los pintores Arteaga y Zurbarán.

Y ahora merece que haga especial mención suya el hospital de la Santa Caridad, por cuya Iglesia empezaré, repitiendo que está dedicada á

San Jorge, y que en el altar mayor, obra de cierto mérito ejecutada por Bernardo Simón Pineda, hay un medallón que representa el Santo entierro de Cristo, en que Pedro Roldán dió muestra de su saber. No hablaré de los cuadros de Murillo que contiene, porque ya los citamos ampliamente al ocuparnos de tan gran pintor; pero sí que Valdés, su émulo, pintó para allí dos cuadros que evocan la miseria de las grandezas mundanales, y Pablo de Céspedes una magnífica visión de San Cayetano, colocada en el presbiterio. Fundó este hospital el inolvidable don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, en la misma Iglesia sepultado ya, ó más bien que fundarla, pues parece de antiquísima época esa fundación, lo que hizo fué engrandecerla y darle reglas para su inmortal existencia; siendo una de las principales caridades que ejercita esa institución asistir á los condenados á muerte y darles cristiana sepultura, además de las otras que también practica de tener enfermos incurables generosamente asistidos y recoger de noche pobres transeuntes, á quienes prodiga cuidados infinitos. Este D. Miguel de Mañara vivía en Sevilla allá por los años de 1660, siendo jurado del ayuntamiento y caballero de la Orden de Calatrava; poseía inmensa fortuna, y como joven mimado y andaluz, se dedicaba á devaneos y aventuras; mas aconteció lo que el padre Juan de Cárdenas, de la Compañía de Jesús, refiere en su vida, escrita el año de 1679, y fué lo siguiente: Detuviéronle en la aduana unos jamones que le enviaban de regalo por no llevar el conductor los respectivos justificantes, y fué á aquel estable-

cimiento decidido á vengar la ofensa que creía le habían inferido los empleados; anduvo algunos pasos, y una súbita reflexión ó luz divina le hizo conocer la sinrazón de su proceder; entró en sí mismo, y convirtiéndose á Dios, dejó su licenciosa vida para continuarla en el camino de las virtudes, siendo uno de sus primeros actos el pretender su ingreso en la Hermandad, y los posteriores el gastarse más de 800.000 ducados en engrandecerla, y dejarla luego por heredera de todos sus bienes. Su beatificación se ha venido agitando y es probable que pronto sea elevado en los altares por su santidad.—

Si no fuera por esto, repuse á Martínez, yo diría que la tradición le considera convertido por haberse encontrado una noche que iba á deshora por Sevilla á realizar amorosas aventuras, con un entierro de persona para él ignorada: preguntó quién era el sujeto y le contestaron: «D. Miguel de Mañara», y esto le iluminó, haciéndole detestar su anterior vida de mundanales goces. Semejante suceso dicen también que aconteció cerca de la que hoy es calle que lleva su nombre; y no sería extraño que fuera verdad, dados los medios de que Dios se vale para apartar á los hombres de la senda que les conduce á la perdición y al infierno.

—A su vez, continuó Martínez, Sevilla tiene otros establecimientos de beneficencia que demuestran el caritativo celo de sus habitantes, como son la Casa de Expósitos (Cuna), fundada en 1558 por el arzobispo Valdés, cuya piadosa institución no necesita mayor alabanza que dar traducida la inscripción de su portada, consis-

tente en estas sublimes palabras: «Porque mi padre y mi madre me abandonaron, Dios me recogió;» el Hospicio provincial, situado en el ex convento de Jesuítas de la calle de San Luis; el asilo de mendicidad de San Fernando, en la calle del Cardenal; las casas de socorro; y por último, entre otras más, la casa de arrepentidas del ex convento de Santa Isabel; la de las Hermanas de la Cruz, calle de los Alcázares; el asilo de las Hermanitas de los pobres, en la Calzada; el de huérfanas del Sagrado Corazón, calle de Levies, y el beaterio de la Santísima Trinidad en la plaza de Santa Lucía, Seminario de niñas huérfanas fundado en el año 1720 por la inolvidable Isabel Moreno y Caballero, cuya mujer singular y de fe ardentísima, sin recursos ni medio alguno, acometió la gran empresa de dar ser á objeto tan noble como es proporcionar alimentos y enseñanza á desvalidas pequeñuelas que sin esto hubieran permanecido en la miseria y la ignorancia. La constitución de tal beaterio la aprobó el Consejo de Castilla el año de 1797 con satisfacción altísima; y las beatas Trinitarias que rigen este establecimiento tienen hechos votos simples de obediencia, pobreza y castidad, siendo por sus virtudes y escrupulosa enseñanza de labores preciosísimas, muy estimable y pretendido el ponerse bajo su dirección —

¡Cuánto tengo que agradecer á V., Sr. Martínez, todo lo que me cuenta! Y como quiera que en mi privilegiada memoria hecho de menos que no haya hablado del Sagrario de la Catedral, de Santa Cruz y de San Miguel, parroquias que ha olvidado ó preterido expresamente, le pido, para

que no deje incompleta su narración, que de estas Iglesias me diga algo.

—No falta á V. razón, y voy á complacerle. Del Sagrario algo tengo expuesto al ocuparme del Roldán que hizo el Descendimiento que ahora ocupa el altar mayor. La advocación del templo es San Clemente, cuya estatua, del célebre Cornejo, ocupa el lugar que en lo alto subsigue á ese bellissimo Descendimiento, en que también trabajó Francisco de Rivas. Hoy hace esta Iglesia de Catedral, y de ésta se han traído para que ocupen sus capillas, la escultura antiquísima de la Virgen de la Estrella y otras efigies de mucho valer. Fué mandada erigir en Enero de 1615 á petición del Dignidad Sr. Vázquez de Leca, y y tres años después se comenzó la obra: es de una nave, y bajo su pavimento están enterrados los arzobispos de Sevilla posteriores al año de 1657 que no tienen sepulcros especiales en la Catedral, así como los restos mortales de D. Gonzalo de Mena, fundador de la Cartuja de Triana, fallecido en 1401, y que de ella se trajeron en 1837 para aquí ser depositados.

El mismo día que visité dicha Iglesia entré también en la que ahora está habilitada para parroquia, que es una capilla con puertas á la nave del Lagarto del patio de los Naranjos y á lo que dicen gradas de los Alemanes; y habiendo encontrado al salir abierto el templo de las monjas de la Encarnación, frente á la torre de la Giralda, me enteré de que es de religiosas agustinas, á quienes el Cabildo eclesiástico concedió el hospital de Santa Marta, de su patronato, para morada de las mismas, una vez hecha plaza de

abastos su primitiva residencia; que aquí está sepultado el venerable Fernando de Mata, ó existe al menos el cuarto donde vivió y murió; y que ese hospital fué fundado en el año de 1380 por D. Fernando Martínez, arcediano de Ecija y renombrado perseguidor de los judíos. Ví igualmente que la estatua de Santa Marta es obra de Pedro Cornejo, y pasé á la parroquial de Santa Cruz, por quien también me preguntaba V.

Esta parroquial de Santa Cruz, donde se enterró á Murillo, estaba en la ahora plaza de este título, según repetidamente he manifestado; y su area fué un tiempo sinagoga de los judíos, á quienes en número de más de 4.000 mató el pueblo en el año de 1391 á instigación de dicho arcediano D. Fernando Martínez. Destruída que fué, se trasladó al ex convento de clérigos menores, donde se encuentra ahora; cuya Iglesia, de tres naves, tiene hermoso crucero cubierto de una elevada y airosa media naranja, con otras circunstancias que la embellecen. Cura de la antigua parroquial, allá á principios de este siglo, fué D. Félix José Reinoso, el incomparable autor del precioso poema «La inocencia perdida», que dicen superior ó igual al de Milton, titulado «El paraíso perdido.» Y creo que no me pedirá usted más en esa zona de Santa Cruz.—

Sí que le pido; y es que complete sus noticias con algo del convento de religiosas de Santa Teresa, allí cercano, el cual vería también

—Es verdad; y empezaré por consignar que en su altar mayor hay una preciosa Concepción trabajada por Martínez Montañés, sin que en lo demás tenga ese convento otra cosa notable sino

la apreciablesísima circunstancia de haber sido fundado por la misma Santa Teresa de Jesús en aquellas casas que luego fueron Iglesia de la Asunción el año de 1575, desde donde se trasladó á la antigua Pajería el siguiente, 1576, y de allí al actual, edificado en 1582 á costa de los piadosísimos sevillanos D. Enrique Freire y doña Leonor de Varela. Y ahora, me añadió, dígame V. á su vez algo de esta santa, pues yo voy cansado; aún falta camino para llegar á Santa Cruz de Mudela, y justo es que tan insigne y sabia española tenga aquí mención honorífica por lo menos.—

No son dignos mis labios, le contesté, de semejante empresa. Escuchemos, por tanto, al maestro Fray Luis de León, del cual recuerdo á las mil maravillas los siguientes renglones:

«Yo no conocí ni ví á la santa madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; más ahora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros, que á mi juicio, son también testigos fieles y mejores de toda excepción de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro, si las viera, mostraríanme su cuerpo; y sus palabras, si las oyera, me declararían algo de la virtud de su alma; y lo primero era común, y lo segundo, sujeto á engaño, de que carecen estas dos cosas en que la veo ahora. Que como el sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida; y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bue-

no, nos remite solamente á sus frutos. «De sus »frutos, dice, los conoceréis.» Así que la virtud y santidad de la madre Teresa, que viéndola á ella me pudiera ser dudosa é incierta, esa misma ahora, no viéndola, y viendo sus libros y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido lo que en ellas Dios ahora hace y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un conjunto de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer y sola haya reducido á perfección una Orden en mujeres y en hombres. Y otro la grande perfección á que los redujo; y otro y tercero el grandísimo crecimiento á que ha venido de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como dice San Pablo, luego se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz que saliese con ella y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí á todo lo que aborrece el sentido.»

—Por lo que escribió Fray Luis de León y V. acaba de relatar, considero (manifestóme Martínez) que en Sevilla fundaría Santa Teresa

con facilidad suma su primer convento, agradeciéndole la ciudad tamaña preferencia.—

Quiá, no, señor (le repuse). Tuvo que luchar, por el contrario, con las mayores dificultades; y de ahí es fama que al irse de Sevilla después de fundarlo, al llegar á la Cruz del Campo, sacudió las sandalias, para no llevar de esta ciudad ni aun el polvo. Aparte de haberse puesto muy mala con el calor del camino al venir, de haber sufrido en Córdoba mil molestias, y de haber estado á punto de perecer al atravesar el río un poco más allá, encontróse con que la licencia del arzobispo (D. Cristóbal de Rojas y Sandoval) no era cosa tan factible; que las casas que primero pensó adquirir las subió en precio fabuloso el vendedor de ellas después de ajustadás; que los Calzados le exigieron las patentes de autorización del general de la Orden; que tuvo que adquirir otras casas, para lo cual un hermano suyo (D. Lorenzo de Cepeda, recién venido de América) facilitó el dinero necesario; que los Franciscos que estaban inmediatos la requirieron no hiciera allí la fundación; y por último, que dicho su hermano, *por cierto yerro que hubo en la escritura, como fué tan aprisa, tuvo que retraerse (acogerse á sagrado) para que no le prendieran*, viéndose obligado á dar fianzas, *aunque no faltó algún tiempo pleito porque hubiese más trabajo*, según la santa expuso en su tratado de las fundaciones; habiendo añadido de propia mano «que nadie pudiera juzgar que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla y de gente tan rica había de haber menos aparejo de fundar que en todas partes que había estado; húbole tan menos, que

»pensé algunas veces no nos era bien tener mo-
»nasterio en aquel lugar. No sé si el mismo cli-
»ma de la tierra, subsigue, que he oído siempre
»decir que los demonios tienen más mano allí
»para tentar, que se la debe dar Dios, y en esto
»me apretaron á mí, que nunca me ví más pusi-
»lánime y cobarde en mi vida que allí me hallé;
»yo de cierto á mí misma no me conocía.»

—Bonito en alto grado me ha parecido lo que me acaba de contar respecto á Santa Teresa; y orgullo grande debemos tener en que en el Vaticano se venere magnífica estatua suya de mármol, y que Urbano VIII, y después las Cortes de Cádiz, la declaráran compatrona de España.—

Así lo entiendo yo también, amigo Martínez; y puesto que V. es tan entusiasta por Sevilla, si me lo permite y no se cansa de escucharme, oiga la bella narración que hizo á seguida la misma Santa Teresa de los motivos porque entró de primera monja sevillana de dicho convento una joven hija de ciertos cristianos esposos. «Esta, siendo de muy pequeña edad, como de siete años, pidióla á su madre una tía suya para tenerla consigo, que no tenía hijos; llevada á su casa, como la debía regalar y mostrar el amor que era razón, unas mujeres que debían tener esperanza que les había de dar su hacienda antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro que tomándola amor lo había de querer más para ella, acordaron quitar aquella ocasión con un hecho del demonio, que fué levantar á la niña que quería matar á su tía, y que para esto había dado á la una no sé que maravedís que la trajese de solimán. Dicho esto, á la tía, como todas tres decían

una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña también, aunque era mujer harto virtuosa. Tomó la niña y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatrix de la Madre de Dios, que así se llama, que pasó más de un año que cada día la azotaba y atormentába, y hacíala dormir en el suelo, porque la había de decir tan gran mal. Como la muchacha decía que no lo había hecho ni sabía qué cosa era solimán, parecíale muy peor, viendo que tenía ánimo para encubrirlo. Affigíase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se había de enmendar. Harto fué no se lo levantó la muchacha para librarse de tanto tormento; mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre la verdad; y como Su Majestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres, que parecía tenían rabia; y secretamente enviaron por la niña á la tía y la pidieron perdón; y viéndose á punto de muerte, se desdijeron, y la otra hizo otro tanto, que murió de parto.

»En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habían hecho pasar á aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre, fatigada después que la vió monja de los malos tratamientos que la había dado, me lo contó con otras cosas; que fueron hartos sus martirios, y no teniendo su madre más y siendo harto buena cristiana, permitía Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho.

»Habiendo la niña como poco más de doce

años, leyendo en un libro que trata de la vida de Santa Ana, tomó gran devoción á los santos del Monte Carmelo, que dice allí que su madre de Santa Ana iba á hablar con ellos muchas veces; y de aquí fué tanta la devoción que tomó con esta Orden de Nuestra Señora, que luego prometió ser monja de ella, y castidad. Tenía muchos ratos de soledad cuando ella podía, y oración. En especial le hacía Dios grandes mercedes, y Nuestra Señora muy particulares. Ella quisiera luego ser monja; no osaba por sus padres, ni tampoco sabía á dónde hallar esta Orden, que fué cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio de ella de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo de estos monasterios, que fué después de muchos años...

»Acaeció trece ó catorce años antes que el padre Gracián fuese á Sevilla, que no había memoria de Descalzos carmelitas, estando ella con su padre y con su madre y con otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal como ahora andan, descalzo. Dicen que tenía un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo, que parecía la barba como hilos de plata; y púsose cerca de ella, y comenzóla á hablar un poco en lengua que ni ella ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguóla tres veces diciéndola: «Beatriz, Dios te haga fuerte», y fuése.

»Todos no se meneaban mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre la preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocía. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció más. Ella quedó muy consolada, y todos espan-

tados, que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenían en mucho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce, después de esto, sirviendo siempre á Nuestro Señor, pidiéndole que cumpliera su deseo.

»Estaba hartó fatigada cuando fué allá el padre maestro Fray Jerónimo Gracián; yendo un día á oír un sermón en una Iglesia de Triana, á donde su padre vivía, sin saber ella quién predicaba, que era el padre maestro Gracián, vióle salir á tomar la bendición. Como ella le vió el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella había visto, que era así el hábito, aunque el rostro y edad diferente. Dícame ella que de grandísimo contento se quedó como desmayada, que aunque había oído que habían allí hecho monasterio en Triana, no entendía era de ellos.

»Desde aquel día fué luego á procurar confesarse con el padre Gracián; y aun esto quiso Dios que le costase mucho; que fué más ó menos tantas doce veces, que nunca la quiso confesar. Como era moza y de buen parecer, él apartábase de comunicar con personas semejantes. Ya un día, estando ella llorando en la Iglesia, díjola una mujer que qué había. Ella le dijo que había tanto tiempo que procuraba hablar á aquel padre que estaba á la sazón confesando. Ella llevóla allá, y rogóle que oyese á aquella doncella, y así se vino á confesar con él. El, como vió alma tan rica, consolóse mucho, y consólola con decirle que podría ser fuesen monjas descalzas á fundar, y que él haría que la tomasen luego; y así fué, que lo primero que me mandó fué que fuese ella la primera que recibiese, porque estaba sa-

tisfecho de su alma, y así se le dijo á ella...» Pero está aquí ya Santa Cruz, por lo cual sólo añadiré que entró al fin en el monasterio día de la Santísima Trinidad, y de allí á poco murió su padre, tomando á su vez el hábito la madre en el mismo monasterio, después de haber dado todo lo que tenía en limosna.

XXI

—Por la extensión que hemos dado á la fundación de Santa Teresa (dijo Martínez al salir de Santa Cruz), hemos dejado de tratar de la parroquia de San Miguel, otra de las que V. me advirtió haber olvidado; y en verdad que mejor hubiera sido olvidarla para no tener que llorar su destrucción. Estaba situada en el frente de la plaza del Duque que hace ángulo á la Capitanía general, y aún tenía restos en su parte exterior de la mezquita árabe sobre que se edificara. En tiempo antiguo se titulaba del Santo Angel, y fué reconstruída en 1356 por D. Pedro el Justiciero ó el Cruel, que ya voy creyendo que no sería tan malo como le pintan las crónicas y las leyendas, por estas y otras circunstancias. Era de tres naves, de arquitectura gótica, y Martínez Montañés tenía en ella sus mejores obras, así como el célebre pintor Wandik un Ecce Homo que no sé dónde se encuentra ahora. El doctor Rodrigo Caro, autor á quien tanto debe Sevilla, allí estaba sepultado; y yo creo poder afirmar que las riquezas de todo género que contenía este templo, le hacían digno de haberse conservado como monumento respetable. Hoy

esta parroquia está instalada en la Iglesia de San Antonio Abad, calle de Alfonso XII, y por consiguiente, tengo que hablar á su vez de ella.

Lo fué del convento de aquel nombre, el cual se fundó por el rey D. Alonso el Sabio para la Orden hospitalaria cuyo instituto era la curación de la enfermedad llamada fuego sacro, Orden suprimida por Carlos III en 1791. Sus privilegios databan del año de 1366; y aunque el existente templo no es en gran manera antiguo, ya desde el siglo XV se halla instalada allí la Cofradía de la Santa Cruz de Jerusalén, notable no sólo por su compostura y silencio cuando sale á hacer estación el Viernes Santo de madrugada con las preciosas esculturas de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima, sino también por haber sido la primera que enarboló bandera en defensa de la Inmaculada Concepción, haciendo voto en el año de 1615 de mil veces morir sus cofrades antes de negar este altísimo misterio. Entonces era hermano mayor un D. Tomás Pérez, cuyas cenizas cubren losa sepulcral con inscripción humilde que patentiza haber ejercido aquel cargo nada menos que cuarenta años.

Y ahora, si á V. parece bien, continuó diciendo Martínez, dejaremos un poco las Iglesias para entrarnos en el Museo, que está situado algo más arriba.

Desde luego, antes de penetrar en este depósito del arte, ya está llamando la atención algo que nos habla de la pintura, y es una estatua de Murillo, costeada por suscripción nacional, y de que es reproducción la que ustedes tienen en Ma-

drid frente al jardín Botánico. Es obra de don Sabino Medina; se fundió en París; su altura es tres metros y medio; pesa 2.070 kilogramos; el pedestal lo diseñó D. Demetrio de los Ríos, y se construyó en Carrara con mármoles de allí; todo costó 85.000 pesetas, y se inauguró el 1.º de Enero de 1864, ó sea veinticuatro días después de concluído ese monumento en que se rinde tributo debido á tan grande gloria sevillana. Y digo debido porque este pintor admirable es la representación de esa escuela á quien el mundo artístico es deudor de haber observado la naturaleza y copiádola de manera hasta entonces desconocida. Juan Sánchez de Castro fué su fundador, dejando por aventajado discípulo á Gonzalo Díaz; á ella debieron sus adelantos Bartolomé de Mesa y Alejo Fernándz; más tarde, Diego de Barreda y Luis de Vargas siguieron enalteciéndola; y progresando con Antonio Arfián, Juan de las Roelas, Luis Fernández, Ruiz Sarabia, los Herrera, Páchecho, Velázquez y los Castillos, llegó al último límite con ese Murillo con quien Sevilla se honra.

Todos habían llenado de obras imperecederas esta tierra predilecta de los pintores y de los escultores; y como la extinción de las comunidades religiosas que principalmente se las habían encargado dió lugar y margen á que sus claustros y gran número de Iglesias cuyas desaparecieran, se hizo preciso llevar tales obras de pintura y escultura á paraje donde fuesen conservadas y pudieran admirarse por propios y extraños. Créose en su virtud este Museo, el cual debe asegurarse que es el principal de Es-

pañña después del nacional. Lo mucho que contiene, su largo catálogo lo demuestra y evidencia, sin que yo me halle en la obligación de relatarlo. Mas ¿cómo he de callar la impresión que me hicieron algunas de aquellas obras? Ya dije antes algo de la Concepción grande, y de la Virgen de la Servilleta, y de San Félix de Cantalicio; y por ello sólo añadiré que jamás habré de olvidar un San Leandro, un San Buenaventura, unas Santas Justa y Rufina, un Santo Tomás de Villanueva y un Crucificado abrazando á San Francisco, hechos por Murillo; una apoteosis de Santo Tomás de Aquino, del extremeño Zurbarán, el cual tiene además un Arzobispo, un Cardenal y un Papa, cuyo mérito es singularísimo por la ejecución inimitable de sus paños ó vestiduras; de Roelas, el Martirio de San Andrés; de Valdés Leal, un Calvario, una Calle de la Amargura y una Asunción; de Francisco Herrera el viejo, la apoteosis de San Hermenegildo y un San Basilio; del cordobés Pablo de Céspedes, una Ultima Cena del Señor que vale lo que no es decible; de Castillo, una Coronación, una Visitación y una Anunciación; y de Juan de Varela una Batalla de Clavijo, sin contar otros cuadros de Tovar Juan Simón Gutiérrez y Francisco Meneses no menos apreciables.

Y lo mismo digo de las esculturas que contiene ese establecimiento. Pocas son, pero incomparables; demostrando este aserto el citado San Jerónimo, de Terrijiano; el Santo Domingo que hizo Montañés para el convento destruído de Portaceli; y además de otros trabajos notables, unas Cuatro Virtudes de tamaño menor

que el natural ejecutadas por Solís. Cierta Cruz de hierro forjada por Sebastián Conde en el año de 1692, y que estaba en la que fué plaza de la Cerrajería lindante con la calle de Rioja, también se ostenta allí como demostración de lo que fué en siglos pasados dentro de Sevilla el arte de labrar ese duro metal. Y dejemos el Museo para tratar de otra estatua.

Esta no es de artista alguno, sino de un héroe cuya fama será imperecedera mientras España no sea francesa. De D. Luis Daoiz, militar que tomó parte con Velarde en el levantamiento del pueblo de Madrid el 2 de Mayo de 1808, y que murió valerosamente defendiendo las libertades pátrias. Esta estatua se ha levantado en la plaza de la Gavidia, por haber estado allí la casa en que nació hombre tan preclaro, según indiqué cuando hablábamos de las calles y plazas más notables de Sevilla, la cual estaba obligada á perpetuar en bronce su memoria si no habia de caer en el pecado de ser madre desnaturalizada é indiferente de sus mejores hijos; cosa de que habia empezado á dar algunas muestras no haciendo monumento nacional aquella ya destruída casa. La terminación de dicha estatua tuvo efecto en Abril de 1889; se inauguró el 2 de Mayo del mismo año; fundióse en la fundición de Artillería como recuerdo de este cuerpo militar á su antiguo compañero, con diseños del escultor D. Antonio Susillo; pesa 2.865 kilógramos; tiene más de tres metros y medio de altura, y su pedestal es de bellos mármoles de Cabra, y fué ejecutado por el arquitecto D. Francisco Alvarez, habiendo ascendido el coste de todo,

incluso la bonita verja que circunda el monumento, á unas 60.000 pesetas.

Inmediato se halla el convento de religiosas capuchinas, y por aprovechar una hoja de mi cartera que había dejado pasar en blanco, entré en él. Y no me arrepentí de ello, pues tiene Iglesia preciosa de una nave, con pilastras del orden corintio; y en ella, entre otras particularidades que la hacen muy estimable, se halla sepultado el corazón del cardenal D. Francisco de Solís, quien así lo dispuso al morir en Roma. El convento lleva la advocación de Santa Rosalía, y fué fundado en el año de 1701 á expensas del arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox y de su hermana sor Josefa Manuela, que al efecto vino de Palermo acompañada de cuatro monjas. En 1761 se incendió casi todo él, habiendo sido trasladadas las religiosas que lo ocupaban al de San Clemente, y después á la casa de los Duques de Alcalá, donde permanecieron hasta 1763, en que fué reedificado por dicho cardenal Solís.—

Una hermana mía, repuse á Martínez, fué muchos años religiosa allí, y en su panteón morarán sus santos restos; llamábase sor Felisa, por cuyo nombre dejó el de Natalia que llevaba en el siglo. Dios la tenga en su gloria.

—Si por la estrechez de la regla, contestó, hemos de juzgar, yo aseguro que todas las capuchinas suben al cielo al morir. Pero dejemos esto y sigamos con cosas menos altas, que queda poco camino para separarnos y aún resta mucho que hablar de Sevilla.

En la propia ciudad, continuó, merece tam-

bién mención particular el establecimiento universitario y su preciosa Iglesia. Aquél, según algunos, fué creado por D Alonso el sabio; mas esto no está comprobado, pues lo que se sabe de cierto es que expidió en el año de 1256 cierta cédula autorizando la apertura de los estudios de latín y de árabe, cuya concesión se hizo extensiva en 1260, por bulas pontificias, á enseñanzas facultativas. Cuando verdaderamente aparece fundado el establecimiento con el carácter de Universidad es en 1502, á virtud de Real disposición dada por los Reyes Católicos á petición del arcediano D. Rodrigo de Santaella, quien había al efecto labrado á sus expensas, algo antes, el edificio llamado Colegio del Maese Rodrigo, en que vino instalada desde entonces dicha Universidad, con modificaciones en sus estatutos que no es ocasión de relatar. A su vez la Compañía de Jesús tuvo participación en esa enseñanza; pero suprimida por Carlos III de Borbón dicha Compañía y expulsada de España, las cosas entraron en otro ser y manera. La Universidad se separó del Colegio del Maese Rodrigo, siendo trasladada á la casa que hoy ocupa, Colegio de Jesuítas en la calle de la Compañía últimamente llamada de la Universidad, donde se da la enseñanza que el plan vigente de estudios establece; y el Colegio del Maese Rodrigo ha quedado de sección del Seminario conciliar eclesiástico, del cual es otra la establecida en el ex convento de la Trinidad.

Y ya que por incidencia he hablado de tal Colegio, desmentiría mi amor á Sevilla y á la verdad si no dijese que allí estudiaron los He-

rreras, los Alemanes, los Girones, los Alcázares, los Jaúreguis, los Medinas, los Riojas, y toda esa pléyade de poetas y sabios sevillanos que han dado fama eterna á esta región andaluza en los pasados tiempos; sin embargo de lo cual, la antigua lápida que hay en su puerta dice tan sólo abreviadamente: «¿Preguntas qué lugar es este? Es un apartado retiro y casa de instrucción; un humilde Colegio, dedicado sin vana-gloria á Jesucristo y su Santísima Madre, que aman las cosas humildes.»

Su capilla, consagrada á Santa María de Jesús, es de gusto gótico, y se hizo allá por los años de 1505, conteniendo su altar mayor dieciséis tablas tan antiguas como notables, en que luce principalmente preciosa Virgen de la Antigua con el retrato del fundador arrodillado á sus piés, cuyas pinturas se juzgan de Juan Sánchez de Castro.

Expuesto lo cual, me ocuparé de la Iglesia de la Universidad.

Todo lo que de esta Iglesia manifieste será poco comparándolo con su inmenso valer. Empieza uno admirándose de su bella planta, trazada por el Herrera del Escorial, si bien otros la atribuyen al Jesuíta Bartolomé Bustamante, y sigue embebido fijándose en un medallón de piedra, de bajo relieve, de la portada principal ejecutado por Torrijano con grande esmero; entra más y encuentra que el retablo mayor, obra de Alonso Matías, tiene perfección sin igual; y que Roelas dejó en él dos cuadros muy buenos (la Circuncisión y la Adoración); Juan Varela un Nacimiento; Pacheco una Anunciación, y Alon-

so Cano los dos San Juan; que el tabernáculo se halla enriquecido por otro cuadro en tabla hecho por el mismo Roelas y representando el Niño Dios, de cuyo Roelas es igualmente un San Francisco Javier que está en el lado del cruce-ro; que Montañés dejó á su vez en ese templo cuatro estatuas de San Pedro, San Pablo, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja; que Pacheco lo hizo de nueve cuadros en el altar de aquel lado; que Alonso Cano lo verificó de once en el zócalo; que en otro zócalo del lado de la Epístola hay catorce imágenes que en nada ceden á las anteriormente referidas: que en el pilar del arco del presbiterio está la gran plancha de cobre que cerraba el sepulcro de Francisco Duarte en el ex convento de la Victoria; y que en el nicho de la antigua puerta existen otras esculturas de Montañés, y en otros lugares diversos cuadros debidos á buenísimos pinceles. A su vez de los sepulcros que contiene ¿qué diré? Que están allí los de Arias Montano; del maestro de Santiago Suárez de Figueroa, traído de la Iglesia de Santiago de la Espada; de los Perafan de Ribera, á su vez traído de la Cartuja, y de doña Catalina de Ribera; de D. Fadrique Enríquez y de sus padres; del Marqués de Cádiz, D. Rodrigo Ponce de León, y de otros personajes de esa casa; del conquistador de Gibraltar Alonso de Arcos; de Arguijo; de Rodrigo Caro; de Reinoso; de Lista, y de otras glorias sevillanas. Con esto basta para formar idea de esa especie de Museo de obras de valer y de ese panteón de hombres memorables, y pasaremos á la Biblioteca de tal establecimiento, en que por cierto no

ví más que dos sujetos leyendo, cuya circunstancia me entristeció, pues en ella hay cuanto el entendimiento necesita para adquirir la mayor ilustración y la ciencia más completa. Formóse con los libros de las Bibliotecas de los conventos, y con especialidad San Acacio, habiéndola después enriquecido grandemente con sus legados D. Francisco María Tubino, el escritor de Murillo, D. Juan José Bueno, inolvidable literato digno de gran alabanza por su saber y su modestia; y un relator de la Audiencia llamado don Manuel Anderica, que V. conocería en los tiempos en que ejerció la abogacía en ese Foro.

Y esto relatado, pasaré á otras regiones que no son la Universidad, ni su Iglesia, ni sus espaciosos claustros y patios que á las mil maravillas recordará.

Más de una vez he hablado á V. de Mateo Alemán, ese sevillano ilustre que escribiera el «Pícaro Guzmán de Alfarache», y cuya memoria váse olvidando, como pasa con todo lo bueno en esa ciudad de la hermosura y el encanto. Recordando, pues, que en una alquería cerca de San Juan de Aznalfarache tuvo lugar la verde historia que dió origen á su nacimiento, y pareciéndome además que la preciosísima vista y el panorama que desde la Iglesia de aquella villa se me presentaría no había de tener igual, en un vaporcito que á allí hace pasaje me entré en la tarde del mismo día, y fui á exparcirme á aquel antiguo castillo del árabe Farach. Desde él se descubre lo que pocas veces he admirado. De frente, la capital; debajo, el río, asemejando una culebra de plata sin final por ninguna parte; el

campo de Tablada, de la parte allá de él; de la de acá, la extensísima vega de Triana; á la derecha, Gelves, y la Puebla, y Coria, y las Islas, todo cubierto de vegetación ó de labor; á la izquierda, Camas, Santiponce, la Algaba y otros pueblos en dilatadas llanuras llenas de verdor; y á la espalda el Aljarafe, cubierto de olivos y lleno de la melancólica poesía de una región especial que no puede describirse por la pluma mejor cortada. En el recinto de ese castillo, de cuyas murallas subsisten los cimientos, está la Iglesia parroquial, aunque el pueblo se halla en lo bajo, cuya Iglesia compuso parte del convento de padres terceros que fundó allí el ya citado arzobispo D. Gonzalo de Mena; está dedicada á San Juan Bautista, y en ella tiene existencia una famosa pila bautismal de jaspe blanco en forma de cruz, que es de admirar en alto grado. Luego, bajando de nuevo á la villa y yendo hacia Gelves, tomé como auténtica la hacienda ó caserío que me pareció más propia y adecuada al suceso verde que ya he indicado, y me volví pensando que cuando el amor material es del jaez del que describe tan soberanamente Alemán, por más se salta que saltaron la madre de Guzmanillo y el poco escrupuloso padre de éste.—

No recuerdo, repliqué á Martínez, cómo lo describe Mateo Alemán.

—Pues dice: «Es el amor una prisión de locura nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón, como la yerba del

eleboro, que hasta llegar á él como á su centro no para. Huésped que con gusto consideramos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo aún es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo y desvaría; es viejo y caduco; es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata; es Dios que no tiene misericordia; enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley ni guarda razón; es impaciente, sospechoso, vengativo y dulce tirano. Píntanle ciego porque no tiene medio, ni modo, ni distinción ó elección, orden, consejo ni firmeza, y siempre yerra. Tiene alas, por su ligereza en aprender lo que se ama y con que nos lleva á desdichado fin; de manera que sólo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecución de ellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policia en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar y consideración en los peligros.»—

Gran hablista, contesté á Martínez, fué indudablemente Mateo Alemán, y con razón, por tanto, V. le cita á cada paso; pero en mi sentir, era algo desconfiado, y sobre todo muy descreído cuanto á la buena administración de justicia, pues no puedo olvidar la anécdota que cuenta del labriego que habiendo ido á la Chancillería de Granada ó á la Audiencia de Sevilla á promover ceirto pleito, desistió de él al ver que en lo más alto del edificio estaba pintado ó esculpido el atributo de la justicia, exclamando así:

«Muy alta está para que yo la alcance ó pueda bajar hasta mí.»

—Es verdad, me replicó Martínez, que en Sevilla se halla también puesto en lo más alto de la fachada de la Audiencia el peso y la espada, símbolo de la justicia, cuyo atributo me dijeron haber reemplazado al reloj que en ese lugar se ostentaba: pero son vanas preocupaciones sin fundamento estimar que dentro no se oye al que pretende con razón algo que sea justo ó legal; y ya que nos ocupamos de ese palacio, diré que está situado en la plaza conocida con el nombre de San Francisco, en el sitio donde se hallaba la *Casa-Cuadra* construida por la ciudad en el reinado de Enrique el II; habiéndose levantado el actual edificio en el año de 1595, y renovándose pocos años después en tiempos de Felipe III. Tenía adjunta hasta no ha mucho, la cárcel de los Señores; y cerca de una de sus ventanas hubo cierto pilar de mármol en que se ejecutaba á los reos condenados á muerte; pilar que luego se reemplazó por horcas y tablados de madera, menos permanentes y en su consecuencia no tan desagradables á la vista.

Otro palacio no he nombrado más que para hablar de Sault, y es el Arzobispal. Está haciendo ángulo con la Giralda y se levantó sobre el area de las casas que San Fernando señaló en el repartimiento de Sevilla á su confesor D. Remondo, en las que permanecieron los posteriores Arzobispos hasta que en 1664 empezó la obra de lo existente el que lo era entonces D. Antonio Paino, concluyéndola D. Jaime Palafox, quien costeó la hermosa escalera de mármoles y

jaspes encarnados que engrandece dicho edificio. Hízola el religioso tercero Fray Miguel Ramos, habiendo embellecido su parte alta con pinturas de cierto mérito el célebre profesor Juan de Espinalt. Antonio Mohedano, Francisco Herrera, Juan de Zamora y otros aventajados pintores antiguos, tienen en sus salones privilegiado lugar para sus obras. Y en la Biblioteca pública que contiene, á su vez lo ocupan libros dignos del mayor encomio, ya teológicos y ya canónicos, y de artes y de ciencias, que la hacen muy digna de ser visitada por hombres estudiosos, pues á porfía todos los preladados de esta metropolitana la han enriquecido con cuanto de valía se ha publicado.

Y me alegro que hayamos parado ya en Valdepeñas, pues por ocuparme de libros parece que hasta el tren se dormía.—

XXII

—A Manzanares hay bastantes kilómetros, los cuales vamos á pasar hablando de muchas cosas sueltas, aunque todas interesantísimas. Breve seré empero, siguió diciendo Martínez, para que V. no se canse y por falta de tiempo para más. Y como de la Universidad nos hemos ocupado hace poco, toca en turno ahora hacerlo del Instituto de segunda enseñanza. Se halla instalado en la calle del Amor de Dios, y posee un gran gabinete de Historia natural y otro de Física, ambos ampliados y enriquecidos últimamente con nuevos objetos muy dignos de estima. De Química y de Agricultura los tiene también,

y además de la enseñanza que el plan de estudios vigente ha establecido, da lecciones de dibujo lineal, geométrico, topográfico, arquitectónico, de máquinas para artes y oficios y de otros ramos no menos importantes. Su personal es de lo mejor, y especial mención debo hacer de la sabia persona que desempeña la dirección del establecimiento, D. Francisco García Portillo, antiguo catedrático de Matemáticas de la Universidad y sacerdote dignísimo.

Y como ese día estuve también inspeccionando el muelle del Guadalquivir, diré que el primitivo estuvo inmediato á la que fué puerta de San Juan, hasta que el Cabildo eclesiástico construyó uno junto á la torre del Oro para descargar la piedra que destinaba á la Catedral. Fué luego ampliado, y á todo ello ha sustituido el actual, que empieza en el puente de hierro que da paso á Triana, y termina mucho más allá del paseo de San Telmo. Su longitud es de 1 400 metros, y su superficie unos 47.000. Tiene gruas fijas y gruas móviles para la descarga, así como seis ó siete de vapor, y vías férreas hasta las estaciones de la plaza de Armas y Cádiz. Se halla separado del paseo en sus primeros centenares de metros por un muro de sillería y verja de hierro, y en lo restante por otro muro de ladrillo coronado de asientos de mármol; todo lo cual da á esa parte del río un aspecto de hermosura muy especial. Pero ¡qué Guadalquivir este, amigo mío! Admira su cuenca de 1.978.047 hectáreas, y la distancia que desde Sevilla recorre hasta desembocar por la barra de Sanlúcar; siendo, sin embargo, sensibles las mareas en

el mismo Alcalá del Río, á dos leguas más arriba de nuestra ciudad, con lo que parece que estando en Sevilla se está en las playas de pleno mar Occéano. Mas no entraré en harina, porque sería divagar.

Cerca de dicho muelle está la Plaza de toros, cuyo redondel es el mayor de todas las de España, y por ende, del universo. Usted la recordará bien, aunque en su época no era toda de material, como al presente, sino en parte de madera. Fué construída por la Real maestranza de caballería en el año de 1760; puede contener unos 15.000 expectadores; y la hermosura de su situación y las notables funciones que en ella se han celebrado, así como los célebres maestros del arte de torear que en ella han trabajado, le dan la fama de modelo incomparable en todos conceptos. Yo no me entusiasmo ya con estas cosas; pero sería injusto no dando á cada uno lo suyo.

Bastante cerca, en lo que llaman la Resolana, é inmediata al hospital de la Caridad ya citado, se halla la Aduana, la cual tiene su puerta principal en la plaza de este nombre. Fué construída en el año de 1587 sobre terrenos de las atarazanas; en 1792 la destruyó un incendio; fué reedificada en tiempo de Carlos IV, y hará veinticinco años que se adicionaron é ella diversas pertenencias de la que fué casa del azogue, ó sea depósito de ese líquido metal, que había antes de arrendarse las minas de Almadén á los extranjeros que las explotan.

Casi unida á este edificio de la aduana, pues sólo la separa dicho hospital de la Caridad, existe la maestranza de artillería. De fachada senc-

lla, pero majestuosa, alberga en su recinto talleres espaciosísimos en la parte baja, y en la alta salones extensos con armeros donde se hallan colocados atalajes y armas infinitas. En lo antiguo, ó séase desde el tiempo de D. Alonso el Sabio, formaba parte del arsenal donde se se construían los barcos de guerra; después en la época de Felipe II fué dedicado á la instalación de la maestranza, la cual se concluyó en 1763; y por último, ha sido adicionada con el parque del ramo, en el cual hay muchas cosas de estima, si estimación merece tanta máquina de guerra inventada para que lo que no hace la muerte natural lo haga el hombre anticipándose a sus hermanos.

Y puesto que de armas trato, de la fundición de artillería me veo obligado á hablar. Situada en el barrio de San Bernardo, junto á lo que se llamaba Monterey, fué debida al fundidor de metales Juan Morell, quien allá por los años de 1565 la creó para su uso particular. En 1634 pasó á ser propiedad del Estado, siendo, sin embargo, lo más antiguo que en este edificio existe hoy, del tiempo de Carlos III. Sus hornos de reverbero, sus cubilotes, sus estufas, sus fraguas, sus máquinas de vapor y sus prensas hidráulicas, la hacen establecimiento elevado á la mayor altura; y no digo más de él, porque esto de la guerra, según he indicado, me entristece como hombre y me hace llorar como cristiano.

Y más allá, en lo que se denominaba la Enramadilla, está la pirotécnia militar, ayudadora de esos desastres. Es fábrica establecida para la construcción de cartuchos y de espoletas de

percusión y de fuegos artificiales necesarios al arma de artillería. Fundóse en 1846, y tiene un recinto almenado que le da aspecto de anchurosa fortificación; habiéndome hecho reflexionar todo esto la razón grandísima con que Fray Luis de Granada escribió con su inmortal pluma aquello de que «entre todas las criaturas no hay otra contra quien más se encrudezca el hombre que contra el compañero de su misma naturaleza. ¿Cuántos géneros de máquinas y de municiones y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres? ¿A cuántos despoja cada día de la vida la espada cruel del enemigo? ¿Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonoras y cautiverios padecen cada día unos de otros? Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas públicas están seguras de enemigos. A donde quiera halla aparejo la ira cruel para tomar fierra venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta munición, tanta pólvora, tantos maestros é inventores de nuevos pertrechos y ardides de guerra, sino multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano? Para que cuando el aire y el cielo nos perdonen, nos persigan los consortes de nuestra misma naturaleza.»—

¡Y luego diremos, interrumpí á Martínez, que el hombre es criatura sociable nacida sin garras y sin ponzoña para vivir en paz y concordia con las demás criaturas! Vuelva V., pues, á hablar de Iglesias y conventos, siquier porque en ellas se predica que el hombre debe ser manso y caritativo y no soberbio Caín.

—Así lo haré, replicó, ocupándome en primer lugar del convento de religiosas concepcionistas franciscanas titulado Nuestra Señora del Socorro, sito en la calle de Bustos Tavera. Lo fundó en 1522 la virtuosa sevillana doña Juana de Ayala, y se entra á él por un hermoso patio arbolado y cubierto de flores que desde luego llena el corazón de recogimiento. La Iglesia, de una sola nave con dos puertas, tiene la particularidad de ser su altar mayor obra de Martínez Montañés; siendo suyos también los bajos relieves que se ven en otro altar y representan el Bautismo de Cristo y algunos pasajes de la vida de San Juan, sin que en lo demás tenga que citar cosas mayores.

En la calle de Santiago está á su vez el de dominicas descalzas de Nuestra Señora de los Reyes. Fué fundado por la madre Francisca Dorothea de Villada en 1611, y veintiséis años después se trasladó al lugar que ocupa donde estuvieron las cárceles de la Inquisición. La Iglesia, bastante moderna, es de mediano mérito, y sólo tiene la particularidad de hallarse enterrada la fundadora entre sus dos coros, y contener á su vez los restos mortales del doctor Juan de Salinas, celebrado poeta y humanista sevillano, quien murió á principio del año de 1642.

Cerca, ó sea en la calle de las Aguilas, están las religiosas franciscas recoletas, cuyo convento tiene el título de Santa María de Jesús. Debe su fundación á la munificencia de los primeros condes de Gelves, padres de la bella Eliodora á quien tan diestramente cantó en sus versos el divino Herrera. En 1.º de Agosto de 1765 incendió

un rayo ese monasterio, pasando las monjas al de San Leandro, donde estuvieron hasta el año después en que aquél fué reedificado. La Iglesia es de una nave, y su portada de estilo jónico; conteniendo en el segundo cuerpo bella efigie de piedra (representando á Nuestra Señora), la cual es obra de mérito, como hecha por Torrijiano; y concluyo con decir que la estrechez de la regla es tal, que está prohibido á estas religiosas el verse entre sí.

Y no lejos, en las inmediaciones de San Bartolomé, plaza de las Mercenarias, están las descalzas de esta Orden, cuyo convento tiene la advocación de San José. Su fundación es del año de 1623, y en su Iglesia, de una sola nave, resalta precioso artesonado, así como un boceto de Lucas Valdés que representa el Entierro de Cristo. Después de esto, creo que sólo me falta hablar de otros dos conventos de religiosas; y perdóneseme el olvido, si de alguno más no me acuerdo. El primero es el de Santa Ana, en la calle de su nombre, feligresía de San Lorenzo. De carmelitas calzadas, tuvo principio en la villa de Paterna del Campo, de donde sus primeras monjas vinieron á Sevilla el año de 1594, albergándose en una casa de la calle del Rosario hasta que en 1606 pasaron al edificio actual; y en su Iglesia, de una sola nave, merece verse un gran lienzo de la escuela flamenca representando las once mil vírgenes. El segundo es el de Nuestra Señora del Valle, calle de idem, de religiosas del Sagrado Corazón, antes franciscas recoletas. Se fundó por una devota en el año de 1403 para convento de monjas dominicas,

las cuales por su extremada pobreza tuvieron que abandonarlo en 1507. Ocupáronlo entonces las beatas también dominicas de Santa Catalina de la Paciencia, quienes tampoco pudieron permanecer en él; y aunque lo tomaron entonces los frailes terceros, igualmente les fué imposible conservarlo, siendo entregado en 1567 á los menores observantes, los cuales vinieron disfrutándolo hasta 1810 en que fué quemado por los franceses. Reedificado cuatro años después, volvieron á él dichos observantes, los que de nuevo tuvieron que dejarlo en 1835 á consecuencia de la extinción de las comunidades. Hoy ocupan su lugar dichas religiosas del Sagrado Corazón de Jesús; y paso á hablar de otras Iglesias dignas de no ser preteridas en la ocasión presente.

La de San Alberto tiene la prelación, porque está sustituyendo á San Felipe Neri, á aquel gran oratorio de la Congregación que estaba detrás de San Pedro y que destruyeron manos ignorantes que no sabían lo que en él se guardaba de santo y de valía; santo por los ejercicios de su regla, y de valía porque allí lucían frescos de muy buen gusto pintados por expertísimas manos, y obras de escultura de Pedro Roldán el viejo, así como tuvo antes bellísimos lienzos de Zurbarán, de Matías Preti (el calabrés), de Wandick, Soriano, León y otros; pero no hablemos de lo pasado y vamos á lo presente. En San Alberto, como he indicado, están dando culto los clérigos de San Felipe; habiendo sido convento de carmelitas calzados, quienes lo fundaron en 1622. También poseía esa Iglesia grandísima co-

lección de riquezas artísticas; pero ahora sólo he visto un San Miguel, que he juzgado de Pacheco, así como otras tablas que igualmente parecen de su mano, y las efigies de Santa Ana, San Alberto y Santa Teresa, escultradas por Alonso Cano, de quien es también un cuadro representando la Calle de la Amargura, pintado con especial esmero como todo lo suyo. La milagrosa Virgen del Perpetuo Socorro, patrona de los redentoristas de San Alfonso de Ligorio, tiene también allí ahora lugar privilegiado, lo cual me produjo contento inmenso.

San Buenaventura, residencia de los franciscanos, en la calle de Alvareda, junto á la plaza de San Fernando, fué convento de los observantes de esa Orden, y se llamó de propaganda fide porque era el único que en 1633 tenían en España esos religiosos para leer controversias de fe. Lo fundó doña Isabel de Liria en 1605, ayudada de los Mañaras antecesores al D. Miguel del hospital de la Caridad; y en su Iglesia, única cosa que resta de tal convento, ví frescos de Herrera el viejo que embellecen su media naranja, respirando en lo demás ese ambiente de religiosidad que hace de la Orden seráfica uno de los mayores baluartes de la cristiandad y una de las principales piedras que fundamentan la religión católica contra ciertas asociaciones interesadas en destruirla.

El Santo Angel, en la calle de Rioja, hoy Iglesia de gran culto, y en que también hay altar de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, fué edificado el año de 1588 en lo que fué hospital de Santa Cruz de Jerusalén; sirvió de Cole-

gio de carmelitas descalzos, y su patronato lo ejercían los Sres. de Benamejí en participación con el regente y oidores de la Audiencia territorial. Tiene un Jesús Crucificado, de lo mejor de Montañés; y de Blas Molner, las estatuas de San Rafael y del Santo Angel que se hallan en los pilares del arco del presbiterio... Pero ¿á dónde voy con tanta descripción, faltándome aún mucho que decir sobre el particular?

Me contentaré con añadir que en el Buen Suceso están ahora también las mercenarias calzadas de la Asunción; que las dominicas calzadas tienen asiento en su convento de Santa María la Real, calle de San Vicente; que las reparatrices del Santísimo Sacramento (Santa María Reparadora) á su vez lo tienen en la de Santa Clara, núm. 10; y que además de las Iglesias citadas en esta mi peroración larguísima, merecen verse las de Regina, en la plaza de la Encarnación; San Antonio, en la de San Vicente; los terceros, calle del Sol; San Luis, antes Jesuitas y hoy Hospicio provincial; casa de Misericordia, Asilo de mendicidad, calle del Cardenal, y Dulce Nombre de Jesús, en la calle de Jesús; así como las capillas de los servitas, junto á San Marcos; Carmen, al final de la Alameda; del Rosario, en la Feria; Escuela de Cristo, calle de Enciso; Concepción, postigo del Aceite; Rosario, en la Resolana; Piedad, en el Baratillo; Rosario, en la Cestería; Montserrat, compás de San Pablo; Mayor Dolor, plaza de Molviedro; San José, calle Manteros; San Andrés, calle de Orfila; Desamparados, junto al Salvador; Expiración, Museo; y

San Gregorio, conocida por la del Santo Sepulcro, calle de Alfonso XII.

Y como sin leyenda esta enumeración sería cansada quitándole á V. el gusto para oír otras cosas en saliendo de Manzanares, diré algo que le abra el apetito, sacado de entre tantos episodios como pueden contarse de esas Iglesias y capillas, conventos y monasterios; prestándome su auxilio doña Isabel Cheix, esa escritora cristiana de nuestra época que si yo fuese Pontífice canonizaría por los muchos pecadores que habrá convertido con sus inspiradas cántigas y no menos católicos artículos.

«Caía una tarde apacible y serena, como son casi siempre las del otoño en Sevilla, cuando un grupo bastante extraño para llamar la atención de los transeuntes cruzaba por delante de la Alhóndiga y se dirigía al convento de padres terceros, situado en la collación de Santa Catalina. Formaban el grupo cuatro hombres, yendo el primero, que parecía mandar á los demás, embozado en una raída capa de color oscuro; muy cerca de él iba otro, llevando bajo el brazo cierto fardillo con herramientas; y los seguían dos jóvenes, conduciendo un bulto informe envuelto en paños de negra lana atados sólidamente. Detuviéronse al llegar á la portería; llamó el primero con fuerza y apareció en el umbral un lego, que al verles exclamó: «¿Sois vos, maestro? Ya nos parecía tarde para que vuestra merced viniera; voy á avisar á los hermanos y al reverendo padre ministro, en cuya celda están esperando aquéllos hace más de media hora, deseosos de

»admirar la nueva obra que ha hecho vuesa
»merced para esta Iglesia.»

.....
»Fué abierta ésta, y todos se reunieron en ella para la colocación en su lugar de una efigie de Nuestro Padre Jesús, que no era otra cosa el bulto conducido por los personajes de que se trata, uno de los cuales era Juan Martínez Montañés. En el altar destinado se alzaba la cruz donde este escultor había de adherir tal imagen, y á lo alto mandó subir al de las herramientas, discípulo á quien prefería, pero cuyas creencias dejaban mucho que desear. Indiferente y ligero subió en efecto, aguardando le indicara Martínez Montañés lo que debía hacer. Este tomó con delicadeza exquisita la hermosa imagen, y ayudado por los otros dos discípulos, la levantó para que el primero pudiese recibirla. Los hermanos, el padre ministro y los religiosos miraban lo que se hacía palpitando de emoción; el temor de que ocurriera cualquier accidente á tan preciada joya de arte se manifestaba en su silencio é inquietud. El discípulo primeramente citado inclinóse para alcanzar la efigie, asegurándola con sus brazos y su cuerpo á la vez; mas para hacer el movimiento de enderezarse tuvo que estrechar la cabeza del Divino Salvador contra su pecho, helado hasta entonces á la fe cual copo de nieve, en cuyo acto una de las espinas de la corona penetró, rasgándo su carne, en el lado del corazón...

«¿Qué súbita impresión trastornó su espíritu? ¿De qué modo miró aquella imagen por él vista tantas veces con indiferencia? Lo que se

sabe es que transmitiéndose á su cuerpo el movimiento de su alma, palideció, cerró los ojos y vaciló en aquella altura. «Desgraciado, grita Montañés con voz de trueno; ¿qué te pasa? Mira que rompes la imagen; sujétala; no la dejes caer.» Y diciendo esto, de un salto se coloca al lado del joven. «No es nada, balbuceó éste: es que...» Y mientras todos le rodeaban aterrados, porque comprendían algo extraño en aquel suceso, él, que tan largo espacio de tiempo había vivido con los ojos cerrados á las inspiraciones divinas, recorría con maravillosa rapidez anchurosos caminos iluminados de celestiales fulgores; comprendía los abismos del pasado, la misericordia del presente y la esperanza del porvenir; y fijas las miradas, sin ser parte su voluntad para separarlas, en aquel dulce y hermosísimo semblante, formaba santas resoluciones y nutría su espíritu con alegrías que nada tenían de común con las dichas de la tierra. Una lágrima, la primera que en su vida había vertido, humilde oferta del arrepentimiento más sincero y de tierno amor al Crucificado, asomó en sus ojos y cayó en la cárdena frente de Jesús. Todos respetaron su emoción y su silencio; y colocada al fin la imagen, iban á retirarse, cuando uno de los presentes, aproximándose á Montañés, le dijo señalando al suelo con expresivo ademán: «¡Sangre!» En efecto, una gota semejante á un rubí líquido manchaba el pavimento al lado del discípulo, y otra resbalaba lentamente por su traje. «¿Qué es esto?» murmuró el escultor acercándose á él con angustia: «¿Es tuya esta sangre?» «Sí», repuso el joven con voz

dulce y llena de conmovedoras vibraciones. «¿No habéis visto que acabo de recibir una herida de amor?» «¡Amor!» susurró el mayordomo de la Hermandad al oído del padre ministro. «¡Hermoso título para nuestra imagen! ¡Santo Cristo del Amor!...»

»Un año después se celebraba en el convento de padres terceros la profesión de un nuevo religioso, y Montañés y sus discípulos, desde los más aventajados á los últimos aprendices, asistían á ella hondamente conmovidos. El humilde y fervoroso religioso, espejo de perfección en quien la comunidad entera se miraba, era el increíble escultor de que hemos hablado; el que debió su conversión y su felicidad eterna al suave llamamiento y misericordia infinita del Santísimo Cristo del Amor.»—

Perfectamente, Martínez. Pero ¿dónde está ahora esa imagen? Creo que en mis tiempos se hallaba en San Miguel; pero como este templo parroquial fué demolido en el año de 1868, ignoro la actual existencia del Cristo del Amor.

—Está en la capilla de Jesús, calle de los Baños, comprada para el culto de esa efigie por un señor D. José Pérez de León, ya fallecido, y hermano mayor que era de la Cofradía. En tal capilla además tiene Montañés un Niño Jesús muy precioso, y Bernardo Gijón una Santa Rita que no le cede en mérito. Y para concluir con los terceros, y puesto que ya vamos á parar, diré que en ese convento, hoy cuartel de infantería, existe la notabilísima escalera de dos subidas que sostienen veinte columnas de jaspe encarnado colocadas de dos en dos sobre un solo pe-

destal, y que hizo Fray Manuel Ramos, religioso de aquella casa, en los primeros años del siglo pasado; de la cual tratan con encomio los principales escritores de arquitectura, habiendo solicitado la comisión de monumentos históricos y artísticos, no sé si con éxito, se declarase monumento nacional por ser dignísima de conservarse.—

XXIII

—Ahora voy á hablar del puente de hierro que pone en comunicación á Sevilla con Triana, su arrabal; habiéndolo dejado para estas postreras narraciones con grande propósito, por aquello que me dijo V. al comenzar de que no se lo mentara, pues le causaba tristeza recordar cierto «adiós» que hace muchos años le dieron allí. Ya estamos más cerca de Madrid que de él, y no es creíble le dé tan fuerte á tan larga distancia.

Era de barcas, como dije, el que allí existía desde ab-initio; y como esto no armonizaba con la importancia de Sevilla, se determinó construir el de que trato con arreglo á los últimos adelantos, no haciéndose uso de la madera. Colocóse la primera piedra para sus estribos el 12 de Diciembre de 1845, y á los siete años estaba concluído, habiéndose hecho la prueba de resistencia para abrirlo al tránsito público el 28 de Enero de 1852, día por ello muy memorable para Sevilla. Consta de tres arcos de 43 metros y pico de luz cada uno, y además de otro arco marinero de sillería para la mejor salida de las aguas en sus avenidas; siendo su elevación de cinco piés so-

bre la línea mayor de las riadas conocidas, y la altura total, desde las mareas bajas al piso, de 13 metros nada menos. Su ancho es de 11 metros, y su largo de 179; toda la parte de hierro pesa unos 900.000 kilogramos; y tal obra fué ejecutada en la entonces fábrica de fundición de un Sr. Bonaplata, de apreciada memoria, siendo sensible que en una de las aceras asfaltadas de este puente hayan colocado ahora una cañería exterior que afea su hermosura, impide el tránsito y priva del uso de los asientos que se respaldan en su larga verja.

A su vez en 1878 se empezó á construir el otro puente que está más inmediato á la Cartuja, el cual sólo es usado para el paso de los trenes á Huelva, y se terminó un año después. Este consta de cinco tramos de cerca de 60 metros cada uno contados de eje á eje de los puntos de apoyo, y otros dos de orilla, con 10 de longitud, dando en junto un total de 272 metros y medio. Cada una de sus seis pilas se halla constituida por dos columnas de fundición, de como tres metros de diámetro, con capiteles también de hierro rellenos de ormigón hidráulico; y no añadido sobre el particular más, sino que su oblicuidad de 70' obedece á la necesidad de empalmar en condiciones vetajosas con la estación de la línea general del ferrocarril de Sevilla á Madrid.

Esta línea de ferrocarril, así como la que va á Carmona por Guadajoz, la que va á Morón, y la que va á Osuna, y las que van á Córdoba y á Málaga y Granada por Bobadilla, y á Mérida y á otros puntos, han hecho que el comercio de nuestra ciudad progresa, dando animación gran-

de á sus mercados, y especialmente á la exportación de naranjas, aceite, cereales, minerales beneficiados y en bruto, loza, corchos destinados principalmente á Inglaterra, Francia y Bélgica, y aceite, aceitunas, garbanzos y pastas para Puerto Rico y Cuba. A su vez la importación consiste principalmente en hilados, hojadelata, quincalla, paños, acero, maquinaria, lienzo, mármoles, sedería, bacalao, drogas, mantecas, cacao y azúcares, á pesar de los crecidos derechos que pagan estos artículos tan necesarios á la vida de las poblaciones españolas.

Por la vía fluvial, tanto la importación cuanto la exportación es semejante, pues el Guadalquivir tiene fondo grande, ó sea calado de unos ocho metros en las mareas bajas. La matrícula de sus barcos no es tampoco pequeña, haciendo no sólo viajes de cabotaje, sino de altura; y por ello añadiré que en muchos puertos lejanos he visto con gusto infinito su respectiva bandera de centro encarnado y faja amarilla por sus cuatro lados, ondeando majestuosa en los palos altos de buques que en su popa ostentaban la nacional con que nos enorgullecemos; así como ahora he visto en Sevilla ondear banderas de casi todas las naciones del mundo, habiendo ascendido en el último año la entrada de ellos á 1.500, con corta diferencia; cuyo número da idea del comercio susodicho.

Y hablando de cosas de la marina, ¿cómo no he de decir algo del que fué seminario de marreantes, cuyo edificio se cedió á los duques de Montpensier por una ley en pago de los atrasos de la consignación de ella, y cuya situación, en-

medio de los mejores jardines de Sevilla, le hizo privilegiado palacio de tales opulentos personajes? A él llevaron cuanto de ostentoso existe para morada de príncipes; y como esto se puede ver, me limitaré á la historia de aquel seminario, de lo cual se va perdiendo la memoria por ser ya pocos los que allí recibieron lecciones de la ciencia marítima.

Fué San Telmo colegio fundado por el rey D. Carlos II en el año de 1681 con el fin de que en él se recogiesen los niños huérfanos y vagamundos de Sevilla y su comarca de edad de doce á quince años para dedicarse á la marinería, pilotaje y artillería. Se nombró por su juez conservador al presidente de la contratación, y por su administrador perpetuo á la Universidad de mareantes, que era una corporación de maestros pilotos examinados y dueños de naves, establecida en el barrio de Triana desde 1569, donde tenían hospital é Iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Aire. El pensamiento de aquel Colegio fué de D. Fernando Colón, hijo de don Cristóbal, pues en el año de 1539 se dirigió á Felipe II proponiéndole su fundación en los Humeros, sus casas, con la cláusula de que se enseñasen matemáticas, ciencia entonces poco generalizada. El primer sitio donde se pensó establecer al fin, fué en el que se hallaba aquel hospital y capilla del Buen Aire; mas los alarifes manifestaron ser tal sitio demasiado corto, y por ello se varió el proyecto y se hizo la edificación junto á la puerta de Jerez. Ciento cincuenta eran los jóvenes para los que se creó; pero hasta 268 llegó á contener en tiempos posteriores, salien-

do de allí habilísimos pilotos á los cuatro años de estudios, de los cuales debe vanagloriarse España por su suficiencia y la fama que en el extranjero adquirieron de navegantes peritísimos. Más tarde se separó de la Universidad de mareantes, dándosele ordenanzas nuevas en 1786 y haciéndose depender del Ministerio de Marina; y por último fué suprimido, después de haber sido establecido algún tiempo (1850) en San Diego para dejar cabida á los referidos duques de Montpensier.—

Bien entendían estos que su morada en Sevilla era preferible á cualquier otro punto de España, repliqué á Martínez.

—Ya lo creo, me contestó. Su clima no puede ser más suave, según tengo dicho desde el principio. Rarísima vez nieva en la provincia; y aunque en las sierras de su parte septentrional acontece esto en ciertas ocasiones, nunca ha pasado de cosa corta, refiriéndose como prodigio una gran neva la que ocurrió por los años de 1821 á 1822, la que sin embargo no llegó á algunas pulgadas de espesor. El barómetro suele marcar 27° de altura casi siempre en invierno (770 milímetros marcó ayer), y en verano y primavera pasa de ahí, no llegando los días lluviosos á la cuarta parte de los del año por punto general, lo cual es ventajosísimo para la salud, según acreditado tiene la experiencia, aunque perjudique á la prosperidad de las plantas, y sobre todo al arbolado. La ciencia ha demostrado que pocas provincias de la monarquía son tan sanas como la que nos ocupa; ninguna enfermedad endémica reina allí; y aun las epidémicas



las hemos visto desarrollarse con menos extensión y gravedad que en pueblo alguno; siendo por su parte las contagiosas y esporádicas de cortísima intensidad, comparados los estragos que causan en otras partes. En fin, es una delicia vivir en tal provincia, y yo no sé cómo hay quien lo haga por su gusto fuera de ella. Aquí llevo en la cartera apuntados cuáles son sus límites para que un amigo mío bastante achacoso sepa que tal vez en el perímetro señalado por la ley de 30 de Noviembre de 1833 á esta provincia encontrará lugar donde recobre enseguida la salud.—

Usted nada olvida, Sr. Martínez; mientras que yo he mirado siempre todo esto con indiferencia; ¿me querrá dar esas noticias? y dispénseme.

—El límite Oeste de Sevilla empieza en la desembocadura del caño de las Rosinas; sigue pasando al Este de Nuestra Señora del Rocío, de Hinojos, de Alcalá de la Alameda, de Chuceña y de Carrión de los Céspedes; corta los arroyos Carallón y Cardachón, y sigue al Este de Escacena del Campo; continúa después al Oeste de Aznalcollar y el Madroño; se inclina al Este, cruzando por encima del castillo de las Guardias; corta la ribera del Huelva, y con dirección al Nordeste pasa al Este de Santa Olalla y Cala á buscar el río Culebrín, cuyo curso sigue hasta su nacimiento. El límite Norte principia en este punto y sigue hacia el Este por el Sud de Uña, de Fuentes del Arco, de Valverde, de Llerena y de Aznaga, hasta encontrar el confín de la provincia de Córdoba en la sierra inmediata. El lí-

míte Este empieza en esta sierra; sigue por junto á Peñafior, que queda con su término para Sevilla; atraviesa el Guadalquivir, dejando á Palma y su término para Córdoba; continúa hasta más arriba de Miragenil; encuentra al río Genil, y sigue el curso de éste hasta Benamejí, en donde termina. Y por último, el límite Sud empieza en la orilla izquierda del Genil, y sigue por el Noroeste de Alimanes, Rincón, Alameda, Fuente de Piedra, Sierra de Yeguas, Teba, Almargin y Cañete la Real, quedando todos estos pueblos para la provincia de Málaga; continúa luego por las cabeceras del río Corbonés, dirigiéndose al Oeste por el Norte de Alcalá del Valle, entre Olvera y Pruna, el arroyo Montellano y el Guadalete, y por entre los pueblos de Montellano y Puerto Serrano; sigue después por el Norte de Villamartín, tocando la torre arruinada de Gibalbín, y se dirige al arroyo Romana, por el cual corre hasta encontrar el brazo oriental del Guadalquivir, cuyo curso sigue hasta el caño de las Rosinas, punto donde comencé.—

Pues en verdad que es curiosa esta noticia, porque hasta ahora siempre la gente se ha contentado con decir que lindaba con las provincias de Badajoz, Córdoba, Málaga, Cádiz y Huelva, sin más detalles.

—Todo ese perímetro es feraz en extremo, añadió; pero, sin embargo, como que la temperatura es elevada, especialmente en verano, acontece que para labrar las tierras y recoger sus productos hay necesidad de laboriosidad suma por parte de los andaluces de esta comarca.

No hay justicia, por tanto, al tildarlos de holgazanes y calificarlos de menos trabajadores que los naturales de otras provincias. Esta comparación además podría hacerse cuando las circunstancias topográficas, el clima físico y todas las condiciones que lo modifican, la constitución orgánica, el método de vida, la subdivisión de la riqueza y la facilidad ó dificultad de ganar la subsistencia ó de obtener de la tierra los frutos necesarios á la vida, fuesen iguales. Pero no siéndolo, y bien apreciado el influjo inevitable y necesario de aquellas causas y otras, tiene que resultar infundada la acusación que se les hace en ese particular. Antes por el contrario, parece que nadie resiste en el trabajo lo que ellos. En medio del campo, con una temperatura de 40°, al sol, entre polvo insufrible levantado por sus faenas, agobiados para segar mieses ó llevar á efecto otras tareas, sin aire, porque lo que se llama recalmón no lo ofrece, admira verlos, llenos de fuerza de voluntad, de virtud y de laboriosidad, dedicarse desde el amanecer al anochecer, y sin más descanso que una pequeña siesta, á la recolección de aquellos frutos. Y esto, sin otro alimento que un par de gazpachos ó algún poco de pan y fruta; y si acaso, por lujo, algún cigarrillo de papel relleno de tabaco virgínia, ya que no composición mistificada con alguna parte de él. Y sin embargo, ¡cuánta constancia y alegría! Porque después llegan al pueblo ó á los cortijos siendo de noche, y toman la guitarra, tocan, cantan y aun bailan, sin acordarse que al siguiente día han de ejercitar de nuevo sus fuerzas en la trilla, la siega ó el acarreo.

Otros á su vez se dedican en horas y días que debían aprovechar para su descanso á laborear la hacita de tierra que poseen y tienen sembrada de maíz, de melones ú otras plantas de verano, y en la que su familia, habitando una mala choza, hace la guardería y á la vez otras faenas utilísimas. Yo he tomado cariño por ello á estos trabajadores del campo, y más cuando he visto que á pesar de estar reducidos á un jornal que apenas basta para cubrir sus necesidades, y con poca esperanza de aumentarlo, nunca desmayan en su laboriosidad; lo cual suele contrastar con lo que en la capital acontece á muchos pobres, muchos ricos y muchas personas de la clase media.

Pero sin sentir hemos llegado á Argamasilla. No había visto en el reloj que son las doce de la noche.

XXIV

Mientras llegamos á Alcázar diré á V. algo también de la población de Sevilla. Según el censo del siglo XVI (publicado de Real orden en el año de 1829), tenía entonces 18.000 vecinos. En el año de 1842, según datos auténticos, 24.000, con 100.500 almas. Y en la actualidad, según el censo último del Instituto geográfico y estadístico, 143.840 habitantes, de los cuales dice no saben leer 75.585.

Diezmada esta ciudad por la peste que sufrió en 1649, es de notar, pues, que vaya volviendo á su primitivo engrandecimiento, ó sea cuando era el emporio de las poblaciones y del comer-

cio de España para las Indias orientales y occidentales. Dios quiera, por tanto, que siguiendo sus autoridades locales el camino que de algunos años á esta parte han emprendido para mejorarlo todo, nuestros hijos la vean con la prosperidad de entonces y le sea devuelta la importancia de primera capital, en vez de la tercera que está ocupando.

Cuatro leguas tiene de recinto y sus calles son 716 al presente; por lo cual el Municipio se halla en la necesidad de atender á muchas cosas, entre las que si hubiese conocido á algún señor concejal me habría atrevido á aconsejarle propusiera, para mayor engrandecimiento de Sevilla, la construcción en ciertas plazas poco frecuentadas, como la de Santa Cruz y otras semejantes, primero, de algunas fuentes monumentales, ya que tanta agua viene por los caños de Carmona; y segundo, el levantamiento de estatuas en otros puntos á muchos hijos de Sevilla que las merecen, cual Velázquez, Rioja, Ortiz de Zúñiga, D. Nicolás Antonio, D. Tomás González Carvajal, D. Justino de Neve, D. Alberto Lista, Juan de las Roelas, Pedro Rolán y otras semejantes glorias de esta ciudad, sin olvidar al santo rey D. Fernando III, su conquistador; todo lo cual sería muy factible incluyendo en los presupuestos respectivos de este Ayuntamiento y de la Diputación provincial la miserable suma anual de 25.000 pesetas, sacándose á concurso las obras para que los artistas sevillanos hicieran gala y demostración de no haberse acabado ya la descendencia de los Hita del Castillo, los Gijones y los Molner. Y si no hay mármoles,

aunque tan cerca está Morón y otras canteras, allí tienen cañones inservibles que fundir, para lo cual la artillería se mostraría propicia y el Gobierno de Madrid generoso.—

¿Y nada me dice V. de la feria que tiene Sevilla, Sr. Martínez, y cuya fama es tan grande aquí y en el extranjero?

—Como es en los días 18, 19 y 20 de Abril, según indiqué en los primeros momentos de reunirnos, y esa época aún no ha llegado, me he visto privado de conocer su importancia. Pero allá va lo que he podido averiguar sobre el particular. Sabido es que los árabes concedían á los pueblos conquistados ferias en que vender sus ganados, frutos y mercaderías; y por tanto, no podemos dudar de que desde muy antiguo Sevilla disfrutaba de este beneficio; pero aunque así no fuera, consta que el rey D. Alfonso le concedió en 18 de Marzo de 1254 el privilegio de celebrar tres ferias francas anuales; una quince días antes de Pascua de Pentecostés, otra en toda la octava de la Asunción de Nuestra Señora, y la tercera también quince días antes ó después de San Miguel. Dejóse de usar este beneficio por causas desconocidas, y Mairena del Alcor vino llevando la palma en este asunto, siendo inmortalizadas sus escenas por la bella poesía titulada «La venta del jaco», de Rodríguez Rubí, y por el Solitario (Esteban Calderón, tío de Cánovas) en aquel precioso artículo que usted leería en sus tiempos, y que se titulaba «La feria de Mairena.»—

¡Como que me sé de memoria una y otra cosa! Este empezaba:

«Sus visos y alcores llena
por los floridos abriles
con sus feriantes, Mairena,
cubriendo la rubia arena
yeguas y potros por miles.

Va en manada el bravo toro;
mas nada cual la serrana,
que linda, pomposa, ufana,
lloviendo canela y oro,
va á la feria en la mañana.

Breve el pié, como andaluz;
los ojos de matadora;
mucho fuego y mucha luz;
cada mirada traidora
deja un muerto y una cruz...»

Luego hacía una reseña en prosa de esa feria que era incomparable por lo preciosa. Y de «La venta del jaco» no digo nada: allí está gráficamente retratada la doblez de los castellanos nuevos (jitanos) al enajenar sus casi siempre robadas alimañas, y la burla con que celebran sus engaños después de recibida la paga, de lo cual es prueba aquello de

«Y el buen hombre se ha creído
que los piños son verdá...»

—Deténgase V., por Dios, amigo; mire que tengo la palabra, y va á quedar incompleta la narración de las cosas de Sevilla que voy haciendo, y de que V. no se cansa en tomar notas. Decía que habían caído en desuso las concesiones expresadas; por lo cual, considerando el Ayuntamiento del año de 1847 que era utilísimo á los intereses de Sevilla un mercado

central anual como es el de Mairena, entonces tan notable, solicitó del Gobierno de Madrid la celebración de la feria de que se trata, cuya gracia le fué concedida por Real orden de 5 de Marzo del propio año. A los cuarenta y cuatro días debía abrirse el mercado, y no hay que decir que todas las dificultades para arreglar estas cosas fueron vencidas con sin igual constancia y prontitud; teniendo lugar dicha feria en las llanuras del prado de San Sebastián y en las de Tablada los días designados, viéndose cubiertas de toda clase de ganados; y de chozas lujosísimas los paseos inmediatos, donde las sevillanas lucieron, según cuentan, sus bellezas y su garbo de modo tal, que ya no hay año que no vengan á admirarlas hasta los fríos hijos de la soberbia Albión, siempre indiferentes, menos en esto, á las cosas andaluzas.—

No creo sea tan absoluto esto que V., amigo Martínez, me dice, le repliqué; pues precisamente hablando en Madrid con uno me expresó su amor á esta tierra con palabras muy encomiásticas, y le ví bien enterado de la primitiva historia de Sevilla, puesto que me relató circunstancias que no había yo oído hasta entonces, tales como que si bien podían estimarse meras deducciones cuanto se ha escrito de ella con relación á tiempos anteriores á la dominación romana, en cambio, no había duda de que cuando la terrible lucha que sostuvo César con los hijos de Pompeyo y con la que vino á decidirse la suerte del mundo hasta entonces conocido, ya era Sevilla población importantísima, puesto que aun después de vencidos aquellos en la batalla

de Munda, siguió conservándose á devoción de los mismos, hasta que la tomó dicho César; suceso que consideró tan importante, cuanto que quiso perpetuar su memoria consignando en el calendario civil de los romanos día nueve de Agosto, las palabras siguientes: «Hoc die Cæsar Hispalim vincit», ó sea: «En este día ganó el César á Sevilla.»

—Así fué, repuso Martínez; y ocupada la ciudad por él, fué traída á ésta y expuesta al público la cabeza de Neyo Pompeyo. Después convocó César á todos los pueblos de la Bética, y en una Junta que celebró en la misma ciudad hizo la célebre arenga en que la acusó de haber sido ingrata á sus beneficios. Estos, en efecto, habían sido tantos, que dieron margen á que el propio San Isidoro consignara que había sido fundación suya, principalmente por el nombre de Rómula ó pequeña Roma que se le dió atendiendo á haberse identificado con los romanos en costumbres, lengua, traje y policía, como explica Estrabón.—

Y después de la venida de Jesús, ¿tardó mucho en dejar á los dioses que estos romanos le trajeron? preguntéle.

—Una ciudad tan insigne como Sevilla, tan ilustrada y relacionada con la capital del mundo y con todos los países por medio de su comercio, no pudo menos de recibir pronto la luz del Evangelio; así que ya al principio del siglo III, no sólo aparece con Obispos, sino que el suyo fué de los más antiguos que asistieron al Concilio Iliberitano. Fíjese V. también en la época en que sufrieron martirio por cristianas Santa Justa y Santa Rufina, y verá la antigüedad en Sevilla de las creencias católicas.

Pero abandonemos esta materia y sigamos con la descripción de Sevilla, manifestando que su blasón ó armas es la imagen de San Fernando en su trono con la espada desnuda en la mano derecha y un globo en la izquierda y las de San Isidoro y San Leandro á los lados, orlándolas castillos dorados, leones rojos sobre plata y corona al timbre. De la empresa con que termina de una madeja anudada con el lema á los lados de No-Do, ya dije algo cuando hablé de D. Alonso el Sabio.

Tiene los títulos de «muy noble, muy leal, muy heróica é invicta», debiéndose el primero á D. Fernando III, el segundo á D. Juan el II, el tercero á D. Fernando VII, y el cuarto á doña Isabel II; disfrutando la ciudad el tratamiento de excelentísima, y su Ayuntamiento de los honores de capitán general.

El perímetro de su término municipal se extiende á más de tres leguas cuadradas, lindando con el de la Rinconada, junto á los alrededores de la hacienda de las Comendadoras; con el de Carmona por el olivar de la de Torrepalma; con el de Alcalá de Guadaira junto al arroyo que divide la dehesa de Matamoros; con Dos Hermanas en el sitio de Puerta Horadada, y con la Algaba, Santiponce, Camas, Salteras, Castilleja de la Cuesta, Tomares y San Juan de Aznalfarache en el cauce de la llamada madre vieja del Guadalquivir. Dentro de este término, por la parte del Mediodía, tiene al arroyo Tamarguillo, el cual desemboca en el Guadalquivir, aguas abajo del sitio llamado las Delicias de Arjona, así como el Tagarete, que desemboca cubierto junto á la

torre del Oro con tres nombres distintos en su curso: uno el referido, otro el de Burón, siguiendo arriba desde el prado de Santa Justa, y el de Miraflores, desde la fuente del Arzobispo á su nacimiento.

Este prado de Santa Justa es de unas 40 hectáreas; se encuentra al N. E. de Sevilla entre los caños de Carmona y el campo de los Mártires; y ya de él le dije algo cuando referí mi ida al convento de la Trinidad desde la mesa del rey. Lo mismo he hecho con el de San Sebastián al ocuparme de la feria; y por ello sólo añadiré que aún subsiste dentro de las 45 hectáreas de este de San Sebastián el cementerio de los Canónigos, al cual estuvo adyacente el general suprimido en 1852 para instalarse más allá del hospital de la Sangre y San Lázaro.

Respecto á aguas potables mucho podría hablar, pues me dijeron que además del viaje conocido por la fuente del Arzobispo, situada bastante detrás del convento de capuchinos, viaje poco menos que inutilizado, porque se mandaron cegar las pilas que en la Alameda existían de tan cristalinas aguas para encerrarlas primero en uno que con razón denominó el vulgo panteón de las mismas, y porque después se les dió aplicación casi oculta que las ha hecho olvidar, tiene el de los llamados caños de Carmona que procede de Alcalá de Guadaira y es de una abundancia grandísima á pesar de la mucha población de Sevilla.

Una empresa las ha acrecentado á virtud de cierto contrato hecho con la ciudad, con nuevas tomas de los manantiales alcalaños de la Fuen

Santa, la Judía, Retama y Zacatín; y no es dudoso que si siguen aprovechándose otros semejantes, llegue día no lejano en que haya en Sevilla tantas fuentes como casas abriga, lo cual es condición esencial para considerarla el *non plus ultra* de las poblaciones de España.

Pero veo que estamos ya muy próximos á Alcázar, y esto me obliga á descubrirle un secreto que hasta ahora he procurado guardar. Ese secreto era que voy á separarme de V., Sr. Caro, para tomar ruta distinta de la que lleva. Hay cambio de tren, y yo paso al de este cambio por haber de proseguir á Alicante. Tanto siento esta separación, cuanto el hacer punto final en lo tocante á las cosas de Sevilla; para cuyo complemento le entrego estos dos papelitos, á semejanza del que me dió el sujeto con quien hice mi excursión al matadero. Venga esa mano, y adiós, que el tiempo urge, pues llevo muchos objetos que colocar en el nuevo wagón.—

Yo me quedé, queridísimas hijas, como se quedaría el referido sujeto cuando Martínez le abandonó para entrarse en el tranvía de la puerta del Osario; y á mi vez abrí uno de los papelitos recibidos, el cual decía: «Partida de bautismo del celebrado pintor D. Diego Velázquez. Libro V de bautismos de la parroquia de San Pedro en Sevilla, folio 61. En domingo, seis días del mes de Junio de mil y quinientos y noventa y nueve años, bapticé yo el licenciado Gregorio de Salazar, cura de la Iglesia de San Pedro de la ciudad de Sevilla, á Diego, hijo de Juan Rodríguez de Silva y de Jerónima Velázquez, su mujer. Fué su padrino Pablo de Ojeda, vecino

de la collación de la Magdalena; advirtiéndosele la cognación espiritual. Fecha ut supra —El licenciado Gregorio de Salazar.

»Partida de casamiento de sus padres. Libro II de desposorios y velaciones de la misma parroquia. Folio 65 vuelto. En domingo, veinte y ocho días del mes de Diciembre de mil quinientos y noventa y siete años, yo, el bachiller Miguel Ruiz de Alvarado, cura de esta Iglesia de San Pedro de Sevilla, desposé por palabras de presente, que hicieron verdadero matrimonio, habiendo precedido las tres amonestaciones conforme á lo dispuesto por el sacro Concilio tridentino, á Juan Rodríguez de Silva, hijo de Diego Rodríguez y de María Rodríguez de Silva, y á Jerónima Velázquez, hija de Juan Velázquez Moreno y de Juana Mexía, vecinos de esta collación, siendo testigos Simón de Pineda, escribano público, Antonio de Ripa, notario, y Juan de Vargas, maestro de música, el cual desposorio hice en las casas de morada de dicho Juan Velázquez Moreno por virtud de un mandamiento del licenciado D. Luís Melgarejo juez de la Santa Iglesia de Sevilla, dado en veinte y tres de Diciembre de noventa y siete años, firmado de su nombre y de Esteban Rojas, secretario de su Audiencia; y por verdad lo firmo. Fecha ut supra.—El licenciado Miguel Ruiz de Alvarado.»

El otro papel contenía lo siguiente. «Partida de bautismo de Bartolomé Esteban Murillo, sacada del expediente de pruebas que su hijo don Gaspar hizo para entrar de canónigo en la Catedral de Sevilla, y cuyo expediente se halla en el

archivo de la misma santa Iglesia Catedral. En lunes, primero día del mes de Enero de mil y seiscientos y dieciocho años, yo, el licenciado Francisco Heredia, beneficiado y cura de esta Iglesia de la Magdalena de Sevilla, bauticé á Bartolomé, hijo de Gaspar Esteban y de su legítima mujer María Pérez. Fué su padrino Antonio Pérez, al cual amonesté el parentesco espiritual y lo firmé. Fecha ut supra.—Licenciado Francisco Heredia.

»Partida de defunción de Murillo. En cuatro de Abril de mil seiscientos y ochenta y dos se enterró en esta Iglesia de Santa Cruz de Sevilla el cuerpo de Bartolomé Murillo, insigne maestro del arte de la pintura, viudo que fué de doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor. Otorgó su testamento por ante Juan Antonio Guerrero, escribano de Sevilla, y dijo la misa de cuerpo presente el licenciado Francisco González Porras.»

«NOTA. Estando haciéndose dicho testamento el día tres de Abril del enunciado año de mil seiscientos y ochenta y dos, y siendo como las cinco de la tarde, según diligencia puesta en él, falleció Murillo cuando era preguntado por el nombre de su segundo hijo; cuyo testamento y actuaciones para convalidarlo se conservan en el registro de D. Antonio Abril, notario de Sevilla, al folio 444 y siguientes del Protocolo correspondiente á aquel año de mil seiscientos y ochenta y dos y respectivo escribano Guerrero.»

Nada añadían después las cuartillas de papel que me dió Martínez. Yo tampoco añadido más.

EDUARDO CARO.

CORRECCIÓN DE ERRATAS

| PÁGINA | 10 | LÍNEA | 6 | LÉASE | y según |
|--------|-----|-------|----|-------|-------------|
| » | 44 | » | 13 | » | D. Eusebio |
| » | 93 | » | 15 | » | inexorables |
| » | 123 | » | 9 | » | aun cerca |
| » | 123 | » | 32 | » | conocería |
| » | 149 | » | 18 | » | libro |
| » | 191 | » | 2 | » | Santa Elena |
| » | 191 | » | 33 | » | pues para |
| » | 195 | » | 28 | » | este título |
| » | 199 | » | 13 | » | calle |
| » | 254 | » | 4 | » | verdadero |
| » | 278 | » | 31 | » | cierto |

MCD 2019